

LUIS J. ESTEBAN LEZÁUN

LA VIDA CONTRA LAS CUERDAS



**Plataforma
Novela**

La vida contra las cuerdas

Luis J. Esteban Lezáun



Primera edición en esta colección:

febrero de 2015

© Luis J. Esteban Lezáun, 2015

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2015

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1^a – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Depósito legal:

B. 4655-2015

ISBN:

978-84-16256-91-4

Diseño de cubierta y composición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

1.
 1. [Primer round](#)
 2. [Segundo round](#)
 3. [Tercer round](#)
 4. [Cuarto round: Primera parte](#)
 5. [Cuarto round: Segunda parte](#)
 6. [Quinto round](#)
 7. [Sexto round: Primera parte](#)
 8. [Sexto round: Segunda parte](#)
 9. [Séptimo round](#)
 10. [Octavo round](#)
 11. [Noveno round](#)
 12. [Décimo round](#)

A Gabriel, que empieza a combatir en la vida.

PRIMER *ROUND*:

QUIÉN ME IBA A DECIR hace quince años, cuando todavía no me había calzado unos guantes, que acabaría disputando la final de los pesos medios en el Caesars Palace de Las Vegas. Sentadas en sillas de *ring*, donde las babas de los protectores bucales y las gotas de sangre y sudor de los púgiles rocían a los espectadores, detecto a algunas viejas glorias del boxeo: veo a Mike Tyson con su semblante intimidatorio a pesar de la edad, a don King hecho una momia pero conservando su característico pelo cardado, a Manny Pacquiao, alias Pac-Man, que sonríe a diestro y siniestro, y a su archienemigo, Juan Manuel «Dinamita» Márquez, con quien protagonizó, lustros atrás, media docena de combates memorables.

Brinco sobre la lona, con el albornoz sobre los hombros, y saco unas cuantas manos para mantener los músculos calientes. Pronto irrumpirá en escena Míster KO, mi rival, que se erigió en héroe local hace un par de temporadas al adquirir la nacionalidad estadounidense y fijar su residencia en Nevada. El público está expectante y estalla en una estruendosa ovación cuando un potente foco lo ilumina en una esquina del pabellón. Viste una bata multicolor y avanza pausadamente hacia el cuadrilátero, escoltado por una guardia pretoriana de entrenadores, médicos, mánager y algún que otro chupóptero con funciones indefinidas. Los altavoces acompañan su desfile con una sintonía agresiva que no consigo identificar. La afición lo jalea al grito de «*killer, killer*», que, hasta donde mi inglés alcanza, significa asesino o cosa parecida. Míster KO sube al *ring* y se despoja del batín, mostrando a la concurrencia su torso musculado y sus innumerables tatuajes. El más reciente tiene forma de collar: a la altura de las clavículas, se lee *Míster KO* en caracteres góticos, pero no consigo ver si el texto continúa por la nuca. Animado por su público, mi enemigo se desliza por el *ring* propinando golpes al aire y desafiándome con la mirada.

Dos muchachas suben al cuadrilátero. Supongo que serán atractivas, pero ahora no puedo reparar en esos asuntos. Portan las enseñas de Estados Unidos y de España, es la hora de los himnos. A mí me la trae floja eso de la bandera y los cánticos nacionales,

pero compongo un gesto serio por respeto a mis compatriotas. Se escuchan los primeros acordes de la *Marcha Real*. Sorpresivamente, se me eriza el vello y se me forma un nudo en la garganta. Vaya, parece que eso del himno y de la bandera no me la trae tan floja. Llevado por la emoción, coloco la mano derecha a la altura del corazón y me juro que voy a enseñar a toda esa cuadrilla de yanquis cómo nos las gastamos en la Península Ibérica. Observo la silla de *ring* reservada para mi mujer, está vacía. Cómo me hubiera gustado que me viera allí arriba, firme como un legionario, dispuesto a vengar la guerra de Cuba y a aguarles la fiesta a todos esos guiris rubios y sonrosados. Pero mi mujer no soporta verme boxear, prefiere quedarse en el vestuario tapándose los oídos para no oír los alaridos de la concurrencia.

Termina el himno español y suenan las notas iniciales del norteamericano. El público se levanta de sus asientos y canta con devoción y gesto de gringúísimo patriotismo. Míster KO toma una esquina del estandarte norteamericano y se la lleva al pecho. La escena traspasa los límites de lo conmovedor y se adentra con procacidad en el terreno de lo patético. Muy al estilo Rocky antes de su pelea con el hormonado y psicopático soviético.

El combate está a punto de comenzar. El árbitro nos requiere en el centro del *ring* y nos suelta un discurso en inglés del que no entiendo ni media palabra. No obstante, imagino que nos ha dicho que quiere una pelea limpia, que no admitirá golpes bajos ni cabezazos y que hemos de separarnos y regresar a nuestra esquina cuando así se nos ordene. Lo de siempre. Míster KO me muestra los dientes (luce varias fundas de oro, como su idolatrado Tyson) y fuerza una mueca que debe de considerar aterradora y que, en realidad, resulta un tanto cómica. Pero no me asaltan las ganas de reír: tengo bien presentes a los dos púgiles fallecidos como consecuencia de los brutales puñetazos de mi oponente.

Miro de nuevo la silla vacía de mi mujer. Entiendo que no quiera presenciar lo que todos los periódicos deportivos han calificado como segura carnicería. Nadie apuesta por mí, solo soy la víctima propiciatoria que confirmará a Míster KO en el trono de los pesos medios. Pero lo que los periodistas ignoran es que mi fuerza no reside en los puños, sino en mi corazón, en mi coraje, en mi voluntad de luchar y de no arrojar jamás la toalla.

Me desprendo del albornoz y me dirijo a mi rincón. El Jefe me masajea los trapecios y me dicta consignas. No le hago caso, el recuerdo de los dos boxeadores muertos se ha adueñado de mi mente. Suena la campana y oigo las últimas instrucciones:

—Cúbrete, no te ciegues. Pega los codos a los costados y mantén la guardia alta. Baila a su alrededor, sácalo de quicio.

Recuerdo la primera lección del Jefe, hace más de una década. El boxeo es como la vida, me dijo, lo importante no es golpear, sino evitar que te muelan a hostias. Un gran tipo, el Jefe, una de las pocas personas en este negocio que no ha tratado de chuparme la sangre.

El árbitro ordena a los preparadores que bajen del cuadrilátero. Mira a mi rival. *Ready?* Mister KO hace un gesto afirmativo. Ahora me mira a mí. *Ready?* Le digo que sí, que estoy *ready*, mientras pienso quién coño me habrá mandado a mí meterme en este fregado. Suena la campana. Mister KO emite un bufido y se abalanza sobre mí. Estiro el brazo derecho para tocar el guante del campeón, pero este omite el saludo y me sacude un *jab* y un directo que certifican su falta de deportividad y la demoledora potencia de sus puños. Su mánager se desternilla de risa. Bienvenido a Las Vegas, parece decir su sonrisa blanqueada. Recompongo la guardia y recupero la distancia. Mister KO, enfurecido, lanza un aluvión de golpes del que apenas puedo guarecerme. Parece que la noche va a ser dura.

Puerto Antiguo, quince años antes

Quinito estaba acodado sobre la barra mugrienta del Sybaris. Mientras manoseaba un botellín de cerveza a medio consumir, espiaba las evoluciones de Alejandra, la camarera, quien se afanaba secando vasos y depositándolos en orden prusiano sobre un anaquel de vidrio. Quinito tenía un aspecto rudo. Era más alto que bajo, fornido, y exhibía una generosa y larga ceja que se desplazaba, sin impedimentos ni interferencias, de un extremo al otro de la base de su frente. Lucía una cabeza redonda y sólida que se rapaba al cero para disimular su prematura alopecia. Podría describirse de muchas maneras, pero en todas ellas debería entrar en juego el epíteto «feo» o alguno de sus sinónimos. No obstante, la suya no era una fealdad repulsiva, una de esas que invitan a la náusea, el alejamiento o la ceguera. Su fealdad era armónica, noble. Una fealdad de cine, como la del hechizado protagonista de *La bella y la bestia*. A sus treinta y seis años, con tres campeonatos de España de los pesos medios en su haber y ya alejado del boxeo profesional, dirigía un modesto gimnasio a las afueras de Puerto Antiguo. El negocio no daba para lujos, casi ni para caprichos, pero le proveía de lo necesario para vivir. Todas las noches, al concluir la jornada, apagaba las luces, cerraba con llave la puerta del gimnasio y se dirigía al Sybaris. Antes de entrar, echaba una vistazo por el ojo de buey de la puerta de acceso. Después, traspasaba sigilosamente el umbral y se sentaba en el taburete del fondo, musitando un saludo para Alejandra. El dueño del garito, un cincuentón de facciones mezquinas a quien todos conocían como el Puñales, salía del almacén situado tras la barra y estrechaba la mano de Quinito, llamándolo «campeón». Luego regresaba a sus quehaceres, dejando al exboxeador sumido en sus cavilaciones.

La camarera se sabía observada. No le molestaba que Quinito perfilara su silueta con los ojos. Era un tío educado, discreto, y nunca daba problemas. Es más, sus disuasorias facciones habían contribuido a disipar un piélago de ellos: borrachos a quienes el alcohol ponía en modo faltón, clientes excesivamente afectuosos y parroquianos que no entendían el significado de la expresión «hora de cierre». De vez en cuando, la muchacha levantaba la vista de los vasos, de las botellas, o de lo que fuera que la tuviera ocupada e, inopinadamente, la dirigía hacia su admirador. Este, azorado, desviaba la mirada y fingía prestar atención a cualquier otra cosa: al televisor que emitía imágenes

sin sonido, a la mancha de humedad de la pared (que siempre le había evocado el perfil de Poli Díaz), o a alguna mosca sumergida en los restos de un cubalibre abandonado.

Era la una de la madrugada, hora de hacer caja. Alejandra cuadraba la contabilidad frente a la máquina registradora. Quinito anhelaba y temía ese momento. La camarera, absorta en el cálculo, le daba la espalda, ofreciéndole un magnífico panorama de su culo. Un culo pétreo, proporcionado, aupado sobre unas piernas largas y atléticas, piernas de velocista. Aquella noche, Alejandra llevaba unos vaqueros desteñidos que se le pegaban al cuerpo como una segunda piel. Quinito se desasosegó ante aquella estampa rebosante de belleza y juventud. ¿Por qué se ponía nervioso? ¿Tan fuerte era el magnetismo de aquella muchacha? Sus tribulaciones alcanzaron el clímax cuando Alejandra, sin dejar de contar billetes, se giró ligeramente y, con media sonrisa y un guiño, le ofreció la última cerveza.

—Invita la casa.

Los ojos de la joven, densos y oscuros como un mar nocturno, se posaron con calma sobre los de Quinito, aguardando la respuesta. El púgil no podía resistir aquella mirada franca. Se sentía morir. Querría quedarse allí, junto a Alejandra, tomándose un millón de últimas cervezas y emborrachándose en aquellos ojos negros y profundos de los que manaba una extraña corriente de paz, de intuiciones y de resignación. Daría media vida porque aquella invitación no fuera una mera formalidad, una cortesía con un cliente cumplidor al que se aprecia solo en su calidad de contribuyente a las arcas del establecimiento.

Reflejado en el espejo del botellero, Quinito examinó objetivamente su fachada: el cuello robusto, con unos trapecios que le nacían en los hombros y le trepaban casi hasta las orejas, el cráneo rapado, las cejas próximas y pobladas. Inspeccionó su barba, tupida como una alfombra a pesar del afeitado diario, y sus puños, macizos como martillos y siempre cerrados (deformación profesional) y prestos para la acción. Se sintió feo, zafío, indigno no ya de un hipotético (más bien utópico) amor de Alejandra, sino de su simple compañía, de su proximidad. Carraspeó, tratando de arrancar el motor de las palabras.

—Esto... Se agradece, pero tengo que irme. Es muy tarde.

—¿Tienes que madrugar? —Alejandra se volvió hacia la caja, depositó los billetes en un compartimento e, inclinada sobre la repisa, garabateó números en un cuaderno. La postura de la joven, volcada sobre los papeles, acentuaba sus curvas. Quinito se preguntó si sería consciente del poder devastador que ejercía sobre su persona.

—Abro el gimnasio a las ocho.

—Sí que madruga la gente para darse de bofetadas. —La camarera dejó el bolígrafo sobre el cuaderno y miró a su interlocutor—. Entonces, hasta mañana, ¿no?

—Sí, hasta mañana.

Quinito se puso la chaqueta de cuero y, con un gesto de la mano, volvió a despedirse de la muchacha. Salió del bar a paso lento, bamboleando los hombros como si estuviera esquivando directos. Alejandra, apoyada en la barra, lo miró con cariño. Con el transcurso del tiempo y las cervezas, se había ido acostumbrando a su silente compañía, a su tranquilizadora presencia. Tenía la sensación de que nada malo podía ocurrir cuando Quinito estaba cerca. Y le gustaba esa sensación.

El Puñales llamó a Alejandra desde la trastienda. Allí, tras una puerta pegada a la barra, tenía el almacén y una mesa que hacía las veces de despacho.

—Dígame, señor Vílchez. —Alejandra esperó en el quicio.

—Entra, muchacha, no seas tímida.

El Puñales estaba recostado en una silla, con los pies sobre la mesa, mirando la vieja televisión que se aupaba sobre una repisa de la pared. En la mano derecha sostenía un Ducados mientras la zurda, a falta de mejor ocupación, reposaba plácidamente sobre sus genitales rascando con delectación un área de acceso restringido. Alejandra no se movió del umbral.

—Usted disculpe, señor Vílchez, es que tengo que terminar el arqueo de la caja.

El Puñales desvió la mirada del televisor, aparcándola con desparpajo sobre los pechos de la camarera. Alejandra se abrochó un botón de la blusa para acortar el tramo de canalillo que los ojos de su jefe recorrían con morosidad. Llevaba más de un año trabajando para aquel salido y había adoptado una serie de automatismos que, si bien no la hacían inmune a su lascivia visual, al menos la habían ayudado a evitar, hasta la fecha, tocamientos y malos entendidos. El Puñales dio una profunda calada y exhaló el humo con un gesto pretendidamente sugerente que solo logró irritarle el lagrimal. Mientras, su mano izquierda seguía hurgando la zona oval con una tenacidad digna de mejor causa.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me llames de usted? Me haces parecer viejo.

El Puñales ignoraba que, aun sin el concurso del respetuoso tratamiento en tercera persona (que por otro lado no merecía), parecía bastante viejo. Y que para una chica de veinticinco años no solo lo parecía, sino que, efectivamente, lo era. Un carcamal rijoso

que se resistía a envejecer con dignidad y que dejaba un asqueroso rastro de obscenidad en cualquier zona de la anatomía femenina donde babeaba su lúbrica mirada.

Alejandra tornó a la barra y abrió el cajón de la máquina registradora. Contaría las monedas, apuntaría la cantidad en el cuaderno y se marcharía a casa. De repente, notó una presión en las nalgas y un hedor a hombre rancio y a tabaco negro. En el espejo vio reflejada una cara sorprendida (la suya) y otra contraída en una mueca indefinible (la del Puñales). Dio un manotazo a las garras de su jefe y se zafó con decisión del impúdico marcaje. El viejo sátiro había traspasado la línea roja.

—No me toque. ¡No vuelva a tocarme!

El Puñales se apartó despacio. Su semblante fingía una satisfacción burlona. Encendió otro cigarrillo, se llenó los pulmones de nicotina y trató de acariciar la mejilla de la camarera. Esta dio un paso atrás.

—Le he dicho que no me toque.

El Puñales sonrió con suficiencia y expelió el humo por la comisura de los labios. Después salió perezosamente de la barra, dejando el camino expedito a su empleada.

—Como tú quieras, gatita. Como tú quieras.

Alejandra giró la llave con sigilo para no despertar a Momo. Cerró la puerta a cámara lenta y, tras quitarse los zapatos, se dirigió de puntillas a la habitación de su hermano. Este, embozado en el edredón, dormía como una marmota. Alejandra tocó el radiador: el metal estaba frío. Desafortunadamente, el sueldo de camarera no daba para muchas horas de calefacción. Se acercó a la cama y se inclinó, depositando un beso en la frente del chico. Después se dirigió a la puerta con pasos pausados y mudos. Momo se revolvió en el catre.

—Hola, tata.

Alejandra se detuvo bajo el dintel y giró sobre sus talones.

—Hola, Momo.

El muchacho se incorporó en la cama, restregándose los ojos. El flequillo, castaño y lacio, le caía sobre la frente y le ocultaba las cejas. La inocencia de la cara y la delgadez del cuerpo le hacían parecer más niño de lo que era. Su falta de malicia también era impropia en un crío de doce años. A esa edad (preadolescencia, la llaman los psicólogos, amantes compulsivos de las palabras polisílabas), el ser humano comienza a frecuentar

la desconfianza y la maledicencia. Momo, por el contrario, era confanzudo, sincero e incapaz de pensar mal de nadie que no le hubiera dado evidencias reiteradas y manifiestas de una desbordante hijoputez.

—Tengo frío —murmuró el zagal—. ¿Puedes echarme otra manta?

Alejandra abrió las puertas del armario y cogió una frazada vieja que extendió sobre el edredón. Momo se arrebujó bajo el cobertor, gruñendo de satisfacción.

—¿Qué tal el trabajo, tata?

Alejandra forzó una sonrisa. Rememoró las manos lascivas del Puñales sobándole el culo y la subsiguiente náusea física y espiritual. Pero no era plan de desahogarse con su hermano. Era demasiado pequeño, demasiado joven para descubrir la repugnante condición de ciertos especímenes humanos.

—Como siempre —mintió—. Aunque hoy hemos tenido menos clientes.

—¿Ha ido a verte Quinito?

Alejandra, sentada en el borde de la cama, peinaba con sus dedos el flequillo de su hermano.

—Ha venido al bar, si es a lo que te refieres.

—¿Te gusta Quinito?

—¿Qué tonterías son esas, mocoso? —Alejandra se ruborizó—. Quinito es un cliente como otro cualquiera. Además, tiene diez años más que yo. O quince.

Momo se tumbó y guardó silencio. No quería que su hermana, ofendida por el comentario, se fuera de la habitación. Le gustaba que estuviera allí, sentada en la orilla del colchón, arropándole y acariciándole el cabello. Se sentía como un gato ronroneando en el regazo de su dueño. Sus padres habían fallecido en un accidente de tráfico, siete años atrás. Desde entonces, Alejandra ejercía el rol de madre. Y a juicio de Momo, (para quien su progenitora era apenas un álbum de fotos, una nana susurrada con voz dulce, un recuerdo evanescente) lo desempeñaba a las mil maravillas.

Permanecieron en silencio unos minutos, hasta que Momo cerró los ojos y su respiración devino lenta y profunda. Alejandra, procurando no hacer ruido, se encaminó de puntillas hacia la puerta. Cuando la traspasó, oyó la voz adormilada de su hermano.

—Pues tú sí que le gustas.

La joven se dio la vuelta. Momo permanecía inmóvil, sepultado bajo el edredón y la manta, con los párpados cerrados. Parecía dormido. Alejandra salió de la habitación sin poder reprimir una sonrisa.

A las ocho en punto sonó el despertador en el reloj-calculadora de Momo, un Casio de plástico negro que un tío lejano le había regalado, cuatro años atrás, con motivo de su primera comunión. Aquel reloj, a pesar de haber perdido los botones del número ocho y del signo de multiplicar, constituía su más preciado tesoro. Hasta cronómetro tenía, para qué decir más.

El muchacho se levantó vacilante y se introdujo casi a tientas en el cuarto de baño. Tras un breve aseo de urgencia, lo justo para deshacerse de las legañas y ahuyentar de sus axilas el olor a choto rancio, se vistió y metió los libros en la mochila. Al ponerse las zapatillas, unas Alidas blancas y fraudulentas surcadas por cuatro barras oblicuas, se quedó mirando las punteras. Dos incipientes agujeros amenazaban la impermeabilidad de sus pies. Alidas Air Momo, las denominaba Quintanilla en referencia a su inoportuno sistema de ventilación. Tenía que decirle a la tata que necesitaba unas zapatillas nuevas. O mejor no, ¿para qué? Alejandra se angustiaría ante la imprevista fatalidad y trataría de sacar, de debajo de las piedras, algún dinero para comprar otras deportivas. Y el crío sabía que dinero, lo que se dice dinero, no sobraba en aquella casa, y que si Alejandra le proporcionaba otro calzado, sería a costa de alguna privación personal; así que habría que alargar la vida de las Air Momo.

El niño se movía lento y sigiloso para no despertar a su hermana. En su imaginación, el descanso de Alejandra era el puntal clave de la economía familiar. Cualquier interrupción abrupta podía poner en peligro la subsistencia de la fratría. Salió del piso y bajó las escaleras con la felina agilidad propia de sus pocos años. En el zaguán del edificio, sacó una llave de un bolsillo del pantalón y la introdujo en la cerradura del bajo 1^a. A Momo siempre le había extrañado aquel rótulo sobre el dintel: «bajo 1^a». Su infantil sentido común le hacía pensar que un bajo 1^a exigía inexcusablemente la existencia de, al menos, un bajo 2^a. Pero en aquel zaguán no había más bajo que el 1^a. Tras mucho meditar, Momo había llegado a la conclusión de que el misterio del bajo 1^a era uno de esos arcanos sobre los que solo el transcurso del tiempo podría, si es que era factible, arrojar algo de luz. En su candidez, todavía creía que los adultos siempre hacen las cosas como es debido. Pero en algo no se equivocaba: el paso de los años aclararía las incertidumbres, enseñándole que entre las personas maduras (y en proporción harto inquietante), hay más tontos que botellines.

Ya dentro del piso, Momo saludó.

—¡Buenos días!

Al fondo del pasillo se oían pasos y trajín de vajilla. Un tocadiscos añejo reproducía música clásica.

—Buenos días, pequeñín. El desayuno ya está preparado.

Una señora de unos sesenta y cinco años, pulcra, dulce y delgada, se asomó al pasillo indicando al mozalbete, con un gesto de la mano, que pasara al salón. Llevaba un bonito vestido floreado y una chaqueta de lana gris. Sus cabellos, del mismo color que la chaqueta, estaban recogidos en un moño de intachable arquitectura. Momo dejó la mochila en el suelo del recibidor y obedeció la indicación de la mujer. Mientras sus pies avanzaban por el pasillo, su boca rezongó quejumbrosa:

—Jope, Hellen, no me llames pequeñín. Ya tengo doce años.

Hellen Schroeder sonrió mientras depositaba una jarra de naranjada encima de la mesa.

—Tienes razón. Ya eres todo un hombre.

Sobre el mantel había diversidad de viandas: magdalenas de chocolate, huevos pasados por agua, fruta, panceta frita, leche... Momo comió con fruición. Hellen le había inculcado que el desayuno era la comida más importante del día. Alejandra, a su vez, le había insinuado que, amén de la más relevante, el desayuno en casa de la señora Schroeder era la refacción más barata de la jornada, toda vez que corría a cuenta exclusiva de la generosa vecina. Así que, en la gula matutina del muchacho, convergían razones económicas y de salud, lo que la convertía en un pecado justo y necesario.

—Aclárame una duda, Momo. ¿Los hombres de doce años os avergonzáis al hablar con chicas de vuestra edad? —Hellen Schroeder posó sus ojos color turquesa sobre el ventanal que daba al jardín. Un macizo de margaritas asomaba salvaje tras el cristal, reclamando a gritos una poda rigurosa.

—No me da vergüenza hablar con las chicas. —Momo se ruborizó, desviando la mirada—. Lo que pasa es que me aburren.

—¿Todas?

—Ya sabes que no. —Las orejas de Momo estaban incandescentes—. Sabes que Celia no me aburre.

—No, no lo sé. Y tú tampoco lo sabes, porque no te decides a entablar conversación con ella. Lo único que sabes es que te gusta.

La estancia vibró con un ruido desagradable, como si alguien pisara gravilla. Momo se levantó y le dio la vuelta al vinilo. Mozart volvió a reinar en el salón, con su sonido limpio y expansivo, mientras el chico permanecía frente al tocadiscos, con la cabeza baja y las manos en los bolsillos.

—Es que me da corte.

—¿Corte es lo mismo que miedo?

Momo comenzó a balancearse sobre la punta de los pies, la vista fija en el disco negro.

—Creo que sí.

La mujer se incorporó, recogió los cubiertos y se dirigió a la cocina. Momo escuchó cómo abría el grifo y fregaba los cacharros. Al cabo de unos minutos, oyó la voz firme de su vecina:

—No es malo tener miedo.

El ruido del grifo cesó y la señora Schroeder regresó al salón, secándose las manos con un trapo de algodón. Momo seguía oscilando frente al tocadiscos, hipnotizado por su movimiento. Hellen puso una mano sobre el hombro del chaval:

—Lo malo es que nos entumezca.

El muchacho se dio la vuelta y alzó los ojos hacia la mujer.

—Tienes razón. Pero no puedo evitarlo. Cuando me acerco a ella me tiemblan las piernas. Y cuando me mira me pongo rojo y no sé qué decir.

—¿Por qué crees que te ocurre eso? —Hellen lo tomó de las manos.

—No lo sé —dijo Momo mirando hacia el jardín—. Igual porque es muy guapa. O porque es muy... Muy seria, muy formal, como si fuera mayor que yo. Como si supiera más cosas que yo.

—En eso no te equivocas —respondió Hellen guiñándole un ojo—. Las mujeres sabemos cosas vedadas a los hombres, sobre todo en lo relativo al amor.

Momo asintió circunspecto, como si acabara de escuchar una verdad misteriosa pero universal, uno de esos secretos que están fuera del alcance de los niños y cuyo conocimiento implica un jalón más en el camino hacia la edad adulta. Sus ojos, perdidos a través del ventanal entre las buganvillas y las margaritas del jardín, retornaron al salón y se posaron sobre los de la señora Schroeder.

—Hellen, ¿puedes sacar el Cofre?

La vecina miró el viejo reloj de pared. Las manecillas del vetusto artefacto marcaban las nueve menos cuarto. Aún quedaban cinco minutos para que Momo marchase al

colegio.

—Está bien. Espera.

Salió del salón y anduvo hasta su dormitorio cerrando las puertas a su espalda. Siempre lo hacía cuando iba en busca del Cofre. Momo suponía que lo custodiaba en algún recóndito recoveco. Al menos él lo haría, porque, para el chaval, el Cofre no tenía precio.

De la alcoba provenía un ruido discontinuo de cajones y trasteo. Al poco, Hellen Schroeder regresó al salón portando en las manos un pequeño baúl de ébano. En su tapa, labrada en letras mayúsculas, había una leyenda: «COFRE DE LOS VERSOS ROTOS». La mujer dejó el baúl sobre la mesa. Momo se sentó y pasó su mano por la madera oscura y resbaladiza.

—Ábrelo, Hellen.

La señora Schroeder sacó una llave de su chaqueta y abrió el Cofre. En su interior, ocupando todo el espacio, había cuatro cajas del mismo material que el arca que las contenía. Sus tapas estaban numeradas. Hellen extrajo la caja número uno y la abrió, ofreciéndosela a Momo.

—Elige una tira.

El crío metió la mano en la caja y cogió un papel doblado en cuyo interior había algo escrito a mano. Lo desdobló y, sin leerlo, lo puso boca abajo sobre la mesa. La mujer guardó la caja en el Cofre y extrajo la número dos.

Momo volvió a seleccionar una tira de papel y a ponerla boca abajo sobre el mantel. Repitieron la operación con las cajas tres y cuatro. Finalmente, puestas del revés contra la mesa del salón, había cuatro tiras de papel.

—¿A qué esperas, pequeñín? Dales la vuelta.

Momo tomó la primera tira y la giró. Una letra inclinada, como de caligrafía antigua, formulaba en tinta azul una pregunta:

¿Te cuento qué es el miedo?

El muchacho leyó en voz baja las palabras. El Cofre de los Versos Rotos le maravillaba. Siempre que lo consultaban les revelaba algo importante y oportuno, algo sobre lo que acababa de hablar con Hellen y que le concernía personalmente. ¿Era inteligente aquel baúl? Pensó que, del mismo modo que en el inquietante asunto del bajo

1ª, tendría que esperar a ser mayor para poder responder a esa pregunta. La vida estaba llena de incógnitas.

Hellen le señaló con el índice la segunda de las tiras. Momo la tomó entre sus manos y leyó su contenido:

Es la muerte del deseo,

Otra vez estaba ocurriendo. Otra vez el Cofre le hablaba al oído, desvelándole misterios que lo atenazaban, que lo obsesionaban. Momo colocó el papelito debajo del anterior y volteó el siguiente.

es empeñarse en frustrar

A Momo le sonaba el último vocablo, pero no estaba muy seguro de su significado, así que se lo preguntó a su amiga. Tras las explicaciones, levantó la cuarta tira.

vida, alma y sentimiento.

El muchacho puso los cuatro papelitos en orden, uno detrás de otro. Su semblante, como siempre que abrían el Cofre de los Versos Rotos, reflejaba una mezcla de dicha y estupefacción. ¿No era prodigioso que cuatro versos extraídos al azar formaran una poesía completa y comprensible? ¿Acaso no era mágico que todas las dudas del chaval, todas sus incertidumbres, hallaran respuesta en la sabiduría rimada del oscuro cofre de ébano?

Hellen le alcanzó una barra de pegamento y un cuaderno en cuya tapa frontal una mano infantil había escrito, en mayúsculas, «POEMAS DEL COFRE». Momo abrió el cuaderno y pasó varias páginas plagadas de versos escritos en tiras de papel. Cuando llegó a la primera hoja en blanco, tomó la barra de pegamento y, con extremo cuidado, fue pegando uno a uno los cuatro papelitos. Concluida la labor, releyó el poema una y otra vez, tratando de memorizarlo y de penetrar su sentido.

¿Te cuento qué es el miedo?

Es la muerte del deseo,

es empeñarse en frustrar

vida, alma y sentimiento.

Momo no entendía muy bien por qué aquella diminuta arca se denominaba Cofre de los Versos Rotos. Los versos que contenía no estaban rotos, ni quebrados, ni amputados. Los versos estaban enteros. Lo que estaba roto, en todo caso, era el poema, y solo hasta que la mano de Momo extraía de las cajitas las tiras de papel y les daba la vuelta, componiendo un poema completo. Pero Hellen le había dicho que el nombre grabado en la tapa era correcto, porque los versos aislados son versos rotos. Porque un verso, en sí, no tiene sentido. Su significado remite a otros versos y únicamente en ellos alcanza la plenitud. Como las personas. Una persona enclaustrada, le había dicho la mujer, es una persona rota o, al menos, demediada, incompleta. El sentido de nuestra vida solo se cumple en unión de otras vidas, de otras personas. Un hombre aislado es un absurdo. Una mujer solitaria es un concepto vacío. La unión de un hombre y una mujer llena de razón sus vidas, las dota de significado, las nutre de sentido.

—¿No debería alguien ir al colegio?

La irónica interrogación de la señora Schroeder sacó a Momo de su ensimismamiento. El Cofre y sus poéticos contenidos siempre sumían al niño en ensoñaciones.

—Me marchó, Hellen.

Momo fue al recibidor y recogió la mochila del suelo.

—Espera, pequeñín, te dejas algo.

Hellen Schroeder fue hasta la cocina y regresó con un bocadillo envuelto en papel de aluminio.

—Jamón y queso —dijo la mujer—. Y el pan con tomate, como a ti te gusta.

—Muchas gracias, Hellen.

Momo metió el bocadillo en la mochila y se la colgó de los hombros. La bolsa pesaba tanto que amenazó la verticalidad del niño.

—¿Qué llevas ahí? ¿Piedras?

El muchacho, ayudándose con pequeños saltitos, ajustó las asas de la mochila y acomodó el peso sobre sus espaldas.

—Los libros del cole.

—Pues pesan más que la Enciclopedia Británica. Si aprendes una cuarta parte de lo que hay ahí, serás el hombre más culto del universo.

Momo sonrió y dio un beso de despedida a su vecina. Esta hizo la señal de la cruz sobre la frente del crío.

—*Vai com Deus, filho.*

Tras la bendición, el niño salió del piso. La señora se acercó a la ventana lateral del salón y corrió ligeramente el visillo. Momo andaba a paso vivo. En el semáforo lo esperaba Quintanilla, recriminándole de lejos la tardanza. Se saludaron con un gesto de la cabeza y, acompasando sus zancadas, torcieron a la derecha camino del colegio. Hellen Schroeder se santiguó.

—*Cuida delle, Mãe Santa.*

Se alejó de la ventana, recogió el mantel y lo llevó a la cocina. Sacudió las migas sobre el fregadero. Después abrió el armario de los medicamentos y cogió la caja de Sintrom. Se metió dos grageas en la boca y las engulló con el auxilio de un vaso de agua. Tenía que controlarse la tensión y medicarse todos los días. Su viejo corazón, fatigado por la soledad, necesitaba ayuda para palpar. El tiempo y los disgustos, pensó, no pasan en balde. Se sentó en el sillón y una modorra liviana y perezosa la obligó a cerrar los ojos. Descansar, dormir, reposar. Revivir en sueños los episodios gozosos del pasado. En eso consistía ahora su vida: en un duermevela melancólico del que solo lograba despertarla la sonrisa inocente de Momo. En una espera resignada del sueño eterno, el definitivo, aquel que la reuniría para siempre con el amor perdido. Hasta entonces, solo quedaba recordar, y a eso se entregaba Hellen con las escasas fuerzas de su cuerpo marchito y con toda la energía de su alma intacta.

SEGUNDO *ROUND*:

SENTADO EN EL TABURETE de mi rincón, atiendo a las instrucciones del Jefe mientras Harry, el *cutman*, intenta curar el corte que un *upper* de Míster KO ha abierto en mi pómulo derecho.

—Pega como si le hubieran puesto los cuernos —bromeo. Mi voz, dificultada por el protector bucal, suena como la de un borracho.

—Déjate de historias —replica el Jefe—. Muévete alrededor suyo, no entres en su distancia. Está rabioso y saca demasiadas manos. Acabará fatigado; entonces tendrás tu oportunidad.

—Eso si no me desgracia antes.

—Por eso has de rehuir la pelea. Sal de su distancia y mantén alta la guardia.

Una muchacha morena de piernas infinitas sube al cuadrilátero. Creo que es la misma que portaba la bandera estadounidense. Sus contoneos recorren el perímetro mientras exhibe un cartel en el que se lee «2nd ROUND». Suena el gong, me incorporo y Harry hace desaparecer el taburete. El árbitro, un sexagenario de cabellera blanca repeinada con fijador, hace un gesto para que nos aproximemos al centro del *ring*.

—*Box!* —nos ordena.

Y Míster KO obedece. Vaya que si obedece. Tras unos golpes de tanteo, pega los codos a los costados y oculta el mentón bajo los guantes. Finta a derecha e izquierda, amaga un *jab* y un directo y, metiéndose bajo mi guardia, me envía un *upper* con la zurda y un gancho con la diestra que me retumban en la cabeza como dos cañonazos. Las rodillas se me doblan y estoy a un tris de besar la lona. Míster KO se percata de mi flaqueza y, acorralándome en un rincón neutro, trata de noquearme con un diluvio de directos y boleones lanzados (lo cual es muy de agradecer) con más odio que destreza.

—¡Fuera de ahí! —grita mi entrenador—. ¡Fuera de ahí!

Más por instinto de supervivencia que por sentido de la disciplina, doy dos pasos laterales hacia la mano buena de mi rival, recupero la distancia y vuelvo a montar la guardia. Por el pelo de un calvo, me digo. Miro con el rabillo del ojo a la silla de *ring*

reservada para mi mujer y compruebo que sigue vacía. Mucho mejor así. Si mi esposa me ve en esta tesitura, fijo que se desmaya. Y, dadas las circunstancias, bastante tengo con tratar de no perder yo el conocimiento.

—¡Distancia, distancia! —se desgañita el Jefe.

Bien sabe Dios que intento obedecerle, pero eludir a Míster KO no resulta sencillo. Está enardecido, encabritado. Me persigue por todo el cuadrilátero propinando puñetazos que pesan como martillos. Escapo a sus golpes con zancadas laterales, pero se gira veloz hacia mí, recuperándose la frente y cortando mi salida con *crochets* de derecha cuya contundencia, habida cuenta del escaso recorrido del brazo, no alcanzo a comprender. Boxea prescidiendo de los cánones y guiado en exclusiva por su instinto depredador. Creo que no está muy bien de la cabeza. Para pegar como Míster KO lo hace, hay que tener algún defecto de fábrica en las sinapsis neuronales que regulan la empatía y la compasión. Arrea con odio, con rencor, con una inquina que le nace en el alma y le recorre el cuerpo como una descarga eléctrica, convirtiendo sus puños en un arma letal.

Decido cambiar de estrategia y me aferro a mi rival, neutralizando sus brazos. El árbitro (ahora me percató de que tiene un asombroso parecido con Bill Clinton) nos manda separar. Obedezco formalmente pero, a la primera de cambio, vuelvo a abrazarme a mi oponente. Es una táctica cortoplacista y deslucida, lo sé, pero he de recobrar el resuello como sea. El público protesta y me abuchea. Bill Clinton vuelve a separarnos y me señala con el índice, avisándome de que, a la próxima, ordenará a los jueces que resten un punto de mi cartulina. Le digo que sí, que vale, y oigo de nuevo la maldita palabra:

—*Box!*

Míster KO, enrabiado por mis maniobras dilatorias, se me echa encima como un rinoceronte. Le faltan manos para atizarme. Un gancho de izquierda me alcanza el hígado, sacándome el aire. Olvido la amonestación de Bill Clinton y me agarro con desesperación a mi enemigo. Necesito unos segundos de tregua; de lo contrario, me iré al suelo. Bill comienza a farfullar gringadas en su gringa lengua y pone cara de enfado. Como si eso fuera a intimidarme. En estos momentos, lo único que me intimida son los guantes de Míster KO, y, gracias a Dios, los tengo inutilizados con mis brazos. Clinton deshace mi achuchón y me suelta una parrafada en inglés. Después, se dirige a cada uno de los cuatro jueces y les hace una señal para que me resten un tanto. Al carajo los

tantos, me digo. He conseguido tomar aliento y, cuando el árbitro nos indica que volvamos al lío, ya estoy en condiciones de pelear.

Míster KO no se percata de mi recuperación y avanza atropelladamente soltando mandobles de fuerza descomunal y técnica manifiestamente mejorable. Esquivo un directo con un paso lateral y le arreo un *crochet* cargado de mala sangre. Míster KO se tambalea y, por primera vez en todo el combate, retrocede escondiendo el jeto tras los guantes. Que lo mismo se pensaba que yo había venido de excursión o a llevarme todas las tortas. Por sus ojos cruza una sombra de preocupación. Pero cruza a toda leche, porque, rápidamente, vuelve a tomar la iniciativa y a comerme el terreno hostigándome contra las cuerdas. Intento escapar con zancadas diagonales, pero los *crochets* de mi enemigo me cortan la salida y acabo acorralado en mi rincón. Mal sitio para ver los toros. Mi oponente entra en el cuerpo a cuerpo («la distancia del dinero», la llaman los periodistas) y me castiga con unos ganchos formidables que estaría encantado de contemplar como espectador, pero que, experimentados en el propio cuerpo, resultan harto desagradables. No obstante, tengo la guardia bien montada y bloqueo la mayoría de los golpes. Míster KO se cabrea por su falta de eficacia, achica aún más los espacios y, aprovechando la inercia de un *upper*, me propina un cabezazo en la ceja izquierda. De puta madre, ya tengo partidos los dos lados de la cara. Me mareo y noto un dolor agudo en el arco ciliar. La sangre me resbala por el ojo dificultándome la visión.

Cuando estoy a punto de doblar la rodilla (y como prueba irrefutable de la existencia de Dios y de su salvífico patronazgo sobre los necesitados), suena la campana que pone fin al segundo asalto.

Seguimos en la brecha.

En Puerto Antiguo todos la llamaban *Fräulein* Schroeder (o *Fräulein* a secas) a pesar de que, al ser viuda, el germánico tratamiento de soltera hacía años que no le correspondía. Pero, en Puerto Antiguo, esas disquisiciones filológicas estaban fuera de lugar. El mérito del apodo había que adjudicárselo a Antoñito el Mediahostia, ayudante del boticario, cuya cabeza pasaba por ser una de las mejor amuebladas de la localidad. No en vano leía a diario el *Marca* y el *As*, y, en ocasiones especiales, visionaba (él juraba que sin dormirse) los documentales de la 2.

Fräulein Schroeder era, como su propio nombre indicaba, brasileña. Brasileña de Pomerode, una pequeña localidad interior del estado de Santa Catarina (el ente territorial más multirracial y rocambolesco del orbe) fundada por inmigrantes alemanes en los albores del siglo XX. Su padre había sido un gerifalte de las SS aquejado de judeofobia obsesivo-compulsiva y su madre una elegante valquiria luterana con cierta tendencia a no enterarse de aquello que no le convenía (característica, por otro lado, bastante extendida entre la población germana de la época). Tras la heroica muerte del *Führer* en duelo a pistola consigo mismo, el gerifalte de las SS decidió tomar las de Villadiego huyendo cual comadreja a la selva atlántica del Brasil. Allí, pese a la proliferación de especímenes de razas inferiores (portugueses, indios e incluso algunos ejemplares humanos de sorprendente negritud), un alto mando de la jerarquía nazi podía pasar desapercibido ante la previsible curiosidad inquisitiva de las potencias vencedoras y el ruin afán justiciero que, con toda probabilidad, esgrimirían los vengativos descendientes de Abraham. Establecido en territorio brasileño, adoptó el apellido Schroeder como marca familiar.

Hellen Schroeder, pues, fue concebida y alumbrada en Pomerode, en el corazón del *mato atlántico* brasileño, lo que, para un vástago de pura estirpe germánica, equivalía a un nacimiento en cautividad. Vino al mundo rubia, ojizarca y con una piel que, de puro blanca, diríase transparente. El arquetipo de la raza de Odín. Pero, ajena al bizarro pasado de sus progenitores, a Hellen, de natural alegre y soñador, todo aquello del *Führer*, el *Reich* de los mil años y la supremacía aria le traía sin cuidado. A ello debió de contribuir, qué duda cabe, la pertinaz sequía de las ubres maternas. Esta circunstancia, inquietante en una noble matrona de limpia sangre alemana, hubo de subsanarse (paradojas de la vida) con el concurso de un ama de cría más negra que un dolor de muelas. La bahiana Teresa, que así era conocida la nodriza, había sufrido un aborto cuando se encontraba a escasas semanas del parto. Su hombre, un negrazo zalamero, rijoso y embaucador, la había abandonado por una compañera más joven. El disgusto malogró el fruto que la bahiana gestaba en sus entrañas. El sustancioso producto de sus ubérrimos pechos, trágicamente desprovisto de su destinatario, halló en Hellen una entusiástica acogida.

Y así fue como Teresa, injustamente privada de su vocación maternal, comenzó a criar a la pequeña Schroeder (a la que, desde el principio, cuidó y quiso como a carne de su carne) sobrepasando de largo la prosaica tarea para la que había sido contratada. Los

señores Schroeder, con despreocupada manga ancha, dotaron a Teresa de una notable autonomía en lo referente al cuidado y crianza de su hija. Aprovechando el vacío de autoridad paterna, la nodriza, además de subvenir a las necesidades alimenticias de la pequeña, nutría su alma con la rítmica y sincrética espiritualidad de los negros nortños, hecha de cristianismo, candomblé, capoeira y todo tipo de tradiciones mixtas en las que se mezclaban lo religioso, lo supersticioso y lo musical. Porque, tras haber cumplido durante más de tres años sus deberes lactantes, Teresa siguió a cargo de la *menina*, trasmutando las labores de nodriza en un ambigua amalgama de funciones, entre las que se incluían las de cuidadora, aya y dama de compañía. Los señores Schroeder, ensimismados en la amarga digestión de su exilio y en la puesta en funcionamiento de la modesta granja que debía solventar las necesidades familiares, no se daban por enterados de las enseñanzas de la bahiana y dejaban que niña y nodriza hicieran y deshicieran a su antojo.

Los habitantes de Pomerode no salían de su asombro ante la dejadez educativa de los Schroeder. Hay que aclarar, no obstante, que la expresividad de un alemán sorprendido apenas difiere de la del mismo sujeto en estado de sosiego. Es decir, siempre aparenta una relajada y estólida circunspección. Es por esto que los padres de Hellen jamás detectaron entre sus convecinos signo alguno de censura o reprobación. De todos modos, la única persona con la que mantenían cierto contacto era Günter Schmitt, un arrocero cincuentón, bizco y pelirrojo que moraba en la finca alledaña y con quien apenas intercambiaban el saludo y alguna que otra frase cortés.

Con motivo del sexto aniversario de Hellen, y para guardar las apariencias y aplacar posibles remordimientos de conciencia, los Schroeder inscribieron a su retoño en la escuela femenina de Pomerode, donde se enseñaba a las muchachas historia, filosofía y lengua alemanas dentro de la más estricta y saludable moral luterana. Huelga decir que a la pequeña Hellen (hechizada por el embrujo musical y místico de la bahiana Teresa) la historia, la filosofía y la lengua alemanas, así como la estricta y saludable moral luterana, le bufaban un pie.

Y así fue creciendo Hellen, extraña a las tradiciones nacionales y familiares (en el caso de los Schroeder, venían a ser lo mismo) y guarecida en el negro regazo de Teresa, quien la empapó de misterio, compás y risa, y le infundió una cálida fe en Dios, en el entorno y en sí misma. Para fortuna de la pequeña, esta confianzuda espiritualidad la acompañaría toda su vida.

El viento levantaba remolinos de hojas secas y las gotas de lluvia repicaban contra las ventanas. Momo y Quintanilla, sentados en la penúltima fila de pupitres, jugaban a los barquitos. A Momo aquel juego lo aburría soberanamente. Le parecía un pasatiempo absurdo cuyo resultado final dependía, casi en exclusiva, del azar. Pero a Quintanilla le entusiasmaba, y no era plan de contrariar los deseos de su amigo. Por otro lado, la alternativa (atender las elocuentes explicaciones de don Wenceslao acerca del ominoso reinado de Fernando VII) era igualmente insulsa.

—B-8.

Momo miraba las copas húmedas y desnudas de los árboles. Las ramas, despojadas de follaje, semejaban huesos descarnados. A mil kilómetros de distancia, en un plano perdido de la realidad, la voz engolada de don Wenceslao glosaba las ignominias del Borbón.

—B-8.

Quintanilla esperaba respuesta. Sus palabras, igual que las del maestro, sonaban lejanas. La mente de Momo vagaba entre los versos de Machado:

*Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.*

—Pardiez, Momo —susurró Quintanilla, ajustándose las gafas—. ¿Qué le ocurre a vuesa merced? Se diría que esta batalla náutica se le da un ardite.

Quintanilla era un admirador incondicional de las novelas del capitán Alatriste. Las había leído todas. Primero, devorándolas de un atracón; luego, en posteriores lecturas, saboreando sus matices, recreándose en los lances caballerescos, en las cruentas matanzas y en los heroicos episodios que empedraban sus páginas. Como resultado de esta afición, se había impregnado hasta la médula de los giros y modismos del Siglo de Oro, que ahora dominaban su discurso. Se refería a Felipe IV como «el Rey Nuestro Señor» y perlabas sus frases con interjecciones obsoletas como «voto a tal», o «cuerpo de Cristo». Conocía las campañas, batallas y encamisadas de los tercios de Flandes como si las hubiera vivido a las órdenes del mismísimo marqués de Spinola. Tal era su amor por el personaje de Pérez-Reverte que durante una temporada insistió en que sus compañeros

de clase lo llamasen Alatríste o, en su defecto, Capitán. Estos, claro está, no solo no accedieron a las pretensiones soldadescas de Quintanilla, sino que, aprovechando la fenomenal oportunidad brindada por el muchacho, comenzaron a referirse a él como Capitán Caratríste (aludiendo a su rostro enjuto y macilento), o, en una versión menos versallesca, Quintanilla el Pollatríste.

Momo regresó de su poético viaje y buscó, en la cuadrícula dibujada sobre la cuartilla, la casilla B-8.

—Tocado y hundido.

—Pues juraría que vuesa merced ya no dispone de naos con que proseguir el combate.

—Quintanilla rebosaba satisfacción. Le extasiaban las victorias náuticas, aunque fueran a escala y en papel.

—Es verdad —dijo Momo—. Has vuelto a ganar.

Don Wenceslao relataba con encono el servilismo bonapartista del rey Felón y su regalada estancia en Valençay cuando sonó la campana que señalaba el final de las clases. Los niños recogieron los libros y se lanzaron precipitadamente a la calle en recobro de su libertad. Don Wenceslao, atusándose una punta del blanco mostacho, los veía partir. Bendita juventud, pensaba, seguro que no les ha quedado en la mollera ni una sola palabra de la lección. Después, sincerándose consigo mismo, don Wenceslao reconoció que a los doce años (que los tuvo, aunque hubieran transcurrido en blanco y negro) también a él se la traían al paio los enredos de Napoleón y el Deseado.

Momo y Quintanilla fueron los últimos en salir. Junto a la puerta, cedieron el paso a don Wenceslao, quien llevaba colgada del hombro, además de una maleta de cuero con libros y apuntes, la funda negra de su carabina.

—Señor director —dijo Quintanilla—, ¿a adiestrarse nuevamente en el manejo de la espingarda?

Don Wenceslao sentía debilidad por aquel chico enteco y enfermizo. No solo porque fuera hermano de Juanón, ni siquiera porque fuera el alumno más aplicado en su asignatura, sino, sobre todo, porque era un pedazo de pan bendito. Y porque, sin haber alcanzado la pubertad, era capaz de usar vocablos como *adiestrarse* y *espingarda*.

—No es una espingarda —contestó el maestro—, es una escopeta de plomillos. Una de las pocas armas semiautomáticas de aire comprimido que pueden encontrarse en el mercado.

Momo lo miró extrañado.

—¿Se venden escopetas en nuestro mercado?

Don Wenceslao dejó escapar una carcajada.

—En el mercado del pueblo, no, zagal. He usado el término mercado en un sentido amplio, para designar el conjunto de actividades económicas realizadas por los agentes privados sin intervención del poder público.

Momo y Quintanilla se miraron. No habían entendido nada, así que, durante unos segundos, se abstuvieron de dar la réplica al director. Por fin, Quintanilla rompió el incómodo silencio.

—¿Ha quedado con mi hermano?

—Sí —contestó don Wenceslao—. Siempre disparamos juntos.

—¿Y a qué disparan? —Momo se imaginó largas expediciones de caza mayor, monterías interminables, trepidantes aventuras.

—A una diana —respondió don Wenceslao deshaciendo el encanto—. Este artefacto es capaz de dar en el blanco a más de cuarenta metros de distancia.

Salieron al pasillo. El director marchó a su despacho y los muchachos se encaminaron hacia la puerta del colegio. La calle estaba tomada por exultantes hordas infantiles. La chiquillería, alegre y vocinglera, daba rienda suelta a la energía reprimida durante las anodinas horas lectivas. Había dejado de llover y los rayos de sol se reflejaban en la suciedad oleaginosa de los charcos. Pero donde más refulgía el astro rey era en el bucle que el moño de Celia había dejado caer sobre su nuca.

Momo podría reconocer aquel rizo en cualquier lugar del mundo, lo tenía grabado en el córtex cerebral y labrado a fuego en el corazón. El caracolillo rebelde, la nuca firme y esbelta, el moño prendido por horquillas invisibles y una peineta de carey estaban siempre presentes en sus sueños nocturnos y en sus fantasías diurnas. La muchacha le daba la espalda mientras charlaba con sus compañeras de clase. Para desgracia del chaval, Celia, que tenía su misma edad, iba a 7º C. Y eso constituía para Momo (que pertenecía al 7º A) un molesto escollo. Molesto y superfluo, porque la timidez y la inseguridad del muchacho, sin necesidad de auxilios externos, se bastaban y sobaban para sabotear cualquier atisbo de acercamiento.

La chica llevaba una mochila rosa colgada de los hombros y, en el regazo, una carpeta con la que se cubría púdicamente los incipientes senos. Vestía una falda larga y floreada y un jersey de lana con bordados y coloridos bodeques. Balanceaba los hombros de manera cadenciosa, a izquierda y derecha, como si acunase la carpeta, lo que permitía a

Momo admirar, a intervalos intermitentes, su deseado perfil. La frente despejada, la nariz diminuta y algo corva, los labios sonrosados y los dientes blancos y regulares constituían el marco perfecto para encuadrar unos ojos castaños, grandes y risueños que provocaban cosquillas en las entrañas de Momo y un ansioso regocijo en su alma.

Celia se despidió de sus amigas y echó a andar en dirección contraria a la de Momo. Este la admiró embelesado. Quintanilla lo tomó del brazo y lo zarandeó, en un intento de captar su atención.

—¡Voto a Dios! Que me cuelguen del palo de mesana si vuesa merced no ha perdido el juicio por causa de esa bella doncella.

—No digas tonterías —replicó Momo, siguiendo con la vista el contoneo de las caderas de Celia—. No seas bobo.

—Mida voacé sus palabras —declamó Quintanilla ahuecando la voz — si no está dispuesto a refrendarlas con su acero. Pero a fe mía que es buena moza.

Celia se alejaba del colegio. Antes de cruzar la calle, se le unió su hermano Aurelio, más conocido como el Curita. Aurelio, que era un par de años más joven que Celia, oficiaba de monaguillo en la misa dominical, circunstancia a la que debía el inocente mote y las pesadas burlas con que lo obsequiaban los críos de Puerto Antiguo. Vílchez y Benavides, los matones del colegio, se acercaron a los hermanos.

—¡Eh, Curita! —Vílchez asió a Aurelio por el cuello de la camisa—. ¿Te importa que os acompañemos? Que no es por ir contigo, ¿sabes? Es por pasear con tu hermanita.

Aurelio miró a Vílchez con temor y no dijo palabra. Celia puso cara de fastidio, cogió del brazo a su hermano y reemprendió el camino. Vílchez les cortó el paso.

—Vaya, vaya. ¡Qué carácter tiene tu hermana! —Vílchez (también conocido como Puñalitos por ser hijo del Puñales) le hablaba a Aurelio, pero no apartaba la vista de Celia. Benavides, servil, reía las gracias de su amigo—. Oye, Curita, ¿te has fijado que a Celia le están saliendo tetitas?

Vílchez y Benavides, contumaces repetidores, cursaban el segundo bis del último curso de primaria. Con dieciséis años, eran los mayores del colegio e imponían su arbitraria ley con rigor digno de mejor causa. Eran chulos, agresivos, feroces y prepotentes. Robaban a los más débiles y abusaban de las chicas. Hoy en día, los ingleses usan el epíteto *bully* para calificar a aquellos que, como Vílchez y Benavides, hostigan a sus condiscípulos. Por aquel entonces, en Puerto Antiguo, a ese tipo de críos se los llamaba, con esa tendencia patria hacia lo simple y lo descriptivo, *hijoputas*.

Celia y Aurelio esquivaron a Vílchez y continuaron la marcha. Este desistió de seguirlos y, elevando el tono de voz, se dirigió a Benavides:

—¿Has visto qué culito tiene la niña? ¡Que no me entere yo de que pasa hambre!

Benavides asentía con la cabeza, mostrando una rastrera sumisión hacia su colega. Celia, haciendo oídos sordos, siguió adelante. Aurelio tenía que apresurarse para no quedarse atrás. Los hermanos cruzaron la calle y torcieron la esquina. Puñalitos Vílchez palmeó la espalda de Benavides y, olvidándose de Celia y del Curita, se sentó junto a su amigo en un banco frente a la puerta del colegio. Encendió un pitillo y, remedando el indolente semblante que lucía James Dean en el póster de su habitación, entornó los ojos, ladeó la cabeza y exhaló el humo de la primera calada.

Momo y Quintanilla, que habían asistido espantados a la escena, estaban a pocos de metros de los matones. Momo sentía rabia, impotencia y bochorno. Su instinto de supervivencia había prevalecido sobre la gallardía y la caballerosidad. Tendría que haberse enfrentado a Vílchez y haberle afeado la conducta. Quintanilla abundó en la idea, hurgando con su verbo arcaico en la deshonrosa herida de Momo:

—Un hidalgo español no debe tolerar tamaña afrenta al honor de su amada.

A Momo lo de la hidalguía le importaba un comino, pero sabía que Quintanilla tenía razón. Su mente trabajaba a toda máquina en la elaboración de una excusa creíble, de algún pretexto que su amigo (y su propia conciencia) pudieran estimar como atenuante de aquella cobarde inacción.

—Si me hubiese enfrentado con Vílchez, las cosas se habrían puesto peor. No quiero que le pase nada a Celia por mi culpa. Ni a Aurelio.

Quintanilla se quitó las gafas y las limpió con el paño de algodón que extrajo de un bolsillo del abrigo. El escepticismo se dibujó en su rostro.

—Ya.

Momo enrojeció. La vergüenza le roía por dentro.

—¿No me crees? —La pregunta no respondía a ninguna duda, ya que la incredulidad de Quintanilla era manifiesta. No obstante, Momo insistió—. Si me hubiera puesto en medio, habrían pegado a Aurelio, o le habrían hecho algo malo a Celia, o...

—A otro perro con ese hueso —interrumpió Quintanilla, poniéndose de nuevo las gafas.

El reproche de su amigo confirmó el temor de Momo: se había comportado como un miedica permitiendo que dos bravucones de tres al cuarto se mofaran de su amada.

Recordó el Cofre de los Versos Rotos y el poema compuesto con las tiras de papel. Una mezcla de nerviosismo, furia y canguelo le subió por la garganta como magma por la chimenea de un volcán. Respiró hondo, tensó las mandíbulas y, en cuatro zancadas, se plantó frente al banco en el que Vílchez y Benavides fumaban con aire de madura suficiencia. Alzó la voz. Quería que todos le oyeran. Aún quedaban muchos alumnos zanganeando por los alrededores del colegio.

—No vuelvas a meterte con Celia.

El corazón le latía desbocado. Vílchez compuso un gesto de sorpresa, dio una chupada al cigarrillo y, emulando a los malos de las pelis de bajo presupuesto, expelió el humo despacio, dirigiéndolo a la cara de su interlocutor.

—¿Quién coño eres tú, mocososo?

Momo vaciló entre responder a la pregunta del abusón o lanzarse temerariamente a su cuello. En su interior, se impuso la prudencia.

—Me llamo Momo.

—¿Y qué mierda de nombre es ese?

Vílchez intercalaba una palabra malsonante en cada frase. Es lo que había visto hacer a los tíos duros de la tele.

—No es un nombre, es un apodo. En Puerto Antiguo todos me llaman así.

—Escúchame, Memo. Será mejor que te largues cagando fuego, si no quieres que tu madre se asuste al ver rota tu cara de nenaza.

Benavides soltó una risita ancilar. Lo de Memo le había parecido el colmo del ingenio lingüístico. Momo notó cómo se le aceleraba el pulso. Apretó los puños y frunció el entrecejo.

—Me llamo Momo. Y no hables de mi madre. Está muerta.

Quintanilla, cuya vocación bélica se circunscribía al inocuo mundo de las novelas, agarró a su amigo de la manga e intentó sacarlo de allí. Pero este permaneció clavado frente a Vílchez, sosteniéndole la mirada. El abusón dio la última calada al cigarrillo y tiró la colilla al suelo.

—Escucha, Memo. Me importa una mierda que tu madre esté muerta. ¿Y quieres saber otra cosa?

Momo no quería saber otra cosa, así que no permitió que el Puñalitos respondiera a su propia pregunta. No toleraba que nadie usara la palabra «mierda» en la misma frase en la que se mentaba a su madre. Su afán de conservación cedió paso a una irresistible

agresividad. Sin pensárselo dos veces, se lanzó al cuello de Vílchez, derribándolo del banco. Los dos muchachos rodaron por el suelo, convertidos en un ovillo humano de piernas que pateaban y puños que golpeaban. Al instante, los alumnos que aún holgazaneaban por las inmediaciones del colegio formaron un corro en torno a los contendientes, jaleándolos y profiriendo gritos imperativos y una variopinta amalgama de exabruptos.

La desigualdad física entre los púgiles se vio compensada al principio por la justificada ira de Momo, quien, a pesar de su menor altura y de su delgada constitución, puso en graves aprietos a su rival gracias a una serie de fulminantes y sonoros bofetones. Pero Vílchez, cinturón negro en reyerta callejera, inclinó la balanza a su favor clavando los dedos en los ojos de su rival y propinándole acto seguido dos certeros puñetazos en la mandíbula. Momo acusó los directos y aflojó la presión sobre su adversario. Los golpes lo habían mareado. El contraataque de Vílchez habría derivado en paliza si en aquel instante, con angelical sentido de la oportunidad, no hubiera aparecido don Wenceslao. El director, a base de collejas y pescozones, logró abrirse hueco entre los enfervorizados espectadores y, asiendo de las orejas a los luchadores, puso punto final a la contienda.

—¿Se puede saber qué demonios pasa aquí?

Don Wenceslao, retorciendo los lóbulos de los encarnizados contrincantes, rugía con voz de trueno. Las hebras de su mostacho blanco aparecían eléctricas, erizadas.

—¿Qué forma es esta de comportarse?

El corro de alumnos se disolvió. A los pocos segundos no quedaba nadie en la puerta del colegio, a excepción de Benavides y Quintanilla, quienes, por separado, y a una más que prudente distancia, asistían al zarandeo que don Wenceslao estaba administrando a sus amigos.

El director, una vez apaciguados los ánimos, soltó los apéndices auditivos de los alumnos, compuso su vestimenta y se acomodó sobre el hombro izquierdo la funda que guarecía su amada escopeta de plumillos.

—Vílchez, lo suyo no tiene remedio. —El golfillo agradeció el cumplido con una sonrisa y el arqueado de su ceja derecha—. Afortunadamente, solo falta un año para que lo perdamos de vista. Lárguese de aquí.

Acompañado del perruno Benavides, Puñalitos abandonó el lugar con gesto provocativo. Avanzaba a pasos oscilantes y acompasados, como si fuera un negro deambulando por las calles del Bronx. Una manera de caminar, pensó Momo, que en

Fregenal de la Sierra (pueblo natal de los señores Vílchez) hubiera provocado, sin duda, el descojone general.

Don Wenceslao interrumpió las cavilaciones del niño.

—Momo, hijo mío, ¿por qué se mete en líos con ese indeseable? ¿No se da cuenta de que puede hacerle daño?

Momo sorbió el fluido sanguinolento que se le escurría por la nariz.

—Se ha metido con mi madre.

—¿Así, de repente?

El crío se lamió la comisura de los labios. El sabor a hierro le indicó que también por allí manaba sangre.

—Primero se metió con Celia y yo traté de defenderla.

Don Wenceslao sonrió condescendiente y pasó una mano por la cabeza del chaval.

—¿Le gusta esa chica?

Momo no respondió. Tampoco era necesario, el rubor que tomó al asalto sus mejillas hablaba por sí solo. Don Wenceslao le dio un cariñoso pescozón.

—Ande, váyase de aquí y sea más sensato en lo sucesivo.

Momo obedeció y se encaminó hacia la esquina en la que, aún excitado por el espectáculo, lo esperaba Quintanilla. A unos metros de su amigo, escuchó la voz rotunda del director.

—De todas formas, un hombre siempre debe comportarse como tal.

Momo se giró, pero don Wenceslao, dándole la espalda, abandonaba el escenario de la reyerta. Quintanilla corrió hacia su compañero.

—¡Cuerpo de Dios! ¡Vuesa merced se ha batido de modo memorable! En verdad os digo que es un honor para mí ser amigo de un cristiano tan bizarro.

Momo dibujó una sonrisa triste. Quintanilla le alcanzó la mochila y le estrechó vigorosamente la mano. Los dos amigos echaron a andar. Mientras Quintanilla recreaba en su magín los pormenores del trepidante episodio, Momo meditaba sobre las peligrosas consecuencias de su recién nacida enemistad con Vílchez. Pero no se arrepentía de nada. Como había afirmado don Wenceslao, un hombre siempre debe comportarse como tal.

Los días posteriores a la pelea fueron para Momo un continuo sobresalto. Vivía en un sinvivir. Puñalitos Vílchez y su acólito Benavides parecían ubicuos. Merodeaban por dondequiera que Momo se hallase. El cerebro del muchacho se había transformado en un incansable radar cuya única tarea consistía en rastrear la presencia de la ominosa pareja para evitar un fatal encontronazo. De momento, lo había conseguido.

Esa era la cruz de la moneda. La cara tenía el rostro de Celia. Alguien le había relatado la heroica defensa de su honor que había protagonizado Momo, y la chica, desde entonces, lo miraba con otros ojos. O, mejor dicho, por fin lo miraba. Y lo hacía de manera dulce, con una caída de pestañas que denotaba, a juicio del chaval, algún sentimiento próximo al agradecimiento, la simpatía o (¿por qué no?) la admiración. Esas castas miradas llenaban de gozo el corazón del crío, quien daba por bien pagados los puñetazos en la mandíbula y el temor cotidiano a una nueva tunda. No es que el matrimonio con Celia fuera inminente, pero ahora, al menos, la niña sabía de su existencia y no rehuía el intercambio visual que todos los días, al salir del colegio, Momo le proponía.

Un miércoles, sentado durante el recreo en el suelo del patio con la espalda recostada contra la pared, reflexionaba satisfecho sobre estas circunstancias. Ya no jugaba al fútbol con el resto de sus compañeros; ahora tenía asuntos adultos sobre los que cavilar. Amores y enemistades mortales, ahí era nada. Mientras daba cuenta del bocadillo de tortilla que *Fräulein* Schroeder le había preparado (el pan untado con ajo y tomate, y humedecido con unas gotas de aceite), su radar mental trató de localizar a los protagonistas de sus pensamientos. Afortunadamente, Vílchez y Benavides no estaban en el patio. Andarían por ahí, aligerando el monedero de algún incauto. Por desgracia, el otro sujeto de sus cuitas, Celia, tampoco estaba en las proximidades.

Quintanilla, con pasos indecisos y gesto compungido, se aproximó hasta Momo, acomodándose a su lado.

—Este colegio semeja tierra de infieles —dijo. Tenía las gafas empañadas y los ojos húmedos y enrojecidos, como si acabara de llorar.

—¿Qué te ha pasado?

Caratriste echó una ojeada a su alrededor. Después, mientras limpiaba las gafas con el jersey, habló en un susurro:

—He sido bellacamente despojado de mis viandas y de mi peculio.

Momo se tomó unos segundos para traducir al castellano moderno las palabras de su amigo. Recordó que *viandas* equivalía a alimentos y dedujo que *peculio* debía de ser la calderilla que Quintanilla padre, con harto sentido de la moderación, proporcionaba a su hijo para sus exiguos gastos semanales.

—¿Quién te ha robado?

Quintanilla volvió a ponerse las gafas y escupió de lado, lanzando el salivazo entre los dientes, por la comisura de los labios. En su imaginación, así era como escupía el capitán Alatraste.

—¿Quién había de ser? Ese par de facinerosos, Vílchez y Benavides.

Momo pasó su brazo izquierdo por los hombros de su amigo. Aquel día, el monedero aligerado había sido el de Quintanilla.

—¿Te han pegado?

—Lo justo y necesario. —Caratraste se llevó las manos al abdomen—. Un certero puñetazo en la boca del estómago. Lo cabal para dejarme sin aliento y frustrar la que iba a ser, voto a Dios, una enfurecida defensa.

Momo intuyó que su amigo estaba a punto de llorar.

—Ya. —No sabía qué decir, así que no dijo nada y aumentó la presión de su brazo sobre los hombros del crío. Quintanilla agradeció con un mohín el solidario abrazo.

—Luego se han colado en las sagradas aulas de nuestra escuela para proseguir con sus latrocinios. —Volvió a echar una ojeada en derredor. Nadie los estaba observando—. Aprovechan el recreo para saquear las talegas de nuestros condiscípulos.

—¿Estás seguro de eso?

—Que me ahorquen si miento.

Esta vez fue Momo el que oteó los alrededores. Ni rastro de Vílchez y Benavides. Ahora que caía, hacía tiempo que no se los veía rondar por el patio durante el recreo exhibiendo sus modales chulescos y arrabaleros. Según la revelación del Capitán Caratraste, invertían el tiempo del descanso en menesteres más lucrativos.

—¿Hace cuánto que sabes eso? —preguntó Momo.

—Desde principios de curso.

—¿Se lo has contado a alguien?

—¿Por quién me ha tomado vuesa merced? —Quintanilla levantó el mentón—. La delación es impropia de caballeros cristianos.

—Les tienes miedo, ¿no?

—Más que a un alacrán en los calzoncillos.

—Es normal —dijo Momo—. A mí también me dan miedo. Pero deberías contarle a alguien lo de los robos. No puedes dejar que sigan haciendo lo que les dé la gana.

—¿Y si se enteran de que he sido yo el soplón?

—Cuéntaselo a alguien en quien confíes. Alguien que no te vaya a dejar con el culo al aire. —Momo entornó los ojos, concentrándose—. Cuéntaselo a tu hermano.

—¿A Juanón?

—No, al Capitán América, ¿no te fastidia? —Momo resopló hacia arriba, haciendo ondear su flequillo lacio y castaño—. ¿Es que tienes otro hermano?

Quintanilla guardó silencio, ponderando las ventajas (pocas) e inconvenientes (muchos) de obrar con arreglo al consejo de su amigo. Pero, después de la exhibición de valor protagonizada por Momo el día de la pelea, negarse a transmitir la información por temor a posibles represalias sería considerado por su compañero como una mayúscula demostración de cobardía. Y eso sí que no. Por ahí no pasaba. Prefería que Momo lo considerara el soplón que no era antes de que descubriera al blandengue que, efectivamente, habitaba en su interior. Adoptó una solución de compromiso: le explicaría a su hermano aquel asunto de los robos en el colegio y le sugeriría que lo pusiera en conocimiento de don Wenceslao preservando el origen anónimo de la confidencia. De esta manera, el director tomaría cartas en el asunto y su culo (el culo de Quintanilla) estaría a salvo de represalias.

—Se lo contaré a mi hermano —dijo—. Pero solo lo de los robos en las aulas. No quiero que averigüe que no sé defenderme.

Las dos horas posteriores al recreo transcurrieron con desesperante lentitud. Clases de álgebra y de historia. Momo no era muy hábil en la primera y se moría de aburrimiento en la segunda, así que accedió a jugar a los barquitos con Quintanilla. Este, como en él era habitual, centró toda su atención en la ficticia naumaquia, reteniendo en la memoria las posiciones tocadas de su adversario y estrujándose las meninges para decidir tras qué cuadrículas anidaba el hundimiento de la flota enemiga. Al principio, Momo se concentró en el juego, pero, al poco rato, su imaginación comenzó a divagar anticipándose con aprensión a las diversas formas de venganza que, contra él, estaría ideando Puñalitos Vílchez. Habían pasado varios días desde la reyerta y su adversario no había dado todavía señales de vida. Pero Momo conocía el percal y sabía que, más pronto que tarde, el hijo del tabernero intentaría desquitarse de la afrenta. Daba por

descontado que el día de cobro estaba próximo. Eso no lo desazonaba en demasía. Lo que lo mataba era la incertidumbre acerca de la modalidad de pago.

Tras varias victorias navales de Quintanilla, terminaron las clases. Don Wenceslao, finalizada la lección de historia, retuvo a sus alumnos durante unos minutos, recomendándoles la lectura de una novela de Martínez de Pisón que versaba sobre los sitios de Zaragoza. Caratriste, cómo no, ya la había leído. Lo cual no era ni bueno ni malo. Lo nefasto fue que, a mayor abundamiento en su fama de empollón, decidió trasladar dicha circunstancia al profesor y a sus compañeros, motivando el soterrado abucheo de la muchachada y la vergüenza ajena de Momo.

Quintanilla y Momo salieron de clase y aquel mantuvo una breve charla con don Wenceslao acerca de la novela. Cuando los dos chicos abandonaron el colegio, la calle estaba desierta. Casi desierta: sentados en unas escaleras, a menos de tres escupitajos de distancia, Vílchez y Benavides hacían crujir los nudillos. Momo miró en todas direcciones en busca de ayuda, pero no parecía haber un alma en un kilómetro a la redonda. Tras un breve debate interno, el chico descartó la huida por razones de honor y porque, paralizado como estaba por el miedo, al alfeñique de Quintanilla no le responderían las piernas. Dejar a su amigo a merced de aquellos matones sería una canallada y, además, tampoco serviría para salvar el pellejo: Puerto Antiguo era pequeño y Puñalitos disponía de todo el tiempo del mundo. El día de cobro había llegado. Posponerlo, pensó Momo, solo conseguiría prolongar la angustia y aumentar los intereses de demora.

—¡Mira a quiénes tenemos aquí!—exclamó Vílchez palmeando la pierna derecha de Benavides. Los dos abusones se pusieron en pie y, contoneando las caderas, se aproximaron a sus víctimas—. ¡Si son Memo y el Capitán Pollatriste!

Momo y Quintanilla se quedaron quietos, envarados, a la espera de acontecimientos. A los pocos segundos, el aliento nicotínico de la violenta pareja les ultrajaba las narices. El terror cinceló las facciones de Quintanilla, confiriéndole una apariencia rígida y enfermiza. Vílchez le propinó dos cachetes despectivos.

—Venga, Pollatriste. Lárgate de aquí. —El semblante del Puñalitos mostraba condescendencia—. Tú no pintas nada en esto.

El aludido interrogó a Momo con la mirada. Este hizo un gesto afirmativo y Quintanilla salió por piernas. Momo no se lo tuvo en cuenta. A su tierna edad ya había aprendido que, para la mayoría de las personas, el miedo era una emoción omnímoda.

Además, en lo que a peleas se refería, la compañía de Quintanilla era, en el mejor de los casos, meramente testimonial, y en el peor (y más probable) podía constituir un auténtico estorbo.

—Muy bien, Memo —Vílchez volvió a chascar los dedos—. Por fin solos. Tú y yo.

La paliza era inevitable y Momo decidió afrontarla con dignidad.

—No estamos solos. —Momo señaló con la cabeza a Benavides—. Te acompaña tu perrillo faldero.

Benavides escupió sobre la cara de Momo, quien se limpió despacio con la mano derecha y, aprovechando que estaba levantada, la dejó caer con fuerza sobre la oreja del autor del salivazo. Y eso es todo lo que Momo pudo recordar, porque, en ese instante, Vílchez, asiendo un puño americano, le golpeó en la cabeza, haciéndole perder el conocimiento.

Los dos jaques se cebaron sobre el cuerpo inerte de Momo, propinándole un diluvio de patadas, codazos y puñetazos. Una paliza cruel, desmedida e impropia de adolescentes. Le machucaron la nariz y los ojos, le majaron dos costillas y le dejaron, como recuerdo de la visita, hematomas en el torso, en los brazos y hasta en los mismísimos sobacos. Cuando recuperó la conciencia, Momo pensó que un tren de mercancías le había pasado por encima.

Tardó en ubicarse. Lo último que su memoria pudo reconstruir fue la bofetada lanzada sobre Benavides. El recuerdo del sopapo hizo que los labios, pintados de rojo-sangre, se le contrajeran levemente en una tentativa de sonrisa. Lo demás se deducía fácilmente: aquellas dos bestias le habían golpeado sin piedad, dando rienda suelta a su saña. Momo registró, centímetro a centímetro, toda su anatomía. La sonrisa, apenas pincelada, se le borró de inmediato. No había centímetro de su piel que se hubiera librado del violento contacto con sus agresores. El dolor acompañaba sus más leves movimientos y, no contento con dominar su cuerpo, comenzaba a ocupar también su mente. Se recostó contra la pared, respirando con dificultad. Le asaltaron las ganas de llorar, pero vio que, desde uno de los extremos de la acera, se aproximaban dos siluetas. Le resultaron familiares, así que se contuvo. Al poco rato, Celia y Aurelio llegaron a su altura.

—¡Dios mío, Momo! ¿Qué te ha pasado?

Era la primera vez que Celia le hablaba y el muchacho sintió que un rayo de sol iluminaba su corazón. El rostro de la chica se contrajo en un gesto de horror ante el lamentable aspecto de Momo, pero este se sentía pletórico. Después de tanto tiempo (y

tantos contratiempos), Celia le dirigía la palabra. Y sabía su nombre. ¡Celia sabía su nombre! A través de los párpados amoratados, pudo ver su nariz aguileña, su cuello esbelto y frágil como el tallo de un tulipán, sus labios fruncidos por la pena y sus ojos castaños, grandes y brillantes como la luna llena, humedecidos por la emoción.

—¿Qué te han hecho? ¿Han sido esos dos brutos?

La niña se arrodilló e inspeccionó la cara de Momo. Sus manos (blancas, finas, suaves, manos de pianista, de tañedora de arpa, manos de ángel, manos virginales, divinas) recorrieron la faz del muchacho, deteniéndose con morosidad en las zonas heridas. El tacto de sus dedos era balsámico. Momo levitaba entre las nubes, olvidada ya la golpiza, y le rogaba a Dios que prolongara aquel instante y aquellas caricias, que el susurro de la voz de Celia no se apagara, que aquella vibración que sentía en el alma, aquellas cosquillas en el corazón, nunca cesaran.

Hubiera querido contestar con alguna frase ocurrente, algo ingenioso, propio de tipos duros y curtidos. Algo del estilo de «Sí, hemos tenido un intercambio de pareceres». Pero Momo no era un tipo duro ni curtido, así que respondió una gilipollez.

—Me he caído.

Celia frunció el ceño.

—¿Que te has caído? Pues has debido de hacerlo sobre un equipo olímpico de lucha libre.

Momo se sintió algo confundido por la aguda observación de su amada, e hizo lo que los hombres, incluso desde las más cortas edades, suelen hacer en estos casos: soltar otra gilipollez.

—Son cosas que pasan. No tiene importancia.

Celia, con un mohín de escepticismo y el concurso de su hermano, ayudó a Momo a incorporarse. Luego lo miró con una mezcla de conmiseración y ternura, le tomó de las manos y le dio un beso en la mejilla. Momo creyó estar soñando. La chica le soltó y sonrió con dulzura.

—Tenemos que irnos —dijo—. Llegamos tarde a un cumpleaños. —Momo asintió con un gesto de la cabeza. Celia bajó la voz—. No te metas en líos con esas bestias. No lo hagas por mí.

Después cogió a Aurelio por el brazo y siguieron su camino. Momo musitó una despedida y vio partir a los hermanos. El bucle castaño, rebelde a la disciplina capilar,

rompía la homogeneidad del moño de la muchacha y oscilaba revoltoso sobre su nuca. Momo veneró aquel rizo insumiso.

El chico llegó a su casa con el cuerpo molido y el alma narcotizada. Viéndolo entrar hecho un eccehomo, Alejandra pensó que lo había atropellado un autobús.

—¡Virgen Santa! —exclamó. Sus manos se afanaron chequeando el cuerpo del zagal, palpando todos los huesos en busca de hinchazones y fracturas—. ¿Se puede saber qué te ha pasado?

El niño estaba saturado de sentimientos contrapuestos: odio y miedo a sus agresores, amor y agradecimiento a Celia. Y ansiedad, y prisa, y esperanza. Una mezcla de emociones dispares metidas en la pequeña coctelera de su persona y agitadas por la granizada de puñetazos y patadas con que lo habían obsequiado Puñalitos y el rastrero Benavides. Alejandra lo abrazó con cuidado.

—Desahógate si lo necesitas. Estoy aquí, contigo.

Momo, aprovechando la válvula de escape que se le ofrecía, lloró aferrado a su hermana. Y fue su llanto un manantial de alivio que fluyó con fuerza aligerando la presión que le oprimía las entrañas. Al cabo de unos minutos, la corriente de lágrimas se ralentizó, deslizándose con sosiego en forma de arroyo dulce y melancólico en cuyas aguas el reflejo de Celia era nítido y brillante, mientras que, por el contrario, la imagen de Vílchez y Benavides apenas se discernía, confundida con el lodo del lecho.

Terminó de tranquilizarse y contó a Alejandra lo sucedido: las groserías dirigidas a Celia días atrás, el primer encontronazo físico con Vílchez y la descomunal paliza que este y Benavides acababan de propinarle.

—Puñalitos lo lleva en los genes.

—¿A qué te refieres? —preguntó Momo.

Alejandra acarició la cabeza de su hermano y rememoró en silencio las últimas noches de trabajo en el Sybaris: los intentos del Puñales por hacerse el encontradizo en la angostura de la barra, los tocamientos al descuido, las obscenidades susurradas al paso y, por último, el nauseabundo hedor a *whisky* y a tabaco negro, la zarpa derecha aprisionándola contra la pared y la zurda crispada sobre la blusa, estrujándole brutalmente los pechos. Y la providencial aparición de Quinito, quien, sin percatarse de nada, forzó el desistimiento del Puñales. Bendita presencia la del boxeador.

—¿A qué te refieres? —insistió Momo.

—A nada, hermanito —respondió Alejandra—. Cosas mías.

Le gustaba ese momento del día. Los deberes (escolares y domésticos) estaban concluidos y las obligaciones, las preocupaciones y los miedos quedaban pospuestos hasta la mañana siguiente. Metía los libros en la mochila, colocaba sobre la silla la ropa que llevaría al cole y, tras cerrar con llave la puerta del piso, bajaba veloz las escaleras hasta el domicilio de *Fräulein* Schroeder. La vecina había preparado la cena y esperaba sentada frente al tocadiscos. Aquella noche, la voz de Roberto Carlos vibraba por todo el salón al triste compás de *Lady Laura*.

Había pasado más de una semana desde la paliza. Las contusiones sanaban y los hematomas se difuminaban y desaparecían poco a poco de la piel de Momo. Pero la angustia pervivía anclada en su mente, inamovible, indeleble. Como si se la hubieran tatuado en el córtex cerebral.

Vílchez lo acosaba, acechándolo en el patio y al término de las clases. Tropezaba con él de manera alevosa en la puerta de los aseos y al doblar la esquina del vestuario, y lo amenazaba con miradas torvas y gestos elocuentes. Incluso, en el transcurso de uno de esos encontronazos, liberó la hoja de una navaja automática y se la colocó a Momo en el gaznate, cerca de la nuez, mientras le pronosticaba, susurrándole al oído, una muerte prematura.

El muchacho vivía aterrorizado y, como a perro flaco todo son pulgas, la relación (por llamarla de algún modo) con Celia no solo no avanzaba, sino que había entrado en una peligrosa fase de involución. La niña no había vuelto a dirigirle la palabra, de modo que entre Momo y su amada solo subsistía un débil vínculo visual que, de tan repetido, empezaba a resultar trivial. Y el chaval, a pesar de ser todavía un mocoso, ya intuía que la rutina apuñala el amor.

—¿Cómo ha ido el día en el colegio?

Fräulein Schroeder servía ensalada y carne empanada en el plato de Momo. Mientras tanto, este hundía el tenedor en la fuente contigua y se llenaba la boca de patatas fritas. Adoraba las patatas fritas. En un mundo ideal, constituirían la base de cualquier dieta razonable.

—Normal —dijo el chaval—. Bueno, hemos tenido examen sorpresa.

—¿De qué?

—De matemáticas.

—¿Y qué tal te ha salido? —preguntó *Fräulein* Schreoder.

—Pse.

La mujer sonrió. Sabía que *pse*, referido a un examen de matemáticas, equivalía a un tres o tres y medio sobre diez, un cuatro a lo sumo. Pero Hellen no concedía relevancia a esas nimiedades; las puntuaciones importantes de la vida no eran las académicas. No lo eran, desde luego, para alcanzar la felicidad y tampoco (para confirmarlo bastaba un somero repaso a los currículos de nuestros gobernantes) para lograr el éxito social.

—¿Alguna otra sorpresa? —*Fräulein* Schroeder miró de reojo a Momo, escudriñando su rostro.

—No. Hoy Vílchez no me ha molestado demasiado. Solo me ha vigilado durante el recreo, poniendo cara de malas pulgas.

—¿Acaso tiene otra?

—Creo que no. Y, si la tiene, no la muestra en el colegio.

—¿Y Celia?

Momo bajó la cabeza. A pesar de la amistad que tenía con Hellen, todavía le avergonzaba confiarle aquellas intimidades.

—Celia también me ha mirado —masculló entre dientes—. Pero ella no me pone mala cara.

—¿Habéis charlado?

—No —dijo Momo con cara de fastidio—. Ya sabes que no me atrevo.

Fräulein Schroeder fue a la cocina y volvió con un recipiente rebosante de frutas. Momo cogió un kiwi, lo cortó en cuatro pedazos y se lo comió en menos que canta un gallo. Los kiwis también le apasionaban. Cuando fuera mayor, subsistiría a base de kiwis y patatas fritas.

—Las relaciones entre las personas no sobreviven al estancamiento —dijo *Fräulein* Schroeder al tiempo que mondaba una mandarina—. El amor progresa o muere, no tiene puntos muertos.

Qué casualidad, pensó Momo. Había reflexionado sobre esa misma idea durante los últimos días intuyendo que, en el mundo del amor, o se tira para delante o se tira para atrás. Pero, como no tenía experiencias previas, ignoraba si sus sospechas eran ciertas o meras ocurrencias infantiles. El razonamiento de Hellen apoyaba sus presentimientos.

—Aún no sé mucho de esas cosas.

—No hay que saber mucho acerca del amor —replicó la mujer—. Basta con dejarse llevar por su corriente. Igual pasa con la vida: es inútil analizarla, solo sirve vivirla.

Momo observaba la foto enmarcada que presidía el aparador. En ella se veía a Hellen y a Germán, treinta años atrás, abrazados en el rompeolas de Puerto Antiguo. Era verano y la luz del crepúsculo iluminaba las medallas que los amantes portaban al cuello.

—¿Llevabais dos colgantes iguales? —interrogó Momo.

—Sí —respondió Hellen—. Y todavía las llevamos.

El semblante de Momo se contrajo en un visaje de extrañeza. *Fräulein* Schroeder, sonriendo, hurgó en las profundidades de su escote y extrajo una cadena de oro de la que pendía una medalla del mismo metal. Momo se aproximó y examinó la alhaja. Sus dos caras estaban labradas. El zagal tomó la joya y leyó en voz alta:

—*AQUÍ Y MÁS ALLÁ.*

Miró fijamente a Hellen y adivinó que, tras su melancólica sonrisa, se escondía una pasión, un sentimiento firme y doloroso del que todavía no le había hablado. Dio la vuelta a la medalla.

—*HELLEN Y GERMÁN.*

Momo soltó el colgante.

—Te la regaló él, ¿verdad? —inquirió señalando al hombre moreno de la fotografía. *Fräulein* Schroeder hizo un gesto afirmativo—. ¿Por qué no le puso una fecha?

—Nuestro amor no tiene fechas —contestó Hellen—. No tiene principio ni final, es eterno.

Guardaron silencio. Momo examinaba la fotografía y sentía una tristeza tenue. Hellen había sido una muchacha bella, de ojos vivos y cuerpo esbelto. Debió de haber sido feliz junto a aquel hombre fibroso y de mirada cálida que la abrazaba en el rompeolas, protegiéndola de los embates de la existencia. Y todo eso había acabado de manera abrupta. En aquel instante, Momo se dio cuenta de que la vida, a veces, puede ser una auténtica mierda.

Fräulein Schroeder puso una mano sobre el hombro del muchacho y le besó en la cara, trayéndolo de regreso al presente.

—Hace una noche estupenda. —La mujer se levantó del asiento—. Salgamos afuera.

La puerta que daba acceso al jardín se abría de un simple empujón. *Fräulein* Schroeder había extraviado, hacía años, la llave que accionaba el cerrojo.

—Deberías poner un pestillo —dijo Momo.

La brasileña meditó unos instantes sobre la recomendación de su joven amigo.

—Creo que no lo haré —replicó al cabo de un rato—. El mundo no necesita más candados.

El jardín era pequeño y rectangular. Una tupida capa de césped alfombraba la mayor parte del suelo. El perímetro estaba delimitado por arbustos exóticos y plantas que exhibían flores de vistosos colores. Rosas, margaritas, jazmines y buganvillas crecían en premeditado desorden silueteando las fronteras del diminuto vergel. Una tapia de metro y medio de altura lo separaba de la vía pública.

El patio contaba con dos rosales. Uno, atendiendo diligentemente sus funciones, exhibía unas rosas blancas grandes como gaviotas. El otro, por razones que *Fräulein* Schroeder no alcanzaba a comprender, no florecía. Según le había relatado el casero, la esterilidad del rosal sobrevino repentinamente durante una primavera, veinte años atrás. La misma primavera, recordó Hellen, en la que el mar devolvió a la orilla el cuerpo inerte de Germán. A la mujer le gustaba pensar que el rosal volvería a florecer cuando los amantes se unieran de nuevo en el más allá. Era un pensamiento ridículo, sin fundamento, pero que atenuaba la tristeza de la anciana cuando las noches de insomnio venían lastradas de angustia y amargura. Y, últimamente, había detectado un pequeño pimpollo, apenas bosquejado, perdido en la frondosidad del arbusto. Tal vez el brote adivinara que su viejo y enfermo corazón estaba desgranando los últimos latidos, tal vez el reencuentro con su amado Germán estuviera a la vuelta de la esquina.

No obstante, Hellen Schroeder, al mudarse a aquel piso, había decidido que un rosal sin rosas era como un nacionalista sin quejas, así que adornó el arbusto con servilletas de papel que, tras las apropiadas manipulaciones, semejaban flores auténticas. Y escribió, en el interior de aquellas rosas postizas, algunas de las sentencias más agudas que había escuchado a lo largo de su vida. Denominó a aquel híbrido de intelecto y naturaleza Rosal de las Frases Sabias.

Momo y su anfitriona se sentaron en el banquito blanco de madera situado frente al Rosal de las Frases Sabias. La noche era templada y una luna grande y amarilla como un queso de bola iluminaba el firmamento. En una esquina del jardín, se oía el rítmico canto de un grillo.

—¿No te asusta la soledad? —preguntó Momo mirando la luna llena. *Fräulein* Schroeder suspiró.

—No estoy sola. Te tengo a ti.

—No me refiero a eso.

Momo seguía con las pupilas fijas en el luminoso satélite. *Fräulein* Schroeder sabía perfectamente a qué tipo de soledad aludía el muchacho.

—Sé a qué te refieres —afirmó—. Y tampoco en ese sentido estoy sola. El recuerdo de Germán está conmigo.

Momo apartó la vista de la luna y la posó sobre los ojos de Hellen. Sus pupilas brillaban en la oscuridad, húmedas y temblorosas.

—¿Y su cuerpo?

La mujer enjugó una lágrima que se deslizaba por la aleta de su nariz. Después, sonrió.

—Su cuerpo, su mente y su espíritu me esperan en la otra vida. Nos juramos amor eterno. *AQUÍ Y MÁS ALLÁ*. Y Germán jamás rompió una promesa.

El chaval sintió pena por su amiga. Él no tenía el amor de Celia, pero, al menos, la veía todos los días. Incluso habían hablado en una gloriosa ocasión. Pero Hellen... ¿Qué tenía Hellen? Solo el recuerdo de un amor mutilado y la senil esperanza de que aquel romance sobreviviera a la muerte. Esperanzas, recuerdos... Tan inútiles y etéreos como el polvo, como la niebla, como el humo... *Fräulein* Schroeder leyó la zozobra en la frente ceñuda del chico.

—Nuestra vida es solo un paréntesis, un fotograma en la película de la historia. Un pequeño escalón en la interminable escalinata del tiempo.

Momo escuchaba con atención, Hellen siempre lo sorprendía. Quizás su mestizaje cultural y su sincrética espiritualidad la facultaran para la comprensión de cosas incomprensibles.

—No nos está permitido traernos nada del ayer —continuó la mujer—, ni llevarnos nada al porvenir. Excepto el amor, solo el amor. Porque el amor verdadero nutre nuestra alma, que está hecha de amor, y pasa a formar parte de ella. Y el alma es inmortal y trasciende las fronteras del tiempo y del espacio. Por eso el amor es eterno; por eso Germán me espera. Porque forma parte de mí, porque es alma de mi alma.

El muchacho tomó la mano de Hellen. La dispar pareja enmudeció, ensimismada en el brillo mortecino de los rayos lunares. Durante unos minutos, en el jardín solo se oyó el cricrí acompasado del grillo. Luego, *Fräulein* Schroeder apretó la mano de Momo y le lanzó una pregunta a bocajarro:

—Y a ti, ¿qué te asusta?

El niño tenía clara la respuesta.

—Vílchez y que Celia me dé calabazas. Y ya sé que el miedo es malo —añadió Momo adelantándose al reproche de su vecina—. También son malas la envidia y la pereza, y todo el mundo las padece.

Fräulein Schroeder arqueó las cejas. El crío estaba madurando: ya argumentaba con el cinismo de un adulto hecho y derecho. Es lo que tiene el contacto infeccioso con una sociedad descreída.

—Pero el miedo es peor que la envidia —apuntó la mujer—. Y mucho más dañino que la pereza.

Momo dulcificó el semblante.

—¿Consultamos el Rosal de las Frases Sabias? —inquirió.

—Para eso está.

—¿Qué rosa arranco?

—Alguna de color gris, ¿no? —propuso Hellen—. Es el color del miedo.

Momo se levantó y se allegó al rosal. El arbusto, alto y frondoso, estaba perlado de flores de papel de diferentes colores prendidas de las ramas mediante estrechos lazos de seda. El niño rebuscó entre las hojas hasta dar con una rosa gris. Desató el lazo y, con la falsa flor en las manos, volvió a tomar asiento. Desenvolvió el papel y leyó en alto su contenido:

—*Quien teme sufrir, ya sufre el temor. Quien tenga miedo a morir, morirá, sin duda, de miedo.*

Momo releyó el texto una y otra vez, memorizándolo. Después miró a su adlátere a los ojos.

—¿Se puede vivir sin miedo?

Hellen meditó antes de responder.

—No es posible vivir de otra manera.

El niño se despidió con un beso y regresó a su piso. Hellen se quedó en el jardín. La noche era agradable. La luz plateada de la luna y el aroma de las flores la sumieron en un trance propicio para el recuerdo. A su memoria acudieron imágenes del pasado, escenas casi olvidadas pobladas de selvas, de negros, de colonos rubios y de arrozales. Paisajes y vivencias de perfiles desdibujados que, a pesar de los años, aún vibraban en su alma.

La pequeña Hellen apenas había tenido amigas. Los Schroeder vivían aislados en su granja, rodeados de prados de hierba donde pastaban las vacas y de extensos campos de maíz y de arroz cultivados por los terratenientes de la zona. La ubicación del domicilio familiar reducía las posibilidades de vida social prácticamente a cero. Además, los vecinos recelaban sobre la verdadera razón del precipitado traslado a Brasil de los Schroeder. Los habitantes de Pomerode, que durante la guerra habían apoyado de manera entusiasta los avances bélicos del *Führer*, rehuían ahora el trato con quienes antes habían henchido de orgullo racial sus corazones. Así pues, pasaban semanas sin que la familia contactara con ningún congénere ajeno a su minúsculo clan, excepción hecha de Günter Schmitt, aunque la actividad comunicativa del pelirrojo arrocero era exigua y limitada a tímidos saludos en la lejanía y a una silente observación que rayaba en el espionaje.

Por lo que a Hellen se refería, las únicas oportunidades de entablar amistad se daban en el asfixiante entorno de la escuela luterana. Pero allí, en un ambiente en el que (aunque nadie lo manifestara de manera explícita) la pertenencia a una estirpe pura seguía considerándose un atributo digno de honra y conservación, la estrecha relación de Hellen con la bahiana Teresa era motivo, por parte del profesorado y de la dirección del centro, de juicios escandalizados y de una indignada incompreensión. Entre la comunidad educativa, así como entre los habitantes del municipio, se iba extendiendo la idea de que los Schroeder habían contratado los servicios de la negra para expiar o, en su defecto, disimular, los excesos raciales del pasado. Y no hay nada que el ser humano en general (y el teutón en particular) odie más que el fingimiento y los melindres ajenos. En lo relativo a los fingimientos y melindres propios, el ser humano en general (y el teutón en particular) suele mostrarse más indulgente.

La displicencia de los adultos se contagió a las criaturas, y la p rvara Hellen comenzó a sufrir en sus carnes la animadversión de sus condisc pulas, siendo motejada de aborigen y de amiga de los negros. Ante la tácita aquiescencia de los maestros, fue apartada de los juegos y diversiones propios de la muchachada, hecho que no conturb  en exceso a la interesada, quien se pasaba los recreos encerrada en la biblioteca, sumida en la lectura de cuentos infantiles, poesía romántica y novelas juveniles. Desde su más tierna infancia, la niña fue construyéndose un fabuloso mundo interior poblado por caballeros y princesas, castillos con salones dorados y tenebrosas mazmorras, malvados

dragones que expelían fuego por las fauces y elfos benignos y valerosos siempre dispuestos a regalar su magia a los hombres limpios de corazón.

La bahiana Teresa, inquieta por la maldad que rodeaba a la *menina*, la resguardaba de la envidia y del mal de ojo mediante ritos ancestrales aprendidos en las ceremonias de candomblé y hechizos de nuevo cuño emanados de su fértil imaginación. Baños en enigmática leche de lagarto (que obtenía sabe Dios por medio de qué oscuros procedimientos) y sacrificios de cobras y roedores protegían a Hellen contra la inquina que, según la negra Teresa, suscitaban la belleza y la alegría de la niña. A Hellen, las oraciones al amanecer, arrodillada junto a su aya frente a la colina poblada de bambú, la transportaban a un paraíso místico. Y en aquel edén, comenzó a intimar con Nuestra Señora Aparecida y con la *orixá* Oxum, con Jesús crucificado y con Obatalá.

En ocasiones, el escudo espiritual se revelaba insuficiente y Teresa tenía que apelar a argumentos más prosaicos. Como aquella vez que Hellen salió llorando de la escuela. Una compañera, de nombre Steffie, había sustituido el papel de su bocadillo por una hoja manuscrita en la que aludía al color de piel de su niñera. Hellen leyó el papel y, sin concederle mayor importancia (estaba acostumbrada a tales manifestaciones de amistad) se dispuso a dar cuenta del almuerzo. Con el primer bocado, sintió en la boca una crujiente y móvil presencia. Examinó el bocadillo y comprobó horrorizada cómo el queso y la mortadela habían sido reemplazados por un pequeño pelotón de cucarachas. Tras las arcadas de rigor y el subsiguiente vómito de alivio, tuvo que soportar que Steffie y su cuadrilla, desternillándose de risa ante la cara de espanto de su víctima, la mortificaran con insultos y burlas zafias. Al salir de la escuela luterana, Hellen, enjugándose las lágrimas con las mangas del uniforme, relató al aya lo ocurrido y, a instancias de esta, levantó tímidamente el índice, señalando a la responsable de la repugnante afrenta. Steffie, ufana y jactanciosa, reía a mandíbula batiente junto al coro servil de sus amigas.

Aquella noche, Teresa no pudo conciliar el sueño. Las preces y los rituales no habían logrado evitar el ultraje a su *moleca*. Se sentía culpable. La pequeña la oía moverse en la cama contigua, susurrando maldiciones. Avanzada la noche, la negra abandonó el lecho y, descalza y en camisón, salió al prado con una Biblia en la diestra y un saco en la siniestra. Tras rezar de hinojos mirando a la luna llena, comenzó a deambular por el prado, hurgando entre piedras, juncos y matorrales. Al cabo de un par de horas, Teresa volvió a la habitación, besó a Hellen (que se hacía la dormida) y se metió en la cama.

Poco a poco, la respiración agitada de la negra fue ralentizándose, hasta acompasarse, en un ritmo sosegado, con el cricrí de los grillos que velaban al raso. Las dos féminas, amodorradas en la zona en que se solapan la vigilia y el sueño, oyeron el viento ululando impetuoso hasta que un trueno sacudió la noche. La lluvia, torrencial y cadenciosa, rompió sobre el tejado y los postigos de la casa. Teresa interpretó la tormenta como un buen augurio, suspiró aliviada y cayó dormida. Hellen, acunada por el repiqueteo de las gotas de agua y el hipnótico ritmo de la respiración de la bahiana, se durmió enseguida.

A la tarde siguiente, cuando Teresa acudió a la escuela para recoger a Hellen, esta se la quedó mirando de una manera extraña.

—¿Qué ocurre, *menina*? —preguntó la mujer.

—Steffie, al abrir su cartera, se ha encontrado con una serpiente y una rata vivas.

Teresa tomó a Hellen de la mano y comenzó a andar en dirección a la granja. La niña ajustó sus pasos a los del aya. Como esta no abría la boca, la pequeña volvió a la carga:

—La serpiente se estaba comiendo a la rata.

Teresa caminaba a buen paso, sin mirar a la chiquilla, quien la examinaba expectante. La mujer rompió el incómodo silencio.

—Tendría hambre.

Una sonrisa disimulada acompañó las palabras de la negra. Hellen sospechó:

—¿Nos hemos vengado de Steffie?

Teresa siguió andando. La pequeña Schroeder, con sus pupilas clavadas en las de la negra y su manita guarecida en la manaza de la bahiana, esperaba una contestación.

—La venganza es un pecado —dijo la negra.

Hellen continuaba con sus ojos prendidos de los de Teresa, la respuesta no le había satisfecho. La mujer continuó:

—Pero Dios protege a los suyos y castiga a los malvados. Y no es pecado ayudar a Dios en sus designios.

TERCER *ROUND*:

HARRY, AL QUE CONTRATAMOS en Las Vegas una semana antes del combate, no ha tenido tanto trabajo en su vida. Para contener la hemorragia, presiona con un pequeño yunque de aluminio sobre la ceja recién abierta. Al mismo tiempo, con la mano libre, unta de vaselina el corte del pómulo derecho. Por su cara de circunstancias deduzco que tengo aspecto de *eccehomo* y que no apuesta un centavo por mí, pero eso no me preocupa, porque mi *cutman* es gringo y desconoce cómo nos las gastamos en España. Probablemente, ni siquiera sepa por dónde cae España. Tal vez crea que se encuentra un poco más abajo de México, o cerca de Colombia, que son los únicos países hispanos que conocen los yanquis. Y Cuba, claro, por lo de la crisis de los misiles.

El Jefe me repite instrucciones que, a estas alturas de la partida, carecen de operatividad. Que si sal de su distancia, que si mantén la guardia alta, que si rehúye el intercambio de bofetones. Como si yo quisiera intercambiar bofetones con Mister KO; si por mí fuera, no intercambiaba ni los números de teléfono. Pero no me queda más remedio, a menos, claro, que salga huyendo del *ring* a toda velocidad y con muy poca vergüenza. Y eso no voy a hacerlo, así que no voy a poder deshacerme de ese hijoputa. El maldito es pegajoso como un chicle y tiene más fondo que el bolsillo de un concejal.

La venus de piernas infinitas (ahora observo que le llegan hasta el suelo) se pasea por el cuadrilátero con el cartel que indica el comienzo del tercer acto. Suena el gong. Miro hacia la silla de mi mujer y agradezco que siga vacía; supongo que estará en el vestuario, con un rosario entre las manos, desgranando avemarías.

El Jefe me echa agua sobre la cabeza y retira el taburete. Bill Clinton me suelta una perorata y le digo que sí, aunque no sé de qué demonios me habla. Que sí, Clinton, que sí. Que nada de golpes bajos, ni de agarrarme al rival, ni de agachar la cabeza. Que boxearé con estricta observancia de las reglas del marqués de Queensberry y que, al finalizar, invitaré a té con pastas a mi muy querido y refinado enemigo. Quien en el *round* anterior, por cierto, me pegó un bonito cabezazo al que tú, amigo Bill, no prestaste demasiada atención, ¿eh, Bill, pequeño cabronazo?

Míster KO empieza con ganas. Tira manos sin descanso, con potencia, como un autómatas. Debe de tener los tendones de titanio, porque no hay quien pegue tantos golpes sin que se le vengas los puños abajo. Pero yo me encuentro bien, más cómodo que en los asaltos precedentes, y me muevo con soltura por la lona. Por fin encuentro mi distancia y logro conectar bastantes *jabs*, aunque, con Míster KO de por medio, no creo que sirva de nada puntuar; el combate se resolverá por la vía del cloroformo.

—¡Eso es, eso es! —me grita el Jefe, entusiasmado ante mi nueva actitud sobre el *ring*—. ¡Muévelo, que tire los golpes al vacío, ya se le acabará el fuelle!

Mi entrenador, de natural optimista, parece ignorar que mi fuelle también es limitado y que, visto lo visto y fuelle por fuelle, el de mi rival parece albergar más aire. Pero las cosas se han enderezado y este asalto se presenta más favorable a mis intereses. No encajo ningún puño duro y estoy sembrando de *jabs* el feo careto del campeón. Que los *jabs* no son determinantes, de acuerdo, pero joden, vaya que si joden. Míster KO se los intenta quitar de encima a base de manotazos, como si estuviera espantando moscas. Esquivar no es su fuerte y prefiere bloquear los golpes con los guantes. Él sabrá; por lo que a mí respecta, como si los frena con las pestañas, porque mientras se concentre en encajar, se olvidará de sacudir. Que yo ya me he cansado de hacer de estera.

Ahora sí molaría que mi mujer estuviera aquí, al lado de Tyson y de Pacquiao, diciendo: «¿Veis a ese de ahí arriba, el que está vacilando a Míster KO? Es mi marido». Pero mi esposa continúa enclaustrada en el vestuario, demandando ayuda a las alturas, y parece que sus oraciones dan resultado.

—¡Un minuto! —vocea el Jefe—. ¡Solo queda un minuto!

Un minuto y estaré sentado de nuevo sobre el taburete, con la espalda apoyada contra las cuerdas, trasegando litros de bebida isotónica. Solo sesenta segundos y estaré escuchando los consejos del Jefe mientras tira de la goma frontal de mis calzones para facilitarme la respiración. Me habré apuntado el asalto, ya que Míster KO apenas me ha tocado y yo, por el contrario, he atinado con muchas manos. Puede que este *round* marque un cambio de tendencia y mi rival, fatigado como previó mi entrenador, haya empezado a ceder terreno.

Animado por estos pensamientos, he tomado la iniciativa y me he hecho con el centro del cuadrilátero. Deben de quedar unos treinta segundos y Míster KO parece desorientado. Danzo alrededor de mi adversario al más puro estilo Casius Clay (y me refiero al Casius anterior a lo de Vietnam, la objeción de conciencia y la conversión al

Islam; el verdadero Casius Clay, aquel cuyos *jabs* picaban como avispas mientras su piernas revoloteaban como mariposas alrededor de sus contrincantes). El campeón parece haber renunciado al asalto y me cede todo el protagonismo. Tal vez solo esté tomando aire, haciendo una pausa antes del ataque final, pero prefiero no pensar en eso. Prefiero creer que está exhausto y falto de ideas y que han cambiado las tornas.

Suena la campana. Mister KO muestra sus dientes de oro en un gesto sombrío y se da la vuelta para dirigirse a su rincón. Compruebo que el tatuaje del cuello, ese en el que pone *Mister KO* y que imita la forma de un collar, continúa por la nuca, pero no alcanzo a discernir las letras. Marcho hacia mi esquina y veo a mi entrenador con los brazos en alto, como si acabáramos de ganar la Champions. Me siento en el taburete y me dejo hacer. Harry trabaja sobre los dos cortes de mi cara, mientras el Jefe me seca el sudor y me mete en la boca el canuto de un bidón que contiene un líquido frío y azucarado.

El campeón, sentado en el rincón contrario, se ladea para esquivar el cuerpo de su mánager y me mira fijamente. Su semblante se contrae en una mueca ominosa, mezcla de sonrisa y de amenaza; sus ojos, clavados en los míos, parecen dos cráteres por los que trepa insidioso el magma de un odio atávico.

Mi entrenador está excitado por el desarrollo del tercer *round* y berrea alaridos de ánimo. Apenas le oigo. Estoy hipnotizado por la lava agresiva que brota de las pupilas de Mister KO.

Las semanas pasaban y la presión intimidatoria de Vílchez no menguaba. Afortunadamente, Momo tenía el consuelo de los ojos de Celia, ojos de luna llena que todos los días le dedicaban ni que fuera unos segundos de atención. Y, a veces (pocas veces), al brillo de sus miradas unía una sonrisa que alimentaba las ilusiones del muchacho y ponía dos alas blancas en su corazón.

El frío daba los últimos coletazos. Algunas mañanas, la primavera bostezaba y se colaba por el cielo azul, ensayando su entrada definitiva. Aquel lunes era primaveral. Momo se asomó a la ventana y el alma se le ensanchó al contacto con los rayos de sol que acariciaban su piel y la luz que inundaba sus ojos. Salió de casa sin abrigo (lo que, junto con los anuncios del Corte Inglés, certificaba la defunción del invierno) y recorrió a paso ligero la distancia que lo separaba del colegio. Quintanilla, excitado y con los globos oculares en un tris de salirse de las órbitas, lo abordó a la puerta del recinto.

—¿Está informada vuesa merced de los últimos acontecimientos?

La diestra de Quintanilla blandía un pequeño papel.

—¿Cómo voy a estar informado? —replicó Momo—. ¿Crees que escucho Radio Escuela?

—¿Veis esta octavilla? —Quintanilla la agitaba frenéticamente—. ¿Sabéis lo que en ella está escrito?

—No sé —respondió Momo—. Déjame adivinar... *¿El tonto de Quintanilla flipa con una octavilla?*

—Mida vuesa merced sus palabras si no quiere probar en sus carnes el gélido filo de mi espada. —Quintanilla le alcanzó la octavilla a su amigo y cambió el tono de voz—. Ahora en serio, léela.

Momo dejó la mochila en el suelo y leyó el contenido del papelito. El texto estaba escrito con ordenador y era escueto:

Estimados señores Vilchez y Benavides:

Les aviso de que, si no dejan de abusar de sus compañeros y de sustraerles sus pertenencias, tendrán que vérselas conmigo. No habrá otro aviso.

—MISTERIOSO HOOD—

Momo devolvió la octavilla a su compañero, quien, presa de la emoción, no cesaba de dar saltitos. Momo le puso las manos sobre los hombros, obligándolo a interrumpir los estúpidos brincos.

—¿Dónde la has encontrado?

—Están por doquier —respondió Caratriste—. Alfombran los pavimentos de todas las aulas. Algún hidalgo justiciero ha debido de infiltrarse por la noche. Vive Dios que cuenta con mi bendición y mi apoyo.

—¿Quién habrá sido?

—¿Acaso importa? —Quintanilla veía en las octavillas el fin de sus días de angustia. Él también vivía amedrentado por las bellaquerías de los dos matasietes—. Hasta la fecha, este colegio ha sido peor que tierra de infieles. Ni en Berbería acaecen los desmanes que aquí hemos tolerado.

Traspasaron el umbral de entrada al colegio y observaron que los estudiantes murmuraban alborotados. Quien más quien menos había sufrido los desplantes, extorsiones y abusos del Puñalitos y su compinche. Las clases fueron una sucesión

ininterrumpida de susurros y bisbiseos. Durante el recreo, todos estuvieron atentos a la actitud de los dos macarras. Estos, incómodos ante la curiosidad entomológica de sus compañeros, salieron del patio. Los alumnos experimentaron cierta sensación de victoria. Era la primera vez que los dos jaques, desconcertados y cariacontecidos, hacían mutis por el foro.

En los mentideros del colegio, se barajaban diferentes hipótesis. La mayoría del alumnado se decantaba por la autoría individual: algún zagal especialmente agraviado por las fechorías de Vílchez y Benavides había decidido pasar al contraataque. Otra teoría apuntaba a una acción colegiada: un grupo de compañeros se habría conjurado para poner fin a las andanzas de la ominosa pareja. Había, incluso, quien apostaba a que Misterioso Hood era el padre cabreado de alguna víctima de aquellos gamberros.

Aquel día, los profesores hubieron de emplearse a fondo para imponer el orden en las aulas. La agitación era tremenda. En la clase de Momo, la última asignatura de la jornada era Historia. Don Wenceslao trató de que los chavales apreciaran, en toda su extensión, el drama fraticida que supusieron las sucesivas guerras carlistas. Hasta trajo un proyector de diapositivas. Tomás de Zumalacárregui y su descomunal boina roja ocupaban la pantalla cuando Quintanilla, apremiado por inquietudes distintas a las históricas, levantó la mano para intervenir.

—¿Sí, Quintanilla? —Don Wenceslao lo señaló con el puntero de madera.

—Perdone, don Wenceslao. ¿Puedo formularle una pregunta? No tiene relación con su amena disertación, pero afecta a un asunto de interés general.

Demonio de crío, se dijo el profesor, no hay día que no interrumpa. Aunque, en las clases de don Wenceslao, un alumno capaz de usar con propiedad palabras como «formular» y «disertación» podía interrumpir lo que le viniera en gana. En aquel momento, se oyó un ruido de nudillos golpeando cristal. Inmediatamente, la puerta de la clase se entreabrió, dando paso a la cabeza grande y cuadrada de Juanón, hermano de Quintanilla y antiguo alumno de la escuela.

—Disculpe, don Wenceslao, ¿tiene un minuto?

—Adelante, Juanón —contestó el profesor—, adelante.

Juanón entró en el aula. Su corpulencia dejó sin habla a los estudiantes. La mayoría de ellos no sabían de quién se trataba, por lo que don Wenceslao lo presentó a la clase:

—Señores, este que aquí ven es Juan Quintanilla, alias Juanón, y es hermano de vuestro compañero el preguntón. Juanón estuvo sentado en estas mismas sillas hace ya

más de diez años, ¿verdad?

El interpelado asintió tímidamente con la cabeza. Una funda de carabina pendía de su hombro izquierdo.

—Don Wenceslao, le traigo la escopeta. El armero me ha dicho que está perfectamente, solo necesitaba una limpieza profunda y unas gotas de aceite.

—Perfecto, Juanón, perfecto.

—¿Dónde se la dejo?

—¿Te importaría llevarla a mi despacho? —preguntó el profesor—. Está abierto. —Juanón hizo ademán de despedirse, pero don Wenceslao lo retuvo asiéndolo del brazo—. Espera, creo que tu hermano estaba a punto de recabar mi opinión sobre esto.

Don Wenceslao extrajo una octavilla del bolsillo de su chaqueta y se la alcanzó al recién llegado. Este la leyó en silencio.

—¿Qué te parece? —preguntó el director.

Juanón le devolvió la octavilla y miró detenidamente a los alumnos. Luego bajó la cabeza, conteniendo una sonrisa.

—Donde las dan, las toman —dijo con su voz ronca y profunda—. Al menos así era en mis tiempos.

Don Wenceslao miró con complicidad a su compañero de tiro. Luego le estrechó la mano y Juanón abandonó el aula, no sin antes dirigir una última y maliciosa mirada a los estudiantes. Su salida de la estancia fue acompañada por un murmullo de admiración. Caratriste no cabía en sí de gozo: la inopinada irrupción de su hermano lo haría ascender, sin duda, varios peldaños en la escala de estimación de sus compañeros.

—Creo que alguien tenía una pregunta pendiente —dijo don Wenceslao, atusándose las puntas de su blanco mostacho.

—Sí, señor director. —Quintanilla se puso en pie—. Con su permiso...

—Proceda, Quintanilla, proceda.

Los estudiantes guardaron un silencio expectante. Quintanilla echó un vistazo a su alrededor y carraspeó. Siempre carraspeaba cuando estaba nervioso.

—Don Wenceslao, ya hemos oído la opinión de mi hermano acerca de las octavillas. ¿Cuál es la suya?

Los alumnos giraron las cabezas en dirección al interrogado, quien sonrió de manera condescendiente.

—Mire, Quintanilla. —El profesor comenzó a deambular despacio entre los pupitres —. Sé que a todos ustedes les ha excitado mucho la aparición de las dichas octavillas. Y sé que los protagonistas de estas no gozan de muchas simpatías.

Un cuchicheo de aprobación recorrió la estancia. Don Wenceslao continuó:

—Imagino que la mayoría de ustedes considerará a Misterioso Hood un benefactor, casi un héroe.

Nuevo murmullo de adhesión. El director se detuvo frente a Quintanilla, clavándole la mirada.

—Pero un verdadero héroe no se esconde detrás de un seudónimo. Un héroe da la cara. —El profesor examinó el rostro de sus pupilos. Los gestos afirmativos habían dado paso a la perplejidad—. El tiempo dirá si Misterioso Hood es un valiente o solo un cobarde con ganas de llamar la atención.

Tres timbrazos largos y destemplados señalaron el final de la clase. Los alumnos recogieron sus bártulos. Antes de que el primero de ellos abandonara el aula, la voz de don Wenceslao volvió a dejarse oír en el recinto:

—No obstante, siempre es bueno que alguien se revuelva contra los atropellos. —Los escolares volvieron a prestar atención al director—. Aunque se oculte tras un seudónimo.

La muchachada salió a la calle y Momo se percató de que, por primera vez en muchos días, Vílchez no estaba al acecho.

—¿No le ha extrañado a vuesa merced el comportamiento de don Wenceslao y de mi hermano? —inquirió Quintanilla.

—No —respondió Momo—. ¿Por qué había de extrañarme?

—Es voacé más incauto de lo que suponía, amigo Momo. —Caratriste se acariciaba una inexistente perilla—. Creo que mi hermano y don Wenceslao no son del todo ajenos al negocio de las octavillas.

—¿Le contaste a tu hermano lo de los robos de Vílchez y Benavides?

—Sí, claro. Tal como prometí a vuesa merced.

—Y tu hermano, ¿se lo contó a don Wenceslao? —preguntó Momo.

—Que me cuelguen de los pulgares si lo sé —respondió Quintanilla—. Pero apostaría cien doblones de oro a que sí. Y otros cien a que Misterioso Hood no es otro que don Wenceslao o Juanón. O ambos en comandita.

Momo resopló, haciendo ondular su flequillo lacio y castaño.

—Si eso es así, no me gustaría estar en el pellejo de Vílchez.

Momo no le quitó el ojo de encima durante todo el recreo. Celia, vestida con unos tejanos ceñidos y un jersey grueso de color *beige*, jugaba con las chicas a balón prisionero. El juego (que el zagal siempre había considerado demasiado simple y estático, un juego impropio de varones) suscitaba gritos y exclamaciones entre las muchachas. Celia era una de las jugadoras más hábiles; su cuerpo elástico giraba veloz, sustrayéndose al impacto de la pelota, y sus lanzamientos eran certeros y contundentes. A pesar de la intensidad que imprimía a sus acciones, el moño no se le descomponía ni un ápice. Solo el bucle rebelde, acostumbrado a una vida autónoma, se movía con libertad. Aquel rizo insumiso tenía a Momo hipnotizado: verlo brincar sobre la esbelta nuca de la niña era leer poesía con los ojos del alma. Y escuchar su risa... Escuchar su risa era bañarse en un manantial que brotaba del cielo y hacía olvidar todas las penas. Celia era para el chaval una continua fuente de inspiración, un hechizo contra el que no existía antídoto, una fuerza de atracción ineluctable.

Ajena al embrujo de sus encantos, Celia esquivó con agilidad un balonazo y la pelota rebotó contra la pared en la que Momo estaba apoyado. La chica, atusándose un mechón de pelo tras la oreja, miró al arrobado mozalbete.

—¿Me la pasas?

A Momo se le disparó el corazón. Era la segunda vez que Celia le hablaba. Y, como diría Quintanilla, que lo ahorcaran del palo de mesana si no le estaba sonriendo. ¿No era maravillosa la vida? Se levantó de un salto y cogió el balón, lanzándoselo a la moza. La niña tuvo que estirarse para atraparlo. Después, el mundo dejó de girar, el sol se apagó y los pájaros enmudecieron. Hasta la suave brisa, que hasta hacía unos instantes refrescaba el ambiente, cesó de repente. El universo todo aguantó la respiración para escuchar las dos palabras que Celia, guiñando un ojo a Momo, estaba a punto de pronunciar:

—¿Quieres jugar?

¡Le había preguntado si quería jugar! ¡Y le había guiñado un ojo! Mientras Momo discurría a la escasa velocidad que su estado de turbación le permitía, la galaxia esperaba expectante una contestación. ¿Que si quería jugar? ¡Claro que quería jugar! Quería jugar a guiñarle el ojo, tal como había hecho ella, una y mil veces, hasta que los músculos de los párpados se entumecieran, agarrotados por las agujetas. Quería jugar con el indómito rizo de su nuca, enredarlo entre los dedos y sentir sus cosquillas en los labios. Quería jugar a leer en braille su cuello frágil y espigado, y a mirarse fijamente a los ojos, a ver

quién aguantaba más, hasta que cayera la noche y las pupilas de Celia fueran dos lagos negros y templados en los que bucear despacio aguardando que volviera la mañana. Quería jugar a quererla en un juego dulce y eterno que ni siquiera la muerte pudiera interrumpir.

Celia arqueó las cejas.

—¿Quieres jugar, sí o no?

Momo compuso un gesto indescifrable, un mohín mixto de sonrisa, timidez y determinación. ¿Que si quería jugar? ¿Acaso no era evidente la respuesta?

—No, gracias. Es un juego de chicas.

El universo espiró, liberando la tensión retenida en sus entrañas. El planeta volvió a girar sobre sí mismo, el sol tornó a iluminar el firmamento y los pájaros reemprendieron sus trinos. La brisa, suspendida durante aquellos deliciosos segundos, volvió a hacer oscilar el bucle sobre la nuca de Celia. La muchacha torció la boca.

—Tú te lo pierdes.

Contrariada, dio media vuelta y regresó al rincón del patio que, marcado con tiza, constituía el campo de juego. Momo observó la estela que dejaban sus pasos, una estela en la que flotaban, como burbujas de espuma marina, los latidos de su corazón.

—Tierra llamando a Momo, Tierra llamando a Momo.

Momo creyó escuchar, a lo lejos, la voz nasal de Quintanilla, pero apenas le prestó atención. Su mente palpitaba al compás de las caderas de Celia. En aquel momento, en el mundo solo existía el vaivén de sus nalgas curvas y prietas.

—¡Tierra llamando a Momo! —La voz nasal rugió con fuerza—. ¡Repito: Tierra llamando a Momo!

Maldito Quintanilla. Acababa de romper el encanto. Caratriste, exhibiendo una sonrisa irónica, le pasó un brazo por los hombros.

—¿Nos sentamos, Romeo?

Tomaron asiento sobre el pavimento, recostados contra la rugosa pared del patio, y observaron en silencio los lances del balón prisionero. Quintanilla se aclaró la garganta antes de hablar.

—Alguien debería defender a esa doncella de los atropellos de Vílchez y Benavides.

—¿A quién? —preguntó Momo—. ¿A Celia?

—No, a Pipi Calzaslargas —repuso Quintanilla—. A Celia, sí. ¿A quién iba a ser?

—¿Qué le hacen esos dos cerdos?

Quintanilla oteó los alrededores. Mientras Misterioso Hood solo se manifestara por escrito, habría que seguir siendo precavido. Carraspeó de nuevo.

—Según me ha contado Aurelio el Curita, la abordan camino de su casa, en el rincón de la tienda verde, la de las chucherías. —Bajó el tono de voz, hasta convertirlo en un susurro—. Y, con gran bellaquería y falta de escrúpulos, la someten a todo tipo de vejaciones, ultrajando su condición de doncella.

—Quintanilla, ostras, habla en cristiano —lo conminó Momo.

—Que le meten mano, vamos.

Momo sintió una llamarada de ira y vergüenza recorriendo sus venas. Cerró con fuerza los puños y desvió la mirada.

—Y ella, ¿qué hace?

—¿Qué va a hacer? —dijo Quintanilla—. Pues resistirse como buenamente puede. ¿No has visto la herida en el brazo de Vílchez? Es un mordisco de Celia.

Momo apretó las mandíbulas. A unos metros de él, Celia jugaba despreocupada, tirando con puntería el balón y evitándolo con movimientos enérgicos y felinos. A cada salto, los pechos le botaban bajo el jersey.

—¿Dónde la tocan? —murmuró Momo.

—Ya te lo he dicho. En el rincón que hay junto a la tienda verde.

—¡No pregunto eso! —espetó Momo—. Quiero decir en qué... En qué parte del cuerpo.

Quintanilla lo miró con condescendencia.

—¿De veras quieres saberlo?

Momo examinó el semblante de su amigo. Luego giró la vista hacia Celia, quien abrazaba alborozada a una compañera de equipo. Habían ganado el partido.

—No —respondió—. La verdad es que no. —Se pasó dos dedos por la comisura de los labios y esperó unos segundos antes de continuar—. Y cuando Vílchez y Benavides la... Cuando pasa esto, ¿qué hace Aurelio?

—¿El Curita? —Quintanilla puso cara de escepticismo—. Contribuye a la sordidez de la escena cagándose en los pantalones.

El silbato arbitral de don Wenceslao (dos pitidos cortos y uno largo) señaló el final del tiempo de recreo. Los niños, sudorosos y desbravados por el ejercicio, regresaban a las aulas para las dos últimas horas de clase. En sus rostros se manifestaba la felicidad que provoca la liberación de endorfinas como consecuencia de la práctica deportiva.

Gritaban, alborotaban, simulaban peleas y pugnaban por demostrar quién soltaba la gracia más ocurrente. Solo uno de ellos parecía entristecido.

Momo no escuchaba la lección. No es que en condiciones normales se deleitara con las explicaciones sobre ecuaciones y conjuntos disjuntos que don Teodosio (alias Míster Potato) trataba de introducir en las pétreas seseras del alumnado, pero, al menos, fingía un mínimo de interés. Esa mañana era distinto. La reciente revelación de Quintanilla lo había noqueado. Si Vílchez y Benavides se atrevían a profanar la sagrada piel de Celia, ¿había otra cosa en el mundo a la que prestar atención? ¿Qué importancia tenían el numerador y el denominador de una fracción comparados con los aberrantes abusos de que Celia estaba siendo víctima? ¿Podía la humanidad (con todos sus Teodosios y Míster Potatos) seguir con su rutinaria existencia como si nada grave hubiera ocurrido?

Las emociones transitaban por su persona a toda velocidad, unas veces reforzándose entre sí, otras rivalizando por el control de su mente atribulada. El muchacho experimentaba sentimientos distintos, incluso contrapuestos. Padecía por Celia, por el miedo y la repugnancia que, sin duda, debían de despertarle los tocamientos de Vílchez y Benavides. Pero, a ratos, lo asaltaba la rabia y se preguntaba por qué la niña no repelía las agresiones con mayor ahínco, con más decisión, con más violencia. Después, acordándose de las heridas en el brazo de Puñalitos, reconocía que Celia se había defendido con uñas y dientes (nunca mejor dicho), y que su ira no debía proyectarse contra la muchacha, víctima inocente de los abusos, sino contra la odiosa pareja de jaques. Entonces, el recuerdo de Vílchez lo intimidaba, y se sentía culpable por no tener los arrestos suficientes para volver a plantarle cara y hacerle pagar, ojo por ojo, todos sus excesos.

La clase de literatura, última de la mañana, tampoco le trajo el anhelado sosiego. Más bien indujo el nacimiento de una nueva y aciaga emoción, de otra trampa urdida, contra su voluntad, por su mente zaherida. Porque, pese a ser consciente de la culpabilidad de Vílchez y Benavides, de la inmaculada inocencia de Celia y del sufrimiento que la situación infligía a la chica, Momo no podía evitar una agitación que iba más allá del odio a la siniestra pareja, de la compasión hacia el dolor de su amada y del natural estallido de ira que todo ello provocaba en su corazón. El chaval sentía brotar en su interior una turbación desconcertante, una angustia que le mordía las entrañas y le dejaba

en la boca el regusto amargo de la desazón. Pero no podía identificar aquel sentimiento, era desconocido para él. Doña Alicia, la maestra de lengua y literatura, recitó unos versos culteranos que despejaron todas sus dudas:

*¡Oh niebla del estado más sereno,
furia infernal, serpiente mal nacida!
¡Oh ponzoñosa víbora escondida
de verde prado en oloroso seno!*

*¡Oh entre el néctar de Amor mortal veneno,
que en vaso de cristal quitas la vida!
¡Oh espada sobre mí de un pelo asida,
de la amorosa espuela duro freno!*

*¡Oh cielo, del favor verdugo eterno!
Vuélvete al lugar triste donde estabas,
o al reino (si allá cabes) del espanto;*

*Mas no cabrás allá, que pues ha tanto
que comes de ti mesmo y no te acabas,
mayor debes de ser que el mismo infierno.*

Góngora, sabedor de la dificultad ínsita en su métrica, había tenido la deferencia de encabezar el poema con un epígrafe aclaratorio: *A los celos*. Y ese era, sin duda, el sentimiento que estaba devorando por dentro al bueno de Momo: una niebla que le dificultaba la claridad del juicio, una furia infernal que lo trastornaba, una víbora venenosa que le mordía la inocencia. Una sensación injustificada de desconfianza hacia Celia, hacia los que la rodeaban, hacia el mundo en general. Un dolor sordo, una sospecha acechante, un temor espantoso a que la chica, que todavía no era suya, se le escapase como agua entre los dedos.

El timbre liberador y la despedida de doña Alicia pusieron fin a las clases de la mañana. Momo esperó a que Quintanilla recogiera sus cosas. Salieron a la calle y emprendieron el camino de vuelta a sus casas. Cuando se hubieron alejado del colegio, Momo tomó a su amigo del brazo, obligándolo a detenerse.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó.

—¿En relación con qué? —replicó Caratriste.

—En relación con el hambre en el mundo, no te digo... —Momo puso cara de fastidio. Después agarró de nuevo a su compañero, clavándole las pupilas—. ¿Qué

hacemos con los ataques de Vílchez a Celia?

Quintanilla se desasíó con cuidado y puso cara de circunstancias, evaluando la situación. No demoró mucho en pergeñar un plan.

—Deberíamos aprovechar las favorables condiciones con que, últimamente, nos obsequia la diosa Fortuna.

—¿De qué demonios hablas? —inquirió Momo.

—De ese desfacedor de entuertos que se hace llamar Misterioso Hood.

—¿Qué pinta Misterioso Hood en este asunto?

—Lo que vuesa merced desee. —Quintanilla, ante la cara de incompreensión de Momo, suspiró con infinita paciencia—. Vamos a ver, ¿no pretende ese arcano caballero acabar con las ominosas andanzas de Vílchez y Benavides?

—Eso es lo que decía en la octavilla —contestó Momo.

—Por tanto —continuó Caratriste—, si queremos proteger a Celia y castigar a esos dos malandrines, ¿no podríamos hacer llegar a Misterioso Hood la noticia de las deshonrosas vejaciones a que nuestra doncella está siendo sometida?

—Sí, si supiéramos quién demonios es Misterioso.

Quintanilla suspiró de nuevo, encogiéndose de hombros e imprimiendo una mueca de suficiencia a su semblante pálido y enfermizo.

—¿Acaso no lo sabemos? —interrogó mirando a Momo con complicidad. Este arqueó las cejas.

—No —contestó—. No lo sabemos.

—¿Cómo que no? —En el rostro de Quintanilla, la suficiencia dio paso al cabreo—. Vuesa merced es más duro de mollera de lo que suponía. La identidad de Misterioso Hood es evidente. Se trata, sin lugar a dudas, de mi hermano Juanón o, en su defecto, de don Wenceslao. O de los dos, si voacé me apura.

—Pues es lo que te digo, Quintanilla. Que no sabemos quién es. Estás dudando entre don Wenceslao, Juanón y una actuación en pareja.

—Quién de los dos sea Misterioso Hood se me da dos maravedíes. —Quintanilla retomó el gesto displicente—. Tanto si es don Wenceslao como si se trata de mi hermano, disponemos de acceso directo a sus poderes.

—¿A qué poderes te refieres? —preguntó Momo—. Que no estamos hablando del Capitán América, *flipao*. Que solo ha esparcido unas cuantas octavillas.

Quintanilla estaba a punto de perder la paciencia.

—Dejémonos de sandeces. ¿Quieres que se lo cuente a mi hermano? ¿Sí o no?

Momo resopló, haciendo ondular su largo flequillo.

—Déjame pensarlo —dijo reemprendiendo la marcha.

Los muchachos caminaron en silencio. Al llegar a la calle de Momo, Quintanilla torció a la derecha, despidiéndose sin hablar. Miraba a un lado y a otro, escudriñando los alrededores, como si tomara parte en alguna peligrosa conjura para derrocar a un malvado y poderoso tirano. Momo sacudió la cabeza con gesto de escepticismo y siguió andando.

Al llegar al portal de su edificio, se topó con su hermana y con Quinito. Alejandra tenía las manos ocupadas con las bolsas de la compra y el hombre se ofrecía para ayudarla.

—Hola, tata. Hola, Quinito.

El boxeador agachó la cabeza y se rascó con fuerza detrás de la oreja izquierda.

—Hola, chaval. Pasaba por aquí y he visto a tu hermana cargada como una mula. ¿Cómo va todo?

—Bueno... Hay cosas que van bien y otras que van mal.

Quinito cogió la barbilla de Momo y examinó su cara.

—Alejandra me ha contado que tuviste una pelea. —El muchacho afirmó con la cabeza—. ¿Te sacudieron fuerte?

—Eran dos contra uno. Me sacudieron bastante.

—A todos nos tumban alguna vez, ¿sabes? —Quinito simuló un *crochet* al mentón del crío—. Lo importante es volver a levantarse.

A Momo le sonaba esa frase (u otra semejante) de alguna de las películas de Stallone. Le encantaban las pelis de Stallone. Quinito continuó con su filosofía de cuadrilátero:

—Si no te han mandado nunca a la lona, es que nunca has luchado. No tienes que avergonzarte por caer, ¿entiendes? Solo debes avergonzarte por no pelear.

—A veces es mejor huir para seguir vivo —apuntó Momo—. Sobre todo si eres un flacucho como yo.

—Depende de cómo se mire. Además, tú no eres un flacucho, eres un tío ágil y fibroso. —Quinito miraba fijamente al chaval. Bajo la retorcida cicatriz de la ceja derecha, el ojo del boxeador titilaba en un tic apenas perceptible—. Puedes escapar de un combate, pero entonces no vencerás tus miedos, ¿comprendes? Nadie puede escapar de sus temores.

Alejandra rompió el momento Rocky.

—No le digas esas cosas al crío —protestó—. No lo animes a meterse en líos.

Quinito sonrió, revolvió con la mano la cabellera lacia del muchacho y cogió las bolsas de las manos de Alejandra. El hombre y los dos hermanos subieron las escaleras hasta el tercer piso.

—¿Quieres quedarte a comer? —preguntó Alejandra mientras metía la llave en la cerradura de la puerta. Quinito vaciló unos segundos antes de responder.

—Si no es mucha molestia...

Alejandra sonrió y le franqueó el paso.

—¡Qué va a ser molestia! Eso sí, no te esperes solomillo a las finas hierbas.

—No te preocupes por eso. Como de todo.

Alejandra se encerró en la cocina para preparar la comida. Mientras, Momo puso los cubiertos en la mesa del salón. Quinito, sentado en un sillón, observaba al muchacho. Le caía bien aquel crío, así que decidió darle un último consejo antes de que su hermana irrumpiera en la estancia blandiendo una ensalada de atún y una tortilla de patatas.

—No pasa nada si alguna vez te cagas en los calzoncillos, Momo. —El chaval interrumpió su labor y se quedó mirando al púgil—. Pero hazte un favor: nunca te ahogues en tu propia mierda.

CUARTO *ROUND*:

Primera parte:

A PESAR DE QUE NO HE SACADO muchas manos en lo que llevamos de combate, los brazos me pesan como si fueran de plomo. La tensión, en ocasiones, fatiga más que el esfuerzo físico, y yo tengo tensión para alumbrar Barcelona capital y parte del extrarradio. Me arden los tendones de hombros y codos, y la musculatura del tren superior está agarrotada, rígida, lo que ocasiona que mis movimientos sean cada vez más lentos e imprecisos. Parece que el tercer asalto fue solo un espejismo y que mis energías se agotaron en su breve y fraudulento oasis.

Mi adversario, por el contrario, se encuentra fresco como una rosa. Debe de tener un hermano gemelo con el que se intercambia al inicio de cada *round*. Tras haber tomado aire en el asalto anterior, se mueve por el cuadrilátero con una agilidad solo comparable a la potencia de sus puños. Sus acometidas son continuas y poderosas. Me está castigando las ijadas, sabedor de que, si me saca el aliento de las zonas bajas, el KO está asegurado. Flexiono las rodillas, me contraigo y pego los codos a los flancos dejando el menor resquicio posible para sus guantes. Pero la protección de la zona abdominal desguarnea necesariamente la cabeza, circunstancia que Míster KO aprovecha con maestría. Alterna series abajo con poderosos directos arriba, de manera que me resulta casi imposible mantener la solidez de mi defensa. Mi guardia comienza a hacer aguas, por lo que la única solución consiste en rehuir cobardemente el cuerpo a cuerpo.

—¡Fuera de su distancia! —me ordena el Jefe. Él también se ha dado cuenta de que el intercambio de guantazos con Míster KO es un pésimo negocio. Todo el mundo en el Caesars Palace es consciente de que mi única posibilidad de supervivencia radica en escapar de los demoledores guantes del púgil local.

Trato de escapar lateralmente, pero Míster KO conoce la añagaza y me corta la retirada a base de *crochets* con ambas manos. Si el efugio lateral no es viable, solo resta la marcha atrás. Reculo veloz hacia las cuerdas, pero mi contrincante avanza rápido

golpeando cuerpo y cabeza para descomponer mi guardia. Lo empujo y doy dos zancadas hacia mi izquierda para ganar unos segundos de sosiego. El público huele mi miedo y ruge en un abucheo oprobioso. Míster KO, enardecido por el clamor, viene hacia mí y me propina una larga y variopinta serie de golpes. Una derecha baja me alcanza el bazo y siento un agudo pinchazo. Instintivamente, bajo el codo para proteger la zona de un segundo impacto. Míster KO aprovecha la coyuntura y, con la misma mano, descarga un tremendo *crochet* que me alcanza el mentón y sacude mi cabeza como si fuera la de una marioneta. Me mareo y me invade el vértigo, las rodillas se me doblan. Intento mantener la verticalidad, pero Míster KO me hunde la nariz con un directo de izquierda y me vengo abajo como un pelele.

Tumbado sobre la lona, volteo la cabeza y busco la silla de mi mujer: está vacía. El protector se me escurre de la boca y resbala hasta el suelo dejando un hilillo de baba. Bill Clinton empuja a Míster KO hasta una esquina neutral y se dirige hacia mí, mostrando cuatro dedos en su mano.

—*Four!* —dice extendiendo el brazo.

Qué majo, pienso, si hasta sabe contar. Y en inglés, ahí es nada.

—*Five!*

Qué bien se está en el suelo, echado boca arriba, hipnotizado por todas esas luces de colores que, a modo de estrellas artificiales, salpican el techo del Caesars Palace, convirtiendo el pabellón en una mezcla de sala de fiestas y circo ambulante. Me sorbo la nariz y un regusto a hierro inunda mi paladar. La sangre me recuerda que Míster KO sigue de pie, en la esquina neutral, esperando a que me levante para acabar de una vez por todas con el engorroso trámite del combate. Ansioso por destrozarme.

Momo solía hacer los deberes en casa de *Fräulein* Schroeder. La brasileña era una mujer de cierta cultura y podía echarle una mano en las tareas escolares. Además, tenía en casa una fenomenal Enciclopedia Universal (al crío el título le parecía abracadabrante) y disponía de un servicio por aquel entonces restringido a unos pocos privilegiados: conexión a internet.

Además de las juiciosas razones anteriormente citadas, había otra (menos lógica pero más contundente) que impelía a Momo a realizar las tareas escolares en el domicilio de su vecina: le daba canguelo quedarse solo en su propio hogar. Cuando su hermana estaba

fuera, el piso (un cubículo que apenas rebasaba los cuarenta metros cuadrados) se le antojaba enorme. No es que tuviera miedo, al menos no de nada concreto, pero una indefinible sensación de inquietud, un temor difuso, se apoderaba de él, incitándolo a salir disparado hacia la puerta.

Aquella tarde, Alejandra había ido a la peluquería y no regresaría hasta que, ya de madrugada, hubiera finalizado su trabajo en el Sybaris. Huyendo de la angustia que le suscitaba la soledad, Momo bajó al piso de Hellen, se sentó frente a la mesa del salón y, tras un elocuente suspiro, comenzó a hacer los deberes. Abrió el primer libro y se sumergió desapasionado entre sus hojas. La lección 14 del manual de Conocimiento del Medio (había que ser retorcido para denominar así una asignatura) disertaba de manera soporífera sobre el producto interior bruto, la tasa de natalidad, la pirámide poblacional y otros entretenidos conceptos que hacían que, ya desde la más tierna pubertad, los chavales odiaran con cordialidad cualquier asunto relacionado con las ciencias sociales.

Concluidas las tareas de Conocimiento del Medio (¿cómo se llamaría un especialista en esta rama del saber? ¿Gran Conocedor del Medio? ¿Sabio del Medio? ¿Medio-Sabio?), el muchacho emprendió la no menos apasionante labor de analizar arbóreamente una serie de oraciones compuestas. Doña Alicia había decidido amenizar la tarde de sus pupilos con un cúmulo de jugosas coordinadas adversativas y apetitosas subordinadas sustantivas de complemento directo. A eso de las ocho, derregado por el frenesí intelectual, Momo dio por finalizadas sus obligaciones académicas. *Fräulein* Schroeder le trajo a la mesa un zumo de naranja natural y unas galletas de chocolate. Todo esfuerzo, pensó el crío, acaba teniendo su recompensa.

Hellen se sentó a su lado y abrió una novela, pero Momo tenía ganas de charla.

—¿De qué va el libro?

La mujer levantó la vista de las páginas y miró al muchacho por encima de las lentes.

—Es una novela de Torcuato Luca de Tena, *Edad prohibida*. Trata de... de la adolescencia, del primer amor, del despertar a la vida.

—¿Es bueno?

—Es muy bueno —respondió la brasileña—. ¿Y sabes una cosa?

—Sé bastantes cosas —dijo Momo con una sonrisa.

—El protagonista de la novela es un chico de tu edad. Se llama Anastasio. —*Fräulein* Schroeder cerró el libro y lo dejó sobre la mesa—. Y está enamorado de una niña que se llama Celia. Igual que tú.

—Yo no me llamo Celia —apuntó Momo, tratando de desviar la atención.

—Hoy estás muy gracioso.

Momo se encogió de hombros.

—¿Por dónde vas ahora?

Fräulein Schroeder volvió a coger el libro, sopesándolo entre las manos. Luego lo abrió y pasó las hojas distraídamente.

—Por una parte muy emocionante. Anastasio está aturdido porque ha visto a otro chico tocando a Celia.

A Momo se le paró el corazón. Era *su* historia. Que le diera un cólico nefrítico (fuera eso lo que fuera) si aquella no era *su* historia. ¿Se habría enterado Hellen de algo? No resultaba verosímil. ¿Tendría algún poder oculto? Momo era demasiado mayor para creer en esas patrañas. ¿Tal vez alguna capacidad de hiperpercepción ultraintuitiva? Esta hipótesis, al estar plagada de vocablos polisílabos, le pareció la más plausible, así que decidió que tenía que ser la correcta.

—¿Puedo contarte una cosa? —preguntó.

—Lo que quieras.

El muchacho bajó la cabeza. Pensar en aquel maldito asunto lo turbaba y lo hacía ruborizarse, como si tuviera algo que esconder. No obstante, dio un largo sorbo a su naranjada y emprendió el relato de las vejaciones que Vílchez y su asqueroso lacayo infligían a Celia. Afortunadamente para su timidez y su sentido de la vergüenza, Hellen no necesitó de muchos pormenores para hacerse una idea cabal de la cuestión. Cuando Momo terminó su exposición, el silencio se adueñó de la estancia. *Fräulein* Schroeder podía imaginarse los sentimientos del crío: rabia, impotencia, miedo, pudor, celos... Sabía que, para el muchacho, aquella situación suponía una crisis personal de magnitudes gigantescas. Y eso le dolía, sobre todo porque tenía la certeza de que, a la larga, ese episodio sería considerado, por Celia y por Momo, como un hito más (solo uno más) del proceso de maduración, proceso en virtud del cual los chiquillos (inocentes, puros, confiados) acaban por convencerse de que la vida, en ocasiones, puede comportarse como una gran hija de puta.

—¿Quién conoce esta historia? —preguntó la mujer.

—Aurelio, Quintanilla y yo —respondió Momo—. No creo que lo sepa nadie más.

Fräulein Schroeder se levantó del asiento, abrió un cajón del aparador y cogió un mantel.

—Recoge tus libros y pon la mesa. Ya es hora de cenar.

Le lanzó el mantel y se dirigió a la cocina. En cuanto Momo hubo acabado de colocar platos, vasos y cubiertos, un olor a patatas fritas y sardinas a la plancha invadió la vivienda. En unos minutos, la cena estaba sobre la mesa.

—Habría que hacer algo con eso que me has contado —dijo Hellen con la boca repleta de pescado.

—¿Hacer qué? —preguntó el mozo.

—No sé. Es algo muy feo, Celia no tiene por qué soportarlo.

Momo reflexionó durante unos instantes.

—¿Debería enfrentarme de nuevo a Vílchez?

—¿Para qué? —preguntó *Fräulein* Schroeder—. ¿Para llevarte otra paliza?

Momo se sintió abochornado.

—Eran dos contra uno —balbuceó mientras se metía en la boca un puñado de patatas.

—Siempre serán dos contra uno.

El muchacho pensó que Hellen hacía unas patatas fritas deliciosas y que, además, tenía razón. Pelearse con aquel binomio de gamberros no era un negocio rentable. Solo le reportaría una nueva lluvia de palos. Celia seguiría sufriendo los abusos y Vílchez y Benavides tendrían, en su hoja de servicios, una nueva hazaña de la que jactarse. Habría que cambiar de táctica.

—Hellen, ¿te he contado que tenemos un superhéroe en el colegio?

La interpelada puso cara de sorpresa.

—¿Un superhéroe? ¿Con capa roja y súpercalzoncillos por fuera de los pantalones?

Momo sonrió.

—Todavía no le hemos visto la cara. Ni los súper-calzoncillos. Lo único que ha mostrado de momento son sus súperoctavillas.

El muchacho explicó a su vecina la rocambolesca historia de Misterioso Hood y de las octavillas en las que amenazaba a Vílchez y Benavides. Hellen parecía divertida.

—¿Crees que esos dos golfos se habrán amedrentado?

—No lo sé —contestó Momo—. Pero durante los primeros días estuvieron algo más tranquilos. No pegaron a nadie. Y no desapareció nada del colegio.

—Tres hurras por Misterioso.

—Pero ya han vuelto a las andadas —continuó el crío—. De hecho, lo de Celia es posterior a las octavillas.

—¿Alguna sospecha de quién pueda ser Misterioso Hood? —preguntó *Fräulein* Schroeder.

—Quintanilla cree que es su hermano Juanón o don Wenceslao. O los dos a la vez.

—En ese caso, tendrías posibilidad de contactar con Misterioso.

—¿Crees que sería buena idea? —interrogó Momo.

—Desde luego sería mejor que enfrentarse a bofetadas con ese par de animales.

Hellen se levantó de la mesa y comenzó a recoger los cubiertos; Momo la ayudó a llevar las cosas a la cocina. Habían sobrado unas cuantas sardinas.

—¿Te importa que se las lleve a Alejandra? Llega muerta de hambre del trabajo y no cocina nada por no despertarme.

Fräulein Schroeder le alcanzó una fiambreira.

—Llévaselas, anda. Tu hermana se merece un príncipe.

—¿Por aguantarme a mí? —inquirió Momo.

—Por aguantar al Puñales. Me da en la nariz que es igual de tarugo que su hijo.

Momo metió las sardinas en la fiambreira y se quedó en silencio, pensativo, durante unos minutos, mientras *Fräulein* Schroeder fregaba los cacharros en la pila.

—¿Crees que esas cosas se heredan? —preguntó finalmente el niño.

—¿Qué cosas?

—Ya sabes, la violencia, la chulería...

Fräulein Schroeder cerró el grifo y se secó las manos con un trapo. Después se giró hacia el muchacho.

—Desgraciadamente, todo lo malo se hereda: el cáncer, las deudas, la calvicie, las hemorroides...

De repente, Momo se puso serio.

—Si toca a mi hermana, lo mato.

Su voz, inusualmente ronca, sonó extraña en los oídos de Hellen. Por unos momentos, vio el odio chispeando en los ojos del muchacho y su rostro contraído en un mohín adulto, amenazador.

Se dio cuenta de que no mentía y adivinó que el niño pronto dejaría de serlo. Estaba en esa fase intermedia, indefinida y peligrosa, en que la infancia leva anclas y pone rumbo al puerto de la edad adulta. De cómo hiciera esa travesía dependería, en gran medida, el resto de su vida.

—Se lo diré a Quintanilla —dijo Momo, sacando a *Fräulein* Schroeder de sus cavilaciones.

—¿Qué le dirás? —preguntó esta.

—Jo, Hellen —protestó Momo—, tienes menos memoria que un pez con alzhéimer. Le diré que le cuente a su hermano lo de Celia.

—Entonces, ¿crees que Juanón es Misterioso Hood?

—No lo sé. Pero Juanón y don Wenceslao son muy amigos. Siempre van juntos a disparar con las escopetas. Así se enterará el director. Tal vez alguno de ellos pueda hacer algo, sean o no superhéroes.

Fräulein Schroeder hizo un gesto lento y afirmativo con la cabeza.

—Me parece bien —dijo—. Y si no resulta, siempre te queda el plan B. —Momo la interrogó con la mirada—. Sí, hombre, el plan B: romperte la cara con Vílchez. Pero, la próxima vez, procura pillarlo a solas.

—No te preocupes —dijo el chaval—. Si hay otra pelea, será cara a cara. Él y yo a solas, sin ayuda de nadie.

Concluido el fregoteo, la dispar pareja se trasladó al salón. *Fräulein* Schroeder puso en marcha el viejo tocadiscos y tomó asiento en el sofá junto a Momo. *Lady Laura* llenaba de melancolía la estancia y Hellen entornó los ojos. La voz nostálgica de Roberto Carlos y su quebrado acento brasileño la transportaron unas décadas atrás, a la orilla de otro mar, hasta una infancia exótica y plena de vicisitudes acaecida a miles de kilómetros de distancia.

El humor de la bahiana Teresa se había amostazado desde el episodio de Steffie y las cucarachas. El baluarte mágico dispuesto alrededor de la pequeña Hellen había resultado vulnerable, y eso, aunque no desvirtuaba la confianza que Teresa tenía depositada en la eficacia preventiva de sus ritos, constituía un serio toque de atención: debía reforzar las medidas de profilaxis espiritual en torno a su *moleca*. Si una travesura infantil había resquebrajado el escudo, ¿qué no sería capaz de destrozar una malvada voluntad adulta?

El aya convenció al señor Nascimento, un *babalorixá* octogenario, para que oficiara una sesión de candomblé. El chamán era célebre por su inventiva y su falta de rigor litúrgicos, aunque él solo admitía cierta heterodoxia y una marcada propensión al autodidactismo. De todas formas, como el propio hechicero solía decir entre trago y

trago de *pinga*, nadie había escrito una biblia del candomblé, ni un canon litúrgico, ni un catecismo sobre la materia, así que sus rituales eran tan válidos como los de cualquier otro.

La ceremonia tuvo lugar en una cascada situada tras los arrozales de Günter Schmitt, lejos de la luterana vista de los Schroeder, quienes, a pesar de su desidia en lo referente a la educación religiosa de su hija, no habrían podido pasar por alto tamaña muestra de paganismo y superstición. Teresa, Hellen y cinco negros bahianos, enfundados en blancos ropajes, acompañaban al *babalorixá*. Günter, agazapado tras un carro junto al cobertizo, no se perdía detalle.

El señor Nascimento vestía una túnica dorada y portaba unos amuletos colgados al cuello. Era un anciano negro de barba canosa, circunspecto, parco en palabras y con la grave apariencia de quien se sabe investido de una trascendente misión. A pesar de estar algo bebido, el resto de negros lo trataba con grandes muestras de respeto, casi con adulación; sentados en el suelo, conformaban un círculo a su alrededor.

La liturgia comenzó con la invocación a Oxum, *orixá* o diosa personal de Hellen, a quien el chamán requería con los ojos cerrados, musitando palabras inaudibles, mientras uno de los adeptos hacía sonar unos pequeños bongos. El ritmo de la percusión era lento, obsesivo, y sumió a todos los creyentes en un trance letárgico.

—*Ora yeyé ô!*

El anciano levantaba las manos al cielo, con las palmas extendidas hacia fuera, reverenciando a la diosa. El compás somnoliento de los bongos acompañaba su saludo.

—*Ora yeyé ô!*

El señor Nascimento repitió la zalema ritual varias veces, acompasando su pronunciación al ritmo de la percusión. Los negros unieron sus voces a la del *babalorixá* en una polifonía improvisada pero unísona. La salutación derivó en oración cantada. La cadencia de los bongos y del mantra fue subiendo en volumen y velocidad, hasta que, de repente, el anciano giró las palmas de sus manos hacia dentro, imponiendo silencio. Una mariposa amarilla revoloteó frente al chamán: Oxum había accedido a la solicitud y se encontraba entre ellos. El señor Nascimento agradeció la presencia de la *orixá* con un esbozo de sonrisa y una inclinación de cabeza. Luego se incorporó, se aproximó a Hellen y posó una mano seca y descarnada, habitada por unos dedos que semejabán sarmientos, sobre la dorada cabellera de la niña. La mariposa se allegó hasta la muchacha y revoloteó a su alrededor. Acto seguido, voló hasta el río, suspendiéndose sobre un remanso situado

a pocos metros de la cascada. El coro permaneció en silencio, expectante. Algunos susurraban oraciones, otros, con los ojos entornados, parecían sumidos en un trance profundo. El anciano tomó a Hellen de la mano y se introdujo con ella en el agua. La mariposa sobrevoló sus cabezas y descendió zigzagueante hasta rozar con sus alas la superficie líquida. El chamán asió a Hellen de los hombros y la sumergió en la corriente durante unos segundos. Cuando la niña emergió, la mariposa había desaparecido. La ropa blanca de Hellen, empapada, transparentaba sus incipientes curvas de adolescente. Dos brotes rosados se elevaban bajo su blusa. A lo lejos, Günter registraba ávido la escena, esforzándose por retener en su memoria la imagen de aquella ninfa húmeda y resbaladiza.

Los bongos tornaron a retumbar mientras el *babalorixá*, surcado su rostro por decenas de pliegues de alegría, besaba a la neófita en las mejillas y rubricaba la ceremonia con un largo trago de *cachaça*. Los fieles prorrumpieron en aplausos y alaridos, felicitando a Hellen con abrazos y palmotadas por su nuevo estadio espiritual. Una canción surgió espontáneamente de sus gargantas, acomodándose de manera natural al repetitivo ritmo de los bongos. La bahiana Teresa, velando por el pudor, cubrió a su *menina* con una manta.

Ya en casa, en la habitación que compartían, Teresa improvisó un altar en honor de Nuestra Señora Aparecida. El ceremonial del anciano *babalorixá*, aunque alejado del candomblé clásico, preservaría a Hellen de la maldad, la inquina y el *olho gordo*. No obstante, algo de ayuda extra nunca está de más. Y, para el sincrético espíritu de la bahiana, ninguna bendición estaba completa sin el concurso de la Madre de Dios. En su corazón, Oxum y María eran hipóstasis de la misma divinidad, distintas advocaciones de la fecundidad, la feminidad comprensiva y la protección maternal.

Teresa y Hellen, sentadas frente al improvisado santuario de *Nossa Senhora*, rezaron el rosario. Después de cada avemaría, Hellen se arrodillaba ante la imagen de la Virgen Negra y besaba con devoción sus manos. Concluido el rezo, se acostaron en sus lechos. La luz de la luna se colaba clandestina por las grietas del postigo que cubría la ventana. Hasta el amanecer, los reflejos de plata bañaron el rostro de la Madre de Dios.

Aquella noche, Teresa durmió tranquila.

—Últimamente pones mucho esta canción —apuntó Momo, despertando a *Fräulein* Schroeder de sus ensoñaciones. Los compases finales de *Lady Laura* languidecían en el tocadiscos.

—Me trae recuerdos de mi tierra —murmuró la mujer.

—¿Buenos o malos?

—Qué más da. Solo son recuerdos.

—Yo casi nunca pienso en el pasado —afirmó el chaval. *Fräulein* Schroeder no pudo reprimir una carcajada.

—Tú no tienes pasado —dijo, desordenándole los cabellos—. Y volviendo al presente, ¿hay perspectivas de futuro con Celia?

El semblante de Momo mostró satisfacción.

—El otro día me invitó a jugar a balón prisionero.

—¿Y cómo fue el partido?

—No participé —respondió el crío irritado. Le desagradaba tener que explicar obviedades—. Es un juego de niñas.

Hellen sacudió la cabeza.

—Te daba vergüenza, ¿cierto?

—Mucha —respondió Momo—. No quería ser el único chico en un partido de chicas. ¿Qué hubieran pensado de mí el resto de compañeros?

—Todavía te importa la opinión de los demás —dijo Hellen—. Es normal. Aún estás en la primera fase.

—¿La primera fase? —Momo miró a su vecina con interés.

—Sí —respondió esta—. Existen tres etapas en relación con nuestra reputación. En la primera, damos mucha relevancia a la opinión que los demás tienen de nosotros. Todos pasamos por ahí. Durante la segunda, prescindimos de la gente y solo nos importa la valoración que nosotros mismos hacemos de nuestros actos. Si son acordes a nuestra filosofía, nos sentimos satisfechos, independientemente del juicio que se formen los demás. Es entonces cuando hemos llegado a la madurez. Pero no todo el mundo la alcanza.

Momo rumiaba las palabras de su amiga. ¿Habría leído eso en algún libro o sería fruto de su capacidad hiperintuitiva? Daba igual. En cualquier caso, ningún adulto le hablaba de esos asuntos. Y a Momo le intrigaban sobremanera esos asuntos.

—¿Y la tercera etapa? —preguntó.

—En la tercera etapa no nos afecta ninguna opinión —respondió Hellen—. Ni siquiera la nuestra. De manera inconsciente, obramos conforme a las normas del universo, de la ley natural de Dios, y nada tiene ya importancia. La vida se convierte en un flujo sencillo, en un agradable devenir en el que nos sumergimos sin dificultad, dejándonos llevar. El plano espiritual se impone al físico y mental, y la persona llega a su plenitud. Muy pocos consiguen llegar a esta fase.

—Entiendo —mintió Momo.

—¿Seguro?

—Bueno... —se corrigió el chaval—. No sé qué significa «devenir», ni «plenitud», pero pillo la idea.

—Te gusta más el lenguaje del Cofre de los Versos Rotos, ¿verdad?

Momo exhibió una sonrisa de oreja a oreja. Le fascinaban el Cofre y sus mágicas combinaciones. No sabía si el pequeño baúl tenía truco, pero, aunque así fuera, sus poemas siempre lo inspiraban y le daban la clave exacta para afrontar los retos de la vida. *Fräulein* Schroeder se levantó del sofá y se dirigió al dormitorio, de donde, al cabo de un par de minutos, regresó con el arca de madera labrada y el cuaderno donde Momo pegaba los versos. Los depositó solemnemente sobre la mesa.

—¿Haces los honores? —preguntó afectando pompa.

Momo deslizó la mano por la tapa del enigmático baúl, registrando con morosidad su tersa superficie de ébano. Luego la levantó y las cuatro cajitas numeradas brillaron a la luz de la lámpara del salón. Las abrió y contempló las decenas de tiras dobladas de papel que ocupaban su interior. Siguiendo el orden numérico, extrajo de cada una de ellas, al azar, una tira que desdobló boca abajo encima de la mesa. Finalmente, les dio la vuelta y... *voilà*, ahí estaba el poema:

*Tic, tac, miedo, vergüenza,
tic, tac, océanos sin sal,
tic, tac, la vida no aguarda,
tic, tac, no sabe esperar.*

Fräulein Schroeder cerró las tapas de las cuatro cajitas y desapareció por el pasillo con el cofre. Al regresar al salón, alzó la aguja del tocadiscos y la depositó nuevamente sobre la pista de *Lady Laura*.

—¿Sabes quién es lady Laura? —preguntó.

—Ni idea —dijo Momo, cuyos ojos seguían fijos en las cuatro tiras de papel.

—Es la madre de Roberto Carlos.

Momo tampoco sabía quién era Roberto Carlos, pero se abstuvo de manifestarlo. Su magín estaba embreñado en otros menesteres.

—Hellen, ¿quién escribe los poemas del Cofre?

—Qué más da —respondió la mujer—. Todos los poemas anidan en el alma, al alcance de cualquiera, igual que en el bloque de mármol habitan todas las esculturas.

—¿Y cómo podemos encontrar esos poemas?

Fräulein Schroeder inspiró profundamente y miró los reflejos de la luna en el ventanal que daba al jardín. Espiró despacio y sonrió al muchacho:

—Deshaciéndonos de todo lo que sobra en nuestra mente.

CUARTO ROUND:

Segunda parte:

—*SIX!* —GRITA BILL, tratando de imponer su voz sobre el estridente rugido del público.

Me incorporo levemente, apoyándome sobre los codos, y miro hacia mi rincón. El Jefe se desgañita voceando cosas que no escucho, pero que imagino sin dificultad: «levántate, campeón»; «échale huevos, toda España te está viendo», etcétera. Reparo en el gesto triste y escéptico del *cutman*. El semblante de Harry desdice todos los ululatos de mi entrenador y parece insinuar que haría mejor en quedarme tumbado.

—*Seven!*

Intento recuperar la verticalidad, pero me fallan las fuerzas y el maldito sentido del equilibrio. Bill Clinton gesticula como si estuviera enfadado. Supongo que un combate por el trono mundial de los pesos medios no puede concluir en el cuarto asalto. *Show must go on*; Bill lo sabe y me mira con cara de mala hostia, como si yo también conociera los intrínquilis económicos del pugilismo. Y lo cierto es que los conozco. En ese caso, ¿qué cojones hago en el suelo? Me apoyo tambaleante sobre las manos y, tras un esfuerzo titánico hecho de músculo y pundonor, consigo ponerme de pie. Hay que joderse, qué frío hace aquí arriba.

—*Eight!*

El bueno de Bill me ase de las muñecas y las sacude ligeramente, para comprobar si estoy en condiciones de boxear. Nunca he entendido esta costumbre arbitral. Yo cojo a un tío de las muñecas y no tengo ni puta idea de si está más fuerte que el vinagre o si va a derrumbarse ante el frágil aleteo de una mosca. Aunque la verdad es que hay un montón de enigmas existenciales que no entiendo, así que tampoco es cuestión de comerme la cabeza por este.

—*Are you ok?* —pregunta Clinton poniendo cara de preocupación. Clinton y yo sabemos que mi estado físico se la pela, pero el espectáculo tiene sus reglas y todos los que participamos en él tenemos que obedecerlas.

—*Ok*—miento—. *I'm ok!*

Bill Clinton hace un gesto con las manos, señalando el centro del cuadrilátero. Míster KO sigue en el rincón neutral, pero avanza unos pasos, impaciente. Oculta la barbilla tras los guantes y bascula el peso sobre el pie adelantado, como un esprinter a punto de salir de los tacos. Está hambriento de mi carne y sediento de mi sangre. Su aspecto de depredador denota un acendrado instinto homicida.

—*Box!*

Mi enemigo se abalanza sobre mí y descarga un aluvión de golpes inmisericordes que impactan contra mi cuerpo entumecido. Solo pienso en cubrirme el rostro; otra mano al mentón o un nuevo directo a la nariz significarían el final de la pelea. La golpiza es terrorífica, pero, de manera prodigiosa, mi cuerpo sigue en pie. Hay que ver lo que es capaz de aguantar un ser humano debidamente motivado. Y yo lo estoy. No sé por qué, pero lo estoy. No es por el dinero; la bolsa es fija y el cobro está garantizado. Tampoco por la gloria: a estas alturas de combate me quedan muy pocas esperanzas de salir victorioso. Supongo que es por decencia, por vergüenza torera. Porque un infante español puede palmarla en la batalla, pero siempre con dignidad, con decoro. Con un par de cojones.

Míster KO está enfurecido y sacude con frenesí. Creo que si tuviera una pala a mano me arrearía un palazo en la cabeza. La afición gringa está enardecida, corea «*kill him, kill him*» y otras lindezas de análoga hermosura. Míster KO me llega con una mano al hígado y un *upper* de derecha que me hacen tambalear. Lo abrazo desesperado, pero me empuja lejos y vuelve a la carga. Un *jab* y un directo me lanzan contra las cuerdas. Esto se acaba, amigos. Un placer haberlos conocido.

Cuando estoy a punto de caer, suena la campana salvífica. Yo mismo daba la batalla por perdida, pero, contra todos los pronósticos, he acabado el cuarto *round* en pie. La divina providencia quiere que haya un quinto asalto.

Tal vez a Dios le guste el boxeo.

El padre Agustín (el nombre daba pie a innumerables coñas) se dirigió a los feligreses luciendo una beatífica sonrisa en los labios:

—Lectura del Santo Evangelio según san Marcos.

Momo y Quintanilla se persignaron. A su alrededor, los parroquianos, ancianos en su mayoría, hicieron lo propio. En el presbiterio, Aurelio, deslizándose lento y solemne, se aproximó al atril para adecuar la altura del micrófono a la del sacerdote. Momo observó al Curita, preguntándose por qué le gustaría tanto officiar de acólito del padre Agustín. Y pensó que la sotana roja y el roquete blanco de punto le conferían una apariencia ambigua, indefinible, a mitad de camino entre lo místico y lo grotesco. Aunque, sin lugar a dudas, Aurelio valoraba su atuendo de manera diferente. Habitualmente, el monaguillo se desenvolvía durante la liturgia con empaque y dignidad, y como si presbiterio, altar y tabernáculo fueran su hábitat natural. Auxiliaba al cura con gesto serio, casi luctuoso, muy investido de la relevancia litúrgica de su función.

Pero aquel domingo, Aurelio estaba distraído, hasta el punto de que, en dos ocasiones, el padre Agustín hubo de llamarle la atención mediante un discreto arqueo de cejas. El Curita se movía vacilante, dubitativo, como si algún asunto apremiante ocupara sus pensamientos. Quintanilla, por su parte, también tenía preocupaciones y necesitaba compartirlas con Momo. Caratraste bisbiseó a la oreja de su amigo:

—Ayer volvieron a robarme.

—¿Quiénes? —susurró Momo.

—Maricarmen y sus muñecos, ¿no te digo? —Quintanilla miró en derredor. Los feligreses seguían atentos el sermón del padre Agustín—. Vílchez y Benavides. La diosa Fortuna, siempre esquiva a mi persona, quiso que me diera de bruces con ellos al salir de casa. Me despojaron de los cuatro cuartos que portaba. Como mi hermano se asomó al alféizar de la ventana, los malandrines huyeron despavoridos, no sin antes anticiparme una muerte prematura en caso de que me fuera de la mui.

—Y tú, ¿qué has hecho?

Una señora nonagenaria con aspecto de galápago chistó a los muchachos. Quintanilla bajó aún más la voz.

—Como sabes, ya le había relatado a mi hermano el asunto de los robos en las aulas. Ahora he ampliado la denuncia con todos los agravios y entuertos a que Vílchez y Benavides me han sometido. También le he detallado la alevosa paliza de la que fuiste heroica víctima y, tal como me pediste, los tocamientos con que ultrajan a Celia. A fe mía que van a purgar todos sus desmanes.

El padre Agustín elevó el santísimo sacramento, mostrándoselo a los fieles. Momo y Quintanilla enmudecieron durante unos instantes, hasta que Aurelio, rompiendo el

reverente silencio, hizo sonar la campanilla. El sacerdote levantó la voz:

—Este es el sacramento de nuestra fe.

—Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven, Señor Jesús.

La eucaristía siguió su curso. Momo y Quintanilla, poniendo a prueba la paciencia de la anciana-galápago, retomaron la conversación.

—Y tu hermano, ¿qué te ha dicho?

Quintanilla esbozó una sonrisa.

—Don Wenceslao ya le había transmitido algunas informaciones: lo de tu paliza, lo de los robos en el colegio, etcétera. Pero se ha cabreado bastante.

—¿Y va a hacer algo?

Quintanilla miró despectivamente a su amigo.

—¿Acaso Clark Kent le revela a su hermano pequeño las secretas misiones que está a punto de acometer?

Momo sacudió la cabeza.

—Quintanilla, no te flipes, que Juanón no es Supermán.

—No he dicho que lo sea. En todo caso sería Misterioso Hood. Él o don Wenceslao.

—Lo que tú digas.

En aquel momento, Aurelio tropezó y la campanilla cayó sobre las baldosas del presbiterio, provocando un estentóreo tintineo metálico. La feligresía, adormecida por la voz hipnótica del padre Agustín, despertó sobresaltada.

Quintanilla dio un codazo a su amigo.

—Y a este —dijo, señalando con la cabeza al monaguillo—, ¿qué demonios le pasa hoy?

—Yo que sé —respondió Momo—. Está medio lelo.

La eucaristía siguió su curso sin más sobresaltos. Cuando el padre Agustín dijo aquello de «Podéis ir en paz», la capilla se vació, y los feligreses se quedaron de cháchara en el pórtico de la iglesia, desde donde se veían los campos de trigo y de naranjos, los olivares y, recortada contra el fondo de piedra de la sierra, la orilla del viejo y resabiado Mediterráneo.

Momo y Quintanilla, ocultos tras un contrafuerte del templo, tomaban el sol y fumaban unos cigarrillos rubios que el segundo había birlado a su hermano. Recostados en el muro de piedra, espiaban a las chicas vestidas de domingo. «Cuerpo de Dios —murmuró Quintanilla exhalando una bocanada de humo—, qué guapas se ponen cuando

se ponen guapas». Momo asintió con gravedad. A esas edades, pensó, las chicas son ya mujeres, mientras que, por el contrario, los zagalos parecen hombres a medio hacer, larvas de varón adulto. A veces, Momo se sentía grotesco dentro de ese cuerpo en transición. La delgadez de sus miembros infantiles y la inocencia de su semblante se veían desmentidas por el bozo oscuro que le alfombraba el labio superior y que se afeitaba, casi a diario, con la esperanza de que el reiterado uso de la cuchilla fortaleciese la pelusa, trastocándola en hirsuto bigote. A ello había que añadir la gravedad mutante de su voz y otros cambios corporales, de índole genital, cuya mera evocación abochornaba al muchacho. Si pudiera, adelantaría el calendario tres o cuatro años, tal vez alguno más, hasta que su virilidad embrionaria diese a luz a un hombre hecho y derecho, sin gallos en la voz ni acné en la epidermis. Hasta que la ridiculez afrentosa de la adolescencia no fuera más que un recuerdo lejano y entrañable.

Poco a poco, los parroquianos abandonaron el pórtico y marcharon al bar, a pasear o a preparar la comida. Cuando el padre Agustín, vestido de seglar, traspasó la puerta de la iglesia, no había nadie a la vista. En los aledaños de la casa de Dios solo quedaban, ocultos tras el contrafuerte, Momo y Quintanilla intoxicándose los pulmones. El padre Agustín montó en un Renault 5 destartado y se largó entre ruido de bielas y ronquidos de motor.

Quintanilla dio una calada al cigarrillo y la nicotina le provocó una desagradable sensación de mareo. Servidumbres de la masculinidad, pensó.

—¿Ha reparado vuesa merced en que Aurelio todavía permanece acogido a sagrado? Es asaz extraño.

Momo no se había percatado. Su magín cavilaba sobre las razones por las que Celia no había acudido a la eucaristía. Pero, sí, ahora que Caratriste lo mencionaba, lo cierto es que Aurelio aún no había salido. Lo cual era inusitado, puesto que siempre abandonaba la iglesia en compañía del padre Agustín.

—Estará planchando la sotana —contestó.

—O lustrando el bronce de las campanillas —apuntó Quintanilla.

—¿Tú crees que Aurelio ya se lustra las campanillas?

Los dos amigos rieron a mandíbula batiente. Habían descubierto, hacía poco, las infinitas posibilidades de diversión que brindaban los chistes verdes y las alusiones obscenas. Ahora aprovechaban cualquier oportunidad para perlar la conversación de referencias genitales y metáforas pornográficas. La mayoría de las veces no alcanzaban a

entender el significado de sus propias frases, pero no les importaba. Estaban cumplimentando una de las formalidades rituales de la adolescencia: la erotización del lenguaje.

De repente, Quintanilla estiró el cuello y chistó ordenando silencio. Alguien salía por la puerta de la iglesia y la cerraba con llave.

—Mira —susurró—. Ahí tenemos al Curita.

—¿Qué tiene en las manos? —inquirió Momo.

Aurelio llevaba un bulto de dimensiones regulares envuelto en un lienzo de algodón. Oteaba a derecha e izquierda, acechante, como si temiera algo. Momo y Quintanilla se miraron extrañados. El monaguillo bajó los escalones del pórtico y echó a andar por un camino de grava que conducía, un par de kilómetros más adelante, hasta un bosque denso y fosco conocido en Puerto Antiguo como La Selva.

—Vive Dios que por ahí no se llega a su casa —masculló Quintanilla asomando la cabeza por el canto del arbotante—. ¿Adónde irá ese pobre diablo?

—¿Lo seguimos?

Los chavales apagaron las colillas con las suelas de sus zapatos y fueron tras la estela de Aurelio. Este volvía la cabeza hacia atrás una y otra vez, dificultando el seguimiento. Momo y Quintanilla avanzaban despacio, a distancia, parapetándose tras las rocas y arbustos del camino.

Después del primer kilómetro, Aurelio se relajó un tanto y disminuyó las maniobras de contravigilancia. Finalmente, llegó a una zona del bosque lóbrega y frondosa, y ralentizó la marcha. Las ropas se le prendían de las zarzas y arbustos, entorpeciendo el avance. Los vigilantes treparon sigilosos por el talud de una colina y se guarecieron tras una peña desde la que podían observar la progresión de Aurelio a través de la espesura. El monaguillo se abría paso a duras penas entre ramas, plantas y enredaderas. Al llegar a un claro, dejó el fardo en el suelo. Levantó una piedra plana ubicada al pie de un olmo, descubriendo un hueco amplio y limpio. Depositó el bulto en el escondite y colocó de nuevo la piedra en su lugar. Después, abandonó el luco a zancadas lentas y torpes, desapareciendo de la vista de Momo y Quintanilla. Este estaba excitado:

—¡Que me lleven los diablos! ¿Qué habrá ocultado en tan recóndito paraje?

—¿Bajamos a echar una ojeada? —preguntó Momo.

Quintanilla, que reservaba la efusión de adrenalina para la lectura de los duelos y episodios bélicos protagonizados por el capitán Alatraste, propuso una solución

intermedia.

—¿Por qué no bajas tú? Alguien debería quedarse de vigía en lo alto de esta simpar atalaya.

Momo suspiró.

—Está bien, *cagao*. Ya bajo yo.

—Si se acerca alguien, doy dos silbidos graves y uno agudo.

—Ya.

Momo se deslizó pendiente abajo con el culo pegado al suelo. La cuesta, distinta a la que habían empleado para subir, era muy pronunciada. Después de lacerarse el trasero con todos los salientes del monte, aterrizó en la base de la colina. Luego avanzó por la maleza aprovechando la trocha abierta por Aurelio. En pocos minutos llegó hasta el olmo. Levantó la laja y sacó el fardo. Miró hacia el cerro, en dirección a Quintanilla, pero este debía de haberse escondido a conciencia y no pudo localizarlo. Además, la frondosidad del bosque limitaba la visibilidad. El corazón le latía a doscientos mientras desenvolvía el lienzo con manos temblorosas. Finalmente, el oro de dos pesados objetos brilló ante sus ojos. Momo los reconoció enseguida. Eran los candelabros que el padre Agustín, con una mezcla de orgullo y júbilo pascual, colocaba sobre el altar cada Domingo de Resurrección.

Momo estaba atónito. No podía creer que Aurelio, el Curita, hubiera sido capaz de sustraer aquellas joyas. ¿Por qué lo habría hecho? Y, si su intención era robarlas, ¿por qué no se las había llevado a su casa?

El muchacho no sabía qué hacer. ¿Cogía los candelabros y los llevaba de nuevo a la iglesia? Cayó en la cuenta de que el templo estaba cerrado. ¿Llamaba al padre Agustín y se los devolvía? ¿Y si el sacerdote comenzaba a hacer preguntas? ¿Le decía la verdad? A Momo no se le escapaba que Aurelio era hermano de Celia y que, seguramente, a esta no le haría feliz que alguien acusase a su hermano de ladrón y de sacrílego. Entonces, ¿qué hacer?

El muchacho meditó durante unos minutos, sosteniendo en sus manos las dos macizas y problemáticas joyas. Después de mucho cavilar, decidió dejarlas donde las había hallado y pedir consejo a Quintanilla. Envolvió los candelabros en el lienzo, los devolvió al agujero y tapó el escondite con la piedra. Después deshizo el camino a través de la maleza y comenzó a trepar por la colina en busca de su amigo.

La subida fue, como cabía esperar, bastante más laboriosa que el descenso. Momo hubo de emplearse a fondo. Mientras ascendía, buscó con la mirada a Caratriste, sin éxito. Pensó que estaría escondido tras la peña. Conforme se aproximaba al punto de encuentro, empezó a sentir el prurito de la preocupación. Quintanilla, a quien llamaba con susurros y silbidos, no daba señales de vida. ¿Qué le habría ocurrido? Momo miró hacia abajo rezando por no encontrar el cuerpo despeñado de su compañero. Afortunadamente, no había rastro de él al pie de la colina. Próximo a la extenuación, aceleró el ritmo de escalada. Tenía los brazos agarrotados por el esfuerzo y las manos plagadas de arañazos infligidos por los cantos afilados de las piedras. A falta de unos metros para llegar a su objetivo, Momo hizo un alto en un pequeño rellano. Respiraba con agitación y el corazón le latía a toda velocidad. ¿Qué diantres le habría pasado a Quintanilla? Volvió a pronunciar su nombre, esta vez a viva voz, y a emitir unos silbidos largos y agudos con los que podría haber ahuyentado a una manada de coyotes. Nada. No había respuesta. ¿Y si Quintanilla se había marchado? Imposible, tenía la misión de vigilar el entorno para avisar de llegadas inoportunas. Entonces, ¿dónde carajo estaba Caratriste?

Recuperado el aliento, Momo reemprendió la ascensión. El viento le había enfriado el sudor y el muchacho sintió escalofríos. Pero ya quedaba poco. Después de un último esfuerzo en el que se dejó los pocos centímetros de piel que le quedaban ilesos, llegó hasta la peña-base. Cuando la rodeó, no dio crédito a sus ojos. Quintanilla, apoyado contra la roca, dormía como una marmota. Momo sintió un inmenso alivio e, inmediatamente, una rabia irrefrenable. Cabreado como un mono, atizó dos respetables patadas en las piernas del negligente vigía.

—¡Quintanilla, mamonazo, menudo soldado estás hecho!

—¿Qué? ¿Qué ocurre? ¡A las armas, nos atacan! —Quintanilla, desorientado, miraba atolondradamente en busca del enemigo. Las gafas se le habían descolocado, confiriendo una apariencia cómica a su rostro demacrado y enjuto.

—¿Quién mierda nos va a atacar aquí, *flipao*? ¿Las chinches?

La ausencia de tropas hostiles sosegó a Quintanilla, quien recompuso sus vestimentas y encastró la montura de las gafas en el puente de la nariz. Tratando de aparentar serenidad, carraspeó un par de veces y tomó la palabra:

—Perdón, perdón. Creo que me he quedado traspuesto.

—¿Traspuesto? ¡Roncabas como un hipopótamo!

Quintanilla enrojeció.

—La excitación propia de esta singular aventura ha debido de provocarme un insólito efecto narcoléptico.

—¡Déjate de tonterías! —rugió Momo—. ¡Te has *sobao* en mitad de la vigilancia!

—A fe mía que sus palabras son ciertas —reconoció Quintanilla—. Y vive Dios que resarciré a vuesa merced en la forma y tiempo que mejor le complazcan. Un hidalgo español no debe, en modo alguno, faltar a sus deberes de...

—¡Déjate de monsergas! ¡Te has dormido y punto! —Momo, irritado, fruncía el ceño—. Y vámonos ya de aquí, que es hora de comer.

Los dos amigos emprendieron la bajada por la vertiente suave de la colina. Momo caminaba delante, forzando el paso y evitando mirar a su compañero. Pero no era un niño rencoroso. A los pocos minutos, el cabreo se le había disipado y anhelaba cualquier pretexto para entablar conversación. Se moría por revelar a Quintanilla el ominoso descubrimiento de los candelabros. Finalmente, Caratriste, creyendo cumplida su penitencia de silencio, tomó la palabra:

—¿Qué había bajo la piedra?

Momo se detuvo. No podía resistirse a una última puya de castigo.

—Una boñiga grande como tu cabeza.

Quintanilla soltó una risotada y palmeó la espalda de su colega. Momo sonrió y persistió en la guasa:

—Una boñiga grande y con gafas. Cacatriste, creo que se llamaba.

Los dos muchachos rieron a mandíbula batiente. Durante unos segundos, las carcajadas inundaron el monte.

—Lamento haberme dormido —dijo Quintanilla.

Momo lo miró de frente.

—Me he asustado, ¿sabes? Te he llamado un montón de veces y no respondías. Pensaba que te había pasado algo.

—Lo siento.

Los muchachos, confortados por la reconciliación, prosiguieron la caminata.

—Bueno —dijo Quintanilla—. Aparte de la boñiga, ¿qué había en el agujero?

Momo se paró y asió a su camarada de un brazo. Caratriste contuvo la respiración.

—Los dos candelabros de oro de la sacristía.

—¿Los que el padre Agustín reserva para el Domingo de Resurrección?

—Los mismos.

—¿Por qué los habrá llevado Aurelio allí? —preguntó Quintanilla.

—Ni pajolera idea. Pero deberíamos contárselo a algún adulto.

Quintanilla rumió la sugerencia.

—Supongo que sí. Aunque pesquicaremos un poco primero, ¿no te parece? —Momo no sabía qué carajo podían pesquisar, pero asintió con la cabeza—. Después le contaré lo que averigüemos a Misterioso Hood.

—¿Te refieres a tu hermano? —preguntó Momo.

—Por supuesto —contestó ufano Caratriste.

Momo sacudió la cabeza.

—Pues llámalo por su nombre. *Flipao*, que eres un *flipao*.

QUINTO *ROUND*:

SENTADO EN EL TABURETE, miro a mi alrededor mientras Harry trabaja sobre los dos cortes que me adornan el rostro. Veo a Mike Tyson bromeando de lejos con Míster KO, quien le ríe las chanzas de pie, acodado sobre las cuerdas de su rincón, como si estuviera degustando un daiquiri en alguna puta playa de Hawái, que es a donde viajan los yanquis cuando quieren tomar daiquiris. Tyson lanza puñetazos al aire emulando la potencia de mi adversario. Luego bizquea y pone cara de dolor, como si estuviera a punto de perder el conocimiento. Supongo que me imita. Los pelotas que lo rodean lo jalean servilmente, descojonándose como si el bueno de Mike tuviera la más mínima gracia. Pobre Tyson, me digo, con lo que ha sido...

—Vamos a cambiar de ritmo —me susurra el Jefe al oído. Imagino que debe de referirse al ritmo de las hostias que estoy encajando e intuyo que querrá que dicho ritmo disminuya. No parece una táctica genial, sino, más bien, la mera formulación de un deseo—. Vamos a tomar la iniciativa, como en el tercero.

No tuve la iniciativa en ningún momento del tercer asalto. Lo único que ocurrió es que logré esquivar los mazazos de mi rival (quien sospecho que se estaba tomando un respiro), que salí de su distancia y que coloqué algunos tímidos *jabs* de potencia perfectamente descriptible. Unos *jabs* flojitos, vamos. Muy flojitos. Pero decido no contradecir a mi entrenador. Está bien que al menos uno de nosotros finja tener esperanzas en la victoria.

No voy a dejarme ganar, por supuesto. Pero eso no significa que no sea capaz de evaluar el estado de la batalla y sus más que probables derroteros. Siempre he sido un tío realista, y mi sentido común me indica que, para ganar esta guerra, necesitaría un milagro o, en su defecto, un buen bate de béisbol. No obstante, pelearé con honor y me dejaré la piel sobre el cuadrilátero. El puto sentido del deber, ya sabéis. El pundonor. Como los últimos de Filipinas o los que volvieron cantando de Cuba. Que volvieron muy pocos, según tengo entendido.

Concluida la *performance* de Tyson y el paseo de la zanquilarga gringa por el *ring*, se oye el tañido de la campana. Qué pereza. Tengo las costillas molidas y unas ganas locas de tenderme sobre un colchón. Pero nobleza obliga.

—*Box!* —ordena Bill Clinton.

El público, como movido por un unánime resorte, se levanta de sus asientos y grita: «*Now!, now!, now!, now!*». Que, como ustedes seguramente saben, significa *ahora* y pone de manifiesto el deseo popular de que mi verticalidad se derrumbe de manera definitiva en este quinto episodio del combate. El público está en mi contra. Las apuestas están en mi contra. Mister KO está en mi contra. La lógica de las probabilidades está en mi contra. A ver si los jodo a todos. Y ahora disculpen, que Mister KO ha comenzado a golpearme con brazos que parecen aspas de molino y he de cubrir mi anatomía y hurtarla a sus puñetazos. Luego, si eso, seguimos con la charla.

Cinco y cuarto de la tarde. Doña Alicia, con meritorio y mal pagado denuedo, porfiaba por que los alumnos no se durmieran. Era la última clase del día. Los muchachos bostezaban disimuladamente y no veían la hora de salir a la calle. La maestra decidió prescindir del temario (aquel día tocaban lexemas y morfemas) y transcribir en la pizarra algún poema que suscitara el interés del auditorio. Se decidió por *Adolescencia*, de Juan Ramón Jiménez. Una poesía sencilla y directa que, con la divina ayuda de Erato, tal vez desasnara el corazón de alguno de aquellos monstruitos. La caligrafía de doña Alicia, minuciosa pendolista, se deslizó por el encerado.

*En el balcón, un instante
nos quedamos los dos solos.*

*Desde la dulce mañana
de aquel día, éramos novios.*

*—El paisaje soñoliento
dormía sus vagos tonos,
bajo el cielo gris y rosa
del crepúsculo de otoño.—*

*Le dije que iba a besarla;
bajó, serena, los ojos
y me ofreció sus mejillas,
como quien pierde un tesoro.*

*—Caían las hojas muertas,
en el jardín silencioso,*

*y en el aire erraba aún
un perfume de heliotropos.—*

*No se atrevía a mirarme;
le dije que éramos novios,
... y las lágrimas rodaron
de sus ojos melancólicos.*

Momo relejó los versos y fantaseó con el amor imposible de Celia. Imposible porque la muchacha jamás le ofrecería sus mejillas, *como quien pierde un tesoro*. Y jamás se las ofrecería, entre otras razones, porque Momo no tenía el coraje de besarla y comunicarle (como proponía Juan Ramón) que ya eran novios. Pero era bonito imaginarlo. Bonito y triste, como los villancicos, como las canciones de la tuna, como las hojas caducas de los plátanos cayendo sobre la hierba en otoño. Como la orilla desdibujada del mar en un día de lluvia.

Doña Alicia glosaba las características métricas del poema.

—Veamos... Versos octosílabos, con rima asonante en los pares, quedando sueltos los impares. ¿Qué es este poema, Quintanilla?

Caratriste, arrobado igual que Momo por la escueta belleza del texto, sobrevolaba los poéticos confines del Parnaso. La pregunta de la maestra lo pilló desprevenido.

—Una maravilla —respondió sin pensar. Un mar de risas juveniles inundó el aula. La profesora sacudió la cabeza.

—Celebro que le guste, señor Quintanilla. Pero yo me refería a la estructura métrica del texto. ¿Qué tipo de poema constituye?

Quintanilla carraspeó y, ruborizado, se recolocó las gafas sobre el puente de la nariz.

—Un romance, doña Alicia. Se trata de un romance.

El timbre señaló el fin de la jornada escolar. Como por arte de magia, los jóvenes recobraron la vitalidad y salieron en tromba en busca del añorado aire libre. Quintanilla asió a Momo del hombro:

—¿Vamos al rompeolas? —Caratriste se golpeó un bolsillo del abrigo, en cuyo interior, a juzgar por su forma y volumen, escondía una cajetilla de tabaco—. Mi hermano paga la ronda.

La pareja recorrió el camino hasta el pequeño y viejo puerto que daba nombre al municipio. Una carretera asfaltada en los tiempos del Cid transcurría paralela a la bocana. La calzada culminaba en un cúmulo desordenado de rocas que se derramaban

sobre el mar y al que los lugareños llamaban, con pomposa grandilocuencia, el rompeolas.

Una ruidosa horda de adolescentes de ambos sexos copaba la escollera, así que Momo y Quintanilla se sentaron en el borde de la bocana, lejos de la muchachada, con las piernas suspendidas sobre el mar. Quintanilla sacó la cajetilla, se puso un pitillo entre los labios y ofreció otro a su amigo. Luego dio lumbre con un mechero de nafta que desprendía un olor narcotizante. Fumaron sin decir palabra, con la vista perdida en la entrada del fondeadero. Las aguas del puerto, mansas y oscuras, semejaban una balsa de petróleo. Momo daba vueltas al poema de Juan Ramón y se imaginaba a solas con Celia en un *jardín silencioso* que olía a *perfume de heliotropos*. No sabía qué aspecto tenía un heliotropo, ni mucho menos cómo olía, pero podía ver las *mejillas rendidas* de su amada y las *lágrimas rodando de sus ojos melancólicos*. La voz nasal de Quintanilla lo despertó de sus ensoñaciones:

—¿Ha reparado vuesa merced en el bullicioso grupo que zanganea en el rompeolas?

Lo único que Momo había reparado en su vida era la persiana de su habitación.

—¿Se puede saber por qué no hablas como las personas?

Quintanilla lo miró afectando indignación.

—¿Acaso no eran personas el rey Nuestro Señor don Felipe IV, su valido el conde-duque de Olivares o el simpar don Francisco de Quevedo?

—Me refiero a las personas vivas —replicó Momo—. No creo que Felipe IV pueda oírte en estos momentos. Hace siglos que no le funcionan los tímpanos.

Caratriste emitió un chasquido displicente.

—Parece ser que os interesan más las formas que el contenido de mis mensajes. —Momo no respondió—. En ese caso, caro amigo, me abstendré de comunicaros que, entre los ruidosos mozalbetes del rompeolas, se halla la tierna doncella que instiga vuestras ilusiones y desvelos.

Momo estiró el cuello y examinó el grupo de jovencitos, pero no fue capaz de identificar a Celia.

—No puedo verla desde tan lejos.

—Pues tendrá voacé que inscribirse en el numeroso club de los miopes.

—¿Qué dices? —protestó Momo—. Tengo una vista de lince.

El muchacho se levantó para ver mejor, pero los adolescentes estaban apiñados, superponiéndose unos a otros. Jugaban a alguna rara variante del pilla-pilla. Rara y

sicalíptica, a juzgar por la liberalidad con que se prodigaban achuchones y pellizcos. Momo se dirigió a su amigo:

—¿Nos acercamos?

Lanzaron los cigarrillos al agua y se encaminaron hacia el extremo del rompeolas. Cuando se encontraban a menos de cien metros, Momo pudo, por fin, discernir la figura de su amada. Los adolescentes se habían sentado en el suelo formando un corro. Uno de ellos mostraba una botella y explicaba algo al resto. Celia negaba con la cabeza.

—Parece que van a jugar a la botella —dijo Quintanilla.

—¿A la botella? —Momo desconocía aquel juego.

—A la botella, sí —respondió Caratriste—. ¿Se puede saber en qué planeta mora vuesa merced?

—En el que tú abandonarás de una patada en el trasero si te pasas de listo conmigo.

Los muchachos ralentizaron el paso.

—Es muy sencillo —explicó Quintanilla—. Los participantes se sientan en círculo y colocan una botella en el centro. La hacen girar y, cuando se detiene, los dos jugadores señalados por la boca y el culo (con perdón) del antedicho recipiente, deben hacer lo que el resto decida.

—Valiente memez.

—¿Qué fragancia es esta que ameniza mi olfato? —Quintanilla olisqueaba a diestro y siniestro, frunciendo la nariz—. ¿Es aroma de jazmines? ¿Es perfume de lavanda? —El chaval se detuvo en seco—. ¡Ya lo tengo! ¡Es el candor de Momo, que puede olerse a la legua!

—¿De qué candor hablas, *flipao*? —interrogó Momo, picado por el sarcasmo de su colega. Caratriste puso cara de circunstancias.

—El juego de la botella, mi querido e inocente amigo, suele dar lugar a lances asaz picantes y salaces, tales como húmedos ósculos e impúdicos tocamientos.

Momo desconocía el significado de «lance», «asaz» y «ósculo», pero no tenía ninguna duda acerca del alcance semántico de la palabra «tocamientos». En la mente del muchacho, el juego de la botella pasó de valiente memez a peligrosa indecencia.

Momo y Quintanilla llegaron hasta el grupo. Celia se había puesto en pie y protestaba con energía.

—¡He dicho que no quiero jugar!

—¿Por qué? —preguntó un chaval flaco y pelirrojo con aspecto de galgo rijoso.

—Porque estás enfrente de mí —respondió la niña.

—¿Y?

—Y, obviamente, si la botella me señala a mí, también te señalará a ti.

—¿Y? —El pelirrojo no era lo que se dice un demóstenes.

—Y no quiero formar pareja contigo —explicó Celia—, porque eres un cochino y tienes las manos muy largas.

El pelirrojo sonrió ufano, como si las palabras de la chiquilla hubieran certificado su sana y expansiva masculinidad. Momo sintió ganas de romperle la cara, pero se contuvo.

—Entonces, ¿no vas a jugar? —inquirió una chica gordita que succionaba ávidamente una piruleta de fresa con forma de corazón—. Mira que nos fastidias la tarde...

Celia se percató de la presencia de Momo.

—Solo juego si él se sienta enfrente.

Y, de repente, la vida cesó. Los pájaros quedaron suspendidos en el aire, bajo las nubes estáticas, y las olas del mar se congelaron. El silencio se condensó y en la atmósfera se hizo el vacío. Celia había levantado el brazo derecho y señalaba con el índice a Momo. Sin duda alguna, Dios existía.

—Oye, tú, *pasmao*, ¿quieres jugar? —El pelirrojo, molesto por las preferencias de Celia, interpelaba a Momo.

—¿Qué?

—Que si quieres jugar, sorderas.

Y Momo, sin saber en qué momento concreto había vuelto a la vida, se encontró sentado en el corro frente a Celia. Frente a la misma Celia que, segundos (o siglos) antes, lo había señalado con el dedo, designándolo como pareja de juego. Quintanilla se quedó de pie, a pocos metros del grupo, observando cautivado la escena. Nadie lo invitó a jugar, pero eso no le importaba. Se alegraba por la valiosa oportunidad que el destino había brindado a su amigo.

Momo experimentó una agradable sensación de irre realidad. Su azoramiento era tal que apenas saludó a Celia. Aunque, eso sí, no le quitaba el ojo de encima. La chica, por su parte, le sonreía con naturalidad, como si no concediera la menor importancia a la situación. Para Momo, por el contrario, la coyuntura era extraordinaria. Celia se había negado a jugar si no era él, ¡él!, la persona a la que la botella pudiera señalar como pareja.

El juego comenzó entre risas, insinuaciones picantes y los gruñidos del pelirrojo, al que los cambios de última hora habían agriado el humor. Alguien hizo girar la botella y Momo notó cómo el corazón se le subía a la garganta. El frasco se detuvo señalando a un muchacho de orondos mofletes y a la gordita de la piruleta de corazón. El resto de jugadores se reunió en clandestino conciliábulo para dilucidar la prenda que pagaría la pareja. El juego acababa de comenzar, así que el primer episodio debía ser de baja intensidad. Saltaba a la vista que el mofletudo, al que todos llamaban Vicentín, estaba enamorado hasta las cachas de la niña de la piruleta. Se decidió que le declarara su amor en verso. Vicentín, al oír el veredicto, se sonrojó, pero lo acató sin protestar. Solo preguntó si los versos tenían que ser suyos o podían ser de otro. El pelirrojo contestó irritado:

—Por mí como si son de Camilo Sesto. Pero date prisa, que no tenemos toda la tarde.

Vicentín carraspeó y se acercó a la niña de la piruleta, que se había puesto en pie.

—Andrea, ¿puedo cogerte de la mano?

Andrea sonrió ruborizada y afirmó con la cabeza. Vicentín la tomó de la mano y, rodilla en tierra, declamó los archiconocidos versos de Bécquer:

*Por una mirada, un mundo;
por una sonrisa, un cielo;
por un beso... yo no sé
qué te diera por un beso.*

La muchacha, cuyos encantos no habían suscitado hasta la fecha ninguna declaración de amor, se quedó boquiabierta, mostrando a la concurrencia el rojo vivo (un rojo-piruleta) de sus labios y su lengua. Vicentín permaneció durante unos segundos con la mano de Andrea entre las suyas, pero el zagal pelirrojo, que monopolizaba toda la mala leche del grupo, rompió el encanto romántico.

—Los cursillos prematrimoniales los da el padre Agustín. Hala, sentaos de una puñetera vez.

La botella volvió a girar. Momo advirtió que Vicentín y Andrea no atendían al frasco. Se miraban arrobados, como si el resto del mundo no existiera o fuera absolutamente irrelevante. La botella se detuvo, señalando al pelirrojo (alguien lo llamó Willy) y a una niña con trenzas, lánguida y evanescente, de nombre Paula. El cónclave se reunió de nuevo para dirimir la prenda. Willy hizo una sugerencia:

—¡Los treinta segundos! ¡Dadnos los treinta segundos!

—¿Treinta segundos contigo? —preguntó Paula—. Ni lo sueñes.

Momo preguntó qué era eso de los treinta segundos. Celia respondió sin mirarle a la cara, esbozando una tímida sonrisa.

—Cada jugador dispone de medio minuto para hacer lo que quiera con el otro.

—¿Lo que quiera?

—Dentro de un orden —respondió Celia—. Puede hacerle cosquillas, pellizcos, burlarse del otro... El problema es que Willy no entiende eso de «dentro de un orden».

Vicentín decidió por el grupo:

—La prenda del secreto.

—Eso, eso —confirmó Andrea—. La prenda del secreto.

Los restantes miembros de la logia botellera (dos hermanos gemelos apodados los Repes y dos niñas de la clase de Celia, inseparables, a las que, debido a la diferencia de altura, todo el mundo conocía como el Punto y la I) aceptaron la propuesta de Vicentín. Momo interrogó a Celia con la mirada.

—Cada jugador —explicó esta— debe contarle al otro, en voz muy baja, un secreto inconfesable.

El pelirrojo se mostró decepcionado. Paula se levantó, se acercó a Willy y le susurró algo al oído. El muchacho afectó un irónico asombro.

—¿De veras? —inquirió—. ¡Eso es pecado mortal!

Paula enrojeció y volvió a su sitio. Willy se incorporó y se llegó hasta la niña, esgrimiendo una sonrisa lasciva. Se arrodilló y, usando la mano a modo de pantalla, bisbiseó algo en el oído de la chica. Esta abrió los ojos y se llevó una mano a la boca.

—¡Eres un puerco, Willy! —exclamó cuando se hubo recuperado de la sorpresa—. ¡Un auténtico puerco!

—¿Qué es lo que te ha dicho? —preguntó uno de los Repes.

—¡Eh! —dijo Willy levantando un dedo admonitorio—. Que es secreto. Eso queda entre Paula y yo.

El pelirrojo regresó a su lugar y el Punto hizo girar la botella. Momo presentía que algo emocionante estaba a punto de suceder; el corazón le latía con fuerza. Miró a Quintanilla y este le devolvió una sonrisa confianzuda. La botella se detuvo, señalándolo a él y, consecuentemente, a Celia. Willy levantó la voz:

—¡Mira, la parejita feliz!

El grupo se incorporó y se alejó para deliberar en voz baja. Celia y Momo permanecieron en silencio, mirándose a los ojos. La niña sonreía y sostenía la mirada de Momo con sencillez. El muchacho pensó que los nervios iban a fulminarlo de un momento a otro, pero se esforzó por aparentar seguridad. Eso es lo que las mujeres buscan en los machos, ¿no? Seguridad, mundología, desenvoltura... Momo carecía de esos atributos, pero ¿era imprescindible que Celia lo supiera? Bien sabía Dios que no. El cónclave regresó y sus miembros tomaron asiento en el suelo. Momo se sentía como un reo cuya vida y libertad dependieran de la sentencia que, de manera inminente, el tribunal iba a pronunciar. Uno de los Repes tomó la palabra.

—Sabemos que Celia siempre se niega a esta prenda, pero hoy ha de cumplirla. Ya ha rechazado a Willy como pareja, así que no permitiremos otra negativa.

Un millón de caballos galoparon dentro del pecho de Momo. El Repe continuó:

—El nuevo —Momo entendió que se refería a él— tiene que besar a Celia.

Todos los presentes fijaron su atención en la aludida. La muchacha seguía luciendo una sonrisa sosegada.

—Vale —dijo con voz risueña.

Los caballos interiores se desbocaron en la caja torácica de Momo. El pelirrojo Willy, todavía amostazado, especificó los términos de la prenda:

—Y tiene que ser con lengua.

—¿Cómo? —interrogó Momo con timidez.

—Con lengua —repitió el taheño—. Ele, e, ene, ge, u, a. Lengua. ¿Sabes qué es un beso con lengua o tengo que hacerte una demostración?

La paciencia de Momo había llegado al límite. A pesar de la trascendencia romántica del momento, decidió hacer un paréntesis aclaratorio:

—Y tú, ¿sabes lo que es un leñazo o necesitas un ejemplo práctico?

Celia decidió mediar en la trifulca.

—Todos sabemos qué es un beso con lengua. Y nadie necesita un leñazo.

—Entonces —dijo Willy dirigiéndose a la niña—, ¿aceptas el beso con lengua del nuevo?

—Claro —respondió Celia—. Son las reglas del juego, ¿no?

Los adolescentes miraron a Momo. La pelota estaba ahora en su tejado. El crío, tambaleante, se puso en pie y se sacudió las perneras del pantalón. Jamás había besado a una chica. Porque su hermana no contaba y el resto de besos que había depositado en

mejillas femeninas no tenían semejanza alguna con el que estaba a punto de dar. Se aproximó a Celia. El sol se ocultaba en el horizonte marino, tiñendo de arreboles el firmamento. Momo se acordó de los versos de Juan Ramón.

*—El paisaje soñoliento
dormía sus vagos tonos,
bajo el cielo gris y rosa
del crepúsculo de otoño.—*

Momo llegó a la altura de la chica y se sentó a su lado. Los chavales aguantaban la respiración. Quintanilla, a lo lejos, cruzaba los dedos. Momo tomó a Celia de la barbilla. Los caballos habían cesado su galopada y en el interior del muchacho todo era excitada expectación. Poco a poco, ladeó la cabeza, aproximando su boca a la de la niña. Esta entreabrió los labios, aguardando el beso. Y, suavemente, sus bocas se fundieron y Momo notó en su lengua un sabor dulce, como de higo fresco. Durante un periodo de tiempo indeterminado (diez segundos, cinco siglos), Momo fue el tipo más feliz del universo. Eso debía de ser el amor. Ese debía de ser el insólito magnetismo que hacía que los humanos se buscaran y atrajeran, uniéndose de dos en dos.

—Vaya con la mosquita muerta —dijo Willy, señalando a Celia con un movimiento de cabeza—. Parece que con el nuevo no le da asco.

Momo y Celia se separaron, pero sus almas y sus miradas seguían prendidas, como si estuvieran unidas por un sedal invisible. Oían, a lo lejos, la voz irritada del pelirrojo:

—¿Qué pasa? ¿Tiene miel en los labios?

Los Repes se pusieron en pie:

—Nosotros nos vamos. Ya es hora de ir a casa.

El Punto y la I hicieron lo propio, siendo imitadas por Andrea y Vicentín, que abandonaron juntos la escollera, y por el pelirrojo Willy, que se marchó del lugar refunfuñando como un viejo cascarrabias. En el rompeolas solo quedaban Momo y Celia, mirándose taciturnos, y un indeciso Quintanilla. Caratriste dudaba entre hacer mutis por el foro o unirse a la pareja con naturalidad. Su sentido de la oportunidad impuso la primera opción.

En el rompeolas, bajo la luz incierta del atardecer, el amor y la inocencia se contemplaron en silencio.

Con los deberes ya acabados, Momo ayudó a *Fräulein* Schroeder a poner la mesa.

—¿Qué hay para cenar?

—¿No lo hueles? —preguntó la mujer, alejándose por el pasillo.

—A ver... ¿trucha?

—¡Bingo!

Momo odiaba el pescado en todas sus versiones, lo cual, para un crío de pueblo pesquero, constituía un serio contratiempo.

—Podías hacer unas patatas fritas —sugirió.

—Ya están hechas, quejica —respondió Hellen desde la cocina—. Y hay kiwi de postre.

Dios aprieta pero no ahoga, pensó Momo. Las patatas fritas y el kiwi le aliviarían los pesares gastronómicos. Algo más relajado, se fijó en la puerta de la terraza. La manija parecía forzada. En ese momento, Hellen entraba en el salón portando una fuente con dos truchas y una montaña de patatas fritas. Momo señaló la manija con un gesto de la cabeza:

—¿Y, eso? ¿Han entrado a robar?

Fräulein Schroeder suspiró.

—No pensaba decirte nada... Pero sí, han entrado a robar.

—¿Por qué no ibas a decirme nada?

—Por no asustarte —respondió Hellen.

—Ya no soy un crío —protestó Momo—. No me asusto por esas cosas.

—No quería preocuparte —rectificó la mujer.

Momo se acercó a la puerta y la examinó, afectando experiencia en esas lides.

—Han debido de forzarla con una palanqueta —dictaminó. No sabía qué demonios era una palanqueta, pero había escuchado esa palabra en una serie de polis americanos y le pareció que caería bien en aquel contexto.

—Sí. —*Fräulein* Schroeder sonrió con disimulo—. Seguramente han usado una palanqueta.

Momo regresó a la mesa y tomó asiento.

—¿Y qué se han llevado?

Hellen sirvió la comida en los platos, vertió agua en dos vasos y se sentó.

—Algunas joyas y un poco de dinero. Nada de valor.

Momo percibió un brillo húmedo en los ojos de su vecina. La mujer jugueteaba con el crucifijo que llevaba al cuello.

—¿Nada de valor? —inquirió el niño—. ¿Seguro?

—Nada excesivamente caro —respondió Hellen—. Pero se han llevado algo que me era muy querido.

—¿Qué?

—La medalla que me regaló Germán.

Momo se compadeció de su amiga. Sabía que aquella medalla era muy importante para ella. Había estado durante años sobre su pecho, idéntica a la que, sobre el tórax moreno de Germán, había compartido con él los rayos del sol y el salitre de la mar cuando salía a faenar en la barca. La pareja había jurado que se harían enterrar juntos portando al cuello los colgantes. Creían en el amor eterno. *AQUÍ Y MÁS ALLÁ. HELLEN Y GERMÁN.*

El muchacho intentó animar a *Fräulein* Schroeder.

—Seguro que la encontramos.

—*Tomara, filho, tomara.*

Momo tenía que hacer algo para entretener a su vecina y distraer su atención del robo de la medalla. Además, el chaval era incapaz de permanecer serio más allá de siete u ocho minutos. La circunspección lo angustiaba y los ambientes melancólicos le provocaban ardor de estómago. El recuerdo del Curita acudió al rescate.

—Parece que hay una epidemia de delitos misteriosos en Puerto Antiguo.

—¿Lo dices por los robos en el colegio? —interrogó Hellen.

—Esos no son ningún misterio —contestó Momo—. Todos sabemos que son obra de Vílchez y Benavides.

—Entonces, ¿a qué te refieres?

Momo miró teatralmente a su alrededor y bajó el tono de voz.

—Alguien está sustrayendo joyas de la iglesia.

Hellen frunció el entrecejo.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Ya lo creo —dijo el muchacho—. Como que lo he visto con estos ojitos que se comerán los marranos.

—Serán los gusanos —corrigió la mujer.

—Depende de dónde me entierren. —Momo sacudió la cabeza—. A lo que iba, Quintanilla y un servidor vimos a Aurelio, el monaguillo, escondiendo en La Selva dos candelabros de oro que había gateado de la sacristía.

—*Meu Deus...* ¿Para qué querrá ese mocoso los candelabros de la iglesia?

—Ni idea —dijo Momo—. Pero está muy raro últimamente.

—Tendríais que denunciar los hechos a las autoridades.

—¿A quién? —preguntó el chico—. ¿A la Guardia Civil?

—No, a la Policía Montada del Canadá. —Hellen guiñó un ojo al crío—. Sí, claro, ¿a quién si no?

—Bueno, hemos decidido otra cosa. Vamos a investigar por nuestra cuenta y, cuando tengamos alguna pista, Quintanilla se lo contará todo a su hermano.

—¿Al famoso Misterioso Hood? —preguntó Hellen con cierto sarcasmo. Momo enrojeció.

—Yo no he dicho que sea Misterioso Hood. Pero es muy amigo de don Wenceslao, así que supongo que podrán hacer algo al prospecto.

—Al respecto.

—Bueno, a lo que sea.

Los dos comensales se levantaron de la mesa y recogieron los cubiertos. El semblante de la mujer denotaba preocupación. Momo detectó la inquietud de su vecina.

—¿Te ocurre algo, Hellen?

—No se deben robar los objetos sagrados. Es una grave ofensa a Dios.

Momo dejó los platos sobre la mesa.

—¿Tan segura estás de que Dios existe?

Fräulein Schroeder se quedó mirando a Momo con fijeza.

—Dios existe en el corazón de los que lo aman y sobre ellos obra milagros.

Un relámpago iluminó la oscuridad nocturna. El trueno retumbó en los cristales y una lluvia fina descendió mansamente sobre el césped del jardín. Momo notó un escalofrío subiéndole por la columna. El rostro de Hellen estaba iluminado, como si la verdad resplandeciera en su piel. Un nuevo rayo alumbró sus ojos azules, que chispearon con un brillo energético, juvenil. Después recogió la vajilla y la llevó a la cocina. Momo la acompañó y la ayudó a fregar. Permanecieron en silencio hasta que hubieron concluido la labor.

—¿Salimos al jardín? —preguntó Hellen—. Ya ha dejado de llover.

La noche estaba fresca y oscura. Las nubes velaban las estrellas y la luna se había difuminado en un enigmático halo de luz mortecina. Momo seguía rumiando acerca de Dios, los relámpagos y la intensa e insólita energía que había apreciado, minutos antes, en el añoso cutis de su amiga.

—Yo creo en Dios —empezó el niño—, pero a veces tengo dudas. No sé... nunca lo vemos, nunca se manifiesta.

—¿Eso piensas?

El niño afirmó con la cabeza. Hellen lo tomó de la mano y lo condujo hasta el Rosal de las Frases Sabias.

—Vamos a ver si el Altísimo quiere manifestarse —dijo con ironía—. A ver, Momo, coge una rosa.

—¿De qué color?

—Del que tú quieras. Si pretende decirnos algo, Dios guiará tu mano. Porque Dios está en todas partes: en los jardines, en los rosales de frases sabias... Hasta en las yemas de tus dedos. Así que deja que escojan ellos.

Momo alargó la mano. En el Rosal de las Frases Sabias había flores grandes y pequeñas; regulares y deformes; amarillas, verdes, rojas, blancas y grises. Momo sabía por experiencia que el Rosal tenía frases de todo tipo: frases sobre el amor, sobre el miedo, sobre la amistad, sobre la muerte... Era casi imposible elegir al azar una rosa que hablara de Dios. El muchacho optó por una flor de grandes pétalos blancos. Al arrancarla, notó cómo le temblaba el pulso. Miró a Hellen. La sonrisa seguía impresa en sus labios.

—Venga —lo apremió la vecina—. Ábrela de una vez.

Momo desenvolvió la rosa, que retornó a su primigenia forma de papel. El texto estaba escrito con una bonita caligrafía.

San Francisco, dudando de su fe, se acercó a un almendro:

—Almendro, háblame de Dios...

... Y el almendro floreció.

Hellen acarició el cabello del muchacho:

—Dios se manifiesta continuamente. En la floración de los almendros, en el beso de una madre, en la lluvia que esponja la tierra. Solo hay que prestar atención a sus señales. Dios está en todos los impulsos de la vida.

Momo miraba el brillo desvaído de la luna.

—Entonces, ¿por qué hay gente que no cree en Él?

—Porque no abren su corazón al amor, ni sus ojos a la luz de la verdad. Porque si escogen la flor que habla de Dios, tratan de convencerse de que ha sido por mera casualidad. Porque hay quien siempre tiene una excusa para cerrarse a la felicidad.

—¿Y si Dios no existiera? ¿Y si todo fuera mentira?

Hellen rodeó con su brazo los hombros del muchacho.

—Sería la mentira más bonita del mundo.

La pareja se sentó en el banco del pequeño jardín y se dejó acunar por el cricrí de los grillos y el silbido hueco y monótono de un búho que había asentado sus reales en el retorcido ramaje del olivo. Hellen rememoró cómo, de niña, sus inquietudes escatológicas habían sido despejadas por el brío místico de Teresa. Aún hoy ignoraba cuánto había de fe y cuánto de hechicería en las heterogéneas creencias del aya, pero estaba segura de que el sincretismo religioso de la negra bahiana la había mantenido a salvo de los embates de la vida.

El canto grave y rítmico del búho la retrotrajo a su lejana infancia en Pomerode.

Un bochorno demoledor ralentizaba la tarde de aquel domingo. En la granja de los Schroeder reinaba el silencio. El matrimonio se hallaba reposando en la alcoba mientras Hellen jugaba fuera, a la sombra del porche. Teresa, abrumada por el peso húmedo del calor, se había tendido en la cama, quedándose adormecida. Los diálogos de la *menina* con sus muñecas arrullaban la siesta de la bahiana.

Aquella era la estampa típica de la familia Schroeder: silencio, quietud. Años después de la truculenta fuga del suelo patrio, aún sobraban las palabras. Todo lo relevante que pudiera ocurrir en sus vidas, ya había ocurrido; todo lo que había que decir, ya estaba dicho. Lo importante, lo trascendente, había acaecido antes y durante la guerra, y constituía un tabú al que jamás hacían referencia. El resto de su periplo vital era relleno, farfolla y oquedad. El objetivo místico de los Schroeder, su misión, había fracasado. Se había derrumbado junto al búnker del *Führer*. Ahora solo restaba sobrevivir, arrastrarse sin propósito por el tedioso sendero del tiempo.

La pequeña Hellen, a pesar de su innata disposición para la alegría, no era ajena al hastío existencial de sus padres. No puede decirse que la desatendieran o que fueran fríos

con ella, pero nunca percibió un afecto jubiloso, una entrega incondicional. Entre sus padres y ella había un velo impermeable. Los besos no impregnaban, las caricias no templaban, las palabras no conmovían. Pero la *menina* no se dejaba empujar por la corriente de emociones negativas en que discurría la vida familiar. Quizás por el vitalismo propio de los pocos años, o quizás porque no había habitado (ni siquiera conocido) el jardín perdido de sus padres, Hellen se negaba a formar parte de su cómplice añoranza, de su pesimismo, de su abulia autocomplaciente. Y, con esa sabiduría emocional de la que solo disponen los críos (y que el tiempo y los adultos se encargan de pervertir), presentía que tal distanciamiento de los secretos paternos no le era del todo perjudicial. Intuía que una exposición excesiva a la melancolía de los Schroeder podía acabar en un indeseable contagio.

Teresa se movía nerviosa sobre la cama. El calor vespertino, pegajoso y excesivo, no permitía un sueño profundo. El de Teresa se pobló de imágenes inquietantes, de urgencias y de desasosiego. En su duermevela, la bahiana deseaba que el bochorno coronase en aguacero, en una lluvia que aliviase la canícula y devolviera el termómetro a niveles soportables. Entre el sueño y la vigilia, Teresa adivinó que Hellen ya no jugaba en el porche. Hacía rato que había dejado de oír sus conversaciones con las muñecas. Seguramente estaría en el prado. De repente, todo quedó en silencio. Un silencio eléctrico, expectante; la calma que precede a la tormenta. El tiempo quedó en suspenso y la atmósfera contuvo la respiración. Finalmente, un trueno rompió la espera y la lluvia torrencial repiqueteó sobre la ventana de la habitación. Teresa abrió los ojos y los posó sobre la efigie de *Nossa Senhora*, cuyo semblante mostraba un enigmático dolor. La tormenta y aquella mirada de la Virgen eran una advertencia, una señal de alarma. Teresa se incorporó sobresaltada y se puso los zapatos. Antes de salir de la casa, cogió un hacha del armario de las herramientas.

Llovía a cántaros y Hellen no se encontraba en el porche. Sus muñecas yacían abandonadas en las escaleras de acceso a la vivienda. Teresa recorrió el perímetro de la casa intentando localizar a la niña. No la encontró, así que amplió el radio de búsqueda. La bahiana recorría el prado con grandes y rápidas zancadas. La cortina de agua impedía ver con claridad, pero un rayo iluminó la linde entre las tierras de los Schroeder y el arrozal de Günter Schmitt, y Teresa pudo ver al pelirrojo arrocero aupando a Hellen de las axilas para ayudarla a salvar la cerca. Luego la asió de la mano, llevándola hacia el granero. El aya echó a correr a toda velocidad, con la mano aferrada al hacha. La lluvia

que caía sobre el prado apelmazaba el terreno. El barro se le pegaba a los zapatos, dificultándole la carrera. Los pulmones le ardían y las piernas se le poblaron de alfilerazos, pero Teresa no aflojó el ritmo de la persecución. Saltó la valla y comenzó a llamar a gritos al arrocero:

—¡Günter! ¡Günter!

El arrocero oyó las voces de Teresa y giró la cabeza.

—¡Günter, párate ahí!

El hombre se detuvo y soltó la mano de Hellen. Teresa se aproximaba a ellos con celeridad, el pelo empapado, el agua chorreándole por la cara, por los brazos, por la mano que empuñaba el hacha.

—¿Adónde ibas, Günter?

El pelirrojo guardó silencio. Sus ojos, hasta hace unos segundos embrutecidos por la libido, evitaban ahora los de la negra y se alternaban, huidizos, entre el filo amenazante del hacha y el vestido mojado que se adhería con avidez al cuerpo de Hellen. Retrocedió dos pasos. En su rostro, el deseo cedió paso a la prudencia. Teresa avanzó apretando las mandíbulas.

—Jamás vuelvas a tocar a la niña, Günter, o te cortaré las manos. —La negra hablaba entre dientes, escupiendo las palabras con rabia contenida—. No vuelvas a hablar con ella, Günter, o te arrancaré la lengua.

El arrocero reculaba despacio, alejándose de Hellen, a cuyos encantos preadolescentes ya no prestaba atención. En aquel momento, su interés, movido súbitamente por el instinto de supervivencia, estaba centrado en la bahiana y en la ira que destilaban su voz, sus gestos, toda su persona. Teresa rodeó con su brazo izquierdo los hombros de la niña. La mano derecha alzó poderosamente el hacha.

—¡No oses siquiera mirarla, o te arrancaré los ojos, Günter, y se los daré de comer a los urubúes!

Günter, perdido cualquier atisbo de dignidad, se dio la vuelta y echó a correr por el arrozal, desapareciendo entre la densidad de la lluvia y la frondosa vegetación que jalonaba los límites de su propiedad.

Una vez en casa, Teresa secó con mimo el cabello y la piel de Hellen y la ayudó a ponerse ropa seca. La niña no sabía con exactitud qué había ocurrido o, mejor dicho, qué había estado a punto de ocurrir. Pero intuía que había bordeado el peligro.

—Teresa, ¿Günter es mala persona?

La negra volvió a coger la toalla y a restregarla cuidadosamente sobre el cabello rubio y humedecido de su *menina*. Meditó unos instantes antes de responder:

—Solo Dios sabe si Günter es una mala persona. —El aya miraba a los ojos de Hellen a través del espejo en que ambas estaban reflejadas.— Pero lo que sí sé es que podía haberte hecho mucho daño.

Hellen, conturbada por la respuesta de la bahiana, guardó silencio mientras se acicalaba distraídamente el cabello. El peine se deslizaba por la melena como un arado sobre un campo de trigo mojado. Teresa, percatándose de los temores de la niña, le plantó dos sonoros besos y le regaló una sonrisa blanca y vivificante.

—Pero *Nossa Senhora* te ha protegido, así que vamos a agradecerérselo y a olvidarnos de lo sucedido, ¿de acuerdo?

Hellen sonrió y se abrazó a la negra. El contacto con el cuerpo voluminoso y rotundo de la nodriza disolvió sus miedos. Después, arrodilladas ante la imagen de la Virgen, rezaron un avemaría.

Una ráfaga de aire frío desperezó a *Fräulein* Schroeder, ahuyentando sus recuerdos. Mujer y niño regresaron al calor del salón. De pie frente al viejo tocadiscos, Hellen hurgó entre los vinilos.

—Déjame adivinar —dijo Momo—, ¿un poquito de Roberto Carlos?

—¿Acaso no te gusta?

—Bueno —contestó el muchacho—, no me molesta. Hasta le estoy cogiendo cariño a su madre.

—¿A lady Laura?

—A esa misma.

La voz temblorosa de Roberto Carlos comenzó a revolotear por la estancia. *Fräulein* Schroeder tarareaba la letra. A Momo le agradaba oírla cantar en portugués, con ese *sotaque* brasileño que convierte en samba cualquier melodía, aunque se trate de un réquiem.

—Hay una cosa que no te he contado —dijo el niño.

—¿A qué esperas?

Momo se incorporó en el sofá.

—Es sobre Celia.

—Soy toda oídos.

—Hace unos días jugamos a la botella en el rompeolas. Es un juego que consiste en...

—Sé en qué consiste —interrumpió Hellen guiñándole un ojo—. Continúa.

—Celia quiso que me sentara frente a ella.

—Veo que algo vamos avanzando. ¿Y qué más?

El rubor se adueñó del cutis de Momo, cebándose con saña en los pabellones auriculares.

—Cuando la botella nos señaló, el corro decidió que la prenda fuera un beso.

—¿Un beso? —preguntó *Fräulein* Schroeder con picardía.

—Un beso con lengua.

—¿Y Celia aceptó?

—Sí.

—¿Y la besaste?

—Sí.

—¿Y todavía dudas de la existencia de Dios?

Momo parecía triste.

—Desde entonces no hemos vuelto a hablar. Si me ve en los pasillos del cole o en el patio, se va hacia otro lugar. Como si pasara de mí. Como si no le gustara.

—Tal vez le dé vergüenza cruzarse contigo.

El muchacho se encogió de hombros.

—Tal vez.

Hellen se acercó al gramófono y dejó caer la aguja, de nuevo, sobre la pista de *Lady Laura*.

—¿Te gustó besarla?

Momo sonrió con timidez.

—Fue la cosa más maravillosa del mundo.

SEXTO ROUND:

Primera parte:

LA GOLPIZA QUE ME HA DISPENSADO Míster KO en el quinto asalto ha sido memorable. Por alguna extraña razón, no ha conseguido noquearme, así que aquí sigo, sentado en mi taburete, disfrutando de un minuto de paz antes de seguir actuando como estera de mi rival. Afortunadamente, mi mujer no ha visto nada. Sigue en el vestuario. A estas alturas de combate, habrá rezado cuatro rosarios completos con los que, amén de garantizarme el apoyo celestial, ha debido de salvar a unas dos mil ánimas del purgatorio.

Suena la campana y el Jefe me da un beso en la mejilla. Qué raro, jamás nos besamos ni prodigamos muestras de cariño. Nuestro afecto es sólido, pero viril, muy viril. ¿Habrá presentido un final trágico del combate? Harry, el *cutman*, me golpea amistosamente la espalda. Creo que se apiada de mi negro sino. Bueno, vamos allá.

Míster KO se aproxima embozado tras su guardia cerrada, oscilando a izquierda y derecha para no convertirse en un blanco estático. El tipo parece poseer un caudal inagotable de energía. Se desplaza con movimientos rápidos, eléctricos, y jamás descompone la guardia. Por los ojos que pone (ojos de tiburón hambriento) creo que se va a vaciar en un ataque definitivo. Efectivamente, tras varias fintas y golpes de tanteo, descarga su contundencia sobre mi apaleada osamenta. *Jab, jab*, directo, *hook* al hígado y, doblando con la zurda, *crochet* al mentón y directo a la nariz. Acuso el golpe y me tambaleo, reculando hacia las cuerdas. Míster KO me come la distancia y me lanza cuatro directos a la cabeza y otros tantos ganchos a las ijadas. Me alcanza en el bazo, obligándome a doblar el cuerpo. Un *upper* de izquierda me proyecta la cabeza brutalmente hacia atrás. El Caesars Palace de Las Vegas se convierte en una noria que gira a mi alrededor provocándome un vértigo caleidoscópico. Siguiendo las leyes de la física y un íntimo e inconfesable deseo, me derrumbo por segunda vez sobre la lona.

Oigo el rugido del populacho y diviso el rostro de Tyson; su semblante rezuma un desproporcionado entusiasmo por mi caída. Qué le habré hecho yo a este tío, pienso,

mientras lucho infructuosamente por ponerme en pie. Me apoyo sobre las manos, pero estas se me doblan, faltas de fuerza, y no consigo incorporarme. Bill Clinton manda a Míster KO al rincón neutral, pero mi adversario no permanece en la esquina. Se echa hacia adelante, ansioso por rematar la faena y enviarme definitivamente a la habitación del sueño.

Bill se acerca a mi yacente figura y se inclina con el brazo derecho extendido.

—*Four!*

Logro incorporarme levemente, pero he perdido el sentido del equilibrio y me precipito nuevamente al suelo.

—*Five!*

Pintan bastos, me digo, y hago un nuevo intento de incorporación. A ver... nada, las piernas me flaquean y vuelvo a caer. Lo que casi es un alivio, dado que Míster KO, haciendo caso omiso a las instrucciones de Bill Clinton, está a menos de dos metros de mí, con la diestra pegada a la mandíbula, en la recámara, lista para salir disparada si cometo el error de ponerme de pie.

—*Six!*

Señalo con un guante a Míster KO, advirtiéndolo a Bill de su antirreglamentaria ubicación sobre el cuadrilátero. Tal vez así logre ganar unos segundos. Bill mira a mi oponente, le vocifera algo en inglés y le conmina a que regrese a la esquina neutral. Míster KO obedece orejeando. El expresidente se gira hacia mí:

—*Seven!*

Ahora o nunca, me digo. Haciendo un esfuerzo supremo, me apoyo sobre los guantes y consigo recuperar una precaria verticalidad. ¡Eeeeeeeepa...! Que alguien pare el tiovivo, *please*, que no he comprado billete. Bill Clinton vuelve a hacer la tontería esa de asirme de las muñecas.

—*Eight!*

Con mis guantes entre las manos de Bill (¡qué momento más romántico!) empiezo a dar saltitos sobre la lona, haciendo movimientos afirmativos con la cabeza y poniendo cara de «aquí no ha pasado nada». Bill me analiza con semblante analítico, que es como deben analizarse este tipo de situaciones. Sabe que el castigo al que estoy siendo sometido puede pasarme factura, sabe que no puedo ganar el combate ni aunque me dejen una metralleta, sabe que su deber es parar esta sangría. Así que, tras escuchar la voz de su conciencia, Bill Clinton dicta sentencia:

—*Box!*

¿Acaso esperaban ustedes otra cosa? Yo no, desde luego. Conozco el *bisnes* y sé que, con la pasta que hay en juego en concepto de publicidad, taquillajes, derechos televisivos y demás, no hay árbitro que detenga la pelea antes de la muerte de alguno de los contendientes. La pela es la pela, en Cataluña y en *Guashintón*.

En fin. Con la genética resignación propia de la raza que parió a los tercios de Flandes, me guarezco como puedo bajo mi guardia y me preparo para la granizada de bofetones. Miro hacia mi esquina y le pregunto al Jefe cuánto tiempo queda. Mi entrenador hace un gesto que viene a significar «una eternidad». Míster KO se abalanza sobre lo que queda de mí y comienza a martillearme con los puños. Me agarro como puedo a mi rival y trato de darle la espalda a Clinton, al que imagino indignadísimo por mi antideportividad. Noto que Bill pugna por separarme de Míster KO, pero mantengo la cabeza baja para no cruzar mis ojos con los del árbitro. Tengo que malbaratar algunos segundos si pretendo llegar vivo al final del asalto. Finalmente, Bill logra desasirnos y detiene las hostilidades para echarme un rapapolvo, cosa que agradezco. Unos segundillos más para recuperar el resuello, el equilibrio y la ubicación sobre el cuadrilátero. Unos segundillos que me sirven para diseñar una nueva estrategia de supervivencia...

... Voy a hacer lo que Míster KO jamás esperaría en estas circunstancias: voy a ir a por él. Miro a Bill y le digo que sí, que seré buen chico y que ayudaré a las viejecitas a cruzar la calle. Pongo cara de *boy scout* mientras pienso cómo lanzarme sobre mi rival.

—*Box!*

Momo odiaba los lunes. Aquello no tenía nada de especial, porque, bien mirado, ¿qué niño, aunque sea cuarentón, no aborrece el primer día de la semana? Después de varias jornadas grises y gélidas, la primavera bostezaba. No obstante, Momo no se fiaba de aquel engañoso sucedáneo de sol, por lo que se puso un jersey de lana bajo la cazadora. Bien abrigado, saltó a la calle con una magdalena en la mano y otra ocupando la totalidad del espacio bucal, lo que le dificultaba la respiración y lo obligaba a asperjar una plétora de migas allá por donde pasaba.

Se le habían pegado las sábanas y llegaba tarde. Como era previsible, Quintanilla no lo esperaba en la esquina de la calle. Caratriste estaría ya camino de la escuela. Momo

apretó el paso y, en menos de cinco minutos, cruzó el umbral del colegio. Enseguida detectó la expectación que flotaba en el ambiente. Eran las nueve en punto de la mañana y, en vez de estar en las aulas, los alumnos alborotaban en el pasillo. Algo gordo había ocurrido.

Quintanilla localizó a su amigo perdido entre el juvenil tumulto. Lo tomó del brazo y lo condujo hasta la puerta de los lavabos. Allí, unos cuantos compañeros de clase contemplaban la pantalla del ordenador portátil de Celso. El Piños (último vástago de una rancia genealogía de médicos estomatólogos, antes dentistas) era el único niño de la localidad que tenía ordenador, lo que lo hacía acreedor del respeto y envidia de sus compañeros. Ahí era nada: un ordenador, y, encima, portátil. Porque, por aquellos años, en los pueblos como Puerto Antiguo nadie decía *laptop*. En realidad, ni siquiera se decía portátil. Todo lo más, PC, o computadora.

Caratriste hizo una sinopsis de las últimas noticias:

—Misterioso Hood ha colgado un vídeo en iutiub.

—¿Dónde?

En Puerto Antiguo, nadie sabía inglés. Por eso los neologismos anglosajones se pronunciaban más o menos como se escribían. YouTube se decía «yutube». Pasados los años, la costumbre portoantiguense se extendió al resto de España, y, hoy en día, el acuchillamiento de la lengua de Shakespeare se ha erigido en pasatiempo nacional. Y todos seguimos pronunciando «yutube». La mayoría, por desconocimiento de la dicción correcta; el resto, porque nos sale de los cojones. A ver si hay algún inglés que sepa pronunciar Calatañazor. Con su «ñ» y con su «z». No te jode.

Quintanilla suspiró con aires de suficiencia y optó por la pronunciación más extendida.

—En *yutube*, esa web donde la gente carga vídeos.

—Ah... —Momo se acercó hasta Celso, tratando de mirar la pantalla por encima de las coronillas de sus compañeros—. ¿Y de qué va?

—Del último robo de Vílchez y Benavides —afirmó el Piños, metiéndose en la conversación. Acto seguido, pulsó el *play* por enésima vez. En las imágenes se veía a Vílchez y Benavides entrando a hurtadillas en un aula de la escuela. El rótulo de la grabación era elocuente (*Misterioso Hood filma a V y B robando*) y evidenciaba la irresistible atracción que los dos golfos sentían por la propiedad ajena.

—Debieron de aprovechar algún recreo —conjeturó Momo.

—Eso parece —dijo Quintanilla—. El reloj de la pared señala las once y cuarto.

—Y el aula es el 7º C —puntualizó el Piños—. Varios alumnos se quejaron el jueves de que les faltaban cosas.

Dos sonoras palmadas pusieron orden en la algarabía adolescente. Don Wenceslao avanzaba por el pasillo con cara de director-con-muy-poquitos-amigos.

—¿A qué se debe esta república? ¿Se puede saber?

Los estudiantes, sabiamente, coligieron que las preguntas eran retóricas. Don Wenceslao alzó la voz.

—¡Todo el mundo a su clase! ¿Han oído ustedes? ¡Todo el mundo a su clase!

En cuestión de segundos, la jarcia vocinglera devino en murmullo y este en silencio total. Los chavales, impresionados por la potencia vocal del director, se metieron en sus respectivas aulas. Momo y Quintanilla tenían clase de matemáticas. Don Teodosio, sentado a la mesa del profesor, esperaba con un rictus de impaciencia que los alumnos interpretaron como estreñimiento.

—Parece que a Míster Potato no le gustan los retrasos —murmuró Caratriste.

—Señor Quintanilla, ¿quiere compartir con todos nosotros, en voz alta, lo que acaba de susurrar? —inquirió don Teodosio.

Quintanilla, obviamente, no quería compartirlo. Si hubiera deseado hacerlo, no lo habría susurrado. Aquello era tan obvio que hasta un mendrugo como Míster Potato podía entenderlo. Quintanilla suspiró con disimulo.

—Usted disculpe, don Teodosio, se trataba de un comentario intrascendente.

Míster Potato se adentró sin más preámbulos en el apasionante universo de la geometría. El alumnado, intuyendo que aquello no era de su incumbencia, se dispuso a afrontar de la manera más inocua posible cincuenta y cinco minutos de aburrimiento. Contra lo que cualquier mente sana pudiera pensar, Míster Potato parecía disfrutar de la lección. Para Momo, que una persona gozara con tan árida materia constituía una desviación psíquica solo comparable con la zoofilia o la coprofagia. Bien es cierto que el muchacho no conocía en profundidad los pormenores de dichas aficiones, pero le bastaba con saber que eran vicios propios de degenerados, escandinavos y gente de mal vivir.

—Me malicio que el recreo va a ser turbulento —bisbiseó Quintanilla.

—¿Por qué? —preguntó Momo sin apartar la vista del encerado.

—Hay gente dispuesta a cobrarse los latrocinios de Vílchez y su secuaz. Y vive Dios que yo mismo me uniría a la partida, pero un inoportuno desarreglo intestinal me inhabilita para la acción.

—Que te cagas, vamos —tradujo Momo.

—Sí, pero literalmente, no en sentido figurado —aclaró Caratriste.

Al concluir la primera hora de clase, los estudiantes varones de mayor edad salieron en busca de Vílchez y Benavides, pero estos, barruntando que aquel día se sorteaban castañas, y sabiéndose poseedores del boleto ganador, lograron escurrir el bulto. Tras la segunda clase vino el recreo. Algunos alumnos aprovecharon la pausa para organizar un exhaustivo peinado del colegio y sus aledaños. A los pocos minutos, Vílchez y su acólito fueron localizados en una calle cercana. Los dos gamberros corrieron hacia el colegio, intentando acogerse al sagrado de sus muros, pero un grupo de estudiantes del último año les cortó el paso. Vílchez, en un intento desesperado de salvar el pellejo, apeló a su merecida reputación de jaque.

—A ver si alguno tiene lo que hay que tener —dijo retando al grupo—. Mierdecillas, que sois unos mierdecillas.

Momo y Quintanilla observaban la escena a distancia. Caratriste reconoció que, a fin de cuentas, Vílchez tenía redaños. Y, en honor a la verdad, aquello de mierdecillas tenía gracia.

—Eres muy osado —dijo el más alto del grupo—; imbécil, pero muy osado.

Los estudiantes estrecharon el círculo en torno a Vílchez y Benavides. A este, que no tenía la presencia de ánimo de su jefe, se le notaba el miedo a la legua. Uno de los alumnos lo agarró por el cuello.

—Eh, Vergapides, ¿qué ha dicho tu amigo? —El pavor asomó en los ojos de Benavides—. Me ha parecido oír que nos llamaba mierdecillas. ¿Es cierto, Vergapides? ¿Nos ha llamado mierdecillas?

Benavides no abrió la boca, pero Vílchez, fiel a sus obligaciones feudales, acudió al rescate de su vasallo. De perdidos, al río.

—Suelta a mi amigo ahora mismo si no quieres que te parta la boca, mierdecilla.

—¿Cómo dices? —preguntó el interpelado.

—Veo que, además de tonto, eres sordo —replicó Vílchez—. He dicho que sueltes a mi amigo, mier-de-ci-lla.

El joven, que al parecer era de naturaleza susceptible, liberó el cuello de Benavides y, sin solución de continuidad, se abalanzó sobre Vílchez, derrumbándolo. El resto de muchachos se unieron a la refriega y, en pocos segundos, se formó una violenta confusión de gritos, puñetazos, improperios y patadas en la que, como era de esperar, Vílchez y Benavides se llevaron la peor parte, cobrando, con intereses, todos los atrasos. Y, si no hubiera sido por la providencial aparición de don Wenceslao, se hubieran llevado el pleno al quince y hasta el cuponazo. Pero el director, que se había asomado a la ventana del despacho al oír el alboroto, irrumpió con su voz de trueno y sus enormes manazas, peligrosas como aspas de molino.

—¡Se acabó, señores! —rugió abriéndose paso entre el tumulto—. ¡He dicho que se acabó! ¡Al que desobedezca lo expulso del colegio y no se saca el graduado ni en Namibia! ¿Me han oído?

Como para no oírlo, pensaron Momo y Quintanilla, prudentemente alejados del foco del conflicto. Con aquel vozarrón que tenía, capaz de resquebrajar bloques de hielo.

La horda adolescente acató las órdenes del director, y Vílchez y Benavides, magullados pero vivos, recuperaron la verticalidad. El primero, además, recuperó la arrogancia.

—¡Ya os pillaré! —bramó mientras se sorbía la sangre de la nariz—. ¡Uno a uno! ¡Os pillaré uno a uno y os haré pagar por esto, mierdecillas!

Don Wenceslao asió a Vílchez por el pescuezo y lo zarandeó como a un conejo.

—¡Usted no va a pillar a nadie, señor Vílchez! —El mozo, sacudido por la hercúlea fuerza manual del director, se tambaleaba desmadejado—. No en mi colegio. No mientras yo sea el director.

Pero Vílchez, cuya obstinación era tan grande como su maldad, seguía profiriendo amenazas:

—Y al puto Misterioso Hood... ¡Al puto Misterioso Hood voy a meterle la cámara por el ojal! ¡A ver si le gusta lo que graba!

Don Wenceslao soltó a Vílchez, quien cayó al suelo como lo que era: un saco de inmundicia. El golfo enmudeció ante la inquietante mirada del director. Este susurró, arrastrando las palabras:

—Es muy fácil dárselas de valiente cuando uno se cree a salvo. —Vílchez, perplejo, tragó saliva. El semblante torvo de don Wenceslao, su bigote encrespado y su voz ronca y pausada resultaban verdaderamente temibles—. Usted no sabe quién es Misterioso

Hood, ¿cierto? —Vílchez asintió con la cabeza—. Tal vez, si lo supiera, sería más comedido, más prudente. Tal vez se cagaría en los pantalones.

Por un extremo de la calle se aproximaba una figura imponente. El sol, que brillaba a sus espaldas, recortaba su silueta alta y fornida, ensombreciéndole las facciones. Vílchez se quedó mirando al corpulento sujeto, que caminaba con paso lento y seguro. Colgada del hombro, llevaba la funda de una escopeta.

—Mira quién viene por ahí —murmuró don Wenceslao—. ¿Te atreverías con él?

Vílchez guardó silencio e intentó tragar saliva, pero el fluido se le añusgaba en la garganta. El robusto individuo de la escopeta llegó a la altura del grupo.

—Buenos días, don Wenceslao.

—Buenos días, Juanón.

—¿Le ocurre algo a este muchacho? —Juanón hablaba con voz grave, amagando una sonrisa—. Está sangrando por la nariz.

El director estrechó la mano del recién llegado y le palmeó la espalda con familiaridad.

—Nada serio, de momento. Pero pretende enfrentarse cara a cara con Misterioso Hood. Y se permite amenazarlo en público.

—Ajá. —Juanón se acercó a Vílchez y examinó su rostro con detenimiento—. Bueno, no tienes lesiones importantes. —Al gamberro le temblaba el mentón como si estuviera muerto de frío—. Por ahora.

Acatando las órdenes del director, el grupo de adolescentes se deshizo y entró en el colegio. Benavides esperaba a Vílchez, quien, aún no recobrado del susto, se sacudía el polvo de la ropa. Juanón arrastró lentas las palabras:

—¿Cómo te llamas, chaval?

El joven macarra respondió con un hilo de voz:

—Vílchez.

—Escucha, Vílchez, voy a darte un consejo: nunca compres con palabras lo que tus puños no puedan pagar.

Sin aguardar contestación, le dio la espalda y continuó su camino.

En clase de Literatura y Lengua Españolas, Quintanilla, excitado por los últimos acontecimientos, era incapaz de prestar atención a doña Alicia. Momo tampoco oía a la

maestra. Entre otras cosas, porque la cháchara a media voz de Caratriste lo estorbaba.

—¿Se lo dije a vuesa merced o no se lo dije, eh? —preguntaba Quintanilla por quinta vez—. ¿Se lo dije o no?

—Sí, pesado —susurró Momo—, me lo dijiste.

—Y, ahora, ¿quién es el *flipao*, eh? ¿Quién es el *flipao*?

Momo suspiró fatigado.

—¿El *flipao*? ¿Que quién es el *flipao*? ¡Tú, mendrugo! ¡Tú eres el *flipao*! ¿O es que tu hermano o don Wenceslao han dicho que fueran el puñetero *Misterioso*?

—Observo que hay quién no sabe refrenar su verborrea —los interrumpió doña Alicia—. Señor Quintanilla, al encerado. —Caratriste obedeció—. En vista de su infatigable capacidad verbal, ¿por qué no nos entretiene improvisando una redondilla?

Momo, para quien una redondilla no era otra cosa que una pelotilla de moco convenientemente manipulada, se alarmó ante la orden de la profesora. Afortunadamente, no había sido él el elegido. Tras unos segundos de reflexión, Quintanilla tomó una tiza y escribió los cuatro versos en la pizarra.

*Tengo un amigo querido,
no es lerdo ni por asomo,
la gente lo llama Momo,
es leal, mas descreído.*

—¿Qué le parece, doña Alicia? —interrogó ufano Quintanilla. La profesora arqueó una ceja.

—Psss... Reconozco que es usted rápido, aunque no muy creativo.

Caratriste frunció el entrecejo. La maestra continuó: —Y, ahora, por alusiones, ha de ser Momo quien dé la réplica. ¿Momo? —El chaval se ruborizó. Al final le había tocado. Siempre lo incomodaba salir a la pizarra, pero hacerlo para ingeniar un poema era peor, era bochornoso—. Su turno.

Momo se levantó del asiento y se colocó frente al encerado, balanceándose con las manos en los bolsillos. Su velocidad mental era menor a la de su amigo, por lo que hubo de tomarse algo más de tiempo para pensar. Tras unos segundos eternos, tomó una tiza y un borrador (lento, sí, pero precavido) y, después de muchos trazos y alguna rectificación, logró construir la estrofa.

Tengo un amigo pesado,

*ya sabéis, es Quintanilla,
compone una redondilla,
y se las da de Machado.*

Doña Alicia, gratamente sorprendida ante la inopinada inventiva poética del chaval, aplaudió con entusiasmo:

—Bravo, Momo. —El muchacho enmudeció—. ¡Bravo! Así que tiene un don para la poesía...

Momo se alarmó. Un preadolescente con dotes líricas es blanco seguro de las chanzas y collejas de sus compañeros. En el imaginario infantil, cualquier enfermedad infecciosa es preferible al cultivo de la poesía. Había que aclarar urgentemente el equívoco:

—Qué va, doña Alicia. —Momo se percató de las miradas escrutadoras, casi hostiles, de los estudiantes varones. Sin embargo, se le pasaron por alto los ojos soñadores de algunas de las chicas, que, presas de los paradójicos antojos de la juventud, codiciaban un galán a la vez tierno e implacable—. Ha sido potra.

—Potra, ya...

Doña Alicia dejó la frase en suspenso. En aquel momento, sonó el timbre y Momo respiró aliviado.

Durante el breve receso antes de la última clase, los estudiantes salieron al pasillo para cotillear. Las muchachas, admiradas por su portentosa estampa y su enigmático comportamiento, suspiraban por Juanón. ¿Por qué no habría más hombres así por el mundo? ¿Acaso era tan difícil reunir los atributos que toda mujer anhelaba? Seriedad, comedimiento, valentía, prestancia. Una voz grave y acompasada, un andar firme y masculino, un semblante noble y resuelto. ¿A qué se debía que este tipo de varón constituyera una rara excepción? Con el paso de los años, las chicas aprenderían que en los hombres hay virtudes incompatibles o, al menos, raramente concomitantes (*verbi gratia*, la valentía y el comedimiento), y que la mayoría de ellas (de las virtudes, no de las chicas) suele ir acompañada por un defecto conexo (por ejemplo, la mesura y el aburrimiento). Mientras las féminas se sumían en hondas cavilaciones acerca de la incomprensible idiosincrasia masculina, los chavales, más primarios y simples, envidiaban al musculoso hermano de Caratriste e, intuyendo que las comparaciones son odiosas, se ciscaban en su magnetismo.

Quintanilla, protagonista colateral por consanguinidad, no cabía en sí de gozo.

—¿Aún albergamos dudas, Momo? Todo el mundo apuesta a que mi bizarro hermano es Misterioso Hood. —Caratriste caminaba junto a su amigo prodigando saludos y sonrisas—. Todo el mundo menos vuesa terca y porfiada merced.

—En la Edad Media todos pensaban que la tierra era plana —replicó Momo.

—¿Y?

—Que no tenían razón. Las mayorías sirven para elegir gobiernos, pero no para distinguir la verdad.

Quintanilla se detuvo.

—En ocasiones, solo en ocasiones, vuesa merced me deja sin habla.

SEXTO ROUND

Segunda parte:

A PESAR DE HABER BESADO la lona con mayor contundencia de la que me hubiera gustado, me encuentro en condiciones de continuar la pelea. Mister KO, ajeno a mi nueva y audaz estrategia, se aproxima con decisión. Yo finjo cierta languidez bajando ligeramente la guardia y exagerando la fatiga de mi semblante. Hasta trastabillo en mi vacilante avance hacia el centro del *ring*. A Mister KO le babea el colmillo. Huele la sangre de su víctima y, descuidando la defensa, me lanza un *jab* y un directo descomunales. Aprovecho el exceso de confianza de mi adversario, esquivo con facilidad el directo metiéndome bajo su guardia abierta, y, con el remanente de fuerzas que me queda, le arreo un soberbio *upper* en el mentón. Mi oponente se tambalea y yo me vacío en un desenfrenado ataque cuyos detalles técnicos no les relato porque me hallo en un estado de frenesí que me nubla el entendimiento. Estoy furioso, enloquecido, no siento el dolor ni el cansancio, no pienso; solo odio, bramo y golpeo mientras echo espumarajos rabiosos por la boca. No soy yo quien está sobre el *ring*. Bill Clinton se ha esfumado; mi entrenador, el *cutman* y mi mujer residen en universos lejanos. No hay público, ni focos, ni cámaras de televisión. Ni siquiera el Caesars Palace existe. Allí solo están mis puños, mi rabia y el odiado cuerpo de mi enemigo. Tiro puñetazos sin ton ni son, sin técnica ni planificación, pero con toda la mala baba acumulada en veintisiete años de lucha por la vida. Arrollo a mi rival, le paso por encima, solo me falta escupirle, morderle y vomitarle encima.

Y ocurre lo imprevisto. Mister KO cae sobre la lona y el Caesars Palace enmudece. Sorprendido, miro al Jefe. Su estupefacción es mayor que la mía. Ah, ladino, pienso, mucho rollo pero no dabas un duro por mí. Bill Clinton me señala la esquina neutral y comienza la cuenta de protección. Mister KO se incorpora demasiado rápido y vuelve a perder el equilibrio, cayendo al suelo a pesar de su intento de asirse a las cuerdas. Qué, amiguete, cómo se te ha quedado el cuerpo. A ver si te pensabas que en mi pueblo no

sabemos repartir tortas. Cuando Bill va por el *six*, Míster KO recobra la verticalidad. El árbitro lo examina. Míster KO le dice que *yes*, que está *all right*, que puede *keep on fighting*. «OK —grita Bill—, *box!*».

El Caesars Palace borbotea en un rumor expectante. Míster KO y un servidor nos tanteamos con respeto, preocupado él en no recibir más castigo, centrado yo en recobrar un poco del aire perdido en el feroz ataque. Por primera vez en todo el combate, detecto inseguridad en mi contrincante. Si me quedara medio julio de energía, lo invertiría en una última y letal acometida, pero, desafortunadamente, voy con el combustible justo para terminar el asalto. A duras penas me mantengo en pie y con la guardia compuesta. Deben de quedar unos treinta segundos. Míster KO y quien suscribe firmamos un armisticio tácito y posponemos las hostilidades hasta el próximo *round*. Suena la campana.

Se oye un murmullo entre el público: los gringos están mosqueados. Miro hacia la silla del *ring*, que sigue vacía. Cagüen la leche, qué momentazo más bueno para haberle lanzado un beso a mi mujer. Habría llorado como una plañidera. Miro a la cámara de televisión ubicada en mi esquina, guiño un ojo y lanzo un beso con el guante. Va por ti, cariño.

Y aquí estamos, sí, señor, dando el callo en Las Vegas. Con dos cojones y un palito.

Aquel domingo se presentaba óptimo para las labores de vigilancia. No había nubes en el firmamento y la hojarasca que alfombraba el suelo de la colina estaba seca y mullida. Quintanilla, vestido de Coronel Tapioca y parapetado tras unos aparatosos binoculares, avizoraba el escondite ubicado al pie del olmo.

Después de descubrir que Aurelio birlaba joyas de la sacristía, Momo y Caratriste habían desplegado un rígido dispositivo de control sobre el zulo. Al finalizar la eucaristía, salían a toda prisa de la iglesia, corrían por el camino de tierra hasta llegar a La Selva y se apostaban tras la roca de la ladera. Allí, sigilosos y pacientes, aguardaban alguna pista que los condujera a la resolución del caso. Durante los dos domingos anteriores, no habían avanzado gran cosa. Eso sí, un día detectaron a don Wenceslao haciendo senderismo por los aledaños del escondite. Braceaba enérgicamente y marchaba con marcialidad en pos de Dios sabe qué lejana batalla.

La única utilidad de sus vigilancias había consistido en confirmar que el Curita robaba más que un concejal de urbanismo. El monaguillo, siguiendo el ritual del primer día, llegaba a hurtadillas hasta la base del olmo, levantaba la pesada laja de piedra y depositaba lo sustraído. Además de los candelabros de oro, había escondido en el agujero una patena del mismo metal y un misal antiquísimo envuelto en un trapo de algodón. Las mañanas siguientes, antes de entrar al colegio, Momo y Quintanilla tornaban para inspeccionar el zulo y descubrir que los objetos habían desaparecido. Eso significaba que alguien los retiraba de allí entre las 15.00 horas del domingo y las 08.00 horas del lunes.

Aquel domingo, los amigos mudaron de estrategia. En lugar de ocultarse tras la roca al acabar la misa, marcharon a sus casas para comer. Después de la pitanza, se reunieron en el pórtico de la iglesia y se trasladaron hasta la peña de observación. Tal vez variando el horario de la vigilancia pudieran obtener más información. Antes de trepar por la ladera, Momo y Quintanilla registraron el zulo. En su interior, envuelto en un pedazo de sábana, hallaron un enorme crucifijo de plata. Parecía que el Curita no ciaba en sus latrocinios.

Las horas transcurrían sin novedad. En la vida real, vigilar es bastante más aburrido que en las películas. Porque, en el cine, las vigilancias policiales suelen dar resultado al poco de iniciadas, con el consiguiente ahorro de tiempo para el protagonista y para el espectador. Pero lo cierto es que uno puede pegarse cuatro horas detrás de una roca sin que ocurra nada. Absolutamente nada. Aquella tarde, Momo decidió que de mayor no sería policía. Al menos no de los que vigilan tras una roca en el monte.

El sol declinaba tras la colina y la lobreguez se adueñaba del bosque. Se había levantado un viento desapacible y, abundando en la incomodidad, los donuts traídos por Quintanilla (¿dónde se había visto una vigilancia sin donuts?) se habían acabado.

—¿Una hora más y nos vamos?

Momo asintió. Si se les hacía de noche, pillarían un buen resfriado. En ese momento, acercándose por el camino de tierra, escucharon un ruido de motor. Los dos muchachos guardaron silencio y estiraron el cuello, aguzando el oído. A los pocos segundos, dos motos de campo petardeaban al pie de la colina. Sus pilotos portaban casco, pero sus identidades eran inequívocas:

—Son Vélchez y Benavides —susurró Quintanilla.

¿Quiénes si no?, pensó Momo. Los motoristas dieron varias vueltas alrededor del bosque, primero juntos, luego separándose. Trepaban con sus motos cuesta arriba,

acometiendo las primeras rampas del talud mientras oteaban a su alrededor. En varias ocasiones se acercaron a la roca de vigilancia. Momo y su amigo rezaban en silencio para no ser descubiertos. Afortunadamente, ni Vílchez ni Benavides se aventuraron detrás del peñasco.

Después de varias pasadas, abandonaron las cuestas y regresaron al llano del bosque, rodeándolo por separado. Pilotaban endiabladamente bien. Los círculos, que al principio eran amplios, fueron estrechándose poco a poco en torno al viejo olmo que escondía el crucifijo. Finalmente, pararon junto al zulo. Benavides se quitó el casco y apoyó la moto en el caballete. Mientras su cómplice esperaba con el motor en marcha, se acercó al escondrijo, levantó la piedra y, tras desenvolverlo, sacó el crucifijo de plata, mostrándoselo a Vílchez. Este hizo un gesto afirmativo. Benavides envolvió de nuevo el crucifijo, se lo metió bajo la chaqueta y se colocó el casco. A una señal de Vílchez, los dos ladrones salieron entre rugidos de motor y estruendo de tubos de escape.

Quintanilla dejó los prismáticos en el suelo y respiró despacio, tratando de recobrar la calma. La proximidad de las motos escalando por la ladera le había disparado el pulso.

—Debo reconocer que no soy hombre de acción.

—¿Ahora te das cuenta? —inquirió Momo.

Caratriste se amostazó por el comentario de su amigo.

—¿Qué insinúa vuesa merced? —preguntó torciendo el gesto—. ¿Acaso lo he dejado alguna vez en la estacada? ¿Acaso lo he abandonado a la buena ventura con motivo de algún lance arriesgado?

Momoladeó la cabeza con escepticismo y resopló, haciendo ondear su flequillo.

—La primera vez que me partí la cara con Vílchez y Benavides, sin ir más lejos.

—Ah, bueno... —Quintanilla, avergonzado, desvió la mirada hacia los arreboles del ocaso—. Si se refiere a aquella nefasta ocasión...

Momo se compadeció del bochorno de su amigo.

—Déjalo, hombre, no tiene importancia. Ahora estamos en otra batalla.

Momo palmeó la espalda de su colega, dando por zanjado el asunto. Quintanilla sonrió con timidez y retomó la palabra:

—Afortunadamente, es fácil deducir el *iter criminis* de estos sacrílegos robos.

—¿Cuál es tu hipótesis? —preguntó Momo.

—Será hipótesis.

—Lo que sea, listillo.

Caratriste se aclaró la garganta. No era muy valiente, pero era, sin duda, bastante más inteligente que su amigo.

—Para mí, el asunto está muy claro. Aurelio, obligado bajo amenaza por ese par de rufianes, sustrae las joyas de la sacristía y las deposita en este recóndito paraje. Vílchez y Benavides, cuando les place, se acercan hasta el botín, maniobran con sus motorizadas monturas en prevención de posibles vigilancias y, cuando se creen a salvo, se lo apropian. Acto seguido, trasladan las alhajas hasta el cubículo de algún receptor o perista, cobrando un estipendio a cambio de ellas.

Momo tradujo estipendio por dinero y alhaja por joya, pero no encontró equivalente semántico para receptor ni perista.

—¿Qué demonios es un perista? —preguntó.

Quintanilla, feliz por poder desquitarse del mal sabor de boca suscitado por la alusión a su cobardía, respondió:

—Una persona que comercia con objetos robados a sabiendas de que lo son.

—¿Se puede saber de dónde sacas esas palabras?

—Hay innumerables fuentes de las que se puede beber para alcanzar el...

—Vale, vale —interrumpió Momo—. No me tires rollos. Y, ahora, ¿qué hacemos?

Quintanilla se acarició una inexistente barba a la altura del mentón. La emoción le había empañado las gafas.

—Tenemos dos posibilidades: proseguir las investigaciones hasta averiguar quién es el receptor o trasladar la información a algún adulto responsable.

A Momo le dolía el trasero tras tantas horas de paciente y tediosa vigilancia. Y un culo dolorido es un argumento tan bueno como cualquier otro.

—Mi trasero opina que sería mejor decírselo a algún adulto.

—Muy propio de vuesa merced.

—¿El qué? —preguntó Momo mosqueado.

—Pensar con el culo.

Los muchachos prorrumpieron en carcajadas. La peligrosa proximidad de las zumbantes motocicletas de Vílchez y Benavides había generado una tensión nerviosa que, ahora, se liberaba a raudales por las salutíferas grietas de la risa. Quintanilla fue el primero en volver a la normalidad.

—Yo pienso como vuesa merced.

—¿Con el culo?

—No, en serio —continuó Caratriste—, creo que ya hemos averiguado lo suficiente. Será mejor que alguna persona mayor tome cartas en el asunto.

—¿A que adivino a qué adulto propones? —dijo Momo entornando los ojos—. A ver... ¿a Misterioso Hood, por un casual?

—Vuesa merced puede llamarlo como guste, pero sí —afirmó Quintanilla—, estimo que lo más conveniente sería informar a mi hermano Juanón.

—¿Crees que él se lo contará a don Wenceslao?

—Probablemente, aunque no es imprescindible que lo haga.

—¿A qué te refieres? —inquirió Momo.

—Bien lo sabe vuesa merced —respondió Quintanilla con afectada dignidad—. Si mi hermano es Misterioso Hood, no requerirá ayudas externas para desfacer este entuerto.

Momo, circunspecto, examinaba el rostro de su amigo.

—¿Sabes qué te digo? —preguntó con gravedad. Caratriste aguardó la respuesta—. ¡*Flipao*, que eres un *flipao*!

Los domingos no había mucho que hacer en Puerto Antiguo. Como el resto de la semana, vamos. Después de una frugal merienda, Momo se echó un rato sobre la cama, pero no pudo descansar. Los recientes sucesos de La Selva, con sus cinematográficas escenas de motos circunvalando el botín, se proyectaban una y otra vez en su mente. Cuando Alejandra marchó al Sybaris, el chaval se levantó y se sentó frente a la mesa del salón para hacer las tareas escolares. Como buen adolescente y rancio español, había dejado los deberes para última hora. Había que preservar las esencias patrias.

A Momo lo entristecían los domingos. Le atenuaban la alegría y le lastraban el alma con el plomo de la melancolía. ¿Por qué? No lo sabía. Había reflexionado al respecto, sin llegar a conclusión alguna. Bien mirados, los domingos no eran otra cosa que días. Días con sus horas, con sus minutos, con sus segundos. Días con su mañana, su tarde y su noche; con su desayuno, su merienda y su cena. Es más, eran días festivos. ¿Por qué, entonces, eran más alegres los viernes, con sus seis insoportables asignaturas, que los domingos, exentos de cualquier obligación escolar, al menos presencial? Probablemente, barruntaba Momo, porque el ser humano no vive en el presente, sino que tiende a cifrar su felicidad en sucesos futuros. Porque dedicamos toda nuestra jodida existencia a anticipar el porvenir, en vez de centrarnos en lo que nos está sucediendo ahora. Con el

paso de los años, Momo averiguaría que esta idea trivial, que él consideraba original y personalísima, había hecho millonarios a unos cuantos gurúes de la literatura de autoayuda. También descubriría que hay gente que, para soportar la vida, necesita escuchar de labios ajenos (preferentemente previo pago) consejos obvios y perogrulladas existenciales que cualquier crío de doce años es capaz de deducir sin menester de auxilio externo.

Sea por lo que fuere, los domingos lo desazonaban. Y lo peor que se puede hacer cuando se está afligido es digerir la angustia en soledad. Bien lo sabe el vulgo: el aislamiento solo es recomendable para la práctica del onanismo. Momo todavía no agitaba la coctelera, por lo que, una vez concluidos los deberes, se echó a la calle a deambular sin rumbo fijo, que, por otra parte, es la única forma gramaticalmente correcta de deambular. Como siempre que vagaba por las callejas de Puerto Antiquo, terminó frente a la puerta del *pub* Sybaris. Hay que aclarar que en España, ya en aquellos años, los menores de edad tenían vedado el acceso a los bares musicales. Pero, como todavía no había anochecido, el Puñales no refunfuñaría. Por una enigmática conexión entre la luz solar y los reglamentos municipales, en nuestro país estos solo regían, en lo referente a restaurantes y establecimientos de ocio, a partir del ocaso. A excepción, por supuesto, de viernes, sábados y vísperas de festivales, días en que toda violación de la ley, cualquiera que fuera su hora de comisión, quedaba amparada por la *exceptio finis septimanae*. Huelga decir que tal excentricidad jurídica sigue vigente en nuestros días.

Momo cruzó el umbral del Sybaris y, durante unas milésimas de segundo, entrevió, casi intuyó, una ráfaga de forcejeos, susurros y jadeos que no logró identificar. Detrás de la barra del desierto *pub*, el Puñales bregaba con sus manos peludas en las escurridizas nalgas de Alejandra. Esta, gruñendo por el esfuerzo, porfiaba por deshacerse del pegajoso marcaje manual. La escena, fugaz y apenas percibida, desconcertó al chico.

—Buenas tardes, tata.

El Puñales, como impulsado por un resorte, se alejó dos metros del cuerpo de la camarera. Alejandra, recolocándose la ropa, miró con odio al dueño del bar. Luego se dirigió a su hermano.

—Buenas tardes, Momo —dijo, forzando una sonrisa—. ¿Qué haces por aquí?

—Eso digo yo, renacuajo —añadió el Puñales mientras encendía un Ducados—. ¿No tienes nada mejor que hacer?

—No —respondió Momo. No tenía muy claro lo que acababa de presenciar, pero intuía que, en caso de saberlo, no le iba a gustar. En su interior, algo le decía que a aquel tipo, igual que a su hijo, no le estaría de más una buena mano de hostias—. ¿Es que te molesta que me pase por aquí?

El señor Vílchez, sorprendido, arqueó las cejas.

—Vaya con el mocoso. ¡Si ya cacarea!

Momo adivinó que, en aquel preciso instante, su incipiente virilidad estaba sobre el tapete. El Puñales lo estaba midiendo, así que no debía achicarse. Tenía que ingeniar una réplica que resultara, al mismo tiempo, aguda y contundente, pero solo se le ocurrían frases del tipo «la única que cacarea es tu puta madre» o «mocoso será el cornudo que te engendró». Enunciados que, desde luego, sonaban contundentes, aunque era más discutible que fueran agudos. Cuando iba a responder, se abrió la puerta del *pub*. Recortada al contraluz del atardecer, apareció la atlética figura de Quinito.

—¿Cómo va eso, señor Vílchez?

El Puñales exhaló una bocanada de humo y puso cara de hastío cósmico.

—Va, que no es poco.

Quinito se acercó a la barra. Antes de sentarse en el taburete, reparó en la presencia de Momo.

—¡Eh, campeón! ¿Visitando a la familia?

A Momo le gustaba Quinito porque lo trataba con naturalidad, sin conceder importancia a la diferencia de edad. Los adultos marcan siempre las distancias, situándose en un plano de superioridad. Como si el hecho de tener cuarenta o cincuenta años fuera garantía de sabiduría y los colocara, en relación con los chavales, en un universo intelectual inalcanzable. Momo presentía que, en un considerable número de casos, la edad solo consigue sedimentar la estolidez y hacerla más recalcitrante. El que a los quince es memo, a los ochenta muere mentecato, siendo muy poco probable que, en el ínterin, experimente algún rapto de lucidez. Pero Quinito no era así, nunca se hacía el listillo ni se las daba de resabido ante los más jóvenes.

—Sí, me aburría en casa —respondió el crío.

—¿Quieres una Coca-Cola?

—Vale.

—Alejandra, por favor, pon una Coca-Cola para tu hermano y una cerveza para mí.

Habitualmente, Quinito apenas hablaba con la camarera. No obstante, todos sabían (el Puñales, Momo y la propia Alejandra) que el boxeador no cruzaba todo Puerto Antiguo seducido por las excelencias alcohólicas del establecimiento, sino, más bien, irresistiblemente atraído por los ojos densos y oscuros de la empleada, que lo hipnotizaban, hurtándole la voluntad. A Alejandra le gustaba que fuera tímido y parco en palabras. No soportaba a los hombres zafios, ni a los histriones, ni a los que creían tener una conversación interesante y una sonrisa irresistible. Colocó las bebidas sobre la barra. Quinito miró a Momo.

—Ven aquí, hombre, siéntate a mi lado.

El muchacho obedeció y se aupó sobre un taburete junto al púgil. Este (el púgil, no el taburete) dio un largo sorbo a la cerveza.

—¿Has vuelto a pegarte con alguien?

—No.

—Eso está bien —dijo Quinito, conteniendo un eructo en la garganta—. No es bueno pelearse.

—Pues tú ganabas dinero por hacerlo —dijo el crío.

—Porque yo era un mendrugo que no servía para otra cosa.

Alejandra sonrió mientras secaba vasos al otro extremo de la barra. El Puñales sacudió la cabeza, chascó la lengua e hizo mutis por la trastienda.

—Lo hacía muy bien —dijo Alejandra—. Llegó a ser campeón de España.

—Y combatí en Londres por el campeonato de Europa —puntualizó Quinito—. Allí descubrí por qué a Cañonero Stampton lo llamaban así.

—¿Pegaba fuerte? —preguntó Momo.

—Como si le debieran dinero.

El muchacho estaba a gusto. Era fabuloso charlar con un tío que había viajado por toda Europa repartiendo mandobles y ganándose la vida con su esfuerzo y su sudor, tal como hacen los hombres honestos. Un tío que no se quejaba de nada y que se levantaba todos los días a las seis de la mañana para abrir el austero club de boxeo que le daba de comer. Un tío que enseñaba a sus alumnos cómo pelear y, sobre todo, cuándo no hacerlo.

—¿Cómo es Londres? —preguntó Momo.

—Bonito, frío y húmedo.

—Y, antes del combate, ¿pusieron el himno de España?

Quinito dejó la vista vagar por la espuma de la cerveza.

—Ya lo creo.

Siguieron charlando sobre viajes, peleas y cuadriláteros hasta que, a eso de las diez, el Puñales salió de la trastienda y dijo que había que cerrar. Los domingos el Sybaris echaba la persiana antes. Por eso a Alejandra, al contrario que a su hermano, le encantaban los domingos.

—He traído el coche —afirmó Quinito mirando a la camarera—. ¿Os llevo?

—Si no es molestia...

—Qué va a ser, mujer.

Montaron en un Opel Vectra, desvencijado y trotón, estacionado frente a la puerta del *pub*. Momo se sentó en la parte trasera. Delante, entre Quinito y Alejandra, un par de pequeños guantes de boxeo oscilaban colgados del espejo retrovisor.

—¿Podrías enseñarme a boxear? —interrogó Momo.

—¡Ni lo sueñes! —dijo Alejandra.

—Pensé que me lo preguntaba a mí —bromeó Quinito. Después adoptó un semblante serio—. Solo si te deja tu hermana, Momo.

—Ni hablar —denegó tajantemente la joven—. Además, no podemos pagar las clases.

—Eso no es problema, mujer. No le cobraría al chaval.

—Y yo ayudaría en el gimnasio —murmuró Momo—. Podría fregar el suelo y recoger las cosas y...

—He dicho que no. No quiero que te dejen la cara como...

Alejandra dejó la frase en suspenso.

—¿Como a mí? —preguntó Quinito, sonriendo con los ojos a la chica.

—No he querido decir eso —se excusó esta.

—Es igual, no tiene importancia. Aunque no creas que era mucho más guapo antes de empezar a boxear —añadió el púgil guiñando un ojo a Momo a través del espejo retrovisor—. Bueno, ya hemos llegado.

—Muchas gracias, Quinito.

Alejandra besó al boxeador en la mejilla y, movida por un impulso de afecto, le acarició la ceja izquierda, surcada por una autopista hecha de cortes y costurones. Quinito se ruborizó.

—Mañana me paso por el Sybaris, ¿te parece bien?

A Alejandra la enterneció la timidez de aquel tipo duro y formal.

—Siempre me parece bien.

—Es majó Quinito, ¿verdad? —preguntó Momo a su hermana mientras esta recogía los restos de la cena.

—Sí, sí lo es.

Alejandra llevó los cacharros a la pila de la cocina y Momo se puso a fregar.

—¿Qué estaba haciendo el Puñales cuando entré en el Sybaris?

La chica se quedó helada. Era duro tener que bregar a diario con aquel animal rijoso, pero había que traer el jornal a casa y apechugar con las penalidades. No estaban los tiempos para melindres. Pero Momo no tenía por qué saber nada. Aún no. Era demasiado crío para mirar la realidad a la cara, frente a frente, arrostrándola sin el confortable tamiz de la inocencia.

—¿El Puñales? —dijo la joven con aire despistado—. Nada, tonterías. Le gusta hacer bromitas, ya sabes. Es como un niño chico.

—Ya. —Momo enjabonaba los platos con el ceño fruncido—. A su hijo también le gustan las bromitas.

—¿A qué te refieres?

El chaval se acordó de Celia y de los tocamientos de Vílchez y Benavides. El recuerdo fue como un punzón en las entrañas. En su interior se revolvieron las emociones: el rencor, la vergüenza, la cobardía, el odio, los celos. No sabía qué había ocurrido entre el Puñales y Alejandra, pero presentía que tampoco debía de haber sido una escena edificante. Evocó el rostro disoluto del señor Vílchez, sus dientes negros y carcomidos, la mirada torva, torcida, la piel áspera y macilenta. Las manos como garras, con uñas largas y amarillentas, uñas de viejo sátiro. Antes Celia, ahora, quizás, Alejandra. No podría librarse fácilmente de la saga de los Vílchez. Tal vez Dios hubiera decidido enfrentarlo a ese linaje sórdido, a esa estirpe inmundada, para calibrar su hombría. Para ver si tenía huevos. Pero se encontraba indeciso, desubicado. Echaba en falta una figura masculina a la que emular, un referente de firmeza. ¿Qué haría Quinito en su lugar? Fijo que plantaba cara. Un tío que viaja hasta Londres para partirse el alma contra Cañonero Stampton no se arredra ante dos vulgares e insignificantes Vílchez.

—Si alguna vez te hace algo, cuéntamelo.

—¿Qué diantres dices, mocoso? —Alejandra no esperaba aquella reacción de Momo—. Un San Bernardo pesa más que tú.

—Pero no tiene mis redaños —replicó el mozo—. Ni se rompería la cara por ti.

La joven sintió ganas de llorar. Las nauseabundas manos del Puñales, la tranquilizadora aparición de Quinito y, ahora, las palabras de su hermano le habían agitado la sentimentalidad. La vida no era fácil. Al menos, no la de Alejandra. Siempre peleando, luchando a brazo partido contra la escasez, contra la necesidad, contra el abuso cobarde de los poderosos, contra la rapiña mezquina de los oportunistas, contra la maldad reflexiva de los calculadores. Porfiando porque su hermano no echara en falta la protección del padre, la ternura de la madre, la complicidad fraternal. Mirando el céntimo para que al pequeño no le faltara ropa decente y un plato de comida. Corriendo de una varilla a otra, sin tiempo para tomar aliento, como en el número circense, para que todos los platillos giraran sobre sus ejes y ninguno cayera al suelo. En ocasiones, era su platillo el que perdía impulso, y su alma se tambaleaba lenta, cada vez más lenta y vacilante, a punto de hacerse añicos contra el pavimento. Pero el *show* debía continuar, había que sobreponerse y volver a correr de platillo en platillo, de varilla en varilla, hasta que el director de pista decretara el fin del espectáculo.

—¿Me has oído? Si te hace algo, dímelo. Dímelo y le arranco la yugular.

Alejandra se echó las manos a la cara. Estaba a punto de llorar. Salió corriendo de la cocina y, conteniendo el sollozo, se metió en el cuarto de baño. Allí, sentada en el borde de la bañera, podía liberar la angustia, el dolor y el afecto. Allí podía llorar las emociones.

Momo escuchó el llanto de su hermana.

—¿Puedo ayudarte?

Alejandra había echado el cerrojo.

—No, cariño. Todavía no.

El muchacho no entendía nada y, como siempre que se topaba con alguna de las innúmeras incongruencias de la vida, bajó al piso de *Fräulein* Schroeder en busca de sosiego y certidumbre. Abrió la puerta con sigilo, por si su amiga dormía. Era medianoche y la brasileña solía acostarse temprano. Esta vez, sin embargo, se encontraba en el salón, repantingada en el sillón frente al viejo gramófono, absorta en la *Inconclusa* de Schubert. No escuchó al mozo. Este, viendo a su vecina hipnotizada por Euterpe, se quedó en la puerta de la estancia, esperando a que concluyera la pieza. En una sinfonía llamada *Inconclusa*, aquello era mucho esperar, así que, a los cinco

minutos, Momo mudó de opinión y decidió que sería suficiente con aguardar al final del primer movimiento.

—Hola, Hellen.

La mujer entreabrió los ojos y regresó, a su pesar, del lejano paraíso atemporal al que solo la música, congelando las manecillas del reloj, era capaz de transportarla.

—Caramba —murmuró mientras se desperezaba—, no te he oído entrar. ¿Llevas mucho rato ahí?

—Toda la canción.

—¿Qué canción? No he oído cantar a nadie.

—Bueno, ya me entiendes.

—Pasa, hijo. Pasa y siéntate.

Momo cruzó el umbral y tomó asiento en el sofá, cruzando las manos sobre el regazo y zapateando con insistencia sobre el suelo. A Hellen no le pasó desapercibido su nerviosismo.

—¿Qué te ocurre, pequeño?

¿Que qué le ocurría? Le ocurría todo y no le pasaba nada. La chica por la que bebía los vientos, aquella a la que, semanas atrás, había besado (que lo llevaran los diablos si alguna vez olvidaba el sabor a miel y a almendra de sus labios), apenas le dirigía la palabra. Un golfo peligroso y zascandil, aprovechándose de su fuerza, abusaba de ella a la salida de clase. Por si fuera poco, el padre de este indeseable hacía llorar a Alejandra. Quien, dicho sea de paso, hacía trienios que no se compraba ropa, ni perfumes, ni cedés de música, porque cualquier gasto suntuario, por ínfimo que fuera, desequilibraba el exiguo presupuesto familiar al que solo ella subvenía. Pero había más: no tenía un padre ni una madre a los que acudir en demanda de ayuda, de consejo o de consuelo. Unos progenitores experimentados, bondadosos, amantes de sus hijos, que pudieran orientarlo por la senda de la vida. Una senda que, desde que había comenzado a brotarle el vello púbico, se había ido retorciendo, tornándose sinuosa y, en ocasiones, desagradablemente abrupta. Ni siquiera tenía edad para trabajar y ayudar a su hermana en los gastos del hogar. Era un fardo inútil, un pellejo larguirucho lleno de granos y ridículos pelillos. No llenaba las camisas y todavía vestía pantalones bombachos.

¿Que qué le ocurría? Que el tiempo transcurría despacio, lento, como una operación de fimosis o una lección interminable de geometría. Que iba a ser un alfeñique timorato durante los próximos treinta siglos y que, con esa pinta de niño y esa cabeza plagada

de dudas no iba a ser capaz de enamorar a Celia, ni de pararle los pies al Puñales, ni de darle una paliza al caramierda ese de Vílchez y al mierdapestosa de Benavides. ¿Que qué le ocurría?

—No me ocurre nada.

—Claro —replicó la mujer—. Por eso vienes a estas horas luciendo cara de funeral. Porque no te ocurre nada.

Fräulein Schroeder se incorporó y levantó la aguja del gramófono. Conocía al crío y sabía que era mejor no presionarlo.

—¿Por qué no has venido a cenar?

—Se me ha hecho tarde.

—¿Has preparado las cosas para mañana?

—Sí —mintió Momo.

Fräulein Schroeder se dirigió a la puerta del jardín.

—¿Vamos afuera? Hace una noche preciosa.

Salieron. El cielo estaba despejado y la temperatura era agradable. Se tumbaron sobre la hierba a contemplar la bóveda del firmamento. Estuvieron un rato en silencio, admirando el enigmático brillo de los astros titilantes. Los problemas menguan cuando uno se asoma al balcón oscuro del universo.

Momo se arrancó al fin:

—No me gusta el Puñales.

—A mí tampoco —dijo Hellen casi sin pensar—. Es un mal bicho.

—Hoy ha pasado algo.

—Todos los días pasan cosas.

—Algo malo —aclaró Momo—. Algo malo entre Alejandra y el Puñales.

Hellen no preguntó, pero el muchacho necesitaba explayarse:

—Creo que son iguales.

—¿Quiénes? ¿Tu hermana y el señor Vílchez?

—No. El señor Vílchez y su hijo.

—Ya se sabe —afirmó la mujer—, de tal palo...

—... tal hijoputa —completó el crío. *Fräulein* Schroeder no le reprendió. Hay momentos en que es mejor relajar los rigores educativos—. No los entiendo. Todo les va bien. No comprendo por qué tienen esa maldad, ese odio. ¿Por qué abusan de la gente?

—Porque la gente se deja. Nos dejamos.

La respuesta de Hellen escoció a Momo como sal en una herida. No eran escrúpulos suyos, entonces. No era un infundado complejo de cobardía lo que atormentaba su mente. Sus sospechas eran ciertas: se comportaba como un cagón. Como uno más de la legión de cagones que poblaba este mundo de gallinas. Al sentimiento de culpabilidad se unía ahora la vergüenza.

—Hace tiempo que no abrimos el Cofre de los Versos Rotos.

—¿Lo traigo? —inquirió Hellen.

Momo afirmó con la cabeza. La mujer se levantó con dificultad y desapareció dentro de la vivienda. A los pocos minutos, regresó con el arca entre las manos. La dejó sobre la hierba e hizo un gesto a Momo. El niño se sentó con las piernas cruzadas, levantó la tapa de madera y abrió las cuatro cajitas del interior. Luego extrajo una tira de papel de cada una de ellas. Las desdobló y, sin leerlas, las colocó en el suelo boca abajo.

—A ver qué nos cuenta —dijo Hellen.

Momo giró los papelitos y la luna iluminó el poema:

*Solo es precisa una cosa
para que se imponga el mal:
que la gente bondadosa
mire hacia otro lugar.*

El crío se sintió vivamente interpelado por los versos. El Cofre, como de costumbre, le había susurrado palabras certeras al oído. Momo se consideraba bondadoso o, por lo menos, no demasiado canalla. Un bribón civilizado, vamos. Y, desde luego, en torno suyo se estaba librando una batalla entre el bien y el mal, entre la honestidad y el abuso, y el pronóstico, aunque todavía incierto, no parecía halagüeño para las filas de los justos. El muchacho se metió en el salón, sacó de un cajón una barra de adhesivo y el cuaderno donde recopilaba los versos y pegó en él las cuatro tiras de papel. Luego regresó taciturno al jardín.

Fräulein Schroeder imaginó la lucha moral que tenía lugar en el interior del mozo, lucha espoleada por el amor que sentía por Celia. Afortunadamente, su joven vecino atendía con unción los versos rotos del Cofre. Hellen tenía el convencimiento de que la verdad y la belleza (si es que acaso son cosas distintas) solo pueden hallarse en las estrofas de un poema. Bendita poesía, pensó. Y benditos amores adolescentes, que nos despiertan a la vida. El silencio de la noche y el pensamiento acerca de los primeros

romances le evocaron su propia adolescencia. Acunada por el canto del búho, *Fräulein Schroeder* se adormeció. Los recuerdos de su querido Brasil, lejanos y magnéticos, velaron su sueño.

La jovencita Hellen Schroeder había sido una buena estudiante. Su devoción por la lectura (inducida por el ostracismo al que había sido condenada por sus condiscípulas arias) le había regalado abundantes momentos de solaz y fantasía, y, por añadidura, la había dotado de varios recursos intelectuales ciertamente estimables: comprensión rápida de los textos, habilidad expresiva, una buena retentiva y un aceptable nivel cultural. Estas cualidades, hoy en día, pasan desapercibidas o, incluso, son tenidas como rasgos propios de caracteres excéntricos e inadaptados, pero en aquella época (ayuna de silicona, bótox y esteroides), eran muy apreciadas.

La Secretaría de Educación del estado de Santa Catarina, con una partida presupuestaria sobrante que, inexplicablemente, alguien olvidó rapiñar, organizó un concurso de poesía juvenil dirigido a estudiantes de entre doce y catorce años. El premio consistía en un viaje de un mes a la Península Ibérica, donde el agraciado ganador conocería Oporto, Lisboa, Madrid y Barcelona. En cuanto Hellen se enteró de la convocatoria del certamen, se puso manos a la obra, volcando su imaginación e ingenio en la elaboración de un poema dedicado a la futura bebé que anhelaba parir en un futuro todavía lejano e incierto.

El estado de Santa Catarina, por aquel entonces, estaba poblado, además de por los nativos, por inmigrantes procedentes principalmente de Italia y Alemania. Los habitantes puramente autóctonos tenían una tasa de escolarización muy baja y eran, en su mayoría, analfabetos. Y los alemanes, cuya creatividad se circunscribía a los usos alternativos del Zyklon B, eran poco proclives a la invención poética. Así que, para Hellen, la única competencia sería en el concurso provenía de las filas italianas.

La *menina* pasó días encerrada en su habitación, con los codos clavados en la mesa y la cabeza volcada sobre el papel, estrujándose las meninges. Teresa la atendía solícita y silenciosa. Le traía zumo de acerola, sacaba punta al lapicero, aireaba regularmente la habitación y disponía todo lo necesario para la concentración de la joven poetisa. Al cabo de un par de semanas y de decenas de hojas rasgadas, la obra literaria estaba concluida.

El poemilla, de estructura sencilla y arte menor, era ingenuo y entrañable. Y meritorio, habida cuenta de que su autora acababa de cumplir los trece años. Viviendo anticipadamente la vocación maternal, Hellen había dado a luz un largo poema del que décadas después solo recordaría las tres últimas estrofas:

*Toma mi mano, niña,
y vamos a pasear
los caminos de la vida
por las montañas y el mar.*

*Toma mi mano, niña,
y no la sueltes jamás,
tu suerte será la mía,
tu risa será mi altar.*

*Que la suerte te sea benigna,
que tu alma pueda volar
y llegar a la otra orilla
ahíta de felicidad.*

Concluida la faena literaria, y como aún restaba medio mes hasta la entrega del poema, comenzó la fase estratégica. Teresa se hizo cargo de la situación. Durante nueve días seguidos, a la hora del ángelus, la bahiana colocó los versos entre las manos de la imagen de *Nossa Senhora Aparecida*, en una pequeña capilla de Pomerode. El aya se postraba y, convencida del poder omnímodo de la Virgen Negra (que, por supuesto, abarcaba el ámbito de los certámenes literarios, juegos florales y demás concursos y rivalidades), rezaba nueve avemarías. Teresa anhelaba fervientemente la victoria de Hellen, a pesar de ser consciente de que un eventual triunfo de la *menina* las separaría (con un océano por medio) durante cuatro largas y dolorosas semanas.

El bajo nivel de la competencia, las habilidades poéticas de la pequeña Hellen y la inestimable y celestial colaboración de *Nossa Senhora* dieron el resultado apetecido: Hellen Schroeder fue la vencedora del certamen. Una muchacha de origen italiano quedó en segunda posición y la acompañaría en su periplo hispano-luso. La *menina* no se lo podía creer. Un mes entero lejos del hogar, de la silente presencia paterna, lejos de la asfixiante escuela luterana, lejos de Brasil. Un mes de aventura transoceánica, en la vieja Europa de resonancias medievales. Treinta días en el territorio de Viriato, del Cid, del Quijote y de los lusiadas. Todo un mundo ignoto por delante, en las patrias que

alumbraron a los viejos conquistadores, a los hidalgos y a los galantes caballeros cuyas andanzas y vicisitudes había compartido, tantas veces, en los volúmenes de la biblioteca escolar.

La estancia de la *menina* en Portugal y España fue un suplicio para Teresa. Desde que la negra comenzara a amamantar a la pequeña Schroeder, jamás se habían separado. Su vínculo (una extraña ligazón en la que convergían el cariño, la devoción y la complicidad) se había robustecido con los años, hasta devenir en un afecto indestructible. Esta era su primera separación prolongada y ambas extrañaban su mutua compañía. En el caso de Teresa, además, tener tan lejos a su protegida dificultaba sobremanera las labores de custodia. Al principio, temió que, allende los mares, sus rituales y oraciones perdieran eficacia. Afortunadamente, el señor Nascimento la tranquilizó: las preces y los ritos no entienden de kilometrajes y son tan operativos a quemarropa como en la distancia interestelar.

Las palabras del chamán sosegaron al aya, pero en su alma subsistía un poso de inquietud. Hasta entonces, la bahiana, con su hiperestesia para las malas vibraciones, había sentido los riesgos que acechaban a Hellen y había logrado conjurarlos. ¿Podría ahora detectar esos peligros? Y, en caso afirmativo, ¿cómo alertaría a la pequeña? Una noche de tormenta, los susurros oníricos de *Nossa Senhora*, suscitados por las fervorosas demandas del aya, le facilitaron la respuesta: siempre que el mal o la desgracia rondaran a su *moleca*, esta sería avisada a través de un trueno y del repiqueteo cadencioso de la lluvia contra los cristales, contra los tejados o contra el suelo. Este sistema de comunicación mística ya había sido usado con éxito por la Virgen Negra en la tentativa estuprosa del pelirrojo Günter, por lo que su eficacia estaba garantizada. Y, tal como María había revelado a la bahiana, auxiliaría a Hellen a lo largo de toda su vida. En una época en que los medios tecnológicos estaban en mantillas, el recurso divino a la meteorología suplía honrosamente la telefonía móvil.

Gracias a las oraciones de Teresa, a la intercesión de la providencia o a la baja tasa delincencial de la Península Ibérica (a la sazón gobernada por regímenes poco laxos con la criminalidad), el viaje de Hellen transcurrió sin sobresaltos. La muchacha no sufrió ninguna calamidad. En unión de su compañera italiana, y convenientemente custodiadas ambas por una monitora designada por la Secretaría de Educación, disfrutó a *vontade* de su primera experiencia fuera del nido familiar.

Cuando la jovencita hubo regresado a Pomerode, Teresa la encontró más madura. Sus formas infantiles, en el transcurso de unas pocas semanas, se habían redondeado hasta completar un esbelto cuerpo de mujer. Sus facciones habían ganado en serenidad y en elegancia. Sus movimientos eran pausados y sus palabras sosegadas. Sonreía a todos y a todo con tranquilidad, y conversaba de igual a igual con sus padres y con sus profesores. Su mente y su alma habían experimentado un cambio. Se había enamorado.

El afortunado dueño del corazón de la *menina* era un pescador español, de nombre Germán, que residía en una villa marinera cercana a Barcelona. A sus dieciséis años, salía a faenar todas las mañanas y regresaba a puerto con las redes rebosantes de peces. Vivía solo en una casita de madera construida a pocos metros de una playa a la que, una mañana de sábado, fueron a tomar el sol Hellen, su compañera italiana y la monitora. Los ojos marrones de Germán, calmos como el agua de un estanque, fondearon con ánimo de eternidad en los azules iris de la brasileña. En su primer encuentro, el español, tras varar su barca en la arena, acarreaba dos cestas de pescado, portando sobre su espalda desnuda las mallas de captura. Las miradas de los dos adolescentes se cruzaron un instante y después, como imantadas por una extraña fuerza, volvieron a enlazarse, una y otra vez, hasta que Germán, venciendo su timidez, se acercó a charlar con la *garota*. Hellen, hechizada por la piel morena y el cuerpo ágil y musculoso del pescador, sintió vibrar su corazón y sus entrañas.

Con la complicidad de la monitora, que ejercía más de hermana mayor que de adusta institutriz, las visitas a la playa se repitieron día tras día. El romance entre los muchachos, que se comunicaban con una imaginativa mezcla de portugués, miradas, sonrisas y español, ancló firmemente en sus corazones. Paseaban descalzos por la arena, sintiendo en sus pies el cosquilleo de la espuma marina, y hablando casi sin entenderse de sus respectivos países, de anécdotas de sus vidas y de todo tipo de fruslerías. Al tercer paseo, Germán, sin pronunciar palabra, tomó la mano de Hellen. Y ese gesto selló, sin necesidad de mayores formalidades, el pacto apasionado de su amor.

Pero Hellen debía regresar a Brasil. La última tarde, los enamorados apenas articularon palabra. Los ojos, las manos, los sollozos y los suspiros hablaron por sí solos. Germán había comprado dos cadenas de oro. En cada una de ellas, una medalla rezaba: *AQUÍ Y MÁS ALLÁ. HELLEN Y GERMÁN*. Se pusieron los colgantes al cuello y se quedaron mirando el horizonte, abrazados, embelesados por la pureza de su amor y por el dorado disco del sol que se sumergía con cautela en la bañera adormecida del mar. Antes de

despedirse, se prometieron amor eterno (no existe otro formato) y juraron vivir juntos, envejecer juntos y ser enterrados el uno al lado del otro, con sus medallas al cuello, para perpetuar en la otra vida lo que, gracias a un milagro, había nacido en esta.

SÉPTIMO *ROUND*:

LA VIDA SERÍA UNA MIERDA si no fuera por momentos como este. Momentos en que uno le tuerce el brazo al destino, enseñándole los dientes y retándolo a un duelo a muerte en el infierno. Unos asaltos atrás, preferiría haber estado en cualquier sitio que no fuera el cuadrilátero del Caesars Palace, y en cualquier compañía distinta a la de Míster KO. Ahora daría media vida porque esto no acabara nunca, y me alegro de todos los sufrimientos, los sacrificios, las horas de entrenamiento, las dietas, las privaciones, los miles de golpes, los millones de abdominales, todas las putadas que he tenido que soportar para llegar a disputar el campeonato mundial de los pesos medios. Ahora quiero estar aquí, porque este es mi sitio. Porque nací para pelear, para competir, para matar o morir en el intento. Porque este es mi lugar y mi momento. Porque toda mi vida no ha sido sino una sucesión de factores que debían conducirme a este escenario.

El Jefe suele decir que el boxeo es como la vida (él dice «como la puta vida»): no siempre triunfa el que tiene mejores aptitudes, a veces la dedicación y la disciplina suplen las carencias innatas. En el boxeo, como en la vida, hay que tener un objetivo realista y un plan para alcanzarlo. Y en el boxeo, como en la vida, muchas veces se fracasa. Pero lo que importa es haber porfiado en el intento. Las similitudes entre el pugilismo y la existencia no se agotan en las obviedades arriba mencionadas, sino que se extienden a aspectos más sutiles: la conveniencia de no mostrar las cartas, los efectos positivos del disimulo, la necesidad ocasional del engaño. La imprescindible adaptación de tu forma de pelear a las características del rival, la relevancia a largo plazo de la honestidad. En un combate de boxeo se ve la personalidad de cada quién, su carácter. Ya saben ustedes, en la mesa y en el juego se conoce al caballero. Cuando uno lleva sus facultades físicas al límite de lo soportable, aflora el núcleo desnudo de su alma, su verdadero yo. En el boxeo se desvela la valentía o la cobardía de cada uno, su pundonor, su casta.

Y aquí estamos, amigos del noble arte, en el séptimo acto de esta batalla pactada a doce episodios. Suena la campana y Bill Clinton, que por algo fue presidente, nos ordena

con autoridad que retomemos las hostilidades. Pues nada, a pelear se ha dicho.

Míster KO parece recuperado de la soberana y rabiosa golpiza que le propiné en el anterior asalto. Pero cambia de táctica y, en vez de obcecarse en un martilleo continuo de mi osamenta, baila a mi alrededor con su veloz juego de piernas. Imagino que en el rincón le han dicho que se reserve, que la pelea puede ser larga y que el muchacho español sacude más fuerte de lo previsto. Además, va ganando claramente a los puntos, así que le basta con empatar los asaltos restantes e, incluso, puede permitirse el lujo de perder un par de ellos.

Me acomodo al ritmo de Míster KO y danzo con él alrededor del cuadrilátero. Sé que no me conviene contagiarme de su nueva táctica y que, si lo hago, perderé irremisiblemente, pero la fatiga entumece mis miembros y necesito descansar. Dejo a mi enemigo que lleve la batuta. No me importa ceder más puntos. En cualquier caso, si el combate llega a los doce asaltos, estoy perdido. Deberé jugarme el todo por el todo en un ataque frontal a vida o muerte que dé con los huesos de Míster KO en la lona y los fije allí durante al menos diez segundos. Ya lo he tumbado una vez, así que no es descabellado creer en el milagro. Pero para ello precisaré de una energía de la que ahora carezco. Decido afrontar este *round* como un paréntesis, como una recuperación. Además, si Dios descansó el séptimo día, ¿no puedo yo hacerlo durante el séptimo asalto?

Los segundos transcurren de manera anodina. Míster KO mantiene la distancia a base de *jabs* secos y veloces y de un continuo bailoteo que lo aleja de mi pegada. Se sabe ganador. Su estrategia ha variado de la demolición al cálculo. Ya no aspira a pasarme por encima. La caída en el sexto ha hecho mella en su arrogancia y ahora solo quiere administrar con tacañería su holgada renta de puntos.

Le cedo la iniciativa y me limito a sacar algunas manos flojitas y conservadoras, a la espera de mi oportunidad. Porque en el boxeo, como en la vida, siempre se presenta una oportunidad. Los campeones son aquellos que saben aprovecharla.

Pasaban las semanas y la primavera reinaba ya sin remilgos. A Momo se le regocijaba el alma con los pequeños milagros de la estación: el rebrote de las hojas en las ramas huesudas de los árboles, la luminosidad azul, inmensamente azul, del cielo mediterráneo, las flores que retoñaban en las plantas, en los arbustos, en la hierba del campo; los trinos

madrugadores de los pájaros, que le brindaban banda sonora camino del colegio; los vestidos leves y vaporosos de las muchachas, bajo cuya parquedad se adivinaban formas tersas y curvas turgentes... Era fantástica la primavera, llena de luz y de vida; enérgica portadora de correrías, amores y novedades que sacudían la rutina de Puerto Antiguo y desempolvaban los corazones de sus vecinos, aletargados por el invierno.

Un lunes templado y luminoso, a las nueve menos diez de la mañana, Momo y Quintanilla cruzaban la puerta del colegio. El corredor principal y los pasillos adyacentes estaban de bote en bote. Los alumnos, excitados, cuchicheaban en corrillos.

—Voto a tal —exclamó Caratriste—. Que me cuelguen si Misterioso Hood no ha vuelto a administrar justicia.

—¿Eres adivino? —preguntó Momo.

—No soy ducho en sortilegios, pero vive Dios que tengo memoria. Y este revuelo me recuerda al de unas semanas atrás, cuando el simpar Misterioso publicó en YouTube las imágenes de Vílchez y su esbirro expoliando la propiedad ajena.

Los dos amigos buscaron al Piños con la mirada. Fue fácil encontrarlo: en torno a su persona (o, mejor dicho, a su ordenador) se arremolinaba una multitud de ruidosos adolescentes. Momo y Quintanilla se encaminaron hacia el tumulto.

—¡Eh, Celso! —Quintanilla nunca llamaba Piños al hijo del dentista. Entre otras razones, porque su padre (el de Quintanilla) se dedicaba al comercio mayorista de estiércol y fertilizantes, lo que podía acarrearle sobrenombres asaz comprometidos. Motes del tipo Vendecaca, Plantatruños o Comemierda. Apodos que ahuyentan a las mujeres y reducen drásticamente las perspectivas laborales—. ¿Qué ha pasado?

—Misterioso Hood ha vuelto a actuar. —Celso levantó el ordenador en dirección a su compañero—. Ha colgado otro vídeo en YouTube.

El portátil del Piños mostraba unas imágenes grabadas desde lo alto de un edificio, en un recogido callejón. En ellas se veía a Vílchez y Benavides merodeando por la acera. Poco después, Celia aparece en escena. Debía de regresar del colegio, pues portaba los libros en el regazo. Los dos gamberros se le aproximan y la acorralan contra la pared. Tras un breve intercambio de palabras, forcejean con ella, sobándola con violencia en las nalgas y la entrepierna. Los libros ruedan por el suelo y Celia, cuyos gritos se oían con claridad en los altavoces del portátil, se defiende a manotazos de sus agresores. Luego, Benavides la sujeta por la espalda y Vílchez, sonriendo lujuriosamente, introduce su mano izquierda bajo la blusa de la muchacha, magreándole los senos. La zurda del

Puñalitos, crispada sobre los pechos de Celia, fue un estilete en el corazón de Momo, quien contemplaba con impotencia la aterrada sumisión de su amada.

—Ahora viene lo bueno —comentó el Piños.

Por la cornisa de edificio, justo desde el punto de grabación, se ve aparecer el cañón de una escopeta de plomillos. La mira del arma enfoca el cuerpo de Vílchez. A los dos segundos, se oye un disparo seco, amortiguado, y Vílchez se echa las manos al trasero. Poco después, un nuevo disparo. Vílchez mira a su alrededor, tratando vanamente de localizar al francotirador. Al tercer perdigonazo, Puñalitos entiende que lo mejor es escapar, lo que ejecuta con presteza y juiciosa falta de decoro. Benavides, perplejo ante la precipitada fuga de su compinche, suelta a Celia y se queda paralizado. Se oye un cuarto disparo y se ve a Benavides dando un brinco repentino y llevándose las manos al tafanario. El quinto disparo hace saltar otra vez al muchacho, que sigue en la acera sin saber qué hacer. El sexto y último impacto despierta su instinto de supervivencia y, emulando a su colega, emprende la huida. Un primer plano del semblante sorprendido de Celia y un rótulo en cursiva en el que se leía *Misterioso Hood vuelve a hacer justicia* pusieron el punto final a la grabación.

Momo apartó la vista del monitor. En aquel instante, Vílchez y Benavides, cabizbajos y cariacontecidos, entraban en el colegio. Sus rostros denotaban vergüenza y una mal digerida resignación. Puñalitos oteaba el entorno con desconfianza, tratando de calibrar el sentir popular. Las miradas de desprecio de sus compañeros despejaron sus dudas: todo el colegio había visionado la grabación. Los dos golfos, hasta hace poco orgullosos e inaccesibles, ya no rezumaban arrogancia. Por el contrario, parecían encorvados por el peso del abatimiento. Los alumnos de mayor edad se acercaron lentamente a ellos, cercándolos con disimulo. Alguien comenzó a pronunciar, con un murmullo grave, el nombre del héroe del momento:

—Mis-te-rio-so, Mis-te-rio-so...

Acompañaba cada sílaba con una palmada. Paulatinamente, se sumaron las voces de los más audaces:

—Mis-te-rio-so, Mis-te-rio-so...

El volumen del coro aumentaba. Al rato, una turba gritaba enfervorecida:

— ¡MIS-TE-RIO-SO, MIS-TE-RIO-SO!

El espanto se esculpió en las facciones de Benavides, quien miraba interrogativamente a su compadre sin obtener respuesta. Interpretando su silencio como una licencia para la

estampida, echó a correr, refugiándose en los lavabos. Vílchez, a pesar del escarnio público, soportó estoico el chaparrón, fingiendo indiferencia, hasta que, a las nueve en punto, sonó el timbre que indicaba el comienzo de las clases.

Doña Alicia, quien también había visionado las imágenes registradas por Misterioso Hood, podía oler la excitación que reinaba entre el alumnado. Últimamente había demasiado revuelo en el colegio, pensó. Superhéroes aparte, lo atribuía al apogeo de la primavera, que, como es bien sabido, revoluciona las hormonas de los adolescentes, en especial aquellas relacionadas con la violencia y la perpetuación de la especie.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó sin dirigirse a nadie en especial.

—Ya lo creo —respondió Quintanilla, erigiéndose en portavoz de sus compañeros—. Tenemos un valiente en Puerto Antiguo.

Entre los pupitres se extendió un murmullo de aprobación.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es para ti la valentía? —preguntó la maestra.

—Pues está muy claro, doña Alicia. —Quintanilla reflexionó un instante antes de continuar—. La valentía es la fuerza que empuja a los héroes a sublevarse contra las injusticias, aun a riesgo de perder el pellejo.

—Eso, más que valentía, es insensatez.

Caratriste rumió las palabras de doña Alicia y concluyó que no estaban faltas de razón.

—En ese caso, ¿qué es la valentía? —preguntó el chaval.

—Para la Real Academia Española, es sinónimo de esfuerzo, de aliento, de vigor. Cualidades corrientes que no tienen por qué relacionarse con la heroicidad.

Quintanilla no lo veía claro.

—¿Con qué están relacionadas, entonces?

Doña Alicia sonrió condescendiente.

—Con el tesón, con la persistencia, con la dignidad. Con la capacidad de soportar y superar los embates de la vida. Miguel Hernández lo describió perfectamente en un verso.

La profesora se levantó del asiento y, tiza en mano, trazó su letra regular y cuidada sobre el encerado:

Como el toro me crezco en el castigo.

—Estas palabras definen, para mí, la valentía —dijo la mujer al tiempo que soltaba la tiza. Quintanilla no replicó, embelesado como estaba en el paladeo del verso—. Y basta de cháchara. Gutiérrez, a la pizarra. Análisis arbóreo de la primera frase que os mandé para el fin de semana.

A Quintanilla, los análisis arbóreos (y los árboles en general) se la traían al paio. La última acción de Misterioso Hood, mucho más interesante que las subordinadas adverbiales, precisaba de un profundo debate.

—Ha estado fenomenal lo de los tiros, ¿verdad? —susurró a Momo sin mirarlo.

—Pse —contestó este fingiendo atender a la pizarra.

—¿Cómo que pse?

—No ha estado mal, pero hubiera molado más una pelea cara a cara.

—¿Y mancharse las manos con la sangre de esos puercos? —murmuró Quintanilla.

—Si Misterioso Hood quiere dárselas de héroe, debería hacer las cosas de frente, sin esconderse.

Quintanilla chascó la lengua.

—Lo que le ocurre a vuesa merced es que sufre un agudo acceso de envidia.

—¿Por qué habría de tener yo envidia?

—Porque Misterioso Hood se le ha adelantado en la gallarda defensa de su doncella.

—Eres un *flipao*.

—Y, además —continuó Caratriste, ajustándose la montura de las gafas—, os aflige sobremanera que Misterioso sea mi hermano.

—Dale molino...

—Ahora ya no hay duda.

—Ah, ¿no? —Momo desvió la vista del encerado y escrutó el rostro de su amigo—. ¿Por qué no?

—Está clarísimo —masculló Quintanilla—. Misterioso ha de ser alguien informado de las andanzas de Vílchez y Benavides, ¿cierto?

—Cierto.

—Alguien que conozca los robos en clase y las agresiones a Celia, ¿correcto?

—Correcto.

—¿Y quiénes estamos al tanto de los mencionados desafueros?

Momo hizo un esfuerzo de memoria.

—Tú, yo, Aurelio, Celia, *Fräulein* Schroeder, Juanón y, probablemente, don Wenceslao —enumeró Momo llevando la cuenta con los dedos—. Esos por lo menos. Y suman siete.

—Cabal —concedió Quintanilla—. Y de todos esos sospechosos, ¿cuántos son diestros en el uso de la escopeta de plomillos? ¿Y cuántos disponen de una carabina semiautomática como la que se ve en las imágenes?

—Dos —respondió Momo—: Juanón y don Wenceslao.

—Efectivamente —corroboró Caratriste—. ¿Y te imaginas tú a don Wenceslao colándose en las azoteas para disparar a Vílchez en el culo?

—Tal vez no. Pero sí me lo imagino poniendo cámaras ocultas en las aulas para registrar los robos en el colegio.

Quintanilla vaciló.

—Bueno... puede que don Wenceslao y Juanón trabajen codo con codo. Son buenos camaradas.

—O puede que alguien se haya ido de la lengua y haya más gente al tanto de las andanzas de Vílchez y Benavides.

—No lo creo —dijo Caratriste—. Estoy seguro de que mi hermano está en el ajo. No le digo a vuesa merced que don Wenceslao no sea también de la partida, pero ¿otras personas? No, no lo creo. Todo apunta a Juanón.

—Eso es lo que tú quieres creer.

—¿Yo? —Quintanilla abrió los ojos desmesuradamente—. ¿Qué gano yo con eso?

—Tener genes de justiciero —respondió Momo—. ¿Te parece poco? Te mueres por llevar sangre de héroe en las venas.

—Sangre de héroe... —Quintanilla fantaseó con las inmensas posibilidades que tal circunstancia ofrecía—. Me gusta. Me gusta tener sangre de héroe corriendo por mis venas.

—¿Ves como eres un *flipao*?

—Ya —contestó Quintanilla—. Yo seré un *flipao*, pero voacé está amostazado porque, en el fondo de su conciencia, una vocecilla le susurra que debería haber sido vuesa merced el paladín de la bella Celia.

Momo guardó silencio y su amigo volvió a la carga:

—¿Yerro? —Nuevo silencio—. ¿No debería haber sido vuesa merced quien diera su merecido a esos dos vándalos?

Momo, tomándose unos segundos antes de responder, observó a Gutiérrez y sus evoluciones arbóreas en el encerado. Finalmente, un débil hilo de voz salió de su boca:

—Tienes razón, Quintanilla. Debería haber sido yo.

Fräulein Schroeder se encontraba de un humor excelente. A juego con su ánimo, la *Primavera* de Antonio Vivaldi gorjeaba alborozada en el gramófono. Momo, cabizbajo, desentonaba con la jovialidad del entorno. Su mente daba vueltas a los últimos sucesos, mientras su tenedor jugueteaba errabundo entre la comida del plato. Apenas tenía apetito, lo cual, habiendo de cena albóndigas de cerdo y una fuente rebosante de patatas fritas, era síntoma inequívoco de alguna grave tribulación.

Hellen se percató del abatimiento del niño y lo atribuyó al mal de amores que lo aquejaba. No es buena época la adolescencia, pensó, cuando todo está por hacer y uno no dispone de las herramientas que proporciona la experiencia. Cuando todo son amores por conquistar, estudios por terminar, empleos por obtener, proyectos que financiar. Cuando ni siquiera el cuerpo acompaña a la mente, que corre adelantada y reniega de su prisión de carne a medio madurar.

—¿Quieres hablar? —preguntó la mujer.

Momo, apoyada la cabeza en la mano izquierda, seguía mareando las albóndigas con la punta del tenedor.

—Misterioso Hood ha aparecido de nuevo —dijo al fin.

—¿Otra vez en internet?

—Otra vez. Ha disparado unos perdigones contra Vélchez y Benavides mientras abusaban de Celia.

—¡Caramba! —exclamó *Fräulein* Schroeder—. ¿Y eso te entristece?

El muchacho suspiró.

—No, qué va. Lo que me fastidia es lo que me ha echado en cara Quintanilla. —Se irguió y dejó el tenedor sobre el plato—. Dice que tenía que haber sido yo quien defendiera a Celia.

—¿Tanto te importa lo que piense Caratriste?

—En absoluto. Lo que piense Quintanilla me bufa un pie.

—¿Entonces? —inquirió Hellen.

Momo bajó la vista.

—Que lo que piense él también pueden pensarlo otros —murmuró.

—No tiene que afectarte demasiado la opinión de los demás.

—La de los demás no me afecta —dijo el chaval—. Pero la de Celia sí.

—Entiendo.

Fräulein Schroeder comprendía la situación. El amor, sobre todo el juvenil, se sustenta sobre frágiles cimientos. Celia ignoraba las virtudes de Momo y cualquier decisión que tomara acerca del chaval se basaría en apariencias, sospechas e impresiones fugaces. Así que la intervención de Misterioso Hood, por comparación, jugaba en contra de los intereses amorosos del crío. Hellen le revolvió cariñosamente la cabellera.

—Si Celia te conociera, sabría que mereces la pena.

—Pero no me conoce.

—¿Y a qué esperas para intimar, para entablar conversación con ella? —preguntó la brasileña.

—Hace semanas que me rehúye —contestó Momo—. Desde la tarde del beso en el rompeolas.

El recuerdo de aquel beso evocó de nuevo, en la mente del muchacho, un dulce sabor a miel y a almendras. Cuántas veces había rememorado aquel ocaso en la escollera, aquel beso pudoroso, casi casto, cuya memoria le hería y le acariciaba el alma. Los recuerdos, incluso los gozosos, laceran los corazones sensibles. Por eso es mejor enterrarlos en las profundidades, hundirlos en el abismo del olvido y vivir el presente lejos de las agridulces tentaciones de la memoria, de la ponzoña de sus melancólicos abrazos.

—¿Cómo están las apuestas? —preguntó Hellen.

Momo regresó del crepúsculo en el rompeolas y de los tibios labios de Celia.

—¿Qué apuestas?

—Las que hacéis en el colegio sobre la identidad de Misterioso Hood.

—Ah. La cosa está dividida entre don Wenceslao y Juanón.

—¿Alguno de los dos es aficionado al tiro?

—Ambos —respondió el chaval—. Suelen ir juntos a disparar con las escopetas.

—Vaya. —*Fräulein* Schroeder se llevó el índice a la barbilla—. Va a ser difícil averiguar quién es el enigmático justiciero.

—Caratraste está seguro de que es Juanón.

—Quizás ha convertido sus deseos en convicciones.

—Eso me parece a mí.

—Y tú, ¿quién crees que se esconde tras Misterioso? —preguntó Hellen. Momo se mordió el labio inferior.

—Supongo que puede ser cualquiera de los dos. O los dos.

Fräulein Schroeder se levantó de la mesa.

—Pues yo creo que todo es un truco —dijo mientras recogía los platos.

—¿Un truco?

—Sí, Momo, un truco. Alguien quiere haceros creer que Juanón o don Wenceslao andan detrás de las aventuras de Misterioso Hood.

—¿Y tú piensas que no es así?

—¿Dos hombres hechos y derechos jugando al gato y al ratón con un par de mocosos? Quia. —Hellen puso los cubiertos sobre los platos y enfiló el pasillo—. Alguien pretende daros gato por liebre.

—¿Por qué motivo?

La mujer se encontraba ya en la cocina, fregando los cacharros.

—Solo Dios sabe.

—Y Misterioso —puntualizó Momo.

—Puede que no —dijo Hellen—. Casi nunca sabemos por qué hacemos las cosas. Generalmente actuamos sin pensar, de manera intuitiva. O irreflexiva, que es lo mismo pero peor.

El crío salió al jardín junto al eco de las palabras de Hellen. ¿Sería verdad que el ser humano obra sin razones, que no somos otra cosa que animales movidos por el instinto, por los deseos, por las costumbres? ¿Por qué estaba él enamorado de Celia? ¿Por su manera de andar, por su elegancia? ¿Por su sonrisa, por sus ojos mansos y oscuros? ¿Por su voz, pausada y segura, una voz que no precisaba de palabras para transmitir significados? ¿Por qué estaba prendado de Celia y no de otra chica?

Se tumbó sobre la hierba. Comenzaba la noche y las estrellas se encendían en el firmamento como letras luminosas trazadas por la mano de Dios. Quién pudiera descifrar su mensaje. La vida estaba llena de preguntas y las respuestas, si las había, eran esquivas, insondables. Quizás todo fuera un absurdo, una estrambótica coincidencia, una ópera bufa sin libreto ni director. Sin embargo...

Sin embargo, había una belleza cautivadora en la bóveda punteada del cielo oscuro, en el halo misterioso de la luna, en la brisa que susurraba en sus oídos. Había un milagro,

un prodigio, detrás de cada gesto trivial de la naturaleza: el zumbido de una abeja, el brote de una flor, el murmullo cristalino de un manantial. Había amor en los desvelos de Alejandra, en las atenciones de *Fräulein* Schroeder, en la sincera amistad de Caratriste, en la sonrisa tímida de Quinito. Existían personas que se preocupaban por Momo, que atendían sus necesidades, que le procuraban afecto. No tenían por qué hacerlo. Entonces, ¿qué les impulsaba a volcar esa energía protectora sobre el muchacho? Tal vez el dictado de los genes, que obra en favor de la perpetuación de la especie, o, quizás, el hálito divino que musita bienaventuranzas en los oídos de las gentes de corazón abierto, y las gana para el bando de la bondad, de la vida. Don Wenceslao les había hablado un día acerca del derecho natural, del sentido innato que los humanos tenemos acerca del bien y del mal, sentido que no precisa de normas escritas, de sanciones ni promulgaciones y que todos entendemos sin necesidad de explicación. Derecho divino, lo había llamado. Una justicia sagrada que nos impele a aborrecer el asesinato, la violencia, la traición, y que nos hace padecer remordimientos cuando nos apartamos de sus santos preceptos. Una justicia que recompensa con el premio de la satisfacción, la amistad, el amor, la entrega.

Y había una magia inexplicable en los labios de Celia, en sus besos dulces y lentos. En sus manos suaves como la nata, en el rizo rebelde y brillante de su nuca, en sus pestañas negras y sosegadas. Una magia que la rodeaba como un campo magnético y que atraía de forma ineluctable el alma enamorada de Momo, enredándola en una maraña hecha de adoración y de anhelo.

Momo vio una estrella fugaz atravesando el firmamento y divisó la luz de unos lejanos fucilazos. *Fräulein* Schroeder salió al jardín y se sentó en el banco.

—¿Crees que las estrellas son mensajes de Dios? —preguntó Momo con la vista perdida en las alturas.

—Toda la naturaleza es un mensaje de Dios —respondió Hellen—. Pero hay que saber interpretarlo.

—¿Tú sabes?

—Algo he aprendido a lo largo de los años.

—¿Puedes enseñarme?

Fräulein Schroeder puso las manos en el regazo y escudriñó las facciones de Momo.

—Las señales varían para cada persona y hay un mensaje distinto para cada corazón. Pero todos significan lo mismo.

—No comprendo.

—Ya comprenderás. Solo has de seguir el camino que has emprendido. Abre hacia fuera las puertas del alma y atiende a la vida, que nos habla constantemente.

Momo seguía con la vista sumergida en la bóveda celeste.

—A veces vivir es natural, sencillo —dijo—. Otras veces parece algo muy complicado, algo imposible de aprender.

Fräulein Schroeder sonrió en silencio. El muchacho comenzaba a entender los enigmas de la existencia, o, por lo menos, comenzaba a planteárselos. Que ya es mucho. Hay carcamales centenarios que mueren sin haberse preguntado jamás para qué han vivido.

—¿Sabes qué podríamos hacer? —preguntó la mujer.

—¿Consultar el Rosal de las Frases Sabias?

—Bingo.

Momo se incorporó perezosamente.

—¿Qué color cojo?

—¿Qué quieres saber?

—Quiero saber si la vida tiene sentido o si, por el contrario, todo es mera casualidad.

—¿De qué color es la vida? —inquirió Hellen.

—No lo sé —contestó Momo—. Supongo que será una mezcla de todos.

—Pues busca una flor multicolor.

Momo se aproximó al rosal. Las nubes eclipsaron la luna y el jardín se sumió en tinieblas. El crío se inclinó e inspeccionó el arbusto con los ojos entornados. Era difícil discernir los colores en medio de aquella densa oscuridad. Examinó las flores una a una, pero no hallaba ninguna que contuviese las distintas tonalidades. La negrura de la noche no lo ayudaba. Pasados unos instantes, el cielo se despejó y la luz de la luna se derramó silenciosa sobre el jardín. Momo comprobó que la flor de papel que tenía entre sus dedos, y que hacía pocos segundos había juzgado gris, exhibía todos los colores del arcoíris.

—A menudo la felicidad está en nuestras manos —dijo *Fräulein* Schroeder—, pero la oscuridad nos impide apreciarla.

El chaval arrancó la flor y se sentó en el banco junto a su amiga. Con dedos torpes, deshizo el papel y lo alisó. Luego leyó su mensaje:

La vida se explica a sí misma, vívela y comprenderás.

Fräulein Schroeder sabía que lo que acontecía en el interior del muchacho era natural y propio de su edad, de esa edad prohibida en la que lo único seguro son las incertidumbres y cuyos desagradables síntomas, afortunadamente, desaparecen con el tiempo. Incluso hay quien, de mayor, apenas recuerda los sinsabores de la primera juventud y llega a pensar que aquella fue la etapa más auténtica de su periplo existencial, el único periodo en que la vida se vivía a calzón quitado, a flor de piel, a quemarropa. Por eso recordamos con un dolor entrañable las amistades adolescentes, el primer amor y las incursiones iniciáticas en los misterios del vivir, misterios que, pasados los años, se nos manifiestan banales y anodinos, desgastados y rutinarios.

Ella había padecido también los estragos ocasionados por la ruptura de la crisálida, aunque la inestimable ayuda del aya Teresa hizo más llevaderas las tribulaciones. *Fräulein* Schroeder evocó con cariño a su nodriza y sonrió ante el recuerdo de sus cuitas. Porque la bahiana Teresa, sobrepasando sus obligaciones laborales, había vivido como propias todas las vicisitudes de la pequeña Hellen, máxime cuando esta comenzó a adentrarse en el intrincado bosque de los amores puberales. El viaje a la Península Ibérica marcó el clímax de los temores de la rolla. Su *menina* había rebasado la niñez y buceaba sin brújula por el proceloso mar de la juventud. La maldita estancia en Portugal y España había catalizado la transición que podía acabar alejando a la niña, en las más pesimistas previsiones de la nodriza, de su protector y negro manto. La bahiana no estaba celosa ni temía verse preterida en el corazón de Hellen por la hormonal presencia de Germán. Sabía que, tarde o temprano, el amor irrumpe en el alma como un tsunami y la arrasa, anegando los cariños y querencias cotidianos. Y también sabía que, una vez calmado el embate de la primera e irresistible oleada, las aguas se remansan, y los cariños y querencias de antaño vuelven a asomar la cabeza y a ocupar el lugar que les corresponde. Y, en el peor de los casos, Teresa no aborrecía la soledad (ni física ni afectiva), porque la vida le había enseñado, bien es cierto que a palos, a conllevarse consigo misma. Lo que la amedrentaba era la transición, ese momento incierto en que la mano adolescente suelta la rama familiar y se lanza en busca de la liana del amor. Ese lapso inquietante en que no hay asidero y la vida, suspendida en el aire, se revela frágil y vacilante. En ese intervalo, los valores se tambalean, los principios se difuminan y la personita puede errar el rumbo.

No es que la joven Hellen se comportara mal. Todo lo contrario. Su impetuosidad se había ralentizado, sus maneras se habían suavizado. Trataba con amabilidad a todo el

mundo, cumplía sobradamente con sus deberes académicos y rezumaba un sosegado cariño en la relación con sus padres y con Teresa. Todo apuntaba a un cambio sereno, natural, quizás algo prematuro. Había agotado la fase de la infancia y se había adentrado, con elegancia, en la de la juventud. Pero la bahiana sabía que la *menina*, más allá de esa apariencia precoz de madurez, se encontraba surcando el vacío, sin suelo bajo sus pies ni clavo ardiendo al que agarrarse, y se maliciaba que una previsible ruptura de los enamorados, un desengaño o una traición, podrían acarrear nefastas consecuencias. Tenía que comprobar si aquel amor era sólido y sincero, pero ¿cómo?

Hellen, absorta en una pasión en que convivían lo afectivo y lo literario, escribía cientos de cartas a Germán. En su incipiente castellano (principiado anárquicamente durante las primeras conversaciones con su enamorado y auxiliado después por un manual de español para lusoparlantes que llegó a aprenderse al pie de la letra), la muchacha relataba al pescador, al menos tres veces por semana, los pormenores de su afecto y la evolución de sus sentimientos. Germán escribía con la misma obsesiva frecuencia. El estilo de ambos era recargado, casi cursi, pero el argumento de las epístolas, circunscrito a los avatares románticos de la pareja, así lo demandaba, y además, en aquellos años, los enamorados no se sonrojaban por cruzar la delgada frontera que separa lo apasionado de lo patético. La encargada de acudir a la estafeta para recoger y enviar las misivas era Teresa. Al aya, aquellas cartas le pesaban en las manos como si estuvieran talladas en piedra, porque en ellas cifraba la felicidad o la desdicha de su niña.

Un atardecer acudió a la capilla de *Nossa Senhora Aparecida* con una carta de Germán y otra de Hellen metidas en el bolso. La de la muchacha acababa de ser redactada y entregada al aya para que la llevase a Correos a la mañana siguiente. Teresa se arrodilló en el reclinatorio, frente a la imagen de *Nossa Senhora*. Con la esperanza de ser iluminada por la Madre de Dios, rezó nueve avemarías y permaneció de hinojos, esperando una revelación. Los minutos pasaban y el silencio más completo envolvía a la bahiana. Comenzaban a dolerle las rodillas, pero permaneció en la misma posición, aguardando una frase, una idea, un susurro. Nada. Cuando el dolor de sus articulaciones se hizo insoportable, Teresa se incorporó y se sentó en un banco aledaño. Extrajo las cartas del bolso y las dejó entre sus manos, sopesándolas, mientras sus ojos se posaban interrogantes en la imagen de la Virgen Negra. El silencio de la capilla la sumergió, poco

a poco, en un profundo sueño. Y fue entonces, en el trance inconsciente del descanso, cuando *Nossa Senhora* se le manifestó. Y lo hizo mediante una simple frase:

Solo el amor verdadero trae luz en la oscuridad.

Cuando Teresa despertó, la capilla estaba en tinieblas. No sabía cuánto tiempo había estado dormida, pero afuera era ya noche cerrada. Mientras se desperezaba, las palabras de *Nossa Senhora* resonaban en su mente. Teresa sonrió. La Virgen Negra nunca la defraudaba.

La bahiana regresó a casa. Despertó a Hellen, que llevaba un rato acostada, y la conminó a ponerse algo de ropa y a acompañarla afuera. La muchacha la miró extrañada, pero no opuso resistencia y la siguió. El aya se dirigió a grandes trancos hasta la cascada donde habían celebrado, años atrás, el rito iniciático de candomblé. Levantó una piedra y puso las cartas debajo, invitando a Hellen a sentarse en el suelo. Las dos mujeres permanecieron en silencio. Se oía el croar de las ranas, el desagradable zumbido de una cigarra y un fondo orquestal de grillos. La luna, en cuarto creciente, derramaba una luz mortecina. Se desgranaron lentos los minutos. De repente, las ranas dejaron de croar, la cigarra enmudeció y los grillos callaron. Arriba, en el firmamento, se desató una tormenta de estrellas fugaces que iluminó la bóveda celeste. Hellen no había visto jamás un espectáculo parecido. Teresa esbozó una sonrisa. A ras de suelo, un coro de luciérnagas revoloteaba alrededor de las cartas. Sus corpúsculos, de una fosforescencia inusualmente intensa, se movían acompasados, danzantes, rompiendo con su baile la oscuridad. Una mariposa dorada irrumpió en escena y se posó sobre la piedra. Después, zascandileó brevemente ante los ojos de la muchacha y descendió despacio, aterrizando sobre su pecho. Teresa no necesitaba más. El amor de Germán y de su *menina* había traído luz en medio de la noche. Aquel amor era verdadero.

El intercambio de cartas entre Hellen y Germán continuó incesante. La otra alternativa de comunicación era el teléfono, y ninguno de los dos podía permitirse habitualmente tamaño dispendio, así que la reservaban para acontecimientos señalados, como aniversarios, onomásticas y fechas o sucesos de análoga trascendencia. Tal era el furor epistolar de la pareja que, en ocasiones, llegaba una nueva carta del pescador antes de que Hellen hubiera contestado a la anterior e, igualmente, a veces la muchacha no podía

refrenar sus ansias, y enviaba dos y hasta tres misivas seguidas antes de recibir la réplica de Germán.

Teresa, tras haber presenciado el visto bueno dispensado por la divinidad a aquel amor, vigilaba satisfecha su crecimiento, aunque la apenaba que tuviera que robustecerse en la lejanía. Porque podía percibir cómo en Hellen convivían dos sentimientos contrapuestos. Por un lado, la relación con el joven español llenaba de significado su vida y la hacía sentirse una chica (una mujer) completa o, como diríamos hoy (con esa querencia hacia lo esnob que caracteriza la jerigonza moderna), *realizada*. Por otro lado, la lejanía del ser amado y el escaso calor humano que la forzada comunicación por correo imponía, hacían languidecer, a ratos, la frescura y la alegría de la *menina*. Esta, en sus momentos anímicos más bajos, confesaba al aya sus aprensiones: ¿quién podía garantizar que los sentimientos de Germán no acabaran sucumbiendo a la fuerza erosiva de la distancia? ¿Acaso no era razonable temer la irrupción de un tercero (en este caso una tercera) que rasgara en jirones el manto de proyectos e ilusiones que, palabra a palabra, renglón a renglón, había ido tejiendo la feliz pareja?

La bahiana Teresa sabía de la inconstancia afectiva de los varones. En cualquier caso, no eran del todo culpables, pues, no en vano, la naturaleza los había programado genéticamente para la fecundación indiscriminada de toda hembra fértil que no opusiera una seria resistencia. Mandato instintivo que, por otra parte, debía de resultar extenuante. Teresa no había olvidado cómo, estando embarazada, había sido repudiada por aquel jayán negro de mano larga y rostro pícaro. Cómo este, insensible al estado de buena esperanza de la bahiana, había encontrado una montura quince años más joven con la que cabalgar los caminos de la vida. Y, a menudo, fantaseaba sobre cómo hubiera sido aquel niño malogrado por el impacto emocional del abandono.

Teresa tenía la certeza (*Nossa Senhora* así lo había atestiguado) de que Germán albergaba buenas intenciones, pero ningún hombre estaba a salvo de los picores inguinales ni era inmune al hechizo seductor de las hembras bien paridas, sobre todo si la suya se encontraba a un océano de distancia. Para evitar tales contrariedades y conjurar los riesgos de infidelidad o desapego inherentes al alma masculina, había que abonar las raíces de aquella relación. Cómo no, la espiritualidad mística de la bahiana volvía a entrar en acción.

Teresa pidió a Hellen que recortara las cuatro esquinas de cada una de las cartas que enviaba a Germán. Asimismo, le indicó que hiciera lo mismo con las que recibía del

muchacho. Cuando hubo reunido suficientes pedacitos de papel, le hizo escribir en una hoja, con la misma pluma que usaba en las misivas que enviaba a su novio, las esperanzas que tenía depositadas en aquel noviazgo. Troceó la hoja y mezcló los cachitos de papel con los provenientes de las cartas de la pareja y con pétalos de las rosas blancas que, durante las últimas semanas, había ido depositando en la capilla de *Nossa Senhora*, a los pies de la Virgen. Guardó la mezcla en una bolsa de cáñamo.

Una noche, mientras la familia dormía, el aya salió sigilosamente de la casa y se encaminó hacia el río. Había luna nueva y reinaba la oscuridad. La mujer se extrañó del desusado silencio. Apenas había ruidos. No se oían ni el canto de los grillos, ni el desagradable zumbido de las cigarras, ni el obsesivo croar de los sapos enfangados en los arrozales. Solo el sonido sordo de sus pisadas sobre la hierba y, a lo lejos, el borbotear del río. Al llegar a la cascada, vertió el contenido de la bolsa de cáñamo sobre el agua. Se arrodilló y rezó un avemaría. Después, siguió con la vista la estela de los papelitos y los pétalos de rosa, que se perdía veloz río abajo. Teresa se persignó y regresó a la casa. Cuando se hubo metido en el lecho, escuchó un trueno y oyó cómo una lluvia cadenciosa y abundante repiqueteaba sobre los postigos de la ventana. La bahiana durmió tranquila, sabedora de que la Virgen Negra había recibido el mensaje.

Momo salió de casa de Hellen en dirección al Sybaris. Sentía la necesidad de ver a su hermana y de decirle, aunque fuera con la vista (con la palabra le daba vergüenza) que apreciaba de corazón todo lo que hacía por él. Camino del *pub*, rumiaba sobre la frase de la rosa multicolor. *La vida se explica a sí misma...* ¿Qué demonios significaba eso?

A Momo le habían enseñado que todo tiene una explicación, una razón externa que lo origina y le sirve de justificación. Solo Dios no tiene causa, porque él es la primera de ellas, el inicio del ciclo (¿interminable?) de la historia. En ese caso, ¿qué quería decir la maldita frase? Quizás insinuara que la vida es Dios, comienzo y final de todas las cosas, esencia infinita, primigenia e inefable de la que todos estamos compuestos y que, por eso mismo, no es comprensible fuera de nosotros mismos. Si la vida se explica a sí misma, entonces la vida es Dios y Este es una fuerza, una energía, un enigmático fluido que alienta la materia de que están hechos todos los seres. Entonces nuestras almas son cachitos de Dios.

Pero ¿cómo saber si esto era cierto? Solo siguiendo el segundo enunciado de la oración: *vívela y comprenderás*. Si la vida es Dios, solo los seres vivos, retazos de divinidad, pueden entenderla, y ello únicamente en la sucesión de los renglones de su propia biografía, en el paso de las estaciones, en el acontecer vivo y consciente de los años y de la historia. El significado de la existencia, en definitiva, es un misterioso paño que se teje a sí mismo en el añoso telar del universo.

Como siempre que pensaba en estos asuntos (lo que, afortunadamente, no ocurría a menudo), Momo sintió vértigo y una desagradable sensación de vacío y de ansiedad. Para deshacerse de sus miedos, el muchacho trató de concentrarse en la respiración. Inspiraba durante dos zancadas, expandiendo la tripa para llenar de aire la parte baja de los pulmones, y espiraba despacio durante los cuatro pasos siguientes, tal como le había enseñado Alejandra. Este tipo de respiración («*diafragmática*», la denominaba su hermana, que la había aprendido de una amiga medio pirada que practicaba yoga, dormía con tres gatos y solo bebía leche de soja) siempre le devolvía la calma.

Minutos después, algo más sosegado, llegó al Sybaris. Abrió la puerta y observó que el *pub* estaba vacío. La falta de clientela comenzaba a ser crónica; solo Quinito se pasaba con cierta regularidad por el abrevadero. Momo pensó que el señor Vílchez debía de tener fuentes alternativas de financiación, de lo contrario, su economía no resistiría mucho tiempo.

Era extraño que ni Alejandra ni el Puñales estuvieran tras la barra. Momo se aproximó y aguzó el oído. Escuchó ruidos tras la puerta cerrada de la trastienda. El muchacho, silencioso, pegó la oreja. Un rumor de forcejeo, de suspiros contenidos, de gruñidos de defensa le llegó con claridad. Después, las protestas de su hermana:

—¡Déjeme, señor Vílchez! ¡He dicho que me deje!

Las palabras de Alejandra se confundían con la barahúnda de objetos desplazados, los golpes sordos contra la pared y los gañidos lúbricos del Puñales.

—Voy a domarte, fierecilla —mascullaba el señor Vílchez—. ¡Verás cómo te domestico!

Momo abrió la puerta de golpe. Alejandra, asida fuertemente por el Puñales, estaba aprisionada entre este y la mesa. Tenía la blusa medio desabrochada y un pecho se le había salido de la copa del sujetador. El dueño del bar, sorprendido por la irrupción del crío en la trastienda, puso cara de perplejidad. Alejandra aprovechó el desconcierto para

zafarse de las garras de su jefe y recomponer su vestimenta con un vertiginoso movimiento de manos. El Puñales, nervioso, carraspeó.

—Joder con el mocoso —escupió con rabia—. Siempre aparece en el momento más inoportuno.

—¿Estás bien, Alejandra? —Momo hablaba sin quitarle el ojo al señor Vílchez.

—Sí, no te preocupes. Estoy perfectamente.

Momo seguía escrutando al dueño del Sybaris.

—¿Qué te pasa, chaval? —preguntó el Puñales sosteniéndole la mirada—. ¿Tengo monos en la cara?

Momo, imperturbable, no le perdía la cara al hostelero.

—No tiene monos en la cara —respondió—. Pero sí mucha mierda en la cabeza.

El Puñales vaciló. Intentó replicar con rapidez, pero el muchacho lo había dejado fuera de juego.

—Oye, enano —dijo finalmente—, a ver si mides tus palabras.

Momo miró con asco a su interlocutor.

—Lo único enano que hay aquí es su cerebro. —Luego dirigió la vista a la entrepierna del señor Vílchez—. Y alguna otra cosa que debería mantener bien guardada tras la bragueta.

—¿Qué insinúas, ena... chaval?

El muchacho ignoró la pregunta del Puñales y miró con autoridad a su hermana.

—Vámonos a casa, Alejandra.

—Quedan tres horas para el cierre —dijo la joven. Momo la tomó del brazo y la condujo hacia la puerta.

—Vámonos. El señor Vílchez te da el resto del día libre, ¿verdad, señor Vílchez?

El aludido guardó silencio, pero, ante la penetrante mirada del joven, afirmó con la cabeza.

Alejandra y Momo, cogidos del brazo, caminaron despacio hacia su domicilio. La noche era templada y la luna llena clareaba las calles desiertas de Puerto Antiguo. A través de los ventanucos de madera de algunas casas se veía la luz amarilla de las bombillas y el brillo mutante y polícromo de las pantallas de televisión. Al pasar frente a los portones de madera, se oía ruido de cubertería, llantos de niño, el rumor ronco de algún transistor y, de vez en cuando, una sonora carcajada. Sonidos de vida familiar, barullo de afecto y cotidianidad.

—Tiene que ser guay tener una familia —afirmó Momo.

—Nosotros somos una familia —repuso Alejandra apretando el brazo de su hermano.

—Sí, claro —concedió el chaval—. Pero yo me refiero a una familia de verdad. Ya sabes, con madre y con padre.

Alejandra sonrió con melancolía.

—Tú me quieres, ¿no?

—Por supuesto —contestó Momo. Alejandra le hizo parar y depositó un tierno beso sobre su frente. Luego lo tomó de las mejillas y lo miró fijamente a los ojos.

—En ese caso, somos una auténtica familia.

Momo hizo un gesto afirmativo y pensó que aquel era el momento idóneo. El instante preciso para confesarle a su hermana la admiración que sentía por su entrega, el respeto que le causaba su abnegación y sus horas de trabajo en el *pub* y en la casa. El reconocimiento por todas las cosas a las que Alejandra había tenido que renunciar: estudios, fiesta, deporte, novios, ropa, autonomía... Era una ocasión inmejorable para decirle que sí, que lo sabía, que era consciente de que sus responsabilidades domésticas la habían forzado a esquivar la juventud. Que le estaría eternamente agradecido por su lealtad, por su amor, por haber ejercido de hermana mayor, de amiga y de madre. Por soportar, en aras del sustento familiar, las nauseabundas acometidas del Puñales. Momo balbuceó, porfiando por encontrar las palabras adecuadas.

—Le parto el alma —dijo con la voz quebrada—. Si vuelve a tocarte, le parto el alma.

El estío desalojaba prematuramente la primavera. Aquella mañana, el sol picaba con decisión y los pájaros, confusos por el adelanto de la canícula, piaban enardecidos. Parecía que la naturaleza, ansiosa por cumplir sus ciclos, se sucediera a sí misma antes de lo previsto.

Momo, recién levantado, se metió en la ducha. Generalmente, el contacto matutino con el agua le resultaba intempestivo y desagradable, pero la noche le había barnizado el cuerpo con un sudor denso y pegajoso que reclamaba a gritos un baño purificante. No tenía tiempo de desayunar en casa de *Fräulein* Schroeder, por lo que, tras las abluciones, engulló dos magdalenas de chocolate, auxiliando su tránsito por la garganta con un buen trago de leche. Se puso unos vaqueros (los vaqueros, más bien, toda vez que eran los

únicos de que disponía), una camiseta con la efigie de Bart Simpson y las Alidas Air Momo, las zapatillas más longevas de Puerto Antiguo.

Salió a la calle y la caricia luminosa del sol le alegró el corazón. Una mañana formidable, sí señor. Se ciñó las cintas de la mochila y echó a andar a buen ritmo. Nada más torcer la esquina, vio la grotesca figura de Quintanilla recostada contra la pared.

—¿Qué tal, Caratriste?

Quintanilla alzó la frente y miró a Momo con ceñudo desdén.

—No recuerdo haberos autorizado a dirigiros a mí con tan despectivo remoquete.

—¿Qué demonios es un remoquete?

Quintanilla suspiró displicente:

—Un mote, apodo, motete, alias, seudónimo o sobrenombre.

—Carajo, sí que te sabes homónimos.

Caratriste sacudió la cabeza.

—Sinónimos, mi ignorante camarada, sinónimos.

La singular pareja emprendió la marcha al colegio. Siguiendo su costumbre, hicieron el camino en silencio. Momo pateaba todo objeto pateable que se topaba en la acera mientras Caratriste, más pacífico, levantaba el rostro hacia el cielo para no desperdiciar ni un lumen proveniente del astro rey. Las amistades consolidadas tienen eso, que no precisan de fatigosas conversaciones ni aborrecen el vacío sonoro. Por esta razón, cuando dos personas no se dirigen la palabra, es difícil determinar si son amigos del alma unidos en sigilosa complicidad o, por el contrario, enemigos acérrimos rumiando su rencor. También cabe la posibilidad de que se trate de un matrimonio francés. En este último caso, el mutismo acostumbra a acompañarse de una pánfila sonrisa a medio componer.

Al entrar en la escuela, les envolvió un jabardillo de frenéticos adolescentes. El pavimento del pasillo principal se encontraba, otra vez, plagado de octavillas. Quintanilla sonrió con suficiencia y tomó uno de los papelitos, leyéndolo con voz impostada:

No veréis a Vilchez ni a Benavides durante una larga temporada. La Guardia Civil los ha detenido por sustraer joyas de la iglesia. ¿Adivináis quién ha informado a la Benemérita? Misterioso Hood, siempre a vuestro servicio.

—¿Te lo dije o no te lo dije? —interrogó Caratriste.

—No, no me lo dijiste —contestó Momo—. No me dijiste nada.

—Venga, no te hagas el tonto —dijo Quintanilla con tono de hastío—. Te dije que Juanón haría algo.

Momo ladeó la cabeza en señal de escepticismo.

—Juanón... o don Wenceslao.

—Vaaale —admitió Quintanilla, alargando histriónicamente la a—, o don Wenceslao.

Un individuo cincuentón, fornido y con pinta de malas pulgas atravesó el pasillo en dirección al despacho de don Wenceslao. A su paso, las hordas de adolescentes se abrían a derecha e izquierda, franqueándole el camino. Era bajito, lucía bigote y se peinaba las canas con raya al lado. Tenía aspecto de llamarse Bermúdez y de ganarse la vida como sargento de la Guardia Civil. Lo segundo se deducía del paso corto, la mirada larga y esa inconfundible cara de mala hostia que el contacto diario con la mierda y un sueldo manifiestamente mejorable acaban por imprimir en los miembros de las fuerzas de seguridad del Estado. Golpeó con los nudillos la puerta del director.

—Adelante.

El individuo, su bigote y la mala hostia que los envolvía entraron en el despacho con decisión y marcialidad.

—Soy el sargento Bermúdez, de la Guardia Civil.

—Creo que nos conocemos —afirmó don Wenceslao tendiendo la mano al agente—. ¿Puedo ayudarlo en algo?

El sargento Bermúdez inspeccionó rápidamente la estancia, reparando en una funda negra de escopeta apoyada en el anaquel intermedio de una estantería rebosante de libros.

—¿Es aficionado a la caza?

—En absoluto —dijo el director—. Jamás dispararía contra un animal.

—¿Me permite? —preguntó el agente.

—Cómo no.

El sargento Bermúdez tomó la funda y abrió la cremallera, extrayendo cuidadosamente el arma. Sin meter el dedo en el guardamonte (prevención que ahorra desgraciados accidentes), se llevó la culata al hombro y, guiñando el ojo izquierdo, aproximó el diestro a la mira telescópica.

—Bonito cacharro —comentó—. Semiautomática, ¿verdad?

—En efecto —respondió el director.

—Hay muy pocas escopetas de plomillos que lo sean —murmuró el sargento mientras encañonaba el lomo de un libro de pedagogía—. Y el sistema óptico ha debido de costarle un dineral.

—Veo que entiende de armas.

—Me pagan por ello. —El sargento apartó la cara del visor y forzó algo parecido a una sonrisa—. Por ello y por investigar, claro.

El agente volvió a colocar la escopeta en la funda y esta en la repisa de la estantería. El director, con un gesto de la mano, lo invitó a tomar asiento.

—Usted dirá.

—Hemos detenido a dos alumnos del colegio, Vílchez y Benavides, por robar joyas de la iglesia.

—La verdad es que no me sorprende —apuntó don Wenceslao con resignación.

—¿Sabía usted lo de los robos? —inquirió el sargento.

—Tanto como saber... algo había oído. Ya sabe usted, rumores de críos.

—Pues, esta vez, los rumores eran ciertos —afirmó Bermúdez—. El párroco había presentado seis denuncias por la desaparición de diversos objetos de culto de gran valor.

—Entiendo.

—Hace poco —continuó Bermúdez— recibimos una carta rubricada por un tal Misterioso Hood. —El agente detectó un gesto de sorpresa en el semblante del director—. ¿Le suena de algo ese apodo?

—Sí, claro. Es una especie de justiciero anónimo que se dedica a lanzar octavillas en el colegio (creo que hoy mismo lo ha hecho, aunque todavía no las he leído) y a colgar sus heroicidades en internet. Pero no sé nada sobre su identidad.

—Ya. —El sargento carraspeó. En su rostro se leía cierto recelo—. Bueno, pues Misterioso afirmaba que los ladrones eran Vílchez y Benavides y que escondían el botín en un zulo cavado en La Selva. Después de varios días, conseguimos localizar el escondite. En su interior, había joyas sustraídas de la iglesia, así que montamos un servicio de vigilancia. Ayer vimos cómo los dos mozalbetes llegaban en moto al lugar. Merodearon alrededor del zulo y, cuando creyeron haber confirmado que se hallaban solos, se hicieron con el producto del robo. Y los detuvimos, claro. Vílchez opuso una fuerte resistencia y su amigo lo imitó. En los registros de sus habitaciones nos incautamos de 200 gramos de hachís y 50 de cocaína. Parece ser que también se

dedicaban al trapicheo. Además, encontramos tarjetas de crédito, relojes y otros objetos provenientes de diversos robos perpetrados en domicilios de Puerto Antiguo.

El director parecía preocupado.

—¿Qué va ser de ellos?

—El fiscal ha decidido ingresarlos en un centro educativo especial hasta que se celebre el juicio.

—¿Un centro educativo especial?

—Un reformatorio —aclaró Bermúdez, levantándose del asiento—. Probablemente no volverá a verlos por aquí.

—Lo siento por ellos —dijo don Wenceslao estrechando la mano del agente—. Pero lo cierto es que ganaremos en tranquilidad.

El sargento se dirigió a la puerta. Antes de salir, se giró hacia el director.

—Ha dicho que había oído rumores. ¿Recuerda quién se los hizo llegar?

Don Wenceslao se tomó unos segundos antes de responder.

—Lo siento, agente, pero no me acuerdo. Los críos siempre andan con habladurías y uno acaba por no prestarles demasiada atención.

Bermúdez sonrió.

—Lo entiendo. Por cierto —dijo reparando nuevamente en la escopeta de la estantería—, comentó que no le gusta disparar contra seres vivos...

—Lo que dije es que nunca dispararía contra un animal —corrigió el director—. Hay otros seres vivos a los que no me importaría proporcionarles una pequeña dosis de plomo —añadió con sorna. El sargento hizo un gesto de comprensión.

—Si no caza, ¿para qué usa la escopeta?

—Para hacer puntería contra blancos inanimados —contestó el docente—. Tengo un exalumno y amigo con el que suelo hacer una o dos tiradas semanales. Se llama Juanón, no creo que lo conozca.

—Sí lo conozco —replicó el sargento Bermúdez, escrutando a su interlocutor. Don Wenceslao, incomodado por la mirada fija y penetrante del agente, se ruborizó—. Me pagan por ello, ya sabe.

OCTAVO ROUND:

—A LOS PUNTOS estamos perdidos —dice el Jefe mientras me seca el sudor de la espalda—. Si quieres ganar, tendrás que noquearlo.

—Ya lo sé, Quinito, ya lo sé. Pero estoy hecho puré. No podría noquear ni a una niña con muletas.

El *cutman* asiste mudo a la conversación. Harry ha resultado ser un fenómeno con los cortes. A base de una crema que huele a naftalina y de las presiones con la plancha metálica, ha logrado frenar la hemorragia de los dos tajos de mi cara y evitar la hinchazón. Sé que parezco un bucanero con el rostro surcado de jabeques, pero al menos Bill Clinton no ha tenido que parar la pelea. Gane o pierda, tendré algún detalle con Harry, se lo merece.

Quinito medita al tiempo que me masajea deltoides y dorsales. Qué buen tipo, Quinito. Gran entrenador y excelente cuñado. Se lo tuvo que currar bastante para conquistar a Alejandra, pero, al final, su tozudez y su bonhomía se impusieron a las adversidades. Y esas mismas cualidades son las que lo convierten en el mejor preparador del mundo.

A estas alturas de combate, les supongo a ustedes al corriente de mi identidad: soy Momo, el zagal de Puerto Antiguo. Finalmente conseguí convencer a mi hermana para que me dejara boxear. Quinito tomó las riendas de mi preparación y, poco a poco, me fue enseñando todas las técnicas y trucos necesarios para sobrevivir entre las doce cuerdas. Y tan bien me aleccionó que me coroné campeón de Europa en Londres, en un combate memorable contra Joseph «Espoleta» Owen, el héroe británico, al que tumbé en el sexto con un soberbio *crochet* en el mentón que lo dejó anestesiado durante más de diez minutos. Podían haberle operado de apendicitis sobre la misma lona y no habría sentido nada. Tendrían que haber visto a Quinito. Lloró como una magdalena. Su pupilo lo desquitaba de la derrota que, en la misma ciudad y ante Cañonero Stampton, lo había privado del título europeo un cuarto de siglo atrás. Daba gloria verlo enjugarse las lágrimas con la bandera española. Que ya les dije a ustedes que a mí eso de los himnos y

las banderas me la trae al paio. Pero, bueno, hay momentos en que sí, en que a uno no le queda otra que emocionarse y abrazarse a la enseña nacional, y gemir como una plañidera, ciscándose en los hijos de la Gran Bretaña, en el almirante Nelson y en el ominoso Tratado de Utrecht. Que muy patriota no soy, pero joder a un inglés o a un gabacho ante sus aficiones es placer incomparable.

—Está confiado —susurra Quinito en mi oído—. Sabe que gana en las cartulinas y lo ha asustado la mano de hostias que le metiste en el sexto. Intentará rehuir el cuerpo a cuerpo y agotar los doce asaltos.

—Eso es lo que yo haría —replico.

—La única forma de ganarlo es al KO. Y ya lo has tumbado una vez, así que puedes hacerlo de nuevo.

—Me arden los tendones de los brazos y no me queda aire. —Miro a Quinito con rostro suplicante—. No me queda energía.

—Está bien —responde mi entrenador. Durante unos segundos, deja de restregarme la espalda con la toalla y levanta la vista al techo, meditabundo—. Procura descansar en este asalto —dice por fin—. Saca las manos imprescindibles y síguele el baile.

El odioso tintineo de la campana resuena por todo el pabellón.

—*Box!*

Míster KO y quien les cuenta nos desplazamos despacio por la lona. Mi enemigo toma el centro del *ring*, lo que indica que pretende llevar la iniciativa, aunque solo aparentemente, ya que se limita a lanzar *jabs* largos y defensivos, golpes preventivos para mantenerme lejos y evitar que me meta en su guardia. Yo le sigo el juego y me pongo en modo ahorro de guantazos. No saco más manos que las que el sentido de la vergüenza me exige, y me desplazo lateralmente para mantenerme lejos de mi oponente, no vaya a ser que le dé por cambiar de estrategia y tratar de mandarme a casa antes de hora. Porque Míster KO, dueño de un temperamento explosivo y de una pegada que lo justifica, suele ceder a impulsos que echan por tierra toda previsión. En esta ocasión, no obstante, boxea a lo conservador. El título mundial está en juego y la visita a la lona en el sexto ha debido de convencerlo de la conveniencia de seguir los dictados de la lógica.

Aprovecho el alto el fuego para reparar las heridas de guerra. Intento respirar rítmicamente y, cuando me hallo fuera del alcance de Míster KO, bajo la guardia y sacudo los brazos para aliviar el ardor de los tendones. Nadie diría que estamos en el

Caesars Palace jugándonos el cetro mundial de los pesos medios. Esto se asemeja más a un amistoso intercambio de guantes durante un entrenamiento rutinario en Vallecas.

Después de tres insulsos minutos en los que apenas nos hemos tocado, suena el gong. Mi contrincante, retándome con la mirada, se señala el tatuaje a modo de collar que le decora el cuello y las clavículas. La leyenda *Mister KO*, escrita en caracteres góticos, no invita a la confianza. Da media vuelta, marcha hacia su rincón y, por fin, logro descifrar las letras que continúan el tatuaje por la espalda: *Doctor Vilchez y*. Hay que joderse. En un alarde literario, ha parafraseado el título de la famosa novela de Stevenson. No puedo evitar una sonrisa. *Doctor Vilchez y Mister KO*. Reconozco que Puñalitos, desde que se nacionalizó estadounidense, tiene ocurrencias la mar de graciosas. Sigue siendo el mismo hijo de puta que amargó la existencia a la mitad de los críos de Puerto Antiguo, pero ha refinado su maldad y domina a la perfección los intrínquilis del *bisnes* boxístico. Sabe darle carnaza a la afición y eso le renta suculentos beneficios.

Supongo que mis agudos lectores ya sospechaban, muchas páginas atrás, quién se escondía tras el seudónimo de Mister KO. No importa. Este no es un relato de intriga. Es solo la narración de algunos episodios destacados en la existencia de una persona cualquiera. No pretendo tejer una trama. Solo quiero contar cómo gestioné mis temores, cómo vencí mis complejos. Cómo luché por mi vida.

La detención de Vilchez y Benavides hizo que las jornadas escolares se sucedieran de forma plácida y sosegada. Desconcierta pensar en el enorme malestar que pueden provocar un par de miserables. Y, *a sensu contrario*, en la infinita paz que su salida de escena suscita. En un grupo humano compuesto por, digamos, cien personas, la acción ponzoñosa de un villano se hace sentir enseguida, mientras que la actuación honrada de veinte justos casi siempre pasa desapercibida. Da la sensación de que el mal cunde más que el bien y de que, para contrarrestar los dañinos efectos de unos gramos del primero, se requieren toneladas del segundo.

A última hora de aquella mañana tocaba clase de historia. Don Wenceslao narraba las vicisitudes de la Restauración, perlando su relato con apellidos que, en los oídos de Momo, sonaban a rancio y a fotografías en tono sepia. A su lado, Quintanilla no perdía detalle de la locución del director. En su mente, nombres como el de Arsenio Martínez Campos, Práxedes Mateo Sagasta o Antonio Cánovas del Castillo retumbaban con la

sonoridad que transmiten los discursos vehementes de generales y políticos henchidos de orgullo, abnegación y deber patrios. Quintanilla, como puede deducirse, era un pardillo. Pero, pardillo o no, poseía una aguda capacidad de observación. Mirando de reojo, se percató de que su compañero de pupitre tenía las manos manchadas con un extraño tinte violáceo.

—Momo —susurró—, ¿qué diantres le ocurre a vuesa merced en las zarpas?

Momo, sorprendido, reparó en que la piel de sus manos estaba adquiriendo un extraño color rojizo.

—Ni idea —respondió, ocultándolas bajo el pupitre.

La tintura violácea, que al principio ocupaba solo las palmas y los pulpejos de los dedos, fue poco a poco extendiéndose por los nudillos, las muñecas y el anverso de las manos. Cuanto más se las frotaba, más se expandía la mancha. Don Wenceslao, que daba clase al modo de los peripatéticos, es decir, paseando mientras peroraba, posó su vista en los rojizos brazos del crío, dirigiéndole, acto seguido, una mirada reprobadora. Quintanilla interrogó a su amigo en voz baja:

—¿Se puede saber en qué gatuperio se ha metido voacé?

El rubor se adueñó del rostro de Momo.

—En nada —contestó con escaso convencimiento—. No sé qué carajo está pasando.

Con el tañido del timbre y la dictadura de Primo de Rivera, terminó la clase de historia. Los muchachos salieron en tromba del aula. Momo, esperando la llamada del director, recogió sus bártulos con calma. Cuando iba a salir de la clase casi vacía, don Wenceslao pronunció su nombre:

—Momo, ¿tiene usted un minuto?

—Sí, claro. —contestó el chaval. Después se volvió hacia Quintanilla, que aguardaba en el umbral—: No me esperes.

Quintanilla obedeció. Cuando todos los alumnos hubieron abandonado la estancia, don Wenceslao hizo un gesto a Momo.

—Acompáñeme.

Don Wenceslao atravesó el corredor con paso decidido. El crío, abatido, lo seguía sin chistar. Al llegar a su despacho, el director lo conminó a pasar y tomar asiento, cerró la puerta tras de sí y, durante un lapso de tiempo que Momo juzgó eterno, deambuló en silencio por la estancia. Finalmente, señalando un anaquel vacío de la estantería, comenzó el interrogatorio:

—¿Qué falta ahí, Momo?

El muchacho ensayó un semblante de desconcierto.

—No lo sé, don Wenceslao..., ¿libros?

El director apoyó una mano en el respaldo de la silla de Momo e, inclinándose, lo atravesó con la mirada.

—No trate de hacerse el listo conmigo. —Con un movimiento de cabeza, señaló las manos enrojecidas de Momo—. ¿A qué se debe el tinte?

—No lo sé, don Wenceslao. Le juro que no lo sé.

—Pues yo se lo voy a explicar —dijo el director—. Esta mañana, antes del recreo, lo vi merodeando cerca de mi despacho. Como hace tiempo que albergo ciertas sospechas, extendí sobre la funda de mi escopeta unos polvos de violeta de genciana y salí a tomar un café. —El director se sentó frente a Momo y, apoyando los codos sobre la mesa, escrutó, por encima de sus manos entrelazadas, el rostro atribulado del estudiante—. ¿Sabe usted qué es la violeta de genciana?

—No tengo ni idea —susurró el niño.

—La violeta de genciana, violeta de metilo o cristal violeta es un compuesto químico empleado como indicador del Ph, fungicida y colorante textil. ¿Me sigue?

—Le sigo.

—Bien —prosiguió don Wenceslao—. Aplicada sobre la piel humana, la violeta de genciana, debido al sudor, va manifestándose poco a poco en forma de mancha violácea. Si la persona se frota las manos o trata de lavárselas, la mancha se extiende, quedando patente el contacto del individuo con el metilo.

Momo, hundido en el asiento, rezaba porque todo aquello fuera un mal sueño. El semblante y la voz graves de don Wenceslao lo tenían acorralado. El director siguió con su disertación:

—El intenso color violáceo de sus manos, señor Momo, revela que han estado en contacto con la funda de la escopeta cuya actual ubicación ignoro, pero que espero que usted me desvele de manera inmediata.

Momo agachó la cabeza.

—Está escondida bajo el seto que hay detrás de la ventana de su despacho —dijo en un hilo de voz—. La cogí durante el recreo, mientras usted estaba fuera.

—Entiendo. —El director apoyó la barbilla sobre las manos—. ¿Y para qué quería usted la escopeta, si se puede saber?

Momo tenía dos opciones: confesar la verdad y arrostrar las consecuencias o improvisar una mentira verosímil. No se sentía con fuerzas para ninguna de las alternativas, por lo que se abstuvo de contestar.

—Reformularé la pregunta —dijo don Wenceslao—. ¿Para qué quería *otra vez* mi escopeta, señor Misterioso Hood?

Momo alzó la mirada y la fijó en los ojos del director. El rostro de don Wenceslao rezumaba severidad. El muchacho, azorado, no veía manera de huir de aquella situación y, como la audacia es mala consejera (máxime en situaciones embarazosas), persistió en su prudente mutismo. El director, rompiendo el silencio, amplió su exposición:

—Hace tiempo que imaginaba que era usted quien se escondía detrás del dichoso seudónimo. Usted ha sido el único con agallas para enfrentarse físicamente a Vílchez. Y no voy a negarle que tal actitud es harto encomiable.

—Pero eso lo hice a la cara, sin nombres falsos —susurró Momo.

—En efecto —admitió el director—. Lo que tiene doble mérito. No obstante, me figuro que el comedimiento se impuso en su mente y decidió proseguir la batalla por medios más efectivos y menos arriesgados. ¿Me equivoco?

Momo emitió un gruñido ininteligible.

—Interpretaré su respuesta como un sí —dijo don Wenceslao—. He de admitir que la creación de Misterioso Hood y su espectacular puesta en escena fueron impecables. No obstante, algunos indicios apuntaban hacia su persona.

—¿Cuáles? —inquirió Momo, olvidando que la pregunta equivalía a una confesión. Don Wenceslao, satisfecho por el desliz de su interlocutor, prosiguió con su alegato:

—Las primeras octavillas de Misterioso Hood fueron lanzadas al poco tiempo de su segunda pelea con Vílchez, o más bien, de la paliza que este y Benavides le propinaron y de la que me enteré por medios que ahora no viene al caso relatar. La proximidad temporal entre la paliza y las octavillas no era prueba de nada, pero lo colocaba a usted en la nómina de sospechosos.

Momo, en actitud quiescente, aguardó a evidencias más palmarias. El director continuó hablando:

—Por otro lado, su fascinación por Celia es patente para cualquiera que conozca la sintomatología del amor adolescente. —Momo sintió cierto bochorno. Aborrecía oír comentarios ajenos sobre sus sentimientos—. Así pues, cuando Misterioso colgó en la

red el vídeo con los abusos a la muchacha y la subsiguiente represalia en forma de perdigonazos, usted escaló varios puestos en la lista de posibles autores.

La curiosidad del chaval fue más poderosa que su prudencia:

—¿Identificó la escopeta de las imágenes? —preguntó.

—Al instante —respondió el director—. Esa escopeta es una prolongación de mis brazos, de mis manos, de mis ojos y de mi mente. Esa escopeta forma parte de mí y la reconocería a un kilómetro de distancia. Por eso encargué a Antoñito el Mediahostia, el ayudante del boticario, que me consiguiera violeta de genciana, en el convencimiento de que usted me birlaría de nuevo el arma. Por cierto, ¿cómo consiguió hacerse con ella y retornarla a su lugar sin que me percatara?

Momo vaciló entre callar, sembrar la duda o confirmar su implicación en el asunto. Tras una breve reflexión, concluyó que no lograría confundir a don Wenceslao y que la única posibilidad, por remota que fuera, de librarse de una severa sanción consistía en mostrar sinceridad y algo que oliera a arrepentimiento.

—No es muy difícil entrar en este despacho —musitó—. La puerta suele estar abierta. Saqué la escopeta a través de la ventana y la devolví de la misma manera.

—Ya. —Don Wenceslao meditó durante unos segundos—. Dejemos eso. Además de los indicios apuntados, un domingo, paseando por La Selva, vi cómo usted y su amigo Quintanilla vigilaban, con ayuda de unos prismáticos, una zona frondosa y arbolada. Eso me extrañó. Poco después, Juanón, alertado por su hermano, me habló de los robos en la iglesia y de la implicación de Vílchez y Benavides.

—¿Le explicó la participación de Aurelio?

—¿Del Curita? —Don Wenceslao hizo un gesto tranquilizador con las manos—. Sí, claro. Supusimos que Vílchez lo estaba amenazando para que sustrajera las alhajas. No se preocupe, la intervención de Aurelio no saldrá a la luz. No por mi parte. El pobre diablo no tiene culpa de nada.

Momo suspiró aliviado. El director prosiguió su alocución con voz calma y pausada:

—Cuando el sargento Bermúdez me contó que un tal Misterioso Hood había propiciado, a través de un anónimo, las detenciones de Vílchez y Benavides, até cabos y confirmé lo que hacía tiempo que sospechaba: que usted era quien se escudaba tras el enigmático alias.

Momo, consciente de la inutilidad de cualquier efugio, puso cara de sí-he-sido-yo-pero-soy-muy-buena-gente.

—Solo me restaba —continuó don Wenceslao— hacerme con una prueba incontestable para atraparlo. Y hoy, al verlo zascandileando alrededor de mi despacho, he extendido el cristal violeta sobre la funda de la escopeta, con la certeza de que pondría sus manazas en ella. El resto, ya lo conoce.

Momo no dijo nada. Solo cabía confiarse a la misericordia del Altísimo y a la magnanimidad de don Wenceslao.

Durante unos minutos, el silencio se adueñó del despacho. El director escudriñaba el rostro de Momo con mirada neutra. Parecía que estuviera sopesando qué decisión tomar. El chaval, juzgando insoportable aquel mutismo, lanzó una pregunta. Cualquier respuesta, por negativa que fuera, sería mejor que aquel asfixiante vacío sonoro.

—¿Cómo puedo quitarme estas manchas rojas?

—Pierda cuidado —respondió don Wenceslao—. Desparecerán en unas quince o veinte horas. Respecto a usted...

Momo contuvo la respiración. Sabía que estaba a punto de escuchar el veredicto y que de él dependía su futuro a corto y medio plazo. Si don Wenceslao lo expulsaba, Alejandra se llevaría un buen disgusto. Un mal disgusto, para ser más precisos. Y eso sería lo de menos. Durante el cumplimiento de la sanción, perdería de vista a Celia, no solo porque tendría vedada la entrada al colegio, sino porque la moza no estaría muy dispuesta a frecuentar la compañía de un golfo lapso y convicto. Y el panorama se agravaría si, además de decretar la expulsión, don Wenceslao decidía denunciarlo a la Guardia Civil. Había allanado las instalaciones colegiales para instalar cámaras ocultas, había hurtado una escopeta, tiroteado las nalgas de sus condiscípulos y colgado las imágenes en internet. Medio código penal, vamos. En la mejor de las hipótesis, Vílchez averiguaría quién era Misterioso Hood y, salvo que el tiempo invertido en el reformatorio hubiera obrado un milagro rehabilitador, la paliza estaba asegurada. En el peor de los supuestos, Momo se encontraría encerrado durante una buena temporada entre las mismas paredes correccionales que albergaban al Puñalitos y a Benavides, con todas las enojosas consecuencias que de ello se derivaran. Si don Wenceslao lo delataba ante la Benemérita, Momo estaba perdido.

Las ensimismadas reflexiones del director sugerían bastos. Momo, recordando los consejos espirituales de Fräulein Schroeder y su devoción por Nossa Senhora, pidió ayuda a la Virgen. «Dios te salve, María». Entrelazando las manos, desgranó mentalmente la oración en frases morosas como caricias, frases que calmaban la

angustia, «llena eres de gracia, el Señor es contigo». Si todo se tornaba negro, siempre la quedaría el auxilio de la Madre celestial, «bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús», la única madre de la que conservaba recuerdos, aunque fueran virtuales, la única a la que podía acudir en demanda de amparo, de alivio y de consuelo, «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén».

Cuando terminó de orar, la situación le pareció distinta, menos amenazante, más llevadera. Pudo apreciar, a través de la ventana, cómo el cielo se encapotaba. Un trueno sonó a lo lejos. Después, una lluvia mansa y suave, una lluvia de lágrimas bondadosas, se derramó sobre los cristales. Momo percibió energía en la estancia, un brío enigmático y sobrenatural, el susurro de Oxum fundido con el de *Nossa Senhora*. Y, unida a esas raras sensaciones, la protección amorosa de quien supo sufrir por una causa justa, de quien calló para que se oyera la palabra, de quien vivió para que su hijo venciera a la muerte. Fuera, revoloteando frente a la ventana, una mariposa dorada se bañaba bajo la lluvia reposada.

—Joven —dijo don Wenceslao quebrando el silencio—, ¿para qué quería la escopeta esta vez?

—Para darle una lección al señor Vílchez —respondió el interpelado.

—¿Al Puñales?

—Mi hermana trabaja en su bar.

—Sí, ya lo sé. —El director frunció el ceño—. ¿Qué le ha hecho el Puñales a su hermana?

—Tiene las manos muy largas —contestó Momo. don Wenceslao emitió un suspiro al tiempo que sacudía despacio la cabeza—. Y no sabe dejarlas quietas.

—Muchacho —el tono del director se tornó paternal—, usted no necesita ninguna escopeta. Ni siquiera seudónimos. Quien tiene un corazón puro, solo precisa la voz de su conciencia.

—Pero no puedo enfrentarme al Puñales cara a cara, me destrozaría. Por eso inventé a Misterioso Hood, para poder plantar cara al Puñales, al Puñalitos, a Benavides y a todos los que abusan de su fuerza, de su poder y de su maldad.

Don Wenceslao se levantó y anduvo despacio por el despacho. Al poco, posó una mano sobre el hombro de Momo.

—Tiene redaños, hijo. Hace falta tenerlos para partirse la cara con Vílchez, mano a mano, como usted hizo antes de convertirse en Misterioso. No le hacen falta armas ni disfraces. Los valientes no los necesitan.

—Entonces, ¿qué necesito? —inquirió el chaval.

—Solo decisión y perseverancia—respondió el director—. Y la ayuda de Dios, claro está.

Momo se puso de pie y miró a su maestro.

—¿Qué va hacer?

—¿Qué quiere decir? —El semblante de don Wenceslao fingió sorpresa.

—Bueno, me refiero a lo de la escopeta y a lo de las cosas que ha hecho Misterioso.

—¡Ah, eso! —El director sonrió—. Por lo que a mí respecta, la escopeta nunca ha salido sin mí de este despacho. Y respecto a Misterioso Hood... En fin, creo que ha decidido retirarse, ¿cierto?

—Sí, claro —confirmó Momo—, seguro que ya se ha retirado.

—En ese caso, ¿para qué seguir indagando? Hay que respetar a los jubilados, ¿no cree? —Momo movió afirmativamente la cabeza—. Se han ganado merecidamente el descanso.

—Muchas gracias, don Wenceslao.

—No hay de qué, Momo. No hay de qué.

Ocultar a Alejandra el asunto de la escopeta y la violeta de genciana fue sencillo. Cuando Momo llegó a casa, su hermana estaba sesteando en el sofá del salón.

—He hecho pasta —murmuró entre el sueño y la vigilia—. ¿La caliente?

—No te preocupes, tata. Yo me encargo.

El crío engulló los espaguetis que Alejandra había dejado en el microondas, devoró ansiosamente un kiwi y, tras un flan de marca blanca y un cepillado dental de urgencia, se metió en la cama. Cuando su hermana se levantó del sofá y pronunció su nombre a media voz, Momo se hizo el dormido. La joven abandonó la casa de puntillas, sin hacer ruido, para no perturbar el falso sueño de su hermano. Todo iba bien, pensó este. No obstante, para no tentar la suerte, lo mejor sería bajar al piso de *Fräulein* Schroeder y pasar allí la tarde entre deberes, confidencias, una copiosa cena y alguna instructiva lección vital. Alejandra estaría trabajando en el Sybaris hasta bien entrada la noche. Al

día siguiente, si don Wenceslao no había errado en sus cálculos, no quedaría ni rastro de las humillantes manchas violáceas.

Ataviado con un polo de manga larga y diseño de hipermercado, Momo accedió con sus propias llaves a la vivienda de Hellen. La mujer descansaba en su alcoba, sumida en la penumbra. El muchacho se sentó a la mesa del salón, sacó de su mochila los cuadernos de lengua y matemáticas y se dispuso a quitarse de encima de manera rápida y eficiente las tareas escolares prescritas para el fin de semana.

El segundero del reloj de pared acompasaba sus pensamientos. Era difícil concentrarse en los deberes después de todo lo que había pasado. Y eso que, afortunadamente, y gracias en parte a la intercesión divina, don Wenceslao se había mostrado compasivo. De haber obrado con la severidad que todos le atribuían, la situación académica y emocional de Momo sería nefasta. La vida tiene esas cosas: el futuro de un hombre depende, en ocasiones, del mejor o peor humor de quien ocupa un escalón superior en la pirámide jerárquica. Que el jefe sufra una engorrosa úlcera estomacal o, por el contrario, acabe de consumir exitosamente la coyunda con su legítima, puede suponer, quién lo diría, la diferencia entre el sufrimiento o la dicha del subordinado.

O quizás no. Quizás lo que nos acontece responda a un plan prefijado por Dios, o sea la consecuencia kármica de nuestro bagaje existencial, o de nuestra fe, o de la pureza de nuestro corazón. Momo desconocía cuál de las opciones se avenía a la realidad, pero intuía que en esta disyuntiva entre azar y espiritualidad radicaba el secreto escatológico de la existencia. No obstante, también sospechaba que cualquier tentativa de aproximación racional a este dilema estaba condenada al fracaso. Así pues, solo cabía un acercamiento sentimental a la cuestión. Y, en el caso que nos ocupa, Momo sentía que la mano de Dios, inducida por *Nossa Senhora*, había amortiguado la caída.

Fräulein Schroeder entró en el salón en el momento en que Momo finiquitaba los deberes.

—Sí que estás aplicado hoy —masculló entre bostezos.

—Así me queda libre todo el fin de semana.

—¿Un zumo?

En la cocina, Hellen exprimió media docena de limones. A Momo le causaba gracia la forma en que su amiga extraía el jugo. Con ayuda de un cuchillo, partía la fruta por la mitad. Después tomaba un tenedor con el que hurgaba en la pulpa al tiempo que prensaba la media pieza en la palma de la mano. Hace años, alguien le había regalado un

exprimidor eléctrico. *Fräulein* Schroeder solo lo utilizó una vez. Alegó que aquella limonada le provocaba calambres en el paladar.

Hellen vertió el zumo en una jarra y añadió agua mineral, hielo y unas cucharadas de azúcar. Sentados sobre la hierba del jardín, contemplaron el vuelo errabundo de las golondrinas.

—¿Por qué se moverán tanto? —preguntó Momo.

—Porque para eso tienen las alas —respondió *Fräulein* Schroeder—. Para volar.

—Entonces, los hombres deberíamos estar siempre andando. Para eso tenemos los pies.

—Las personas hemos de marchar siempre hacia adelante —replicó Hellen—, con las piernas, con el alma y con el corazón. Debemos progresar sin descanso hacia la meta.

—¿Cuál es la meta? —inquirió Momo.

—Cada individuo tiene la suya.

—¿Y cómo se llega a ella?

Fräuelin Schroeder dio un largo sorbo a la limonada antes de responder.

—Quien conoce cuál es su meta encuentra cientos de caminos.

Momo guardó silencio. Pensó que Hellen disponía siempre de la palabra exacta, de la frase certera. Nunca dudaba ante los dilemas de la vida. Parecía tener respuesta para todas las preguntas, como si hubiera reflexionado acerca de cada enigma y de cada incertidumbre. A Momo lo angustiaba imaginarse a sí mismo en un futuro sin Hellen y sin el auxilio de una cabeza tan capaz como la de su amiga. Lo angustiaba la amenaza de un porvenir solitario y yermo de certezas.

—Enséñame a pensar como tú —dijo en voz baja.

—¿Pensar como yo? —Hellen rio a carcajadas—. ¡Pensar como yo, dice! No puedes pensar como yo, ni como Alejandra, ni como Quinito, ni como Celia. Solo puedes pensar a tu manera, siguiendo tus intuiciones. Y lo importante no es reflexionar sobre la vida, sino vivirla sin reservas, observando atentamente las señales del camino.

—¿Cómo distingues las señales del camino?

—Abriendo los ojos, los oídos y el corazón. Cuando creas que Dios te habla, no lo dudes, te está hablando. Escúchalo y sigue sus consejos.

—¿Tú lo has oído?

—¿A Dios? —Hellen miró a Momo a los ojos—. Por supuesto.

—¿Y qué te dijo?

—Dios me habló de un pescador español, de la bondad de sus sentimientos y de la integridad de su corazón.

—¿Cómo te habló?

—A través de los besos de Germán, de sus caricias, de su sonrisa noble, de su piel tersa y tostada.

Momo rumiaba las palabras de la mujer, pero su cerebro seguía fabricando dudas, detectando incoherencias, formulando racionales escepticismos. Para eso mandamos los niños a la escuela: para llenarles la cabeza de desconfianza. Para que aprendan a recelar del prójimo y de su irresistible propensión a jodernos la existencia.

—¿Los besos hablan? —preguntó torciendo el gesto.

—Los besos, las caricias y las sonrisas hablan el idioma más claro del mundo.

—¿Y dónde se aprende ese idioma?

—En tu caso, en los labios y las manos de una mujer.

Pues sí que estamos bien, se lamentó mentalmente el chaval. Celia, la única chica a la que quería como profesora de *besología*, se negaba a darle clase. *Fräulein* Schroeder reparó en las manos rojizas del muchacho.

—¿Violeta de genciana? —preguntó con tono de reproche. Momo, demasiado tarde, ocultó los brazos dentro de las mangas—. ¿Qué has intentado robar?

—La escopeta de don Wenceslao —confesó el niño.

—¿Y para qué demonios necesitas la escopeta del director? ¿No eres acaso un superhéroe? —La perplejidad afloró en el rostro de Momo—. Claro, hombre... ¿Cómo te haces llamar? ¡Ah, sí! ¡Misterioso Hood!

—¿Cuándo has averiguado tú eso? —interrogó Momo con los ojos saliéndosele de las órbitas.

—¿Lo de tus superandanzas? El día que me contaste lo de las primeras superoctavillas. Oírte es leer un libro abierto. —Hellen dio otro sorbo a su limonada—. Que está bien tener el corazón limpio y la palabra sincera, pero, vamos, que un poco de disimulo y de picardía tampoco te vendrían mal.

—Pues eres la única que lo había notado.

—La única no —corrigió la mujer—. Según deduzco de tus palabras, don Wenceslao también tenía sospechas.

Momo estaba confuso. Su elaborada máscara de paladín de los débiles había sido arrancada de cuajo y lo que creía un hermético secreto había resultado ser más conocido

que la alineación del Barça. Si a don Wenceslao y a *Fräulein* Schroeder les había resultado tan sencillo descubrirlo, Vílchez (menos inteligente que los dos adultos, pero mucho más malvado) no tardaría demasiado en averiguar también la verdad. Y el muy cabroncete no iba a pasarse el resto de la vida en el reformatorio; más pronto que tarde, gozando de la magnánima lenidad del sistema judicial de nuestro país, saldría a la calle con ánimo de revancha. Momo no podría esconderse tras el parapeto de Misterioso Hood ni disponer de la resolutive escopeta de don Wenceslao. Cautivo y desarmado, al muchacho no le quedaría más remedio que parar los golpes a base de mejilla.

—No necesitas armas para enfrentarte a los abusones —afirmó Hellen adivinando la angustia de su joven amigo.

—Eso mismo me ha dicho don Wenceslao, pero...

—Pero ¿qué? ¿No confías en tu director? —Momo no respondió—. ¿Y tampoco confías en mi palabra?

El muchacho cabeceó dubitativo. Hellen sabía muchas cosas sobre el amor, sobre las señales divinas del camino, sobre los intrincados vericuetos del alma y del corazón. Pero desconocía la enorme cantidad de mala hostia que Puñalitos concentraba en sus puños e ignoraba las leyes callejeras que rigen el trato entre adolescentes. Leyes que se fundamentan en el principio jurídico de «si la haces, la pagas» y que prescinden con terquedad de cualquier tipo de consideración filosófica o espiritual.

Fräulein Schroeder se levantó de la silla.

—¿Consultamos el Cofre de los Versos Rotos?

Momo afirmó con la cabeza. Seguía atribuyendo al Cofre y a sus esotéricas combinaciones el don de la infalibilidad. Nunca se había preguntado quién escribía los versos y los metía en las cuatro cajitas. Jamás le había escamado que los poemas resultantes estuvieran directamente relacionados con los problemas que lo acechaban. Tampoco había sentido curiosidad por comprobar si las tiras de papel de cada una de las cajitas contenían versos distintos o si, por el contrario, escondían el mismo texto. Y, desde luego, nunca receló del generoso lapso de tiempo que Hellen invertía en ir a su habitación, hacerse con el Cofre y regresar al punto de partida. Tal confianza resultaba paradójica en un jovencito que comenzaba a cuestionarse los más intrincados misterios de la existencia. Tal vez haya áreas de nuestra vida que nos negamos a examinar, no vaya a ser que de la aplicación del método cartesiano surja una indeseada sensación de desamparo, miedo y orfandad.

Hellen se metió en el piso. Desde el pasillo, interrogó a Momo en voz alta:

—¿Qué quieres que el Cofre te explique?

El muchacho no vaciló:

—Quiero saber si sirve de algo luchar.

El sol declinaba y los arreboles del crepúsculo difuminaban en rojo el horizonte. Momo pensó que el tiempo se suspende en cada ocaso. Como si la naturaleza, temerosa de romper la magia del atardecer, aguantara la respiración antes de dar paso a la noche. Se sentía tranquilo en aquel patio. Tranquilo y seguro. Ojalá la edad adulta le tuviera reservado un jardín semejante, un rincón de certidumbres donde el mal no tuviera cabida y en el que poder guarecerse, siquiera temporalmente, de las insidias de las almas podridas.

Fräulein Schroeder regresó a los pocos minutos con el Cofre de los Versos Rotos y el cuaderno en que Momo pegaba los papelitos, y se sentó junto al niño. Este abrió el pequeño baúl y, al azar, sacó una tira de cada una de las cuatro cajitas, poniéndolas boca abajo sobre la hierba. Luego les dio la vuelta y leyó el poema:

*Noble es luchar en la vida,
honroso mostrar valor,
mas la guerra decisiva
se libra en nuestro interior.*

Los versos sumieron a Momo en un estado meditativo. *Fräulein* Schroeder, al contemplarlo, rememoró sus propios miedos adolescentes, sus dudas, sus desmedidas ilusiones románticas. El terror que se cernía sobre su corazón cuando imaginaba las trampas que la lejanía oceánica podía tender sobre la fidelidad de su novio. Sin embargo...

Sin embargo, el amor de Hellen y Germán había resistido los embates del tiempo y la distancia. Al cumplir los dieciocho, la *menina*, violentando la voluntad paterna, se trasladó a España y contrajo matrimonio con su enamorado, quien, contrariamente a los usos y costumbres masculinas, había esperado durante todos esos años, con lealtad y paciencia, el feliz desenlace del noviazgo. Hellen siempre pensó que la pervivencia de aquel amor adolescente, habida cuenta de las desventajosas circunstancias, había sido milagrosa. Los ritos y conjuros de Teresa, sin duda, habían contribuido a aquel modesto prodigio.

La joven pareja se trasladó al sur de España, hasta la pequeña localidad de Puerto Antiguo, donde, según había averiguado Germán, el clima era benigno y la pesca de bajura, abundante. Compraron una casita junto a la playa, con un pequeño embarcadero.

En Brasil, a pesar de que sus labores de aya se habían extinguido, Teresa permaneció en el domicilio de los Schroeder, trastocando su anterior empleo por el de asistenta y cocinera. Los padres de Hellen intuían que, teniendo en casa a la exnodriza, se mantendrían cerca de su hija. Teresa, a su vez, se resistía a abandonar el hogar en que, durante los últimos dieciocho años, su vida había transcurrido repleta de sentido. La proximidad al solar en que Hellen había crecido y el contacto con su habitación, sus libros y sus juguetes eran un bálsamo para su corazón. Hellen había sido la hija que ni Dios ni aquel negrazo hechicero de bofetada fácil y verbo reparador le habían querido o podido dar. Alejarse del único pasado pleno del que había disfrutado la haría marchitarse en una existencia lánguida y vacía.

Hellen escribía con frecuencia; a sus padres, cartas neutras y tranquilizantes; a Teresa, textos llenos de confidencias sentimentales, de esperanzas, de afecto y de alguna preocupación. La vida en Puerto Antiguo transcurría plácidamente. Germán era un buen marido que la colmaba de atenciones y cumplía con alegría sus obligaciones conyugales. La *menina*, a ese respecto, solo tenía razones para la satisfacción y el agradecimiento. Pero una nube oscurecía su felicidad: no se quedaba embarazada. Lo que en principio había sido una emocionante espera y un motivo de chanza entre los cónyuges, se había ido convirtiendo, con el paso del tiempo, en causa de inquietud. Hellen ansiaba un bebé. Ya desde pequeña había soñado con ser madre. Ahora, cuando su marido se hacía a la mar con sus redes y su jabeque, se quedaba sola en casa, acariciando su vientre yermo, mientras rememoraba los versos adolescentes (*toma mi mano, niña, / y vamos a pasear / los caminos de la vida / por las montañas y el mar*) que la habían llevado hasta España. Y sentía su feminidad incompleta, su vida demediada, porque uno de sus más íntimos anhelos (*toma mi mano, niña, / y no la sueltes jamás, / tu suerte será la mía, / tu risa será mi altar*) se había revelado esquivo, tal vez inalcanzable.

Teresa leía entristecida las cuitas de su *menina*. Ella sabía lo amargo que era el sabor de una maternidad frustrada, aunque, a fin de cuentas, la bahiana había podido disfrutar del sucedáneo de una hija adoptiva de la que se había ocupado (todavía lo hacía, aunque un océano las separase) con absoluta devoción. El dolor de Hellen le hacía revivir un desasosiego ya casi olvidado, aunque no completamente enterrado. Un dolor que se

atenuó cuando el *babalorixá* le aseguró, apenas recuperada del aborto que le secó las entrañas, que la *orixá* Oxum le daría una hija de otra carne en la que volcar la carga de amor materno que albergaba en su interior. Un dolor que se extinguió cuando Oxum cumplió su palabra y puso en su camino una bendición rubia y de ojos azules llamada Hellen.

La bahiana, recordando las certeras predicciones del *babalorixá*, decidió consultarle sobre los desvelos de su *moleca*. El anciano la recibió en su humilde vivienda, una diminuta casa de madera pintada de un vistoso añil situada en lo alto de una *favela*. El chamán escuchó a la bahiana y guardó silencio. Con la lentitud propia de su artrítica condición, se dirigió a la cocina, encendió fuego y puso a hervir agua en una cacerola desconchada. Cuando las burbujas comenzaron a borbotear, extrajo una saquito de hierbas del bolsillo y vertió su contenido en el agua. Dejó hervir el brebaje durante un tiempo y apagó el fuego. Después, sirvió la tisana en dos tazas y ofreció una a Teresa. Bebieron sin abrir la boca. Cuando las tazas estuvieron vacías, el *babalorixá*, tras examinar el fondo de la suya, emitió su veredicto:

—Tu *menina* no dará a luz a ningún vástago de sus entrañas. —El anciano entornó los ojos y alzó la cabeza—. Pero, igual que te ocurrió a ti, recibirá de Oxum un niño, en este caso varón, al que guiará por los senderos de la vida.

Teresa guardó silencio, aguardando más explicaciones, pero el *babalorixá*, que seguía con los párpados semicerrados, no añadió nada. La curiosidad de la bahiana fue más fuerte que su discreción:

—¿Eso es lo que te han dicho los posos del té?

El anciano abrió los ojos y los clavó fijamente en los de la mujer.

—Los posos del té no dicen nada.

Teresa enarcó las cejas.

—Entonces, ¿por qué has preparado la infusión?

El chamán encogió los hombros, poniendo cara de extrañeza.

—Porque tenía sed y se me había acabado la Coca-Cola.

Teresa se sintió ridícula y un tanto cabreada. De buena gana habría abofeteado al *babalorixá* y le habría metido los posos (con sus respectivas tazas) por el túnel de las sombras. El viejo sonreía satisfecho. Ya no se acordaba de la última vez que alguien había caído en una de sus bromas. De hecho, ya no se acordaba de muchas cosas. Por

ello se inventaba la mitad de los ritos de candomblé que oficiaba. Aunque, eso sí, sus profecías siempre eran certeras.

—Oxum no habla a través de los posos de té —dijo borrando la sonrisa de sus labios—. Oxum no se manifiesta en las líneas de la mano ni en las tabas del carnero. Las señales de los dioses son mucho más sencillas. La divinidad susurra al oído de los que quieren oír y se muestra sin disfraces ante los ojos de los que quieren ver. Así de simple. Y Oxum me ha desvelado que tu *menina* no será madre de sangre, sino de alma. Su hijo no saldrá de su vientre, pero acudirá siempre a su regazo.

La felicidad de Hellen y Germán duró años, décadas, sin que la falta de descendencia lograra empañarla. El amor, nutrido en la soledad de la pareja, había crecido sólido, robusto, llenando cada rincón de aquel hogar y cada recoveco de sus corazones. Pero todo en la vida tiene un final.

Un mal día de otoño, la desgracia amarró en Puerto Antiguo. Germán había salido a faenar, como todas las mañanas, cargando las redes en su jabeque. Asomada a la ventana, Hellen lo vio partir con las anaranjadas luces del alba. El cielo estaba perezoso y despejado. No había señales que presagiaran la furiosa tormenta que, horas después, azotaría el litoral con bandazos de agua, látigos eléctricos y violentas ráfagas de viento. El temporal sacudió la zona durante más de tres horas. Cuando la calma regresó a la orilla, trajo consigo, en lenta procesión, los restos de la embarcación de Germán: tablones arrancados de las cuadernas, redes revueltas, jirones de lona provenientes de las velas.

Hellen se sentó en la orilla a esperar, junto a los vestigios del naufragio. Con la puesta de sol, el cadáver desnudo de su marido, acunado por las olas, llegó envuelto en espuma y salitre. Solo conservaba el colgante con la medalla. *HELLEN Y GERMÁN. AQUÍ Y MÁS ALLÁ*. Hellen arrastró el cuerpo sobre la arena y lo recostó en el porche de la casa. Abrazada a él, besó por última vez su boca, su pecho salado, sus manos fuertes y rugosas. Lo embalsamó con lágrimas y saliva y se acostó a su lado, como había hecho todas las noches de los últimos años, quedándose dormida.

Inhumó a Germán, con su medalla al cuello, en el camposanto de Puerto Antiguo, en una tumba con espacio para dos ataúdes. Hellen no olvidaba la promesa que se habían hecho años atrás, cuando todavía eran unos niños, frente al mismo mar que más tarde la

convertiría en viuda: se harían enterrar juntos y con las medallas que atestiguaban la eternidad de su amor. *AQUÍ Y MÁS ALLÁ*. Hellen tenía la impresión de que, a partir de aquel momento, la vida se iba a convertir para ella en una tediosa espera, en un enojoso trámite que había que cumplimentar para reunirse de nuevo con Germán. Vendió la casita junto a la playa y se trasladó a un viejo edificio de viviendas en el pueblo, donde alquiló una planta baja con un bonito jardín. Teresa, ya muy anciana, constituyó durante aquel periodo su único alivio. Se carteaban con obsesiva frecuencia y, en las noches despejadas de luna llena, Hellen salía al jardín, alzaba los brazos con las palmas extendidas y recibía las bendiciones que, desde el otro continente, la negra le lanzaba. Y, junto con las bendiciones, el aya le hacía llegar susurros de consuelo. Le explicaba que Dios quiere a los suyos y que es tan grande su amor que, en ocasiones, los llama a su presencia antes de que concluya su ciclo humano. Y le recordó que Oxum y *Nossa Senhora* (para Teresa eran distintas advocaciones de la misma feminidad sagrada) la compensarían con un nuevo afecto masculino. Un hijo de otra carne, de otra sangre, pero que sería alma de su alma y luz de su corazón. Hellen ya casi había olvidado aquellas promesas divinas desveladas por el *babalorixá* hacía tanto tiempo.

A las pocas semanas de la mudanza, un jersey desprendido del tendedero de alguno de los pisos altos cayó sobre uno de los rosales del jardín dejando sobre la hierba un rastro de pétalos amarillos. Por la noche alguien llamó al timbre de la vivienda. Hellen abrió la puerta.

—Soy el vecino del tercero. Mi jersey ha caído en su patio.

Hellen sonrió al chico, que permanecía respetuosamente en el rellano, y pensó que su aspecto le resultaba familiar. Tendría diez u once años. Era espigado, fibroso, de piel morena y ojos castaños y grandes, ojos calmos como el agua de un estanque. El flequillo le cubría la frente, rozándole las cejas.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

El chico esbozó una sonrisa. Su rostro transmitía inocencia y tranquilidad.

—Todos me llaman Momo.

NOVENO *ROUND*:

LA ZANQUILARGA ALZA con desgana el cartel del noveno *round*. A juzgar por la displicencia que muestra su semblante, parece que ya se cansó de contonear las caderas por el *ring* y de escuchar las ordinarieces del respetable. Me da un poco de pena. Seguro que quiere ser actriz, o modelo, o casarse con un notario. Barrunto que trabajó como camarera en algún tugurio de Los Ángeles, esperando su oportunidad para dar el salto a Hollywood y convertirse en la nueva Scarlett Johansson. La oportunidad no se presentó, o se presentó y no la aprovechó, y ahora circula por Las Vegas, de cabaré en cabaré, sobreviviendo entre borrachos, ludópatas y adictos al sexo de pago. Si se hubiera quedado en el puñetero pueblo de Idaho donde nació, ahora trabajaría de cajera en uno de esos supermercados yanquis donde meten la compra en bolsas de papel de estraza, estaría casada con un granjero rubio y barbudo y tendría dos pequeños cabroncetes que la sacarían de quicio y la harían inmensamente feliz. Pero quiso luchar por su sueño.

Se debe tener cuidado con los sueños de los niños. Hay padres que dicen a sus hijos tonterías como «conseguirás todo lo que intentes», «tú puedes llegar a lo más alto, solo tienes que esforzarte» y memeces de análogo calibre. Los críos se lo creen y se ven siendo el nuevo Pelé, el nuevo Tyson, la nueva Katherine Hepburn. Descuidan sus estudios, desprecian ofertas laborales y se zambullen en el océano de las quimeras, donde solo unos pocos prosperan. Y, si no hacen realidad sus anhelos, se frustran, se deprimen y se hunden en el fango del fracaso. Los objetivos han de ser realistas, alcanzables, y se debe enseñar a los pitufos que lo único importante, lo único que nos asegura la felicidad, es el amor a nosotros mismos y la entrega a nuestros semejantes. No hay más garantía de estabilidad y de alegría que la familia, la amistad y el respeto a nuestras creencias y valores.

Joder. Parezco un predicador negro. Y lo mismo la tía está forrada, felizmente emparejada y más feliz que un gorrino en un charco de lodo. O no. O resulta que es más puta que las gallinas y le importan un carajo la familia y la amistad, y vive tan ricamente. Porque lo que he dicho antes del amor y la entrega es solo una teoría; ni siquiera eso, es

una suposición, un deseo personal de que la vida sea medianamente justa y los cabrones acaben pagando sus felonías. Porque si me entero de que los cabrones, además de cabrones, son dichosos, me voy a pegar un disgusto que para qué.

A lo que íbamos. Suena el tañido de la campana y Quinito me repite la estrategia:

—Provócalo, que te sacuda. —Harry mueve la cabeza arriba y abajo, como si entendiera las palabras de Quinito. Qué majo, Harry—. Nos gana a los puntos y solo podemos vencer noqueándolo. Y si no saca manos, no descuidará la guardia. Provócalo.

Pues nada, habrá que provocarlo. Quinito tiene razón, tengo que hostigar a Míster KO, incitarlo, irritarlo, enojarlo. Tengo que conseguir que lance algún ataque iracundo y desatienda la defensa. Entonces, a la contra, ¡zas!, le coloco cuatro manos pesadas y lo mando de visita al palacio de Morfeo.

Bill Clinton nos señala y hace un gesto con las manos para que nos aproximemos al centro del cuadrilátero.

—*Box!*

Puñalitos vuelve a tomar la iniciativa y me mantiene a distancia a base de *jabs* y un elegante juego de piernas. ¿Os he dicho ya que me recuerda a Casius Clay en sus buenos tiempos? Sabe boxear, el muy hijo de puta. Parece claro que no variará de táctica hasta el final del combate a menos que yo haga algo por impedirselo. Que voy a hacerlo, claro. De hecho, voy a hacerlo ahora. Me guarezco tras una guardia alta, con los puños adheridos a las quijadas y los codos pegados a los flancos. Al más puro estilo Tyson, oscilo a derecha e izquierda, como si esquivara, y, con una zancada larga y rápida, me meto en la distancia del dinero y comienzo a arrear *hooks* a diestro y siniestro, sin reparar demasiado en la técnica. Noto que algunos de mis puñetazos impactan en Míster KO, pero no puedo precisar si los acusa, porque he decidido soltar toda la artillería y analizar luego los resultados. Lo lógico sería que mi rival rehuyera el cuerpo a cuerpo, pero Puñalitos es de natural agresivo y se enzarza en un peligroso intercambio de mandobles que puede acabar con cualquiera de los dos babeando sobre la lona.

Esta es la mía, me digo. Esta es mi oportunidad. Sigo lanzando golpes que impactan sobre el cuerpo de mi adversario. Creo que algunos se hunden en las zonas blandas de su abdomen. Con un poco de suerte, le toco bien el hígado de un zurdazo y me largo al Flamingo a jugar unas manos de póquer. Pero Míster KO también administra lo suyo y, pegada por pegada, la de mi enemigo es mucho más poderosa. Fío mi suerte a la guardia cerrada tras la que me he parapetado y me obceco en enviar zambombazos a la cabeza y

al cuerpo de Puñalitos. El canje de puñetazos es terrorífico, estamos vaciándonos en un ataque desquiciado. Uno de los dos caerá en breve. En el fragor de la pelea, logró colocarle un *upper* certero en la nariz y lo acompaño de un uno-dos y un *crochet* de izquierda que hacen que Míster KO pierda el equilibrio y se refugie contra las cuerdas. Voy a por él. Meto manos ciegamente: derecha, izquierda, *upper*, *crochet*... Estoy a punto de derrumbarlo, y, de repente...

De repente me encuentro tumbado en el suelo, con la vista difuminada sobre los focos del pabellón y un extraño temblor en la pierna izquierda. Que alguien me explique qué ha pasado. Intento incorporarme, pero me fallan las fuerzas y vuelvo a caer de espaldas. No sé en qué momento me ha golpeado el muy cabrón, pero ha debido de hacerlo con un yunque. Me ofusqué tratando de tumbarlo y me cazó con alguna mano brutal. Sí, ahora recuerdo, creo que me alcanzó a la contra con un directo y mi cuerpo decidió irse de vacaciones. Qué le vamos a hacer, es lo que tienen el boxeo y las tácticas arriesgadas. Que a veces fallan.

Bill Clinton va desgranando la cuenta de protección:

—*Four! Five! Six!*

Hago un nuevo conato de incorporación y me venzo hacia delante. Debo de parecer un pelele. He perdido el protector bucal y un hilillo de babas y sangre corre feliz por la comisura izquierda de mis labios.

—*Seven! Eight!*

Tras un esfuerzo titánico, consigo levantarme y mantener un precario equilibrio. La pierna izquierda sigue temblando, pero me muevo con gesto indolente, disimulando los estragos. Doy saltitos de aquí para allá y grito *I can fight, I can fight*, mientras me golpeo el pecho con los guantes. Bill Clinton me mira con escepticismo. El *bisnes* es el *bisnes*, pero ningún árbitro quiere cargar con el peso de un muerto sobre su conciencia. Me examina con ojo clínico y luego mira hacia el médico del combate, que se ha encaramado a una de las esquinas neutrales. El doctor pone cara ambigua y emite un gruñido que no significa nada pero que Bill interpreta como un informe favorable sobre mi estado de salud.

—*Box!*

Por los pelos. Me he salvado por los pelos. Oigo un zumbido en mi cabeza. Estoy mareado y me duele el cerebro. Sí, como lo oyen, me duele el cerebro. El dolor cerebral es distinto a la cefalea común. Esta se pasa con una aspirina, aquel precisa de diez horas

de sueño y un par de días de mucho silencio y total inmovilidad. Solo los boxeadores sabemos en qué consiste el dolor de cerebro. Es un dolor absorbente, omnímodo, insoslayable, brutal. Es un dolor aterrador, que te encoje los testículos y te los deja del tamaño de un guisante desecado. Es una de esas inquietantes sensaciones que preludian la muerte.

A Míster KO le gritan instrucciones desde su esquina. Deben de estar indicándole que se olvide del intercambio de mamporros y que retome la estrategia del bailoteo. No es que yo sepa mucho inglés. Lo deduzco porque Puñalitos, en lugar de obedecer su instinto depredador y machacarme, retoma la distancia y se desplaza a mi alrededor lanzando pacíficos *jabs* que apenas me alcanzan. A su entrenador, a pesar de mi caída, no le ha gustado nada ver a su pupilo en apuros. A los puntos ganan de calle, así que para qué arriesgarse.

Oigo una campana entre las doloridas brumas de mi cabeza. Se acabó el noveno y la táctica de la provocación no ha dado el fruto apetecido. Tengo el cuerpo destrozado y, por primera vez en mi carrera, estoy preocupado por las consecuencias físicas del castigo recibido. Miro a Míster KO. Me sonrío con cinismo, aunque su rostro denota que no las tiene todas consigo.

El dolor de cabeza es insufrible. Estoy mareado y tengo ganas de vomitar. Imagino que, en cuanto acabe este suplicio, me ingresarán en un hospital y me harán todo tipo de pruebas. Menuda mierda si la palmo, pienso. Pero me vengo arriba porque, a fin de cuentas, de momento sigo aquí y, además, tengo acojonado a Míster KO. Momo, el chaval flacucho de Puerto Antiguo que no se atrevía a hablarle a su chica, el mocoso que se llevó más de una paliza por parte de los abusones del colegio, el crío que hizo amistad con el tipo más friki del pueblo, está aquí, en Las Vegas, luchando por el cinturón mundial de los pesos medios y metiéndole el miedo en el cuerpo al mismísimo Míster KO... Que salga el sol por Antequera.

Y que me quiten lo *bailao*.

Cuando despertó, las manchas violáceas habían desaparecido de sus brazos. Momo respiró aliviado. El desenmascaramiento de Misterioso Hood no había afectado por ahora la estabilidad escolar ni el sosiego familiar. Las andanzas del imberbe superhéroe habían dañado seriamente a Vílchez y Benavides sin que, de momento, estos se hubieran

pisado sobre la identidad del autor de su desdicha. El enemigo había sido vencido y los daños colaterales eran mínimos, casi irrelevantes. Misión cumplida.

Desayunó en silencio. Alejandra dormía. Los fines de semana, la faena en el Sybaris se prolongaba hasta bien entrada la madrugada, y la muchacha tenía que recuperar fuerzas. Momo respetaba escrupulosamente el descanso de su hermana. Era lo único que podía hacer para agradecer sus continuos desvelos y renunciadas.

Tras un aseo esquemático, se puso unas bermudas y una camiseta, cogió el balón de baloncesto y bajó veloz las escaleras. El sábado había amanecido nublado y una brisa tenue mecía las hojas de los naranjos que poblaban los campos de Puerto Antiguo. Recorrió las calles botando la pelota. Los impactos de la goma sobre el pavimento ahuyentaban a los pájaros. En cinco minutos, tras espantar a todas las aves del pueblo y despertar a los pocos vecinos que aún zanganeaban entre las sábanas, el muchacho llegó a La Cancha. Reclinado contra la pared del frontón, lo esperaba Quintanilla.

—La puntualidad no figura entre el rosario de virtudes que os adornan —murmuró Caratriste amostazado.

Momo, guiñándole un ojo, le lanzó el esférico.

La Cancha era el nombre con el que los portoantiguenses designaban las humildes instalaciones que el municipio había consagrado al esparcimiento físico del vecindario. Sobre una explanada de cemento de cincuenta metros de largo por veinticinco de ancho, el concejal de deportes y festejos había pintado, a mano y con suerte desigual, tres paralelogramos. Longitudinalmente, unas líneas de color amarillo trataban de representar un campo de futbito. Transversalmente, unos trazos rojos hacían las veces de pista de baloncesto. A su lado, presidido por una pared de altura insuficiente, un rectángulo delimitaba el contorno de un minúsculo frontón de pelota. Dos canastas con tablero de madera y otras tantas porterías sin red constituían el resto del equipamiento deportivo.

—¿Un veintiuno? —preguntó Momo.

—Me place —replicó Caratriste.

Los dos amigos jugaron a baloncesto en una de las canastas. La agilidad de Momo suplía su falta de puntería. En el caso de Quintanilla, por el contrario, la ineptitud baloncestística se veía acentuada por una inaudita ausencia de dotes atléticas. Después de cuatro veintiunos en los que Momo arrolló a su rival, los adolescentes se sentaron en el suelo. El cielo se había aclarado y un sol brillante como la verdad los obligaba a

entornar los ojos. Caratriste sacó del bolsillo de sus vaqueros una cajetilla de rubio americano.

—¡Marlboro! —exclamó Momo—. ¿A quién has atracado?

—Se lo he decomisado temporalmente a mi hermano —respondió Quintanilla.

—¿Y no se dará cuenta?

—¡Quia! Tiene media docena de cartones a medio gastar. Se los compra a un fulano que los trae de matute.

—¿De Matute? —preguntó Momo—. ¿Dónde queda eso?

—Matute no es un pueblo, alma de cántaro. —Caratriste acompañó sus palabras con un tonillo autosuficiente—. Es un sustantivo que equivale a contrabando.

Los muchachos encendieron sendos cigarrillos y fumaron con silente solemnidad. Exhalando el humo del tabaco y sus cancerígenos aditamentos, se sentían mayores de lo que eran e investidos de una madura clarividencia. Solo la tos asfixiada de Caratriste les recordaba que aún eran larvas de ser humano, cachorros de *Homo sapiens*, hombres a mitad de desarrollo.

Cansado de inhalar veneno, Momo apuró su cigarrillo en dos profundas caladas. Con ayuda del índice y el pulgar de su mano derecha, lo apagó contra el suelo y lanzó la colilla a lo lejos. Después escupió para quitarse el amargo regusto de la nicotina. Era el momento idóneo para una confesión.

—Yo soy Misterioso Hood —afirmó con voz grave mientras sus ojos se posaban con abandono sobre las copas de los naranjos. Así miraba Paul Newman en *Dos hombres y un destino*. Aunque Paul tenía los ojos azules, claro, y eso siempre supone una ventaja.

—Y yo la reencarnación de Mahatma Gandhi —bromeó Quintanilla.

Momo se giró hacia su amigo.

—No estoy de coña —dijo con calma—. Soy Misterioso Hood. Don Wenceslao me descubrió ayer cuando traté de robarle la escopeta. Sospechaba algo y me tendió una trampa.

—¿Habláis en serio?

Momo relató a su colega todos los pormenores de la vida y milagros de Misterioso. Cuándo y por qué decidió su nacimiento, cómo había imprimido las octavillas con ayuda del ordenador y la impresora de Hellen, la colocación en el aula de la videocámara de su hermana para grabar los robos de Vílchez y Benavides, el robo de la carabina del

director y el tiroteo desde la azotea, el anónimo enviado a la Guardia Civil y el fallido intento de hacerse nuevamente con la escopeta de don Wenceslao.

Quintanilla tardó en reaccionar. Cuando hubo digerido el desengaño provocado por no ser el hermano del superhéroe local, cayó en la cuenta de que tampoco era poca cosa ser el mejor amigo del adalid de las causas justas. Resuelto el trámite emocional, su mente adoptó su habitual carácter analítico.

—Dado que ya habíais administrado una justa ración de plomo al Puñalitos, ¿para qué precisabais la escopeta?

—Para darle un escarmiento al señor Vílchez.

—¿Al Puñales? —preguntó Caratraste.

—Al mismo.

—Amén de haber participado (al menos eso creemos) en la concepción y nacimiento de vuestro archienemigo, ¿en qué os ha ofendido el tabernero, si no es indiscreción?

—Tiene la mala costumbre de manosear a mi hermana.

Quintanilla valoró la situación. Una dama mancillada parecía argumento de suficiente peso para un ajuste de cuentas.

—En tal caso, debemos hacer algo.

—¿Debemos? —inquirió Momo.

—Debemos. Estoy a vuestro lado para reponer el honor de Alejandra. Podéis contar conmigo.

—¿Como la vez que me partí la cara con Vílchez y Benavides?

—¡Cuerpo de Dios! —exclamó Caratraste amoscado—. Esto es diferente. La honra de una doncella está siendo violentada. El caballero español que ante tal atropello no desenvaine su espada ni es español ni puede blasonar de hidalgo.

Momo no sabía qué significaba «blasonar», ni comprendía qué demonios tenía que ver la españolidad con las posaderas de su hermana, pero aceptó la colaboración de su amigo:

—De acuerdo. Te espero a las tres de la madrugada en la esquina de mi calle.

—¿A las tres de la madrugada?

—Sí. El Sybaris estará echando el cierre y no habrá clientela. Puede que el señor Vílchez aproveche el momento para propasarse.

—Pero los autores de mis días no me permitirán salir a tan intempestivas horas —se lamentó Quintanilla.

—¡Vaya con el hidalgo! —Momo exhibió una sonrisa burlona—. ¿Prefieres obedecer a papá a evitar la deshonra de una doncella?

Caratriste suspiró. Una reflexión de urgencia y el sarcasmo labrado en las facciones de Momo lo convencieron de que había ocasiones en que un caballero español debía vulnerar las normas. La amistad, el honor, la justicia y la hombría así lo demandaban.

—Está bien —concedió—. A las tres en la esquina de vuestra calle.

La ausencia de nubes y el halo plateado de la luna llena facilitaron la progresión de Momo y Quintanilla por la retaguardia exterior del Sybaris. Se movían con extremo sigilo; en un pueblo como Puerto Antiguo, a las tres y cuarto de la mañana, cualquier ruido devenía sospecha y todo recelo se encarnaba en guardia civil. Con sus bigotes, su tricornio y su mala hostia cuartelera.

Pegados a la pared trasera del garito, los dos muchachos, de puntillas, observaban la trastienda a través de un ventanuco enrejado. Durante los primeros quince minutos de vigilancia, no vieron a nadie en la habitación. Después, el señor Vílchez y Alejandra entraron en la estancia. Apenas hablaban entre ellos. Alejandra, desentendiéndose de su jefe, se afanaba en ordenar cajas, vasos y botellines. El Puñales, repantingado en la silla y con los pies encima de la mesa, fumaba un Ducados mientras se recreaba en las sugerentes formas que el vestido de algodón de la muchacha y sus evoluciones en los estantes bajos de la trastienda dibujaban sobre sus nalgas firmes y rotundas.

—El muy cerdo no le quita el ojo de encima —susurró Quintanilla—. ¿Entramos?

—No, todavía no —contestó Momo—. Vamos a ver si pasa a la acción.

De cuclillas frente al mueble que alojaba los licores, Alejandra ordenaba las botellas de *whisky*. El Puñales, entornando los ojos, se sobaba disimuladamente la entrepierna. Tras los prolegómenos masturbatorios, y excitado por las vistas, se incorporó y se aproximó a la camarera, arrodillándose justo detrás de ella. El hostelero mantenía la mano derecha metida en la bragueta y, con la zurda, comenzó a magrear los senos de la chica. Esta trató de zafarse, pero el hombre la aprisionó contra el mueble, imposibilitándole la huida. La mano derecha se movía frenéticamente arriba y abajo en el interior de sus pantalones.

—Ahora —dijo Momo. Su voz sonó fría, metálica. Desapasionada.

Los dos críos corrieron hasta la entrada del Sybaris, atravesaron el bar a toda velocidad y se metieron en la trastienda. El Puñales, sobresaltado por la inesperada irrupción, cayó de espaldas al suelo. Su pene, erecto y minúsculo, quedó al descubierto.

—¡Que me aspen si mi meñique no es mayor que su verga! —exclamó Quintanilla.

Momo, ajeno a las palabras de Caratriste, se dedicó en cuerpo y alma a patear el cuerpo del Puñales, quien, hecho un ovillo, porfiaba por zafarse de la frenética embestida. Alejandra gritaba despavorida e intentaba controlar a su hermano. La trastienda se convirtió en un guirigay de exclamaciones, insultos, súplicas e imprecaciones. Una botella se hizo añicos contra el suelo, derramando su contenido. Momo resbaló y se dio una buena costalada, coyuntura que el Puñales aprovechó para girar las tornas. A horcajadas sobre el pecho del chaval, trató de golpearlo en el rostro, pero Momo se cubría con eficacia. Quintanilla, en una desesperada tentativa por salvaguardar el físico de su amigo, se arrojó, con más audacia que pericia, sobre el cuello del Puñales. El tabernero esquivó la maniobra y propinó una certera puñada en la nariz de Caratriste, quien, tras un agudo grito de dolor, perdió el conocimiento. Momo aprovechó el quite de su amigo para ponerse en pie y, sin perderle la cara al *Puñales*, recomponer dignamente la guardia.

—Tienes huevos, mocoso. —El señor Vílchez, alzando los puños, sostenía la penetrante mirada de Momo—. Muchos huevos.

Los dos contendientes, a prudente distancia uno del otro, giraban despacio en torno a la habitación, frente a frente, midiendo sus fuerzas y calculando las del rival. Alejandra, entre sollozos e hipidos, atendía a Quintanilla o a lo que quedaba de él tras su heroica y fugaz intervención. El Puñales vigilaba a Momo, a la espera de encontrar un punto débil en su cerrada defensa. El rostro del zagal denotaba obcecación. A la segunda vuelta alrededor de la trastienda, se decidió a atacar. Apretando los puños con fuerza, emitió un bufido y arremetió contra el señor Vílchez, propinándole un aluvión de golpes furiosos y poco precisos que el veterano sinvergüenza pudo eludir con facilidad. Cuando Momo, exhausto por el esfuerzo, trataba de recobrar el resuello, el Puñales le envió un violento directo al mentón, que dio con el muchacho en el suelo. Aturdido por el derechazo, a Momo no le quedó otra que protegerse del subsiguiente vendaval de puntapiés que, con mucha habilidad y muy escasa indulgencia, le estaba suministrando su enemigo. A pesar de taparse a conciencia con brazos y piernas, una de las patadas del señor Vílchez le alcanzó de lleno en la boca del estómago, dejándolo sin aliento. Un pisotón en la

entrepierna lo obligó a bajar las manos, dejando desguarnecida la cabeza. Conteniendo un gruñido en la garganta, el Puñales se preparó para lanzar una patada definitiva contra el cráneo del chaval. Pero como Dios existe para consuelo de los débiles y alivio de los afligidos, un ángel con las hechuras de Quinito hizo su aparición en el violento escenario de la trastienda.

—¿Qué cojones está pasando? —dijo el exboxeador.

El Puñales se guardó la patada en la recámara y puso cara de ofendidas circunstancias. No se le pasaba por alto que el recién llegado tenía los puños cerrados y el ceño fruncido en un gesto inquietante.

—¿Qué tal, campeón? El puto crío este y el tarado de su amigo, que me han arreado por la espalda sin venir a cuento.

Quinito interrogó a Momo con la mirada. El muchacho, que había recuperado la verticalidad, intentó golpear de nuevo al tabernero. No tuvo éxito. Alejandra y un tambaleante Caratriste, puestos en medio de los dos contendientes, obstaculizaron la maniobra.

—Este malnacido ha intentado abusar de mi hermana —bramó Momo—. Y no es la primera vez.

El señor Vílchez volvió la vista hacia Quinito, erigido en juez de la controversia. Con los hombros encogidos y las manos vueltas hacia arriba, el tabernero era la viva expresión de la inocencia. Quinito torció el gesto.

—¿Es eso cierto, Puñales?

El interpelado negó con la cabeza, adoptando un semblante de indignada incredulidad.

—¿Vas a creer a este monicaco? —balbuceó.

Más que una pregunta, la frase del Puñales semejaba una súplica. Como si barruntara un inminente ataque del púgil en el que, según todos los pronósticos, se le obsequiaría con una justa y contundente somanta. Quinito no era Momo. Pegaba duro. Muy duro. El Puñales tragó saliva y, rápido como una centella, asió una pequeña caja de seguridad que reposaba sobre el cercano anaquel y la estrelló contra el cráneo del boxeador. Este, que no esperaba la acometida, se llevó los brazos a la cabeza una milésima de segundo más tarde de lo conveniente. El cofre impactó con tal fuerza contra la testa del púgil que la cerradura se abrió, dejando caer un revólver Smith and Wesson del 38, una caja de munición y unas cuantas joyas, todo ello aderezado por el grácil vuelo de una veintena de billetes de diez mil pesetas. Quinito, mareado, examinó la sangre que tintaba las

palmas de sus manos. Tras alejar el revólver de un puntapié, exhaló un profundo suspiro, pegó los codos a los flancos, protegió las mandíbulas tras los puños y, encajando el mentón entre los hombros, se lanzó a un ataque ordenado y científico que dejó su tarjeta de visita en todas y cada una de las zonas vulnerables del Puñales. Tras una docena de poderosos y estéticos puñetazos (qué bella es una paliza si quien la propina entiende del asunto y quien la recibe es digno acreedor del vapuleo), el señor Vílchez se desplomó sobre el suelo, implorando piedad a su verdugo. Alejandra, decidida a acabar con tanta violencia, rodeó con sus brazos el torso de Quinito, neutralizando sus movimientos.

—Está bien —dijo el boxeador—. Está bien. Ya tiene su merecido.

Caratriste, en evitación de mayores desgracias y como medida preventiva hasta la llegada de la Benemérita, se guardó el revólver en un bolsillo. Luego recogió una de las joyas que habían caído de la caja de seguridad del Puñales y se la mostró a Momo. Era una cadena de oro de la que pendía una medalla redonda. La inscripción, labrada en letra cursiva, restalló como un látigo en la mente del chaval:

AQUÍ Y MÁS ALLÁ.

Momo tomó la alhaja y la giró, aunque conocía de sobra los nombres grabados en el reverso:

HELLEN Y GERMÁN.

Contraviniendo sus apetencias, Momo acudió a la misa dominical. La iglesia de Puerto Antiguo era una construcción de piedra, más vieja que antigua, con remotas reminiscencias góticas. Un pórtico de planta irregular atenuaba los rigores de la canícula. Sentados con indolencia en la gradería escalonada, los hombres del pueblo consumían sus cigarrillos y examinaban los naranjales y los campos de trigo que, recortados contra el mar, dibujaban la mayor parte del paisaje.

Al sonar el tañido de las campanas anunciando la inminencia de la liturgia, las mujeres entraron en el templo. Siguiendo una inveterada costumbre, la feligresía femenina y los niños pequeños accedían a la parte trasera de la iglesia a la hora estipulada; por el contrario, los caballeros lo hacían unos minutos después, ya iniciada la ceremonia, ocupando los bancos más próximos al presbiterio. Para los jóvenes varones

portoantiguenses, el tránsito de los bancos traseros a los delanteros suponía un hito en su proceso de maduración.

Momo entró con los hombres y buscó acomodo en la primera fila. Hacía semanas que no asistía a la eucaristía. Al verlo entre los fieles, el padre Agustín le dedicó una mueca de cariñosa reprensión. A su lado, vestido con sotana roja y sobrepelliz blanco, Aurelio oficiaba de monaguillo. El Curita había engordado y mostraba un rostro más alegre y saludable; la salida de la circulación de Vílchez y Benavides le había devuelto el sosiego, la alegría y el apetito.

Mientras Antoñito el Mediahostia recitaba la primera lectura, Momo giró la cabeza y registró con la vista el fondo de la iglesia. Su escrutinio, ágil y selectivo, topó con la frente despejada de Celia, su nariz diminuta y sus pupilas oscuras y calmas. Celia correspondió al muchacho con un esbozo de sonrisa impreso en los labios, y el zagal sintió, como siempre que su amada lo acariciaba con los ojos, un cosquilleo en las entrañas.

La eucaristía fue breve, y a Momo se le evaporó en un baile de miradas con Celia. Hacía mucho tiempo, concretamente una eternidad, que la pareja no se hablaba. Aquel domingo, sin embargo, la chiquilla le estaba dedicando su más tierno repertorio de visajes y mohines. Al salir de la iglesia, Momo la vio alejarse con su paso elástico y aniñado y el bucle de la nuca ondulando al ritmo de sus zancadas. A gusto hubiera corrido tras ella para relatarle sus últimas aventuras, para confesarle que era Misterioso Hood y para poner a sus pies capa, espada y corazón. Pero otros menesteres lo obligaban a reprimir sus deseos.

El silencio reinaba en el templo. En el interior de la sacristía, el padre Agustín y el Curita ultimaban la recogida de la utilería litúrgica. En la capilla lateral dedicada a la Pilarica, arrodillada frente a la imagen de la Virgen, *Fräulein* Schroeder rezaba un avemaría. Momo la observaba desde el umbral del recinto sagrado.

—¡El señorito Momo nos honra con su presencia! —ironizó Hellen cuando, concluidas sus preces, abandonó la iglesia—. ¿Has venido a pedir un milagro para que Celia se case contigo?

—He venido para darte esto.

Momo metió la mano en el bolsillo y extrajo la medalla. *Fräulein* Schroeder, incrédula, se la arrebató y la besó emocionada.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Dónde la has encontrado?

—La tenía el señor Vílchez.

—¿El Puñales? ¿Y cómo llegó a sus manos?

—Sabe Dios —respondió Momo—. La guardaba en un cofre, junto a un revólver y varios billetes de diez mil.

—¿Y te la entregó así, sin más?

—Bueno —el crío eludió la mirada de su amiga—, digamos que no le quedó más remedio.

Hellen tomó las manos de Momo y lo besó en la frente.

—No sabes cuánto significa esto para mí. —Una lágrima se deslizaba lenta por la mejilla de la mujer—. Germán y yo habíamos jurado que no nos enterrarían sin nuestras medallas. Él fue fiel a su promesa y yo no podía fallarle.

—Bueno —dijo Momo guiñándole un ojo—, pero no tengas prisa por cumplir con tu parte del trato. Aquí también hay gente que te quiere.

—Eso no dependerá de mí —replicó Hellen—, sino de la voluntad del Padre.

—Todo está en sus manos, ¿verdad?

Fräulein Schroeder movió afirmativamente la cabeza.

—*Tudo está nas mãos de Deus.*

Al atardecer, Momo se despidió de Alejandra y bajó al trote las escaleras hasta el domicilio de *Fräulein* Schroeder. Giró la llave en la cerradura y entró sin hacer ruido. El piso estaba en silencio y la penumbra del ocaso teñía de sombras las paredes. No encontró a la mujer en el salón, tampoco en la cocina ni en la alcoba. El muchacho salió al jardín. El sol se ponía por las áridas montañas del oeste y extendía un velo crepuscular sobre el firmamento. Hellen estaba sentada frente al Rosal de las Frases Sabias. Tenía una sonrisa en los labios, los ojos entornados y un rosario entre las manos. Colgada del cuello, la medalla, iluminada por los últimos rayos de sol, resplandecía como una espiga de oro. *AQUÍ Y MÁS ALLÁ.*

Al aproximarse a su amiga, Momo reparó en que el Rosal de las Frases Sabias había florecido. Desperdigados con coquetería entre sus hojas, varios capullos moteaban de gualda el arbusto. Solo había una flor artificial. Era de color blanco y más grande de lo habitual. Momo la cogió y desenvolvió el papel, reconociendo de inmediato la letra manuscrita de la brasileña:

*Y Jesús nos enseñó:
Solo el amor vence a la muerte.
Solo el amor conduce a Dios.
Solo el amor nos hace eternos.
Solo el amor.
Solo el amor.*

Un relámpago lejano alumbró el horizonte; a los pocos segundos, el estruendo del trueno sobresaltó al muchacho y una lluvia suave y cadenciosa comenzó a repicar contra los cristales. Momo puso dos dedos sobre el cuello de Hellen Schroeder: no tenía pulso. Ignorando la llovizna, una mariposa dorada revoloteó alrededor de la cabellera cana de la mujer, luego detuvo el vuelo y se posó morosamente sobre la medalla.

Momo se arrodilló frente a su amiga, cerró completamente sus párpados y la tomó de las manos. Las gotas de lluvia se mezclaban con las lágrimas en las mejillas del chaval. Despacio y en voz baja, rezó un avemaría. Durante unos instantes, la sonrisa pareció acentuarse en los labios inertes de *Fraülein* Schroeder. Momo tuvo la certeza de que arriba, en el cielo, Hellen y Germán se fundían en un abrazo eterno.

Ahora y en la hora de nuestra muerte.

DÉCIMO *ROUND*:

—SIGUE IGUAL —me ordena Quinito—. Tienes que provocarlo.

—Pues me va a mandar al tanatorio —respondo. La sobredosis de jarabe de cuero que me ha administrado Míster KO en el noveno no ha logrado nublar me del todo el entendimiento.

—Es tu única posibilidad de victoria —insiste mi entrenador. Harry afirma solemnemente con la cabeza—. Sigue incitándole, consigue que abra la guardia. ¿Está claro?

Desde un punto de vista estratégico, no albergo dudas acerca de la idoneidad de la táctica de Quinito. Puñalitos gana con claridad a los puntos. Solo quedan tres asaltos y, aunque yo venciera en todos, mi rival se alzaría con el triunfo. Así que, salvo que su cerebro de boxeador esté más dañado de lo habitual (posibilidad no del todo descartable, habida cuenta de las enormes cantidades de esteroides y cocaína que se rumorea que consume), Míster KO rehuirá la distancia corta y se limitará a danzar por el cuadrilátero manteniéndome lejos con sus *jabs*. Por tanto, la única baza para derrotarlo es el *knockout* y, para ello, tengo que meterme dentro de su distancia, romperle la guardia y rezar para que en el furioso intercambio de golpes la diosa Fortuna me sonría. Cosa que no ocurrió en el noveno.

—Está claro.

La zanquilarga mene a el culo con desgana mientras exhibe el cartel con el número diez. Definitivamente, la muchacha desearía estar en otro lugar. En cualquier otro lugar. El populacho ya se ha desmadrado (deberían prohibir la venta de alcohol en las veladas de boxeo) y algún gazzápíro ha lanzado envoltorios de plástico y hasta un par de vasos de cerveza vacíos. Imagino que se siente utilizada, cosificada.

Suena el gong. Quinito me da un beso en la frente y Harry me palmea la espalda mientras recoge el taburete. Se reanudan las hostilidades.

Míster KO revolotea a mi alrededor según lo previsto. Saca *jabs* de lejos, casi desde las antípodas, hurtando su cuerpo a mi pegada. Se mueve a mi alrededor con ágiles

zancadas laterales, cambia de dirección y no ofrece nunca un blanco estático. De vez en cuando amaga algún directo y se burla poniendo su mano izquierda sobre mi frente, con el brazo estirado, como si estuviese jugando conmigo. Me tiene vencido, anulado, y el muy cabrón disfruta escarneciéndome.

Entramos en el segundo minuto del asalto y no he conectado ni un miserable *jab*. Puñalitos está en su salsa; prodiga sonrisas y se permite el lujo de saludar de vez en cuando al viejo Tyson, que chochea de placer con el detalle. Hay que poner fin a esta chacota, me digo, y voy hacia adelante como una tanqueta. No calculo bien la embestida y Míster KO me sacude un uno-dos seguido de un *upper* de izquierda a la nariz y un derechazo al bazo que me dejan al borde de la caída. Entro en *clinch* para evitar más castigo. Bill Clinton trata de deshacer mi abrazo, me ase fuertemente de las muñecas y empuja para separarme de mi rival. Míster KO se deja agarrar y murmura algo en mi oído. A pesar de la distorsión provocada por el protector bucal, entiendo perfectamente sus palabras:

—Te humillé cuando éramos críos y te estoy humillando ahora.

Bill Clinton logra separarnos. Las palabras de Puñalitos me han herido el orgullo. Retorno a mi condición de tanqueta y me proyecto a toda hostia contra mi enemigo. Míster KO esquivo mis directos y me alcanza con un *crochet* en el mentón, haciendo que me tambalee. Las rodillas se me doblan y me agarro de nuevo al cuerpo de mi adversario, quien aprovecha la ocasión para proseguir con el ultraje:

—Eres un mariquita, siempre lo has sido. Le metí mano a Celia y no hiciste nada. Eres un cornudo, un maricón.

Me asalta un recuerdo de infancia: los pasillos del colegio, el ordenador del Piños, la zurda de Puñalitos crispada brutalmente sobre la blusa de Celia... Noto una punzada en el corazón. Bill Clinton intenta deshacer el *clinch* y Míster KO insiste en la afrenta:

—Tenía unas tetas preciosas: pequeñas y duras como dos melocotones.

Bill rompe el agarre y me lanzo de nuevo contra el cuerpo de mi enemigo. Sacudo ciegamente, sin pensar, movido por la eficaz fuerza del odio y del rencor. Ahora es Míster KO quien entra en *clinch*, abrazándome para neutralizar mis puñetazos. Esboza una mueca parecida a una sonrisa.

—¿Sigue teniendo duras las tetitas?

Una luz se enciende en mi cabeza. Me percató de que este hijoputa está intentando sacarme de quicio y concibo rápidamente un contraataque. ¿Así que queremos

rememorar la niñez? Pues veamos quién sale perdiendo. Puñalitos sigue asiéndome con fuerza. Aprovecho para informarle de algo que quizás aún no conozca:

—¿Sabes quién informó a la Guardia Civil para que te metieran en el reformatorio?

Bill Clinton trata de desamarrarnos, pero Mister KO me tiene atenazados los brazos. Percibo la curiosidad y el odio en su semblante, y decido sacarlo de dudas:

—Fue Misterioso Hood.

Mister KO sigue asiéndome e interrogándome con la mirada. Continúo con la confesión:

—¿Y sabes quién era Misterioso Hood?

Mister KO me traspasa con ojos afilados como navajas. Su gesto denota desconcierto. Me recrearé unos segundos más en su comezón:

—¿No lo sabes? ¿De veras no lo sabes?

Bill Clinton está apunto de romper el *clinch*. Es el momento idóneo para el puyazo final. El momento óptimo para rematar la provocación que me llevará al triunfo o al anatómico forense:

—Misterioso Hood era yo, *pringao*. Yo te metí entre rejas.

Bill Clinton logra separarnos. Puñalitos, con la boca torcida y los ojos inyectados en sangre, ruge y se abalanza contra mi cuerpo, avasallándome y mandándome cuatro metros atrás. Ciego de ira, tira todo tipo de golpes: directos, boleones, algún codo mal disimulado. Si pudiera, me tiraría hasta el taburete. Arremete con toda su potencia, empujándome con los brazos, con el cuerpo, arrinconándome contra las cuerdas, donde me fija y puede sacudirme a placer. Me cubro como puedo, tratando de guarecerme del vendaval, pero la velocidad y la mala baba de sus puñetazos hacen imposible la defensa. Puñalitos alterna golpes altos con otros dirigidos a las ijadas. Fatigado por la demencial serie de estacazos, entra en *clinch* para recobrar el resuello. Luego se separa y aprovecha la coyuntura para propinarme un cabezazo que solo le pasa desapercibido al cegato de Bill Clinton. Protesto. Bill se hace el sueco y pone cara de ahí-me-las-den-todas. Pero al que le están dando todas es a mí.

Mister KO persiste en su delirio ofensivo, avanzando al encuentro de mi cuerpo. Cuando topa con mi osamenta, se lía a martillazos, me insulta e incluso llega a escupirme. Bill le afea lo del escupitajo y Mister KO lo manda a la mierda. Así, en castellano: Vete a la mierda, gilipollas. Parece haber olvidado su reciente nacionalización y su apasionada inmersión en la cultura gringa. Afortunadamente para

él, Bill no entiende la frase. Míster KO sigue embistiendo con furia, pero sus fuerzas comienzan a flaquear. Tan solo el odio le hace continuar en un ataque cada vez más irracional y menos preciso. Su velocidad de pegada se ralentiza. Entre golpe y golpe, descuida la guardia, dejando huecos en su defensa. Me lanza un *jab* impreciso y un directo que se pierde en el aire, y me perco de que se vence hacia adelante, como si su pie derecho siguiera al puño extraviado en el vacío. Ahora.

Avanzo en diagonal hacia mi izquierda y me meto bajo su sobaco, proyectando un *hook* con la zurda que hunde su hígado como si fuera gelatina. Puñalitos se dobla, traspasado por el dolor, y se cubre instintivamente los costados, ofreciéndome la tentadora visión de su quijada derecha. Con la misma mano con la que lo toqué abajo, doblo el golpe y conecto un *crochet* en el mentón que le sacude brutalmente la cabeza. Míster KO da dos torpes zancadas hacia atrás y no cae porque le frenan las cuerdas. Agazapado tras los guantes, avanzo con cautela, como un depredador, y finto a derecha e izquierda para provocar algún movimiento de la guardia de mi oponente. Míster KO pica y vuelve a bajar los brazos para cubrirse el abdomen. Amago un *hook* al hígado y lanzo un derechazo contra su nariz, alcanzándola de lleno. Míster KO rebota contra las cuerdas y se viene hacia adelante como un pelele, con los brazos caídos y la cabeza oscilante. Calculo las distancias, armo el brazo derecho y, con un poderoso movimiento de caderas, le atizo en pleno rostro el mejor *upper* que jamás se haya visto en un combate de boxeo.

Y, señoras y señores, José Ángel «Puñalitos» Vílchez, más conocido como Míster KO, boxeador mejor pagado del momento y orgulloso poseedor de los tres cinturones mundiales de los pesos medios gracias a un registro personal de treinta y cuatro victorias, cero empates y cero derrotas, cae sobre la lona como un auténtico saco de mierda.

Bill me envía a la esquina neutral, me dice algo en inglés y se da la vuelta hacia Míster KO, quien, tendido en el suelo, no da señales de actividad. A pesar de los alaridos del público, puedo escuchar con claridad el conteo de los segundos:

—*Four!*

Miro hacia mi esquina y veo a Harry abrazado como un loco a Quinito, que trata en vano de quitárselo de encima.

—*Five!*

El viejo Tyson levanta escéptico las cejas y me dedica un gesto de admiración. ¿Qué, carcamal, a que no dabas un centavo por mí?

—*Six!*

Quinito ha logrado desasirse del *cutman* y salta como un mono mientras grita incongruencias sobre mis cojones, España y la madre que me parió.

—*Seven!*

Puñalitos yace inerte. Miro las sillas de *ring* y, para mi sorpresa, allí está Celia, mi esposa, llorando como una bendita. Se tapa los ojos con las manos y baja la cabeza, apartando la vista del cuadrilátero. Contemplo el bucle rebelde de su nuca y rememoro nuestro primer beso en el espigón de Puerto Antiguo.

—*Eight!*

Quinito ondea una bandera española. A pesar del barullo del Caesars Palace, intuyo la tormenta exterior y un rítmico repiqueteo de gotas de lluvia. Evoco la talla de *Nossa Senhora* que *Fräulein* Schroeder guardaba en su alcoba y la sonrisa serena de mi amiga cuando, arrodillada, rezaba a su *santinha*.

—*Nine!*

Una mariposa dorada sobrevuela parsimoniosa el *ring*. Su aleteo me acaricia el corazón y ese recodo del alma donde descansan los recuerdos más preciados.

—*Ten!*

Manacor, diciembre de 2014

Su opinión es importante.
En futuras ediciones, estaremos encantados de recoger sus comentarios sobre
este libro.

Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

www.plataformaeditorial.com

El cerebro del niño explicado a los padres

Dr. Álvaro Bilbao
Autor de *Cuida tu cerebro*

Plataforma
Actual



«Un libro que
todos los adultos
deberían leer.»
Javier Ortigosa

**Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar
su potencial intelectual y emocional**

El cerebro del niño explicado a los padres

Bilbao, Álvaro

9788416429578

296 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional. Durante los seis primeros años de vida el cerebro infantil tiene un potencial que no volverá a tener. Esto no quiere decir que debemos intentar convertir a los niños en pequeños genios, porque además de resultar imposible, un cerebro que se desarrolla bajo presión puede perder por el camino parte de su esencia. Este libro es un manual práctico que sintetiza los conocimientos que la neurociencia ofrece a los padres y educadores, con el fin de que puedan ayudar a los niños a alcanzar un desarrollo intelectual y emocional pleno. "Indispensable. Una herramienta fundamental para que los padres conozcan y fomenten un desarrollo cerebral equilibrado y para que los profesionales apoyemos nuestra labor de asesoramiento parental." LUCÍA ZUMÁRRAGA, neuropsicóloga infantil, directora de NeuroPed "Imprescindible. Un libro que ayuda a entender a nuestros hijos y proporciona herramientas prácticas para guiarnos en el gran reto de ser padres. Todo con una gran base científica pero explicado de forma amena y accesible." ISHTAR ESPEJO, directora de la Fundación Aladina y madre de dos niños "Un libro claro, profundo y entrañable que todos los adultos deberían leer." JAVIER ORTIGOSA PEROCHENA, psicoterapeuta y fundador del Instituto de Interacción "100% recomendable. El mejor regalo que un padre puede hacer a sus hijos." ANA AZKOITIA, psicopedagoga, maestra y madre de dos niñas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Reinventarse

Tu segunda oportunidad
Dr. Mario Alonso Puig



21^a

edición ampliada

Traducido a 13 idiomas

Más de 100.000
ejemplares vendidos
en España

**¿Qué te atreverías a hacer si supieras
que no puedes fallar?**

Reinventarse

Alonso Puig, Dr. Mario

9788415577744

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El Dr. Mario Alonso Puig nos ofrece un mapa con el que conocernos mejor a nosotros mismos. Poco a poco irá desvelando el secreto de cómo las personas creamos los ojos a través de los cuales observamos y percibimos el mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vivir la vida con sentido

Actitudes para vivir con
pasión y entusiasmo

Victor Küppers



Solo se vive una vez, pero una vez es
suficiente si se hace bien

Vivir la vida con sentido

Küppers, Victor

9788415750109

246 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro pretende hacerte pensar, de forma amena y clara, para ordenar ideas, para priorizar, para ayudarte a tomar decisiones. Con un enfoque muy sencillo, cercano y práctico, este libro te quiere hacer reflexionar sobre la importancia de vivir una vida con sentido. Valoramos a las personas por su manera de ser, por sus actitudes, no por sus conocimientos, sus títulos o su experiencia. Todas las personas fantásticas tienen una manera de ser fantástica, y todas las personas mediocres tienen una manera de ser mediocre. No nos aprecian por lo que tenemos, nos aprecian por cómo somos. Vivir la vida con sentido te ayudará a darte cuenta de que lo más importante en la vida es que lo más importante sea lo más importante, de la necesidad de centrarnos en luchar y no en llorar, de hacer y no de quejarte, de cómo desarrollar la alegría y el entusiasmo, de recuperar valores como la amabilidad, el agradecimiento, la generosidad, la perseverancia o la integridad. En definitiva, un libro sobre valores, virtudes y actitudes para ir por la vida, porque ser grande es una manera de ser.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

VENDER COMO CRACKS

Técnicas prácticas y eficaces
que no utilizan los merluzos

Plataforma
Actual



Victor Küppers

Autor de Vivir la vida con sentido

Para vender, o enamoras o eres barato

Vender como cracks

Küppers, Victor

9788417002565

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La venta es una profesión maravillosa, absolutamente fantástica. Difícil, complicada, con frustraciones, solitaria, pero llena también de alegrías y satisfacciones que compensan sobradamente esa parte menos bonita. Este libro intenta ayudar a motivar, a ilusionar, a disfrutar con el trabajo comercial. Es un ámbito en el que hay dos tipos de profesionales: los cracks y los chusqueros; los que tienen metodología, los que se preparan, los que se preocupan por ayudar a sus clientes, por un lado, y los maleantes, los colocadores y los enchufadores, por otro. He pretendido escribir un libro que sea muy práctico, útil, aplicable, simple, nada complejo y con un poco de humor, y explico sin guardarme nada todas aquellas técnicas y metodologías de venta que he visto que funcionan, que dan resultado. No es un libro teórico ni con filosofadas, es un libro que va al grano, que pretende darte ideas que puedas utilizar inmediatamente. Ideas que están ordenadas fase a fase, paso a paso.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vivir con ABUNDANCIA

**Por qué algunas personas consiguen
lo que se proponen y otras no**

SERGIO FERNÁNDEZ

Plataforma
Actual



Por el autor de
Vivir sin jefe
y **Vivir sin**
miedos

**El éxito tiene sus reglas y conocerlas
lo hace todo más fácil**

Vivir con abundancia

Fernández, Sergio

9788416256471

237 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Por qué algunas personas consiguen lo que se proponen y otras no. Algunas personas materializan todo aquello que desean sin esfuerzo; otras parecen condenadas a una vida de resignación y sufrimiento. Vivir con abundancia no es un libro: es una revolución que te permitirá pasar a formar parte –y para siempre– del primer grupo. La vida es un juego que tiene sus propias reglas. Comprenderlas e interiorizarlas te permitirá manifestar la abundancia de manera natural. En esta obra práctica y optimista, Sergio Fernández te ofrece las diez leyes para cristalizar tus sueños, así como las treinta claves prácticas para incorporarlas. "Un mapa para cristalizar nuestros sueños a través de una lectura inspiradora y muy necesaria", Pilar Jericó. "Aprecio a Sergio, respeto su trabajo y admiro su frescura. Es un ejemplo de lo que escribe", Raimon Samsó. "Me ha encantado su lectura. Es necesario e imprescindible", Juan Haro. "Sergio es libre, sabio, eficaz y generoso y lo que predica les da estupendos resultados a quienes siguen sus métodos", José Luis Montes. "Sergio Fernández es definitivamente el referente del desarrollo personal en España", Fabián González. "Gracias, Sergio, una vez más, por ayudarnos a crear el mundo que soñamos", Ana Moreno. "Vivir con abundancia se ha convertido en uno de mis libros de cabecera. Imprescindible", Josepe García.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portada	2
Créditos	3
Índice	4
Dedicatoria	5
Primer round	6
Segundo round	21
Tercer round	50
Cuarto round: Primera parte	65
Cuarto round: Segunda parte	77
Quinto round	87
Sexto round: Primera parte	106
Sexto round: Segunda parte	117
Séptimo round	137
Octavo round	161
Noveno round	180
Décimo round	194
Colofón	199